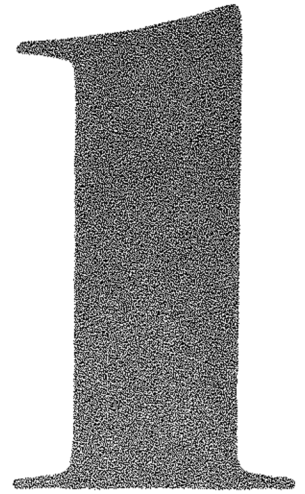


HISTORIA
DE LAS
COMUNICACIONES
ARGENTINAS

Fundación Standard Electric Argentina



El correo
Los telégrafos
La telefonía

El correo

NUBLADO y frío es este 12 de agosto de 1806 en la diminuta ciudad de Buenos Aires.

Sin embargo, el denuedo de quienes han participado de la batalla campal —soldados y civiles, hombres y mujeres, jóvenes y viejos— fue suficiente para olvidar el rigor del invierno. Ahora, luego de cinco horas de lucha —fusilería y metralla—, el brigadier general sir William Carr Beresford abandona el Fuerte para rendir sus fuerzas militares.

—¡Pena de la vida al que insulte al general inglés!

El teniente de navío Dionisio Córdoba, que ha lanzado esta exclamación, se encuentra en el puente levadizo del Fuerte. El capitán de fragata Juan Gutiérrez de la Concha acompaña a Beresford hacia el Cabildo, al fondo de la Plaza Mayor.

Viéndolo aproximarse, el capitán de navío Santiago de Liniers, quien se halla en uno de los arcos del Cabildo, avanza en busca del vencido. Son las tres de la tarde. Liniers devuelve la espada que Beresford quiere entregarle, y lo abraza. El dominio británico había durado, apenas, un mes y medio. En el mástil del Fuerte ondea de nuevo el pabellón español.

Cinco mil personas —la ciudad tiene cuarenta mil— saludan el acto formal de la Reconquista. Es una gran noticia, y debe llegar a Madrid cuanto antes. Manuel Ladrón de Guevara sale de Buenos Aires cuatro días más tarde: su destino es Lima, centro de las comunicaciones postales con España.

Ladrón de Guevara toma "la carrera de Potosí", ciudad hoy de Bolivia situada 536 leguas al Noroeste de Buenos Aires (una legua = 5,57 quilómetros). Se detiene el jinete en las nueve postas de la jurisdicción bonaerense, las dieciséis de Córdoba —en una de las cuales, Saladillo, se abre la "carrera de Chile", hacia el Oeste—, las seis de Santiago del Estero, las cuatro del Tucumán, las seis de Salta, las ocho de Jujuy, las siete de Chichas y las tres de Porcos.



Un "escudito", el primer sello que alcanzó verdadera circulación nacional (1862).

*Liniers no acepta
la espada que le rinde
Beresford. La noticia de
la Reconquista
de Buenos Aires en 1806
llegó a destino en un
récord, entonces: 36 días.*



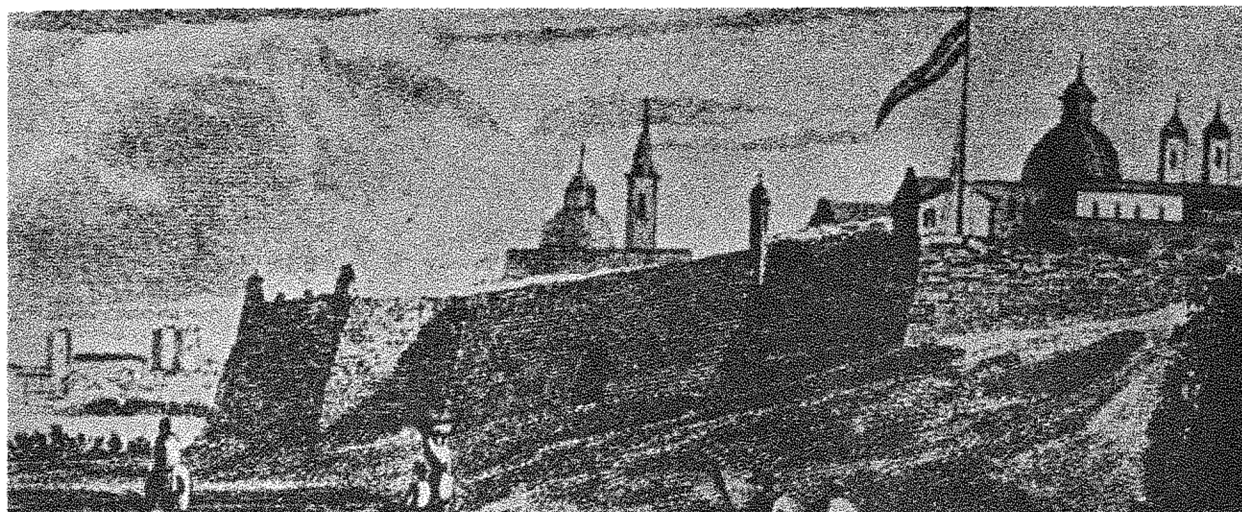
Desde Potosí cabalga por la "carrera de Lima", dos mil quinientos kilómetros de rutas escarpadas entre las montañas andinas. Por fin, Ladrón de Guevara llega a Lima el 22 de septiembre, despertando la admiración de los funcionarios del Virreinato. ¡Treinta y seis días, tan sólo, para recorrer mil leguas!

Treinta y seis días, es cierto. El Correo había cumplido. Las comunicaciones, a su manera, ganaban una batalla contra el tiempo y la distancia.

NO ha de ser la estatua declamatoria del primer Correo Mayor de las Indias, don Lorenzo Galíndez de Carvajal, la que se alce en el pórtico de este trabajo. Entre otras razones, porque los Carvajal, que durante 225 años, desde 1514, se transmitieron de padres a hijos el monopolio del Correo en las posesiones españolas de América, jamás se preocuparon por las comunicaciones en el Río de la Plata: Perú y México, los virreinos dorados, merecieron toda su atención.

Más valdría dibujar, al comienzo de esta historia, la figura, que imaginamos recia y maternal a un tiempo, de la ignota doña Agueda Gorosito, que allá por los años en que nació la Patria, era maestra de postas en la del Portezuelo, Santiago del Estero. Pensar solamente que una mujer podía desempeñar ese cargo no exento de riesgos, en aquella época y en semejantes soledades, suscita una cantidad de imágenes y reflexiones.

Quién sabe por qué, se nos aparece como una criolla rotunda y amable, con un cigarro de chala en la comisura de la boca generosa, con un látigo —emblema de su oficio— en la mano y rodeada de perros flacos que anunciarían con alboroto la llegada del correo, jinete portador de una gran valija de cuero con la correspondencia y, a veces, con valores capaces



de despertar la codicia de “partidas sueltas y mal entretenidas”, como dicen las crónicas de aquellos tiempos.

¿Y por qué desempeñaría una mujer ese cometido? Doña Agueda no estaba sola en la lista de maestros de postas. Figura una tocaya, María Agueda López, en la posta de Cobos, en Tucumán; y, en la misma provincia, Angela Sánchez en la Siénega (*sic*); y una tal María Antonia Poy en la “carrera”, o camino de postas a Asunción del Paraguay.

Quizás alguna de ellas era viuda de un maestro de postas: tanto este cargo como el de correo implicaban un peligro cierto de muerte, por los accidentes naturales en el trayecto (ríos crecidos, aludes en la Cordillera, un rayo) y las acechanzas de indios y bandoleros. Más adelante se verá las razones, por lo general patéticas, por las cuales perecían o quedaban baldados esos servidores públicos, y que sus mujeres e hijos invocaban para obtener una magra pensión.

Pero el personaje del prólogo también podría ser aquel Andrés de Paz de Codesido, maestro de postas de la ciudad de Córdoba hasta 1780, año en que falleció y fue sucedido en el mismo puesto por su hijo, Joseph Paz de Codesido, hasta 1819. Andrés era el abuelo y Joseph el padre del ilustre general José María, el Manco, hábil militar y prodigioso relator de sus Memorias, quien también sería oficial 2º “interino provisional” del Correo de Córdoba, de 1809 a 1812, cuando pasó a ser primer teniente de la primera compañía del escuadrón del Ejército del Interior.

O podría descender el telón otro patricio, Domingo French, el de la escarapela, que cuando la Revolución de Mayo trabajaba, justamente, en el Correo de Buenos Aires, del que fue modesto cartero.

Inscribamos todos esos nombres, los gloriosos y los desconocidos —pero no por eso menos heroicos— en lo alto del pórtico, y entremos en el edificio de aspecto majestuoso (que

*El Fuerte de Buenos Aires,
en un grabado de la
época revolucionaria:
ondea en su mástil
la bandera de Belgrano.*



*Pujol, el gobernador
de Corrientes,
a quien debemos
la primera estampilla,
impresa en su provincia
en 1856.*

bien podría ser el actual Palacio de Correos, en Leandro Alem entre Sarmiento y Corrientes) pero cuyo interior nos reserva no pocas sorpresas pintorescas.

Dos siglos después

Nos sirve de ineludible guía en este recorrido, el minucioso cronista Ramón de Castro Esteves, cuya monumental *Historia de Correos y Telégrafos de la República Argentina*, en cinco tomos, editada entre 1934 y 1952, es la más completa hasta la fecha.

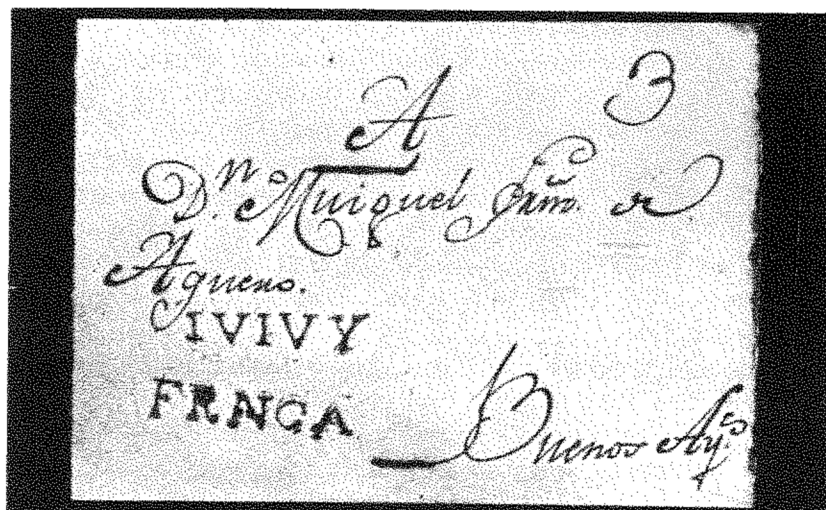
No nos remontaremos, como él, a los tiempos precolombinos, aunque sí convenga dejar sentado que la red de caminos del imperio incaico, un logro aún hoy capaz de asombrarnos, si bien no llegó hasta el actual territorio argentino, dejó las huellas de su organización y hasta de su vocabulario en las comunicaciones de este país.

Palabras como "chasqui" y "tambo", usadas hasta bien entrado el siglo XIX, vienen del Tahuantinsuyu; así como *posta*, por el contrario, viene del latín *posita*, que significa "puesta" o "colocada"; por extensión, lugar donde se hallaban los correos, o se detenían a mudar caballos, o a descansar. Chasqui, del quechua, "el que toma, recibe o cambia una cosa", es el portador de mensajes; "tambo", de la misma lengua, el sitio donde los chasquis y eventualmente las tropas solían repararse de la intemperie.

España puede ser considerada precursora en materia de comunicaciones, pues se adelantó a muchos países europeos en la organización de esos servicios, impulsada por la vastedad de sus dominios. Ya en la corte de los Reyes Católicos existía el cargo de Correo Mayor; pero fue la hija y heredera de Isabel y Fernando, doña Juana la Loca, quien en 1506, con su marido, Felipe el Hermoso, confía a Francisco de Tasis la organización del correo entre España y los Países Bajos, Francia y Alemania.

Es irresistible la tentación de transcribir toda la sonora pompa de los títulos que encabezan la Real Cédula del 14 de mayo de 1514, por la cual es nombrado Correo Mayor de las Indias "y Tierra Firme, descubiertas y por descubrir", don Lorenzo Galíndez de Carvajal. Y no es ociosa la transcripción porque siglos después, los funcionarios de España y de Indias seguían querellándose acerca de la forma adecuada en que debían dirigirse unos a otros, los de las colonias a los de la metrópoli, y viceversa, pues cada cual aspiraba a que se le llamara con todos sus títulos y condecoraciones; y esto hace que cada documento que desempolvó de los archivos el esforzado Castro Esteves, emplee por lo menos dos o tres fojas (escritas a mano, naturalmente) en estas fruslerías.

Transcribimos el enunciado de la citada Real Cédula: "Don Carlos, por la gracia de Dios rey de Castilla y de Romanos Emperador siempre Augusto; Doña Juana, su madre, y el mis-



Una carta enviada desde
Jujuy (IVIVY)
a Buenos Aires,
en diciembre de 1795.

mo Don Carlos por la misma gracia, reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Maiorc, de Sevilla, de Cerdeña, de Córcega, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Caravia, de las Indias, islas y tierra firme de la Mar Océano, condes de Barcelona, señores de Vizcaya y de Molina, duques de Atenas y de Neopatina, condes de Ruseyllón y de Cerdeña, archiduques de Austria, duques de Borgoña y de Brabante, condes de Flandes y del Tirol", etcétera.

Bajo tan ilustres advocaciones, los Galíndez y Carvajal quedan con el disfrute del monopolio del Correo en América. Como se dijo, poco o nada se ocuparon del Río de la Plata, y las comunicaciones en estas tierras quedaron libradas a la mano de Dios. Castro Esteves subraya: "Las injusticias cometidas por los gobiernos durante la época de la conquista y la colonización, tienen en gran parte como causa directa, lo tardío y dificultoso de las comunicaciones".

Sin embargo, las Leyes de Indias, que de todo se ocupaban, habían sido sabias y previsoras respecto del correo. Más aún, fueron sorprendentemente liberales para la época: la Ley VI establece en 1511 la libertad y el secreto, o sea, la inviolabilidad de la correspondencia; la Ley XXI y la XXII, se refieren a "cartas, correos e indios chasquis", adoptando disposiciones complementarias de aquellas primeras, y un trato humanitario para los indios. Nada de esto se observó, en la soledad de América, donde los funcionarios se creyeron todopoderosos y volcaron su desolación en despotismo y en crueldad.

El Correo Mayor de las Indias, convertido en conde de Castillejo y del Puerto, residía en Lima. Hasta allí llegaron por fin las inquietudes de los rioplatenses; y la primera noticia históricamente documentada que se tiene de alguien a quien

En la página siguiente:
la iglesia de Santo
Domingo, inaugurada
en 1799, antes de contar
con su segunda torre.

se le confiriese un cargo directivo postal, es la designación del vecino de Buenos Aires don Juan Vicente de Vetolaza y Luna como teniente del Correo Mayor, el 19 de junio de 1748.

Era Vetolaza un personaje de campanillas en la aldea porteña de entonces: se sabe que fue defensor de menores (1747) y de pobres. En 1748, cuando se hizo cargo del correo, era cabildante y procurador general interino, y su nombre sonaba muy bien en la Corte, como lo prueba la correspondencia guardada, tanto en Buenos Aires cuanto en los Archivos de Indias, en Sevilla.

Falleció Vetolaza en 1751 y, siguiendo la tradición, lo sucedió su hijo Juan Manuel, que no pudo ejercer el cargo por ser capitán de dragones y lo traspasó a un pariente, Martín de Mena y Mascarúa, que murió en 1761. Después figura en los libros un tal Francisco Domínguez Maneiro y, por fin, Mateo Ramón de Alzaga, quien fue el último teniente de Correo Mayor en Buenos Aires, ya que en 1769, la Corona canceló el monopolio otorgado a los Carvajal y asumió el correo terrestre tal como había asumido el marítimo.

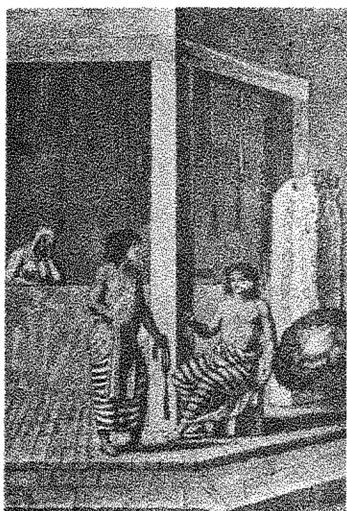
Pero la figura realmente importante de este momento, el hombre que decisivamente pesó para que el correo fuese una realidad en el Plata, y se preocupó (seguramente por intereses comerciales) por mejorar las comunicaciones, fue Domingo de Basavilbaso, quien en 1748 consiguió del Correo Mayor —cuya sede, se dijo, estaba en Lima—, mediante presiones ejercidas a través del gobernador de Buenos Aires, José de Andonaegui (que lo era desde 1745; al año siguiente sube al trono de España Fernando VI), que finalmente se establecieran correos fijos en estas provincias.

Ramón J. Cárcano en su también imprescindible *Historia de los medios de comunicación y transporte en la República Argentina*, dice que “los ataques de indios, los desembolsos que originaban los viajes y el estado de incomunicación en que se hallaban muchas regiones, fueron la causa generadora de su iniciativa” (se refiere a la de Basavilbaso, personaje que se merece un capítulo especial).

PPRIMERO, una visión general y forzosamente incompleta de la época. Tras la penosa agonía del linaje de los Habsburgos españoles, en la figura patética de Carlos II, “el Hechizado”, la otrora potencia imperial recibe esperanzada (y después de una Guerra de Sucesión que ensangrentó a Europa entera) a una nueva dinastía: los Borbones.

El duque de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia, sube al trono de España como Felipe V, en 1683. Como todo Borbón, es un constructor de palacios: en medio de un pinar, desde el que se divisan los picos nevados de las montañas, en las cercanías de Segovia, edifica por mano del arquitecto





*Indios pampas
en la ciudad,
según una acuarela
de E. E. Vidal.*

flamenco Teodoro Ardemans, un trasunto del Versailles familiar: el Real Sitio de San Ildefonso de La Granja. Sus jardines y fuentes no sólo evocan el original francés sino que, además, tienen un acento muy personal, quizá por la extraña y armoniosa mezcla de oscuro bosque de pinos, cumbres nevadas, parterres y bosquecillos en el estilo de Le Nôtre, y fantásticos juegos de agua auspiciados por deidades mitológicas.

Nos demoramos en la descripción del Real Sitio porque de él emanaron, en diversas épocas y bajo distintos reyes —todos Borbones—, ordenanzas, cédulas y nombramientos que repercutieron en estas lejanas y modestas tierras del Plata. A Felipe V le sucedió (muerto su primogénito, Luis I, en quien había abdicado la corona y de quien debió retomarla, pues el joven monarca apenas si gobernó unos meses) su hijo segundo, Fernando VI; a éste, su hermano, hasta entonces rey de Nápoles y las Dos Sicilias, Carlos III, el gran rey a quien se debe la creación del Virreinato del Río de la Plata; a éste, su hijo Carlos IV, y a éste su hijo, Fernando VII.

Salvo el último de los nombrados, en cuyo nombre comenzó actuando la Primera Junta en mayo de 1810, y pasando por alto algunas torpezas de Carlos IV, fueron los Borbones reyes ilustrados y benévulos, de tendencias progresistas, moderadamente liberales y deseosos de gobernar para el bien general. Sobre todo, Carlos III, un rey de España que bien merecería tener una estatua en Buenos Aires, por las muchas iniciativas con que benefició a estas tierras.

Hijos del Siglo de las Luces, aunque educados en la noción del derecho divino de los reyes y muy conscientes (otro rasgo borbónico) de sus prerrogativas, estos monarcas advirtieron los cambios de los tiempos y se dispusieron a capearlos lo más dignamente posible, con el menor menoscabo de su majestad y pensando en el bienestar común.

Con carruaje propio

Es en ese contexto político que se entiende mejor la actividad de Domingo de Basavilbaso. Había nacido en Bilbao, en el País Vasco, en 1709, y vino a Buenos Aires con dos hermanos. Éstos se marcharon a Santa Fe y él prefirió quedarse en Buenos Aires, donde se dedicó al comercio y donde casó con María Ignacia de Urtubia y Toledo. Su hogar llegó a ser espejo de distinción, y hasta tuvo carruaje propio, cosa insólita en aquella pequeña ciudad de traza tan modesta.

Tuvo esa casa de los Basavilbaso, en la calle Perú, otras particularidades que la destacaron. Constaba de planta baja y dos pisos, otro rasgo nada común, y se prolongaba aún más hacia arriba con un mirador de vidrios rojos, azules y blancos, que las gentes señalaban por la calle como un adorno de la ciudad. Y esa residencia, de la que el primer virrey del Río de la Plata, don Pedro de Cevallos, dice en carta a un amigo

español que “Basavilbaso la ha amueblado muy bien”, puede considerarse también el primer edificio en que funcionó el Correo en Buenos Aires, puesto que don Domingo, como muchos comerciantes de la época, tenía allí mismo sus oficinas, caballerizas, cocheras y depósitos. Fue también una de las dos casa porteñas con aljibe (en cuyo fondo, como era de práctica, reposaba la purificadora tortuga).

Tanta prosperidad no podía pasarse sin sus correspondientes envidias: sañudos enemigos tuvo don Domingo entre sus conciudadanos, sobre todo porque participó activamente en la expulsión de los jesuitas (1767). Pese a lo cual, siguió desempeñando cargos importantes: pues si en 1738 había sido alcalde ordinario y, al mismo tiempo, oficiado de alférez real, el año siguiente fue síndico procurador general, y alcalde de primer voto en 1745.

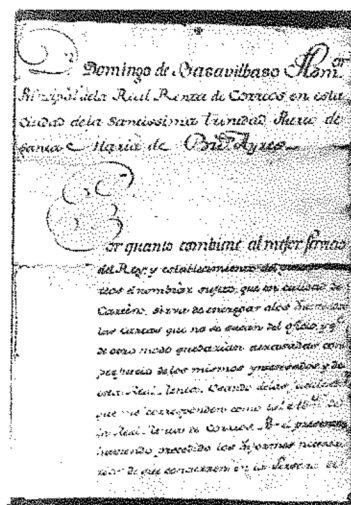
En 1767, quizá en premio por su actuación en el asunto de los jesuitas, lo vemos como regidor; y el 20 de julio de ese mismo año, el marqués de Grimaldi, Superintendente General de Correos de España e Indias, hace firmar al rey, que pasaba el verano en el palacio de La Granja, la designación de Basavilbaso como Administrador del Correo Marítimo (que dependía directamente de la Corona) en el Río de la Plata “y ramo de comercio”. Una nave partía mensualmente de La Coruña a La Habana; tan sólo en 1767 se extendió ese beneficio a estas provincias, servidas hasta entonces por buques portugueses.

Todo estaba dispuesto, entonces, para que al cesar el monopolio ejercido por el Correo Mayor de las Indias, medida que se haría —se hizo— efectiva a partir del 1º de julio de 1769, y cesar en su cargo de teniente de aquel Correo, Mateo Ramón de Alzaga, se convirtiera Basavilbaso en Administrador también de los correos terrestres, o sea, Administrador General, puesto que desempeñaría hasta 1772, cuando su salud comenzaba a resentirse.

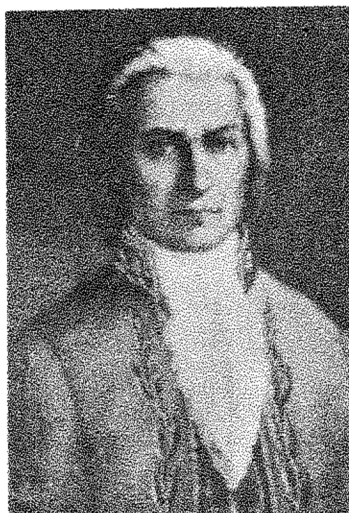
Cesación del monopolio

Hagamos un paréntesis en la actuación de Basavilbaso, para describir la cesación del monopolio del Correo Mayor de las Indias, don Fermín Francisco de Carvajal y Vargas, conde del Castillejo y del Puerto, un trámite que tiene sus entrete-
lones de opereta. Hay que imaginarse a estos nobles de peluca empolvada, calzón corto y casaca crepitante de oros y condecoraciones, agitándose en el escenario fastuoso de la Lima virreinal, como los describe Próspero Merimée en *La carroza del Santísimo Sacramento*.

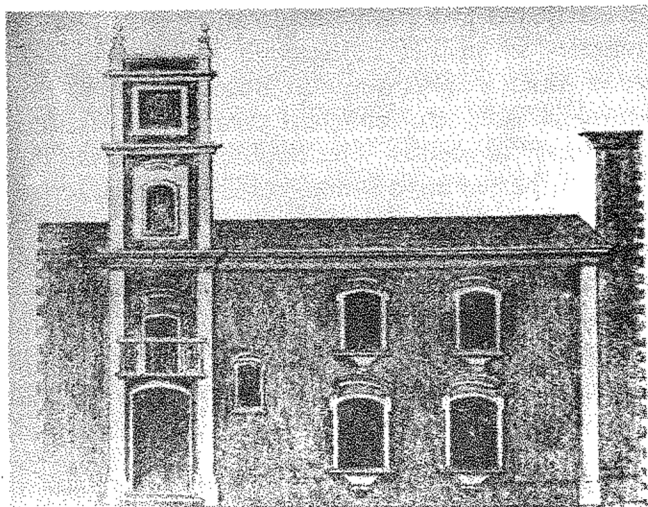
Y, seguramente, por lo que se leerá a continuación, los Carvajal, a pesar de los títulos y de las ínfulas, y aunque el monopolio de correos en América debía darles bastante más que el pan y la manteca, no eran del todo nobles de primera



Nombramiento del primer cartero, el sevillano Bruno Ramírez (Buenos Aires, 1771).



*Domingo de Basavilbaso,
promotor del Correo,
fue su primer
administrador general
en el país e instaló
las oficinas en su casa
de la calle Perú.*



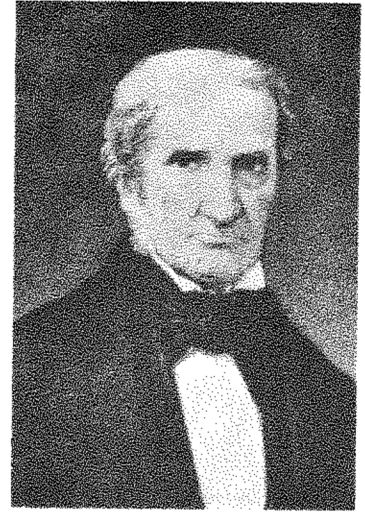
agua, o, por lo menos, reconocidos como tales en una corte lujosa —más que la del mismo rey de España—, colmada de snobs, nuevos ricos y arribistas de toda laya.

El 31 de enero de 1767, la condesa de Castillejo y del Puerto había extendido el título de teniente del Correo Mayor de las Indias, para Buenos Aires, a Mateo Ramón de Alzaga, "por un período de un lustro y por la cantidad de 500 pesos dobles por año". No llegó don Mateo a cumplir ese lustro en el cargo, porque ya por Reales Cédulas del 13 y 16 de octubre de 1768, Carlos III decidió incorporar los correos terrestres de América a la Corona, tal cual se había hecho con los de la Península. Pero el conde de Castillejo y del Puerto se resistía a la pérdida de sus privilegios, que databan nada menos que de 1514.

Se inicia entonces una tramitación interminable, donde —como se dijo— la sola mención de los títulos y honores de los personajes en juego, ocupa folios enteros, escritos con la florida caligrafía de los pendolistas especializados en este chicleo de leguleyos y, para colmo, de personajes blasonados.

En resumidas cuentas, a cambio de la cesación de su monopolio, don Fermín le pide al rey de España (ya era Carlos IV): grandeza de España a perpetuidad, para él y sus descendientes; título honorario de Correo Mayor de las Indias, también hereditario, y exención del pago de lanzas y medias anatas por los títulos de conde del Puerto y del Castillejo.

Asimismo, reclamó se le concediera título de Castilla, que se transmitiría a los primogénitos a la muerte del titular; indemnización anual de 14.000 pesos sencillos, pagaderos sin descuentos por terceras partes, y entrega anticipada de una anualidad; facultad para enajenar sus bienes en América, libres de todo impuesto; exención del pago de 200 pesos de plata que tradicionalmente abonaba por año al Inquisidor decano de Lima; 7.000 pesos fuertes para su pasaje a España con su fa-



milia; garantía de que sus arrendatarios serían respetados en sus puestos hasta el cese del tiempo convenido en las escrituras; y "auxilios de los virreyes, audiencias y otros tribunales en la ordenanza de lo que se le adeudare en América".

Pretendió también el título de duque; y el rey, que a todo lo anterior había accedido, se lo negó por entender que "semejante honor no debía figurar en una transacción comercial". Pero finalmente se lo concedió también, y Carvajal y Vargas se convirtió, como homenaje al monarca que tanta generosidad le demostró, en el primer duque de San Carlos.

El gobernador de Buenos Aires, Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa, recibió correspondencia de los directores de la Renta de Correos, en Madrid, del 7 de diciembre de 1768, en la que se le comunicaba la novedad de la incorporación de los correos de tierra a la Corona, desde el 1º de julio de 1769.

El 28 de junio de ese mismo año, Bucarelli lo hizo saber a Mateo Ramón de Alzaga; y es curioso observar que en el caso de éste, por lo menos, no se aplicó la cláusula aquella del respeto al contrato firmado con sus tenientes, pues Alzaga cesó en sus funciones desde la fecha ordenada por el rey, siendo reemplazado por Domingo de Basavilbaso.

Ha llegado un inspector

Basavilbaso se hallaba bien al tanto del calamitoso estado de las comunicaciones en esta parte del mundo. "Una de las cosas más notables en el correo colonial —observa Castro Esteves—, es la diferencia ostensible entre los medios rudimentarios de comunicación y de transporte, y lo adelantado de la legislación postal". Pues no eran solamente aquellas sabias Leyes de Indias, ya citadas, las que regían ese tráfico en estas provincias.

Perspectiva de Buenos Aires, según grabado publicado en Milán en 1825. Se inspira en un dibujo de 1794 que, por error de impresión, salió al revés: convirtiendo el Sur en Norte. A la derecha, Juan Manuel de Luca.



*Gervasio Antonio
de Posadas.*

Están también las famosas Ordenanzas de 1762 y 1794, tan previsoras y perfectas en su articulado que Eduardo Olivera, administrador de Correos de la República Argentina, pudo escribir más de un siglo después: "Hemos tenido ocasión de estudiar la mayor parte de las disposiciones a que nos acabamos de referir (la Ordenanza de 1762), y podemos asegurar que en ellas estaban previstos multitud de casos referentes al servicio, de una manera tan eficaz y práctica que, al confeccionar el nuevo reglamento que hoy rige el sistema postal de la República, adopté algunas de las disposiciones sobre la manera y modo de despachar la correspondencia, así como sobre la marcha de los correos a caballo en el interior del país". Y Cruzada Villamil recalca: "Su espíritu y hasta gran parte de su letra habrán de regir siempre, mientras exista el servicio de Correos".

La Ordenanza de 1762 se originó en el "Itinerario de las carreras de postas de dentro y fuera del Reino", del año anterior, y fue expedida en el Real Sitio de San Ildefonso de la Granja el 23 de julio (siempre que sea verano, encontraremos a los reyes refugiados en la frescura de La Granja), firmada por Carlos III y refrendada por don Ricardo Wall, primer secretario de Estado y Superintendente General de Correos y Postas.

Fue durante el reinado de Carlos IV que se publicó, por decreto del 8 de junio de 1794, refrendado por el primer secretario del rey, Manuel de Godoy, duque de Alcudia, la Ordenanza General de Correos, Postas, Caminos y demás ramos agregados a la Superintendencia General. Le tocó ponerla en práctica en el Río de la Plata, al administrador general de Correos de Buenos Aires, Antonio Romero de Tejada.

De la Ordenanza de 1794 ha dicho Eduardo Verdegay y Fiscowich que es de "importancia extrema" y que "sus principales bases son las mismas por las que hoy se rige el servicio". Análogas consideraciones se han formulado en México y en el Perú, donde ambas disposiciones borbónicas fueron, prácticamente, las bases de la legislación que rige hasta hoy.

Y, no obstante tan sabias disposiciones, decíamos al comienzo de este capítulo que Domingo de Basavilbaso podía muy bien, en 1769, catalogar los males que impedían el buen funcionamiento del Correo en estas provincias (además de las enormes distancias que debían cubrir los esforzados mensajeros), a saber: escasez de personal para atender los servicios y efectuar los imprescindibles refrescos de los hombres agotados; necesidad de establecer una carrera a Corrientes y al Paraguay; dificultades del tránsito a Chile, por los peligros de los temporales y aludes en la Cordillera; dificultades para cobrar las rentas postales.

Entonces, como ahora, la gente esquivaba en estas regiones el cumplimiento de las cargas sociales y el pago de tasas. Como aún no existían estampillas, se fijaba lo que se llamaba



*Domingo French
era cartero al producirse
los acontecimientos
de Mayo, en los cuales
tuvo tan patriótica
intervención.*

el porte, que dependía del tamaño y calidad de la carta (particular, comercial, oficial). Una de las más enconadas luchas que debió librar la Administración de Correos en tiempos de la colonia, fue la irresistible tendencia de los funcionarios, de cualquier rango, a incluir su correspondencia privada en la franquicia de porte otorgada a las comunicaciones oficiales.

Así las cosas, 1771 asoma como un año importante en nuestra historia. El 12 de enero de 1771, el marqués de Grimaldi, a quien ya conocemos, designa a Alonso Carrió de la Vandera, Visitador General —vale decir, una suerte de inspector con plenos poderes, encargado de revisar las cuentas y corregir abusos y deficiencias de los funcionarios y del servicio— de la Renta de Correos, desde Montevideo y Buenos Aires hasta Lima.

Esta visita acarreó una consecuencia importante: el secretario de Carrió de la Vandera fue nada menos que Calixto Bustamante Carlos, (a) Concolorcorvo, nacido en el Cuzco, autor del *Lazarillo de ciegos caminantes*, pretendido descendiente de los incas (pretensión de la que él mismo se burlaba), observador malicioso y desprejuiciado de todo lo que vio y escuchó en el trayecto, y último cronista de Indias, ya en el ocaso del siglo XVIII y del imperio español.

Los primeros carteros

Y el 11 de septiembre de 1771, acontecimiento histórico, se designó al primer cartero de Buenos Aires, el sevillano Bruno Ramírez, que al año siguiente se volvió a su tierra y fue reemplazado por Pedro Veiras. Carteros ya había en España desde 1762, y la Ordenanza que los crea no deja de tener su gracia al aducir las razones de la medida: "... no pudiendo despacharse las cartas al Público enteramente por la Rexa de las oficinas, a causa de no acudir sus dueños a sacarlas, se ha



*Eduardo Olivera.
A la derecha: "Soldados
criollos", acuarela
del sacerdote Florián
Paucke, pintada en 1749.*



hecho preciso destinar sujetos determinados, que las llevaran a las casas, los cuales se llaman carteros". El puesto llevaba anexo el de guarda de la Renta y se lo desempeñaba sin sueldo, con el beneficio de medio real por cada carta o por cada dos entregadas a una misma persona (ocho reales formaban un peso de plata).

Entre 1773 y 1778, el cartero de Buenos Aires fue don Bartolomé Jaime. A él le cupo el doloroso deber de distribuir algunas de las misivas de pésame que despidieron a Domingo de Basavilbaso, quien falleció el 9 de mayo de 1775. Y mientras este precursor de la actividad postal en el país se aleja en un carruaje —no el suyo, por cierto— que se tambalea por las calles inclementes de la ciudad, rumbo a la Catedral donde sería sepultado (pues era "mayordomo tesorero de su fábrica"), como lo había sido, en 1764, su mujer, María Ignacia Urtubia y Toledo, el hijo de ambos, Manuel de Basavilbaso, seguía las huellas paternas, como administrador del Correo, aclaremos, cargo que ejercía desde 1772, cuando se retiró don Domingo.

Este Manuel de Basavilbaso había nacido en Buenos Aires en 1739, y Concolorcorvo, que no prodiga elogios, lo llama "mozo de más que común instrucción y juicio". Estuvo 22 años al frente de los correos y empezó ganando lo mismo que su padre, 2.500 pesos plata anuales (diecisiete pesos de éstos significaban una onza de oro). Se desempeñó con eficiencia, por lo menos en los primeros tiempos, y consiguió organizar, pese a enconadas oposiciones por intereses comerciales afectados, el Correo de Encomiendas de Potosí a Buenos Aires, en 1786.

Durante su administración se produjo la Revolución Francesa, acontecimiento visto con lógica desconfianza por las demás monarquías de Europa y por la muy vecina de España. El 29 de abril de 1793, el virrey don Nicolás de Arredondo le advierte por nota reservada a Manuel de Basavilbaso, que debe vigilar muy especialmente la correspondencia de un peligroso



*Vendedores ambulantes
en los arcos de la Recova,
hacia 1817, como los vio
E. E. Vidal.*

propagandista de las nuevas ideas, Miguel Rubín de Celis, que introducía en el Plata "papeles sediciosos y libertinos".

También por esta época estalló el bizantino conflicto por los tratamientos que debían intercambiar las autoridades metropolitanas y coloniales en la correspondencia oficial. Carlos IV procuró zanjar la querrela mediante Real Orden del 20 de noviembre de 1786, pero resignándose de antemano al fracaso, pues de sobra conocía a sus burócratas.

No tuvo buen fin la administración de don Manuel, al cabo de tanto tiempo, pues murió, el 9 de junio de 1794, sin saber que en esos momentos llegaba de España el real documento que lo exoneraba por "disponer en provecho propio de la renta de correos". En realidad, parece más bien que, a fuerza de estar familiarizado con su oficio, que por la sangre le venía, y de hallarse a tanta distancia de la fuente del poder, terminó por rendir mal, o no rendir del todo, las cuentas pertinentes. Lo sucedió don Félix de la Rosa.

AUNQUE la descripción que va a leerse, de Alfredo Taullard, corresponde a una fecha ligeramente posterior (1822) a la que estamos tratando, cuando el Correo de Buenos Aires estaba instalado en su segunda casa, la de la calle Bolívar 115 (de la antigua numeración), no hay razones para imaginar que en aquella cansina aldea dejada de la mano de Dios, el primer Correo, el de la calle Perú entre Alsina y Moreno —el instalado en el domicilio particular de Domingo de Basavilbaso— haya sido muy diferente.

"A la entrada había un salón cuadrado con tirantes de madera y piso de ladrillo, toscamente revocado y blanqueado a la cal; al frente, un largo mostrador de cedro que se extendía de derecha a izquierda, separaba al público de los empleados; detrás de éste se levantaba una estantería de 399 casillas para

*En la página siguiente:
hoja final del acta
de instalación
de la Junta de Mayo,
librada en el Cabildo.*

abonados, sin cerradura ni puerta... A la derecha estaba la oficina del Director General, y los demás empleados en las habitaciones interiores."

Son las nueve de la mañana, hora de plena actividad para gentes que a las seis ya estaban, y antes aun, en camino a sus devociones. Varios caballeros y algunas (muy pocas) damas, criadas y peones están despachando correspondencia para las provincias y para "los reinos del Perú" (la primera carrera de postas que partió de Buenos Aires, lo hizo en dirección a Lima). En tiempos del monopolio de los Carvajal, éstos obligaban a pagar el porte —lo que después sería el franqueo— en el momento de despachar las cartas; Basavilbaso, para prevenir o impedir abusos, era partidario de que el porte lo pagase el destinatario.

Los empleados son apenas tres, y uno de ellos es muy joven, un adolescente casi, a quien sus padres, aunque de buena familia, han puesto a trabajar para que contribuya a las magras finanzas del hogar (¿por qué no imaginar que se trata de Domingo French, que se destacará en mayo de 1810?).

Para cooperar en los trabajos del Correo, que no son livianos, la administración ha comprado dos negros, uno ya adulto y otro más joven, que en lo posible tratan de esquivar las tareas pesadas y prefieren estar de palique con los clientes. Algunos de éstos no son tales, en realidad: no tienen gran cosa que hacer en aquella Buenos Aires de menudo comercio y vastas habladurías, y han hecho de la oficina del Correo una suerte de club, o de café en seco, lugar propicio para intercambiar informaciones útiles, enterarse de las últimas noticias del interior, de los países vecinos y de la metrópoli, leer "de ojito" aquella *Gazeta* manuscrita que desde 1764 el Correo pone a disposición de los parroquianos, y husmear qué clase de libros o impresos reciben y despachan las personas sospechadas de ser liberales, masones o herejes.

El celo de don Domingo

La bulla obliga a Domingo de Basavilbaso a asomar al salón su rostro congestionado de buen vasco que se afana entre libros de registro, otros de cuentas, y papelotes en los que la administración española exige y ordena cosas inverosímiles para estas tierras salvajes. En mangas de camisa porque el calor ya está apretando, impone silencio con su sola, honesta y severa mirada. Los dependientes redoblan el rasguido de las péñolas sobre los recibos, y los negros hacen como que limpian, o ponen en orden sillas y tinteros. Se vuelve don Domingo a su despacho, y al rato el salón ya está cumpliendo de nuevo la función social que seguramente no imaginaron los introductores del correo en América.

¿Qué escribía Basavilbaso cuando fue a poner orden en su redil? Una minuta a los remotos Administradores de la Renta,

artilleria en aquella, a donde no pasó por entonces el
Excelentísimo Cavildo, como lo havia executado la tan-
de de la instalacion de la primera Punta, a causa
de la lluvia que sobrevino, y de acuerdo con los Señores
Vocales, Reservando para el cumplido el día de
mañana, y lo firmaron de que doy fe =

Juan Jph. Corica Gregorio Pina

Manuel Manilla J. Villan. José de campo

Juan Delano Jaime Vidal y Guardag

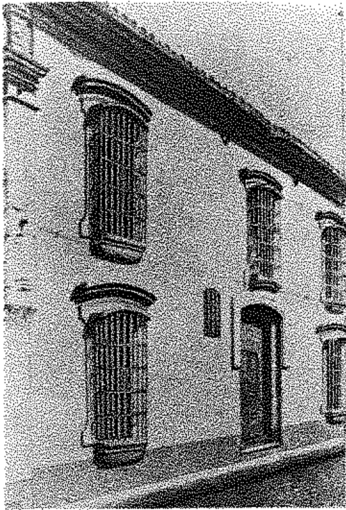
Antonio Amigues Juan Pina Santiago Perdomo

Antonio de la Cruz D. Juan de la Cruz

M. Delgado Miguel de Arce D. Juan Alberti Domingo Mathis

Juan José Pardo D. Esteban Moreno

Yo don Juan José Pardo
diciendo ante mí don Esteban Moreno
en mi fe y de ley.



*Segundo edificio
del Correo
de Buenos Aires,
en la actual calle Bolívar.*

allá en la fea capital del vasto imperio; una minuta que iría a perderse, seguramente, en las profundidades de una gorda carpeta, rebotante de centenares de comunicaciones parecidas que, más tarde, recibirían sepultura para la eternidad en el misterioso vientre insaciable, inagotable, del Archivo de Indias.

Escribía don Domingo que las cartas se acomodaban, según su destino, en paquetes envueltos primero en papeles, y luego en jerga —arpillera— que se cosía esmeradamente; y encima del paquete así confeccionado se pegaba el rótulo. Él había intentado —explicaba— proteger mejor aún a la correspondencia de los azares del camino y de la intemperie, utilizando una cubierta de cuero en vez de jerga; pero ocurrió que las lluvias y el sol, o la eventual caída del paquete al agua, en alguno de los muchos ríos que debían atravesarse, achicharraban y arrugaban de tal manera el cuero, que al fin se perjudicaban más las cartas que antes. En resumen, que había desechado el cuero, que además costaba mucho, y retornado al antiguo sistema.

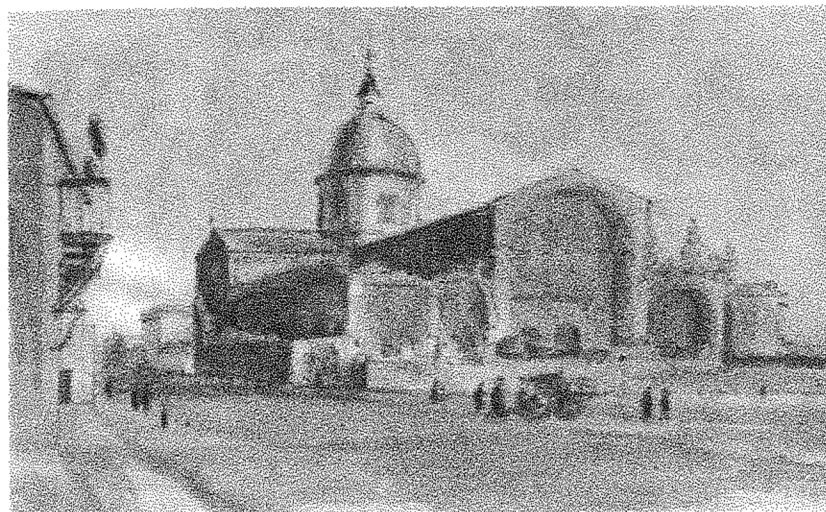
Hacía saber también que en el caso de tormentas muy recias y persistentes, o en el de los ríos crecidos, él había autorizado a los correos a detener su marcha hasta que las cosas mejorasen, “sin riesgo de avería de la Baliya, ni de la vida del Correo, ni Postillón, pues menos mala sería su detención por un día más o menos que exponerse a dichos dos riesgos; y aunque muchos lo observan, hay algunos tan fogosos y precipitados que arrostran todo peligro”.

En este momento, arreció el alboroto en el salón a tal punto, que decidió el señor Administrador no ya asomar la testuz sino irrumpir de cuerpo entero en el recinto y atronarlo con su vozarrón de vasco enojado. Para lo cual, le convenía ponerse la chaqueta, a fin de inspirar mayor respeto.

Así lo hizo, y se encontró con el motivo de tanta alharaca: demudado, sudoroso, jadeante, uno de sus mejores correos, Pedro Díaz, se apoyaba en el mostrador, bebía a grandes sorbos el agua de una tinajita que le acercara uno de los negros, y narraba, ante el público y los dependientes, estupefactos, lo que le había ocurrido en la posta de José Moyano, a unas ocho leguas de la ciudad, en la noche anterior.

En pocas palabras, que un peón llamado Bernardo, “criollo de Salta cuyo apellido ignora”, se había acercado al fogón donde se cocinaba un sabroso asado, se sumó a la rueda, distrajo a Díaz haciéndolo alejar para atender una presunta molestia de su caballo, que estaba de veras muy cansado, y después de comer se marchó. Y cuando Díaz fue a buscar su maletón de correspondencia, “encontró que lo habían abierto con cuchillo y que de él le sacaron trescientos pesos que traía de encomienda para Buenos Aires y cosa de setenta y tantos pesos de sus gastos”, de todo lo cual acusaba él al tal Bernardo.

“No se gana para sustos”, se dijo Basavilbaso de vuelta en su despacho después de poner algún orden en el salón, con-



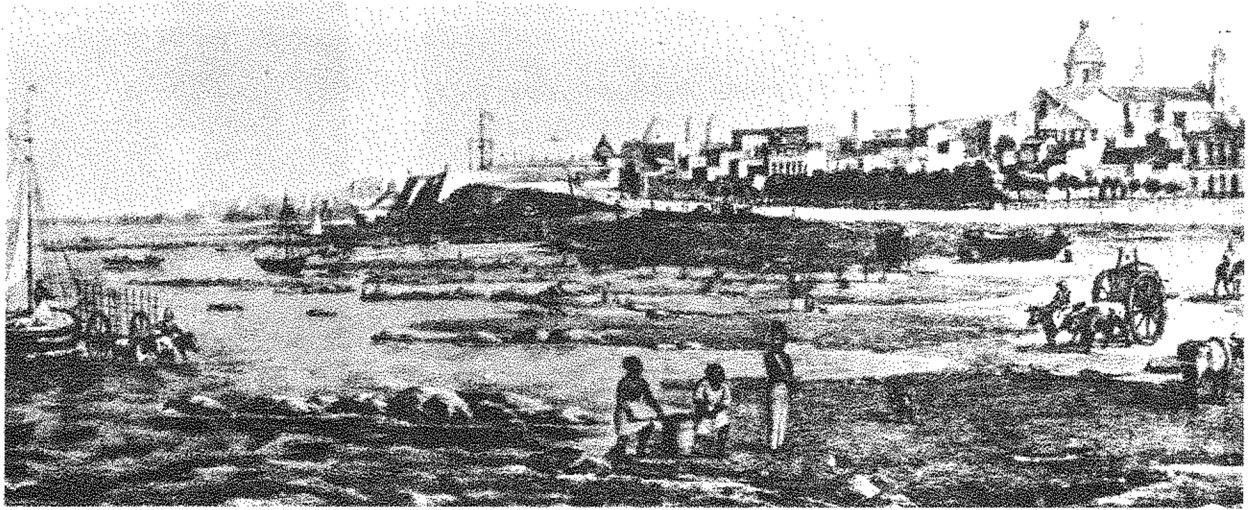
vencer a una vieja beata de que podía enviar sin peligros las orzas de jalea para su comadre del Tucumán, tranquilizar a los negros y despachar a Díaz al cuartel de policía, acompañado por el joven French, para hacer la denuncia de lo ocurrido. "Qué oficio éste", suspiró al quitarse la chaqueta y colgarla de una percha (pues era hombre extremadamente prolijo y ordenado).

"Cuando no hay robos, hay crímenes; o los pobres correos mueren extenuados, como aquel Fermín Zorrilla, que se me murió en la carrera a Chile, de un vómito de sangre; y a su sucesor, Nicolás Gazco, lo degollaron por el camino para robarle caudales que no llevaba él, sino el correo del mes anterior... Y esta maestra de postas de la Cañada de Morón, esta Margarita Ocampo, que me pide que interceda ante el virrey para que se derriben unos ranchos que impiden a sus caballadas bajar a beber al río de las Conchas... Y este otro maestro, el del Luján, Francisco Xavier Guzmán, que renuncia a su cargo porque la sequía lo ha dejado sin pasto para los caballos, y además se los roban. ¿Con quién lo reemplazo ahora? Tengo que informarle todo esto al virrey, y también a Madrid."

Se dispuso don Domingo a esgrimir de nuevo la pluma, cuando su estómago le avisó que probablemente ya era tiempo de almorzar. Extrajo su voluminoso reloj de oro de las profundidades del pantalón y vio que, en efecto, faltaba apenas un cuarto de hora para la una. Suspiró, arregló maquinalmente los folios y los libros que se apilaban sobre la mesa de caoba —el único lujo de la modesta habitación—, tapó los tinteros y entre ellos depositó, sobre la misma bandeja, la salvadera para espolvorear arena sobre la tinta fresca.

De una a dos de la tarde duraba el receso del Correo, lapso durante el cual todos los empleados se iban a almorzar a sus

*La Catedral, antes de 1822,
cuando se edificó
la fachada de columnas.
A la derecha,
Ramón J. Cárcano.*



*La ciudad y la costa
del río de la Plata,
en 1835, vistas
aproximadamente desde
lo que es hoy
Leandro N. Alem
y Tucumán.*

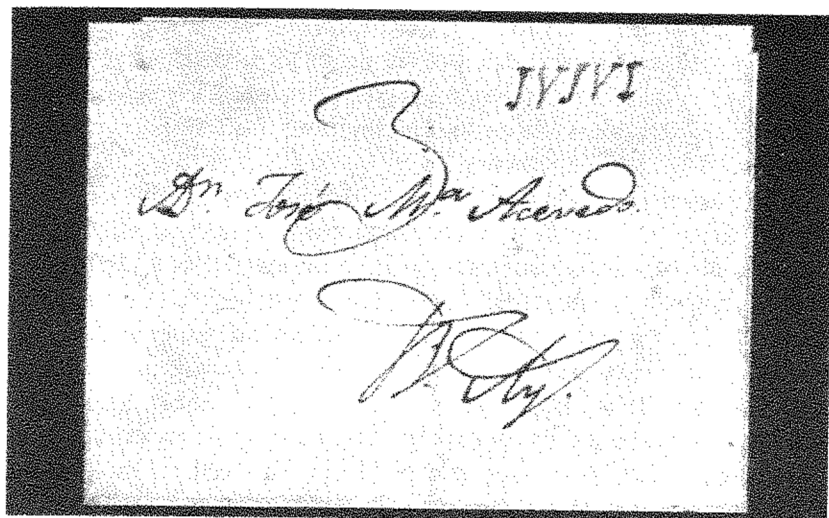
casas, menos los dos negros, que se habían instalado en los fondos de lo de Basavilbaso. Pero, al contrario de la mayoría de los habitantes de Buenos Aires, que prolongaban la sobremesa en una larga siesta, hasta las cinco, los del Correo debían estar de vuelta —don Domingo lo controlaba, reloj de oro en mano— a las dos en punto.

Porque a esa hora empezaba la tarea acaso más pesada, en la que colaboraban todos, desde el administrador hasta los negros, ya que el correo debía partir a las tres, también en punto: hacer los paquetes, coser la arpillera, pegar los rótulos —aquellas agujas de colchonero, aquellos potes rezumantes de una sustancia pegajosa e indescriptible—, dibujar las referencias en las guías con aquellas letras ornamentadas, asentar los portes, las entradas y las salidas en el Libro de Cargo, confeccionar los recibos...

Como a las seis de la tarde, se sentó don Domingo a su escritorio y, presa de súbita inspiración, se puso a describir todo lo que había ocurrido en aquel día en su pequeño reino, para información del señor de aquel otro reino mucho más vasto y complicado, en el cual la oficina de Correos de Buenos Aires no era ni siquiera el rastro de una mosca en un planisferio, y asentó, con grandes florilegios de caligrafía: "...habiendo vencido dichas prolixas y ejecutivas funciones a costa de una actividad que para hacer concepto de ellas es necesario presenciirla".

La aventura cotidiana

El correo partió a las tres en punto de Buenos Aires, por la carrera a Lima. Iba Hilario Linares al trote liviano de su zaino, no muy bien dispuesto de ánimo porque se había enterado de lo acaecido a su colega Pedro Díaz en la posta de José Moyano; pero el vaivén de la marcha y el aire fresco que iba



*Carta del general
Belgrano, remitida desde
Jujuy a Buenos Aires,
en abril de 1813.*

poco a poco desalojando al bochorno de un día de verano incipiente —era noviembre—, lo pusieron de buen humor.

Además, se acercaba el momento en que, en la Cañada de Morón, a cinco leguas de la ciudad, se encontraría con aquella Margarita Ocampo, mujer recia pero simpática, en cuyo rancho nunca faltaba un mate para sobornar la sed del correo y reconfortarlo en el comienzo de su largo trayecto.

A la grupa de su cabalgadura, llevaba Linares el maletón de la correspondencia, majestuosamente mecido por el andar del caballo, que ya se había sosegado en un trote largo. Nada de especial esta vez en la maleta, o por lo menos don Domingo no se lo había advertido: ni caudales —a Dios gracias—, ni cartas recomendadas. Nada que despertara la codicia de los mal entretenidos. Pero siempre estaban los indios, y además, nunca se sabe.

A medida que se internaba en el Oeste, la llanura iba empujándose, imperceptible pero seguramente. Algunos montes, azules por la distancia, marcaban las pocas habitaciones esparcidas por los campos que ningún alambrado dividía aún. Entre otras cosas, le daban vueltas en la cabeza las lamentaciones de su compadre Bonifacio Flores, el maestro de postas de Buenos Aires, escuchadas la noche antes.

Protestaba Bonifacio de los gastos que le ocasionaba la posta, la más onerosa de estas provincias puesto que, increíblemente, debía cumplir con la cantidad de caballos que las ordenanzas le fijaban, cuando correos y viajeros usaban en ese punto sus propias cabalgaduras; y, además, hallándose enclavada en la ciudad, tenía que comprar el pasto para alimentar a los animales, y le salía muy caro.

“Todos tenemos de qué quejarnos”, caviló Hilario, algo amodorrado por el viaje y arrebuñándose en el poncho, porque ya la tarde empezaba a caerse justo sobre el horizonte hacia el que se encaminaba. Como correo de número, ganaba treinta

*Portón de la Aduana Vieja,
en las actuales Balcarce
entre Belgrano
y Venezuela.
En este edificio
nacieron los generales
Miguel de Azcuénaga
(1754) y
Juan Lavalle (1797).*

pesos mensuales, con los que debía alimentar a su mujer, su suegra —viuda de otro correo, de quien él heredó el puesto— y cinco hijos. Peor estaban los supernumerarios, claro, que apenas si percibían un peso diario, pero únicamente cuando estaban prestando servicios.

De lejos lo saludaron los ladridos de los perros de Margarita Ocampo, que salió a recibirlo como siempre, alisándose el informe pollerón floreado y la crencha canosa, pateando a los perros y protestando por algo. Pero era pura espuma, nomás: en todo el contorno se alababan su generosidad, su coraje y su recato, aunque fuera diestra en cambiar con correos y postillones, bromas de grueso calibre que después, al evocarlas en sus muchos momentos de soledad, la hacían reírse sola, para gran asombro de los perros que se quedaban mirándola como opas.

Apenas media hora se quedó Linares departiendo con la maestra de postas, el tiempo justo para una mateada, un intercambio de informaciones y saludar a Nicasio Oroz, que venía desalado desde Chile, la carrera más accidentada y riesgosa. Margarita se quedó despidiendo a Hilario largo rato.

Los muchos años transcurridos en la posta, desde que vivía su marido, ese ir y venir incesante de gente de toda laya y de todas partes, y el contacto con los animales y la naturaleza, le otorgaron una suerte de sabiduría de la que ella no se jactaba pero que a veces la asustaba. Sabía, con absoluta seguridad, que no volvería a ver a Hilario Linares; sin embargo, no tenía manera de prevenirse, ni él la habría tomado en serio si se lo hubiera dicho.

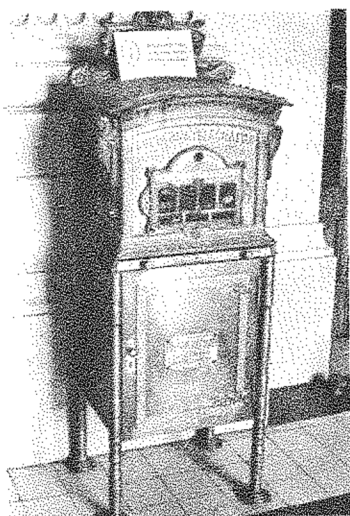
Tampoco nosotros sabremos ya nunca qué le pasó a Hilario. Tan sólo queda consignada, en el registro de Pensiones, una sucinta información: "Doña Francisca Ferreyra, viuda del Correo de Número Don Hilario Linares, que sirvió muchos años y murió en viaje infelizmente, a quien se le concedió medio sueldo (se le deben seis meses)". El infeliz corrió la misma suerte de muchos de sus colegas: no era saludable el trabajo de correo en aquellos tiempos.

La lectura del Registro de Pensiones así lo proclama, con una extraña mezcla de lenguaje burocrático del tiempo, y de compasión humana, una compasión que hoy ya ha desaparecido de similares documentos contemporáneos. Allí se lee, por ejemplo: "Doña Celestina Olivera, viuda del correo de número Don Fermín Zorrilla, que sirvió muchos años con celo extremado y murió enteramente estropeado y se le concedió a la viuda medio sueldo". "Doña Martina Florencia, viuda del correo Don Nicolás Gazco, que sirvió muchos años, a quien mataron en abril de 1803, a la salida de Chile para robarle, y se le concedió medio sueldo".

En otro rubro de este catálogo patético, aparecen: "Don Juan Vicente Hernández, paralítico, tiene de pensión mitad de 700 pesos que gozaba como Oficial 3º (se le debe seis meses por



ADUANA VIEJA



*Buzón del siglo XIX,
utilizado actualmente para
recibir la correspondencia
destinada a las
Islas Orcadas.*

falta de caudal)". "A Don Marcos Quiroga, ex Oficial 4º con goce de 650 pesos, que fue retirado por haberse inutilizado, con el tercio del sueldo (se le debe seis meses por falta de caudal)". "Importan los sueldos y pensiones que se pagan anualmente en esta Administración, once mil doscientos noventa y cinco pesos, y cinco y medio reales".

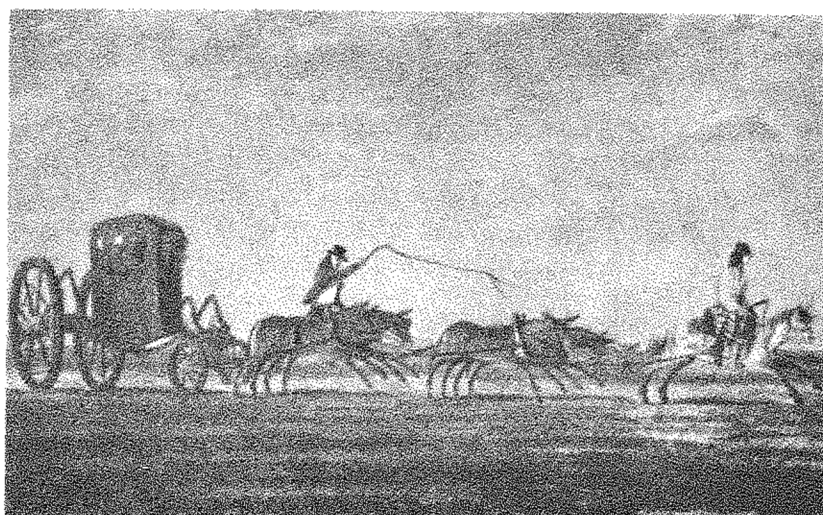
Parece increíble que a pesar de los peligros que acechaban a los correos y postillones, y salvo —como observa Castro Esteves— "los casos en que las necesidades de la patria, o los tumultuosos sucesos políticos alteraron el ritmo regular de los correos", hasta los extranjeros hayan tenido palabras de elogio para la eficiencia y, sobre todo, la puntualidad de las comunicaciones postales argentinas en aquellos años.

HECHOS los paréntesis novelescos, que procuraron sumergir al lector en la atmósfera y, en lo posible, la vida de la época, volvamos a la historia. Las precedentes anotaciones corresponden ya a los tiempos de la guerra de la Independencia. Se habían producido cambios de hombres, pero no de procedimientos y costumbres. A Manuel de Basavilbaso, destituido simultáneamente de su cargo de administrador de Correos de Buenos Aires, y de la vida, le sucedió, con carácter interino, Félix de la Rosa, de 1794 a 1796; y en este último año, asumió Antonio Romero de Tejada, el hombre a quien le tocó hallarse en ese puesto cuando la Revolución de Mayo.

Tironeado entre la lealtad jurada al rey de España y las lógicas exigencias de la nueva situación, Romero de Tejada —ejemplar como servidor público y hombre de veras apasionado por el tema postal— fue separado del cargo por la Primera Junta, a raíz de haber dado aquél curso parcial a un orden del director de Correos de España, Juan F. Caballero, recibida el 23 de junio de 1810, para que comunicara a los administradores de rentas de su jurisdicción, la instalación del Consejo de Regencia, lo que implicaba desconocer a la Junta. Esta nombró en su reemplazo a Melchor de Albin, con carácter interino, el 21 de septiembre de 1810, confirmado en tal carácter el 22 de enero de 1811.

Se abre aquí un período de la historia del Correo en la Argentina, casi prácticamente hasta la batalla de Caseros (1852), que en razón de las guerras civiles y de los gobiernos de Rosas, no aporta nada sustancial para la evolución del Correo. No obstante, pueden señalarse algunos hitos capitales, sobre todo desde el punto de vista institucional, con medidas que si no se hacen efectivas en su momento, permanecen en la legislación y oportunamente han de formar parte de la infraestructura del sistema, tal como hoy lo conocemos.

El 6 de octubre de 1814, el Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Gervasio Antonio de Posadas, crea la Administración General de Correos, cuya titu-



*Un carruaje de postas
por los polvorientos
caminos de la naciente
Argentina (1818).
A la derecha,
Estanislao S. Zavallos.*

laridad recae sobre Melchor de Albín, quien permaneció en el cargo hasta 1821. Ya el 30 de marzo de ese mismo año, Posadas impuso por decreto a todas las autoridades, incluyendo la suprema, la obligación de abonar "los portes de las cartas y pliegos que se les remitan". Y es bueno anotar que en aquel decreto del 6 de octubre, Posadas insiste, en el artículo 4º, en la aplicación de las Ordenanzas de 1762 y 1794, y algunas reales cédulas, por su sabiduría.

En 1815, Melchor de Albín ganaba 2.500 pesos anuales, menos el 20 por ciento, retenido "como especial y honrosa comisión para enjugar el costo de conducción de las tropas y municiones en todas las carreras". Un memorial firmado por Albín, consigna que para el Correo "... no hay día feriado, ni hora reservada". Y más adelante: "Don Domingo Maqueda, administrador de Correos de Luján, goza doce pesos mensuales y se le pagan en esta administración por no haber fondos en la de su cargo".

El 5 de febrero de 1817, el Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredón, expide un decreto refrendado por Vicente López y Planes, por el cual se impone a los extranjeros el cumplimiento de las disposiciones sobre el pago de porte por la conducción de correspondencia desde sus países, pues "burlaban las rentas nacionales". Las siguieron burlando, al parecer, porque se hizo necesario insistir con un nuevo bando, que establecía penas severísimas para los infractores, el 6 de agosto de aquel mismo año. También, por otra disposición, se le encomienda al maestro de la posta de Puente de Márquez, la más cercana entonces a la capital, "tenga un libro en donde lleve diario de los que entran y salen y de dónde vienen, para que remitiéndolo al fin de mes a la Administración, o cuando se le pida, tenga este Superior Gobierno las noticias que le convengan, como lo exige la política, resguardo y quietud pública", etcétera.



*Bernardino Rivadavia,
impulsor del Correo
como ministro
y Presidente.*

*En la página siguiente:
el Palacio del Correo,
con su frente principal
sobre la calle Sarmiento.
Aprobados los planos
en 1888, se inauguró
cuarenta años más tarde.*

El 8 de febrero de 1821, el gobernador y capitán general de Buenos Aires, Martín Rodríguez, dispone jubilar a Albín, que tiene ya 86 años, de los cuales ha pasado 50 al servicio del Correo. Se le conceden mil pesos anuales de retiro. El contador-interventor de la Renta, José Patricio Nazar, se hizo cargo interinamente del puesto, hasta que el 15 de aquellos mismos mes y año, se designa Administrador General, al coronel mayor Juan Ramón Balcarce (hermano del general Antonio Gonzalo, de Marcos y de otro coronel, Diego, de relevante actuación todos ellos).

El 13 de febrero de 1821, a los pocos días de haberse jubilado, el pobre Melchor solicita "una casa del Estado" para vivir, dado lo magro de su jubilación, de medio sueldo. La situación económica era tan crítica, que el gobierno no pudo hacer lugar a ese pedido, "atendiendo a la estrechez del erario". Por las mismas razones, el 3 de mayo de 1821, Martín Rodríguez resuelve reducir los correos de todas las carreras, a uno solo en cada mes.

La acción de Rivadavia

Desde que era ministro de Gobierno de Martín Rodríguez, Bernardino Rivadavia se preocupó por el Correo. Entre otras medidas, dispuso la cesación de la llamada Estafeta Inglesa, institución singular mediante la cual, la correspondencia llegada de las Islas Británicas a Buenos Aires, se recibía en una sala especial a donde iban a buscarla los destinatarios, sin intervención alguna de las autoridades locales y sin pagar el porte correspondiente; e instituyó el uniforme de los carteros y correos de número, a la vez que eximía del servicio militar a cuatro postillones por posta, excepción que muy a menudo fue burlada.

También creó Rivadavia una Caja de Ahorros, antecedente directo de la actual, el 23 de marzo de 1823, e hizo depender al Correo del Ministerio de Relaciones Exteriores. El 1º de julio de 1826, siendo ya presidente Rivadavia, es considerado por los historiadores del tema, una fecha histórica, ya que en ella se dicta el decreto que establece la Administración General de Correos y se pone a su frente a Juan Manuel de Luca, hermano del poeta Esteban y marido de Isabel Casamayor, una de las porteñas más cultas de su tiempo. De Luca permaneció treinta y dos años al frente de la repartición.

En cuanto al uniforme para los servidores postales, definitivamente impuesto por decreto del 7 de marzo de 1822, había sido obligatorio también en la época colonial, pero en realidad tan sólo lo usaban los administradores de la Renta, por lo extraordinariamente caro de los paños. Por eso fue que los chasquis se limitaron a llevar un signo exterior de su cargo, como una placa con las armas reales y un número.





Domingo F. Sarmiento, un entusiasta defensor de las comunicaciones, mandó levantar la tercera sede del Correo (der.), que se habilitó en 1879 y fue más tarde incorporada a la Casa de Gobierno.

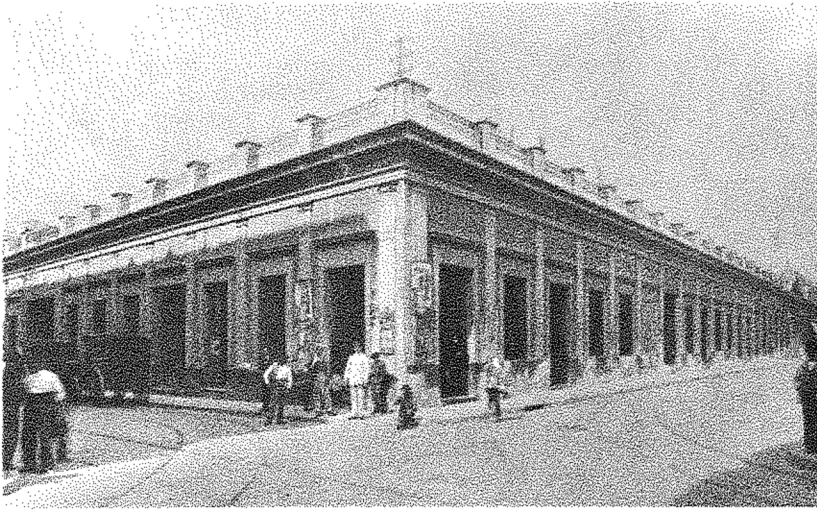


Vale la pena describir el pintoresco atuendo que el decreto de 1822 obligaba a usar a los chasquis: chaqueta colorada con botones amarillos, cuello y botas negras, y un escudo de metal, negro, con las armas del país, enarbolado en el sombrero. Además, llevaban colgando en bandolera el símbolo universal desde antiguo del Correo, la corneta, cuyo estridente llamado debían hacer oír desde diez cuadras antes de su entrada en una población.

Uno de los abundantes y memoriosos viajeros ingleses de la época, John A. Barber Beaumont, describe sin misericordia al Correo de Buenos Aires en una de sus narraciones de viajes. Pinta el tumulto y la confusión frente a la ventanilla de que hablaba Taullard en su cuadro, e informa: "El Director actual, a quien tuve el gusto de conocer, me dijo que había tratado de evitar este serio inconveniente enviando las cartas a domicilio, como se hace en Inglaterra, pero el descuido demostrado por los carteros ocasionó un daño mayor que la pérdida casual de alguna carta en el propio edificio del correo... Un suplemento de medio real o de un real para el cartero, compensaría con creces las horas perdidas y las luchas que uno se ve obligado a sostener generalmente en la ventana de la oficina" (1826).

Cambio de casas

Habíamos dejado al Correo de Buenos Aires instalado precisamente en esta casa de la calle Bolívar 115 (de la antigua numeración) a la que alude Beaumont. Sigámoslo ahora en sus varias mudanzas. Fue Domingo Faustino Sarmiento quien, interesándose por la institución postal y en vista de la antigüedad y precariedad de sus oficinas, hizo construir el edificio, espléndido para su tiempo y para Buenos Aires, que no albergó largamente al Correo sino que se convirtió, poco después



*El llamado Caserón
de Rosas, en Moreno
y Bolívar, donde funcionó
el Correo Central
desde 1882 a 1901.*

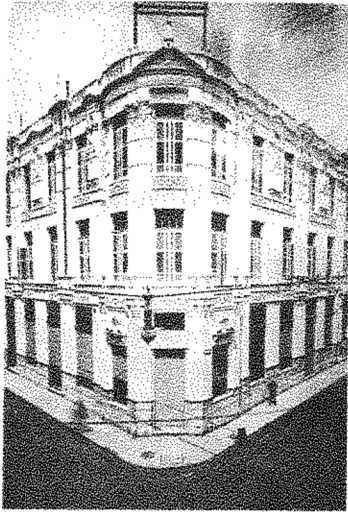
de su inauguración, en un ala de la Casa de Gobierno: la esquina de Balcarce y Victoria, hoy Hipólito Yrigoyen.

Inauguró la nueva sede del Correo Nacional, el Presidente Avellaneda, el 29 de enero de 1879, siendo director general don Eduardo Olivera. Y ocurrió que, en contraste con esta flamante construcción, que no era suntuosa pero lo parecía, hacía tan triste figura el edificio donde seguía funcionando el Poder Ejecutivo, en la esquina opuesta de Balcarce y Rivadavia, que finalmente se resolvió derribar esta vieja fábrica y erigir una nueva copiando la traza del Correo, al que se desalojó de allí en 1882.

El Correo, expulsado de su sede, tuvo que irse, como un paria, al caserón llamado "de Rosas" —porque allí vivió y gobernó efectivamente don Juan Manuel—, en el ángulo Sudoeste de la esquina de Moreno y Bolívar. Antigua construcción que ocupaba un cuarto de manzana, con numerosas habitaciones y algunos patios, al que constantemente hubo que hacerle feos aditamentos de madera y chapa, sus achaques e insuficiencias llevaron a mudar al Correo a la esquina de Reconquista y Corrientes, ángulo Sudoeste también, donde estuvo entre 1901 y 1928. Hasta no hace muchos años, subsistía el edificio, sede de una ferretería.

En 1888, el gobierno de Miguel Juárez Celman aprobó los planos de un nuevo y monumental edificio para la que entonces era ya Dirección General de Correos y Telégrafos, confeccionados por el arquitecto francés Norberto Maillart, y que es prácticamente, con ligeras variantes, el que hoy conocemos.

Eran los tiempos de un delirante auge económico y las cosas se planearon en grande; tras la crisis del 90, hubo que esperar mucho antes de inaugurar la nueva y espléndida fábrica: cuarenta años, exactamente. Porque la flamante sede, con sus siete pisos (sin contar los de la cúpula y el subsuelo) que ocupan una superficie de 83.050 metros cuadrados, y cuyo



*Quinta sede del Correo,
en Reconquista
y Corrientes, demolida
en la década del '60.
A la derecha, entrega
de correspondencia
hacia 1910.*



costo total fue, al cabo, de 17.025.138 pesos con 88 centavos, de moneda fuerte y sana, fue solemnemente inaugurada por el Presidente Marcelo Torcuato de Alvear, el 28 de septiembre de 1928, siendo director General de Correos y Telégrafos el doctor Arturo Goyeneche.

DEL espléndido Palacio de Correos de hoy, retrocedamos de nuevo en el tiempo a un escenario conocido y reiterado: la casa de la calle Bolívar 115, donde un ya anciano Juan Manuel de Luca sigue al frente de la repartición. Imaginemos un día cualquiera del año 1856: como siempre, un gran tumulto hace retumbar las viejas paredes del caserón que alberga al Correo desde hace más de treinta años.

Leamos una crónica de la época: "Cuando tenía lugar el arribo del paquete británico, el público, a poco tiempo de comenzar el trámite de la correspondencia, se impacientaba porque creía que debía procederse con mayor celeridad y armaba una baraúnda verdaderamente descomunal, porque a los gritos se sucedían los insultos y a éstos, los golpes en el suelo y los cantos desacompañados, llegando en su irrespetuosidad a prender cohetes".

Pero de Luca, viejo y enfermo, no podía ya imponerse a la multitud cerril —señores de levita y galera alta, señoras de miriñaque (las notorias crinolinas, puestas de moda por la emperatriz Eugenia de Francia), gentes del pueblo con sus modestas ropas que eran las mismas que en Europa—, como lo había hecho, por mero acto de presencia, su antecesor Domingo de Basavilbaso.

Y se dirige entonces al ministro de Relaciones Exteriores, Valentín Alsina, quien en el mismo día (16 de febrero de 1856) le contesta, ordenándole: "Para impedir su repetición debe



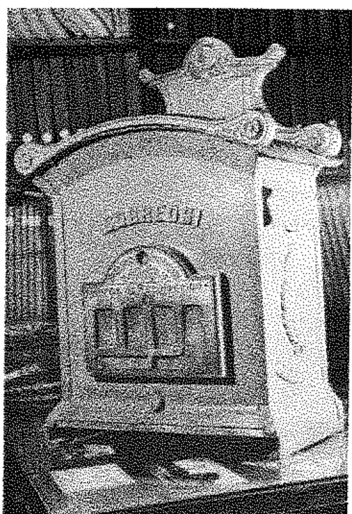
La foto muestra una curiosa escena: servidores del Correo después de haber cargado un vagón postal (1920).

usted, desde el día que está en su poder la valija, cerrar la puerta de calle, fijando en su frente exterior un aviso en el que designe la hora desde la cual empezará a hacerse la entrega de la correspondencia, y a fin de impedir que en la calle y al frente de la administración puedan tener lugar insultos, gritos o reuniones tumultosas, se oficia en la fecha al jefe de policía, para que poniéndose de acuerdo con Ud., dicte las medidas oportunas tendientes a conservar el orden”.

Pero, de Luca está al cabo de sus fuerzas. Para que se restablezca, los médicos le aconsejan tomar aire de campo e instalarse en Barracas. Se ignora si el paciente atendió o no a tan sabia advertencia, pero se sabe que el 11 de enero de 1858 presentó su renuncia como administrador general de Correos, repartición a la que había entregado no menos de sesenta de sus años, treinta y dos de ellos en aquel cargo. En mérito a tan extensa y valiosa foja de servicios —entre los cuales no fue el menor, el haber capeado con habilidad y buen temple las arbitrariedades del gobierno rosista, y las trampas que le tendieron para eliminarlo—, se le concedió jubilación con sueldo completo. Murió poco después.

Aparición de las estampillas

Cuando de Luca presentó la renuncia, faltaba menos de un mes para que circulara la primera estampilla nacional, popularmente denominada “cabecita” por el dibujo que ostentaba, lanzada al público el 24 de febrero de 1858. Pero, seguramente, el venerable administrador, tan preocupado siempre por los problemas postales, no había ignorado la revolución consumada en las comunicaciones por el inglés sir Rowland Hill (1795-1879), creador del primer sello adhesivo, el que circuló por primera vez en el mundo, en Inglaterra, el 6 de mayo de 1840. Tampoco habrá reprimido la curiosidad de conocer la



primera estampilla argentina, impresa por la provincia de Corrientes y puesta en circulación el 21 de agosto de 1856, merced a la gestión de su gobernador, Juan Gregorio Pujol.

Vale la pena contar la pequeña historia de la estampilla correntina, porque es curiosa. Cuando se encargó al director de la imprenta provincial, Emilio Coni, que hiciera dibujar e imprimir los sellos, se descubrió que en la provincia no había grabadores profesionales, diestros en esta delicada artesanía. Hubo que resignarse a los servicios de Matías Pipet, modesto repartidor de pan que en su patria, Francia, había sido aprendiz de grabador.

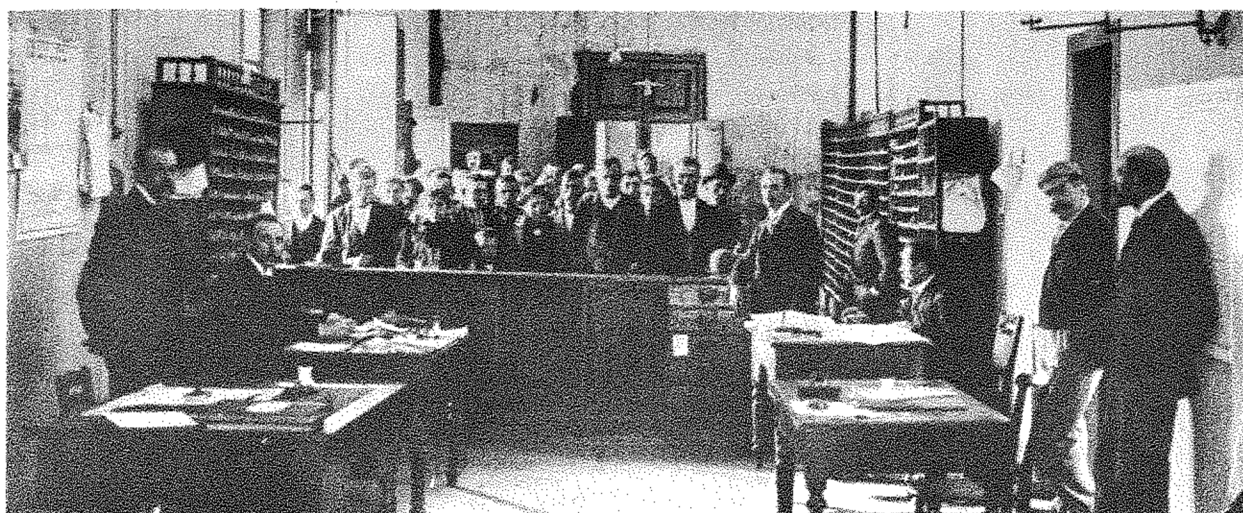
La efigie de la República, una cabeza coronada de laureles, era en realidad la reproducción, tosca por demás, de la única estampilla con la que Pipet tenía cierta familiaridad, la francesa de 1849 que representaba a la diosa Ceres. Se imprimieron los primeros sellos tipográficamente en negro sobre papel de color azul, de tonos diferentes según los valores: un real m.c. (moneda corriente) para la carta sencilla, dos reales para la doble, tres para la triple. Las estampillas correntinas alcanzaron a circular hasta el 11 de noviembre de 1880.

Tras las "cabecitas" vinieron, en el orden nacional, los "barquitos", que fueron inmensamente populares, y en 1862 los "escuditos", los primeros sellos que realmente circularon por todo el territorio argentino.

A Juan Manuel de Luca lo sucedió, con el título de director general de Correos, Gervasio Antonio de Posadas, homónimo de su abuelo, el primer Director Supremo de las Provincias Unidas. Posadas desarrolló en su largo mandato (parece haber sido una característica de los directores de correos de aquellos tiempos), entendido entre 1858 y 1874, una inmensa labor ordenadora y reglamentadora; y fue él quien implantó los primeros buzones en la ciudad de Buenos Aires, en 1858, preocupándose también de ampliar y facilitar en toda forma los servicios postales, con oficinas y estafetas donde podía instalarlas, y si no, con locales de negocio autorizados a expender sellos y, a veces, hasta a cumplir algunas tareas menores.

Por ese entonces, hacia mediados del siglo XIX, el sistema de correos a caballo, los legendarios chasquis, y la red de postas, se habían perfeccionado con la instalación de las mensajerías, empresas de transporte antepasadas de las actuales de ómnibus. Las carretas fueron los vehículos utilizados al comienzo; luego, las galeras y las diligencias, de larga fama y señaladas siempre con admiración por los visitantes del Museo de Luján, que guarda magníficos ejemplares de esos carruajes.

En general, constaban de una caja mecida —un tanto bruscamente, cabe reconocerlo—, en virtud de robustos muelles, por cuatro ruedas, por lo común más grandes las anteriores que las posteriores; un alto pescante y, arriba de todo, sobre la caja y ceñida por baranda de hierro, lo que se llamaba la "tolda", el techo del carruaje, encima del cual se amontona-



Una oficina del Correo, donde hasta los vecinos posaron para la posteridad (1915).

En la página anterior, otro buzón antiguo.

ban las sacas de correspondencia, los equipajes y a veces hasta algunos pasajeros supernumerarios y de pocas exigencias. Lo cual determinaba, sobre todo en los tramos recios del camino, que eran los más, frecuentes y estrepitosos vuelcos del armatoste, con valijas despanzurradas y mostrando al viento sus intimidades, y pasajeros contusos y enfurecidos, que echaban la culpa a la codicia de los conductores, empeñados en colmar la tolda hasta el cielo, si fuera posible.

Los buzones colorados

Las Mensajerías se establecieron en 1849, pero tan sólo cobraron cierta jerarquía a partir de 1852, cuando el país entero se reanimó y se dispuso a ser una Nación moderna. "No sólo se habían perfeccionado los vehículos —informa Castro Esteves—, haciéndolos más confortables, sino que se habían prefijado sus itinerarios, reglamentado sus servicios y obligaciones, y multiplicado sus salidas, hasta tal punto que la famosa Mensajería Iniciadores, de Luis Sauze, llegó a contar con 80 carruajes, 60 de los cuales eran nuevos, construidos en el país."

Generalmente, las Mensajerías eran empresas particulares, que llevaban pasajeros por contrato privado, y correspondencia por contrato con el gobierno. Pero éste dejaba claramente establecido, en cada ocasión, que lo primordial era el servicio de correos y luego, el de pasajeros y equipajes. En 1854, las Mensajerías Argentinas, de Rusiñol y Fillol, se convierten en una empresa nacional.

Pero ya se escuchaba, acercándose por el horizonte inmenso de la llanura, el característico, monótono traquetear del ferrocarril, el medio de transporte que daría el golpe de gracia a las mensajerías e inauguraría una nueva era en las comunicaciones. El 29 de agosto de 1857, "La Porteña" salía de la Esta-



El cartero, típico personaje de la ciudad, con el uniforme que reglamentó Eduardo Olivera.

ción del Parque arrastrando sus vagones de juguete. El 9 de julio de 1910, en plena euforia del Centenario, el primer vagón postal —saludado por el entonces director de Correos, Pedro Alcacer, como “estafeta ambulante”— señala, definitivamente, el fin de una era.

Sería injusto no mencionar con cierta extensión a otro ilustre director de Correos, el primero que a ese título añadió el complemento de “y Telégrafos”, Eduardo Olivera, sucesor de Posadas, entre 1874 y 1880. A Olivera se deben los característicos buzones colorados, copias de las *pillar boxes* londinenses, que fueron hito inconfundible de las esquinas porteñas; y también, en el Reglamento de Correos de 1879, la minuciosa codificación del uniforme de los carteros, otro personaje típico de la ciudad, invariablemente trajeado de gris pizarra en invierno, de color crudo en verano, siempre con una gorra que, junto con la chaqueta, ya hoy han abandonado en favor de una vestimenta más cómoda y práctica.

Merece un recuerdo, también, el sucesor de Olivera, don Miguel Cané, no tanto por su labor en el Correo —a cuyo frente sólo estuvo cuatro meses—, sino porque los argentinos vinculamos su nombre con una de las obras más deliciosas de nuestra literatura: *Juvenilia*, de 1884.

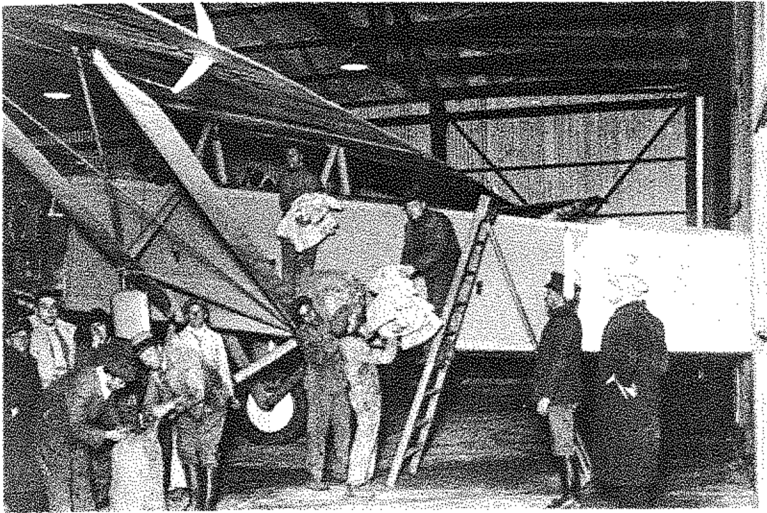
Por ese mismo despacho pasaron Ramón J. Cárcano, político e historiador de los más destacados (1887-90), y Estanislao Zeballos, periodista, editor, ministro del Poder Ejecutivo Nacional, parlamentario y autor de su serie de libros sobre las dinastías indias del desierto (1890-91).

Y, ya que hablamos de escritores, señalaremos que uno de los grandes prosistas y poetas argentinos, Ezequiel Martínez Estrada —el ensayista de *La cabeza de Goliat*, *Radiografía de la pampa*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*— actuó largo tiempo como funcionario del Correo Nacional.

La conquista del cielo

Acabamos de aludir a la presencia del ferrocarril en el horizonte de las comunicaciones postales internas. Desde mucho, muchísimo tiempo antes, según lo consignáramos, las naves —de vela, hasta bien entrado el siglo XIX; de vapor, en adelante— prestaban a nuestro correo un servicio invaluable, al conectarnos con el exterior y aun con ciudades argentinas, servicio que siguen rindiendo hoy, por mares y ríos.

Faltaba, entonces, conquistar el cielo. En julio de 1919 —un año después de inaugurarse en los Estados Unidos la primera línea regular de correo aéreo entre Washington y Nueva York—, un piloto italiano, el teniente Alberto Locatelli, llevó a Santiago de Chile, desde Buenos Aires, unas sacas de correspondencia, en un biplano SVA-10 de 260 HP. Sin embargo, faltaban años aún para que esta innovación se incorporase definitivamente a nuestra red postal.



A mediados de la década siguiente, el empresario francés Georges Latécoere, quien mantenía servicios de correo aéreo con España y el Norte del África, libró la línea Buenos Aires-Natal (Brasil), desde donde la correspondencia era embarcada por avisos de la Marina francesa hasta Dakar, en Senegal; allí, los biplanos de Latécoere tomaban las sacas para entregarlas en Tolosa y en París.

Marcel Bouilloux-Laffont adquirió la compañía de Latécoere en 1927, transformándola en la Aéropostale. Dos años más tarde, retomaba la hazaña de Locatelli al iniciar el enlace Buenos Aires-Santiago el 14 de julio, tal vez en homenaje del 140° aniversario de la Revolución Francesa.

Un biplano Potez 25, tripulado por Jean Mermoz y su compañero Henri Guillaumet, despegó del campo de aviación de General Pacheco, llevando dos sacas de correspondencia originada en Francia y Buenos Aires. Los hilos del telégrafo sirvieron para dar noticia a las autoridades de la Aéropostale en sus oficinas de Reconquista entre Cangallo y Sarmiento, de la travesía: aterrizaje en Villa Mercedes, San Luis, detención en Mendoza para pernoctar, paso de la cordillera y llegada a destino el 15 entre la expectación imaginable.

La Aéropostale inauguró también en 1929 las líneas Buenos Aires-Asunción del Paraguay y Buenos Aires-Río Gallegos, impulsando el correo hasta la entraña helada y soledosa de la Patagonia. Además de Mermoz y Guillaumet, otro piloto intervenía en estas arriesgadas misiones concluidas con la frase de rígor a la autoridad presente:

—Señor, el correo ha llegado a la hora exacta.

Nos referimos a Antoine de Saint-Exupéry, quien ganaría una celebridad paralela y mayor con sus libros acerca de estas experiencias aéreas (*Correo del Sur*, *Vuelo nocturno*), y su cuento para niños, *El principito*, traducido a todos los idiomas y del que continúan tirándose ediciones.

El correo aéreo, que a fines de la década del '20 inauguraron tres ases de la aviación, los franceses Mermoz, Guillaumet y Saint-Exupéry. A la derecha, tarjeta de felicitación del Correo.



En cuanto a proezas, es obligatorio recordar a los catorce pilotos de la Armada Nacional que el 7 de febrero de 1952 establecieron el primer correo aéreo a la Antártida al realizar el vuelo inicial de nuestra historia con despegue en el continente y acuatizaje en la Antártida Argentina. Se utilizaron, entonces, dos aparatos Catalina anfibios, el 3-P-5, al mando del capitán de corbeta Edgardo S. Andrew, y el 2-P-3, que dirigía el teniente de navío Jorge Campbell.

Los aviones salieron de Río Grande y alcanzaron el Destacamento Naval Decepción, tras un vuelo de 5 horas y cuarto, que se cumplió en su mayor parte en condiciones instrumentales, es decir, surcando nubes, aun sobre el peligroso Estrecho de Drake en una extensión de unas 500 millas náuticas.

SERÍA vano predecir cuál será el destino de las comunicaciones postales en la era tecnológica, en medio de los prodigiosos avances de la televisión y los satélites.

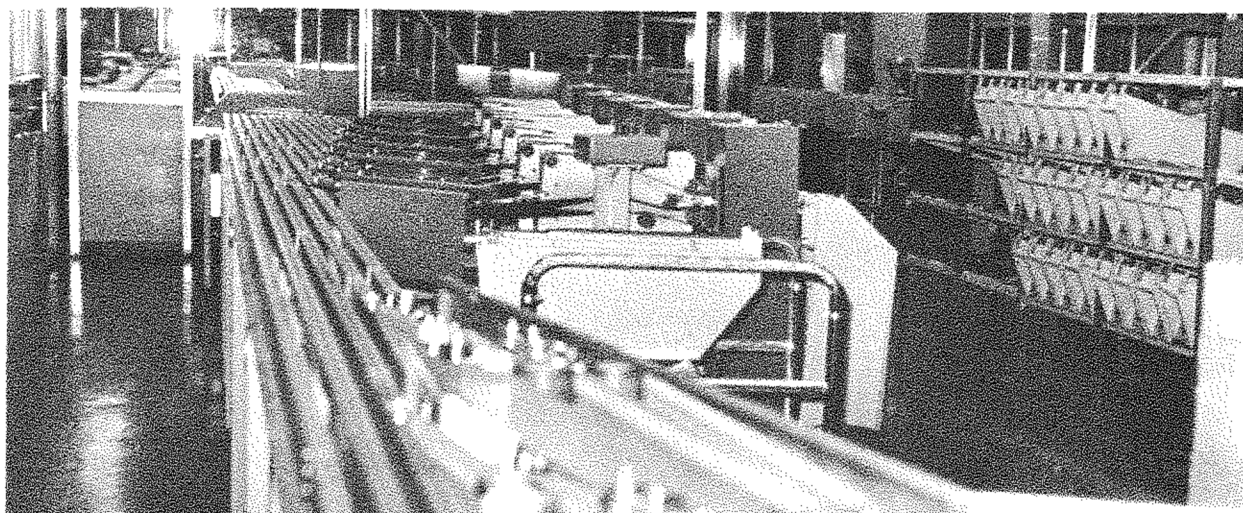
Sea cual fuere ese porvenir, lo cierto es que el Correo argentino trabaja intensamente para no quedar fuera de él. Esa labor corresponde, desde el 23 de mayo de 1972, a la *Empresa Nacional de Correos y Telégrafos*, ENCOTEL, creada por la Ley 19.654 que firma el Presidente Alejandro A. Lanusse, y heredera de la Dirección General de 1876, de la Administración General de 1946-49, y del Ministerio y Secretaría posteriores a esta última fecha.

ENCOTEL, empresa del Estado gobernada por un administrador general, entró en funciones el 1º de enero de 1974. Entre el momento de su fundación y esta apertura de sus actividades, fueron dictadas las dos leyes que rigen los servicios postales y telegráficos: la 19.798 del 22 de agosto de 1972, y la 20.216 del 16 de marzo siguiente; ambas reemplazaron a las casi centenarias leyes 750 ½, de 1875, y 816 de 1876.

La entidad cumple sus prestaciones a través de 27 divisiones de ejecución, 26 distritos y un área metropolitana que abarca la Capital y el conurbano bonaerense. Tal organización viene de 1888, cuando fue sectorizado el territorio telegráfico-postal en 4 circunscripciones y 21 distritos.

Las tareas de ENCOTEL se canalizan por 6.033 oficinas y 46.381 agentes. Dispone de 480 edificios propios, cerca de 2.000 vehículos automotores y 169 vagones postales. Esta estructura mueve anualmente casi 700 millones de piezas de correspondencia, 16 millones de telegramas, 4 millones de encomiendas y más de 3 millones de giros.

Entre las novedades anunciadas para el futuro inmediato, figura el correo electrónico, que permitirá, según se ha dicho, "prescindir del transporte físico de la correspondencia internacional, que será sustituido por un procedimiento de teleco-



piado electrónico capaz de explorar en diez segundos el contenido de una hoja de tamaño oficio, y transmitirlo en un minuto, aproximadamente". El sistema ha de implantarse en el orden interno en primer lugar, con la ciudad de Córdoba como etapa inicial.

Otro servicio, ya definitivamente incorporado, el de "Carta-Documento", permite cursar comunicaciones personales cuyas copias o fotocopias (presentadas por el interesado, o hechas en el Correo a cambio de una tasa especial) constituyen elementos de prueba fehaciente, mediante las cuales se podrá demostrar, por ejemplo, ante quien corresponda, el cumplimiento de determinadas obligaciones en los plazos legales.

Como es notorio, hace tiempo que se implantó la codificación postal (1975), merced a la cual puede operarse, en el Correo Central (para la nomenclatura oficial: Centro Postal Uno de la Región Metropolitana), la maquinaria electrónica que habilita el procesamiento de 1.220.000 cartas por día.

Sin embargo, junto al ojo electrónico que a velocidad fantástica "lee" el código postal y encamina la pieza, infaliblemente, a destino, y junto a las promesas y realidades de tantos adelantos, el Correo Central alberga aún, en un modesto pupitre, a los encargados de casos difíciles.

Son los descifradores, designación suficiente para tornar poética y misteriosa la más prosaica de las labores. Aunque ésta nada tiene de prosaico: mezcla de detectives y egiptólogos, de arqueólogos y augures, los descifradores procuran desentrañar, valiéndose de la experiencia, de algunas guías y, sobre todo, de esa rara cualidad que es la intuición, los garabatos que mancillan muchos sobres, frente a los cuales la tecnología se declara impotente.

Sabe el Correo que en cada carta hay un fragmento vivo, urgente de humanidad, y está dispuesto a agotar recursos para ponerlo en contacto con quienes lo esperan.

Ayer y hoy: de la clasificación a mano (página anterior) hasta el sistema electrónico. Las comunicaciones postales avanzan sin pausa.

Los telégrafos

SERÁN la galera en forma de tubo de chimenea y las pródigas patillas del doctor Dalmacio Vélez Sarsfield, lo primero que veamos asomar nítidamente en el horizonte de este relato acerca de la historia del telégrafo argentino.

Aunque, quizá, la mejor comparación de la galera del ilustre jurista cordobés sería con la chimenea de una locomotora, dado que ésta, y Vélez Sarsfield y el telégrafo andarán entrelazados en algunas de estas páginas.

Porque el ferrocarril y el telégrafo van, como quien dice, de la mano por los caminos de la patria, prácticamente desde aquel día de 1857 que vio a "La Porteña" —rechoncha veterana de la guerra de Crimea— y a "La Argentina" arrastrar sus vagones de juguete desde la estación del Parque, donde hoy se alza el Colón, hasta La Floresta.

En las estampas de la época se advierte a los pequeños trenes surcando, con atavío de flores en las locomotoras y de banderas en los vagones de pino, los diez kilómetros del trayecto inicial. Dentro de los vagones, las testas engaleras de aquellos personajes que debían sentir no pocos sobresaltos, por dentro y por fuera, en razón de su aventura.

"Un espectáculo grandioso"

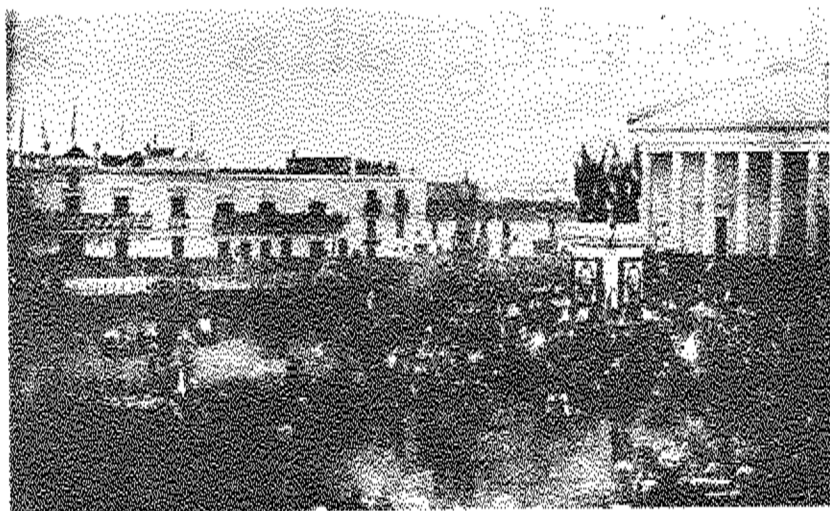
A la una de la tarde, el sábado 29 de agosto, inaugura sus servicios el Camino de Hierro del Oeste de Buenos Aires. Ahí están el gobernador de la provincia —entonces separada de la Nación—, doctor Valentín Alsina, y sus ministros José Barros Pazos, de Gobierno; Norberto de la Riestra, de Hacienda, y el general Matías Zapiola, de Guerra.

Y, también, el coronel Bartolomé Mitre, Rufino de Elizalde, Pastor Obligado —quien ha sido gobernador hasta el 5 de mayo—, Domingo Faustino Sarmiento, Jaime Llavallol, Da-



*Dalmacio Vélez Sarsfield,
jurista, parlamentario,
ministro y promotor
del telégrafo.*

*Separada de la República
a fines de 1852,
Buenos Aires se dictó
una Constitución
particular como Estado:
aquí, el pueblo de la
capital la jura el
23 de mayo de 1854,
en la Plaza de la Victoria.*



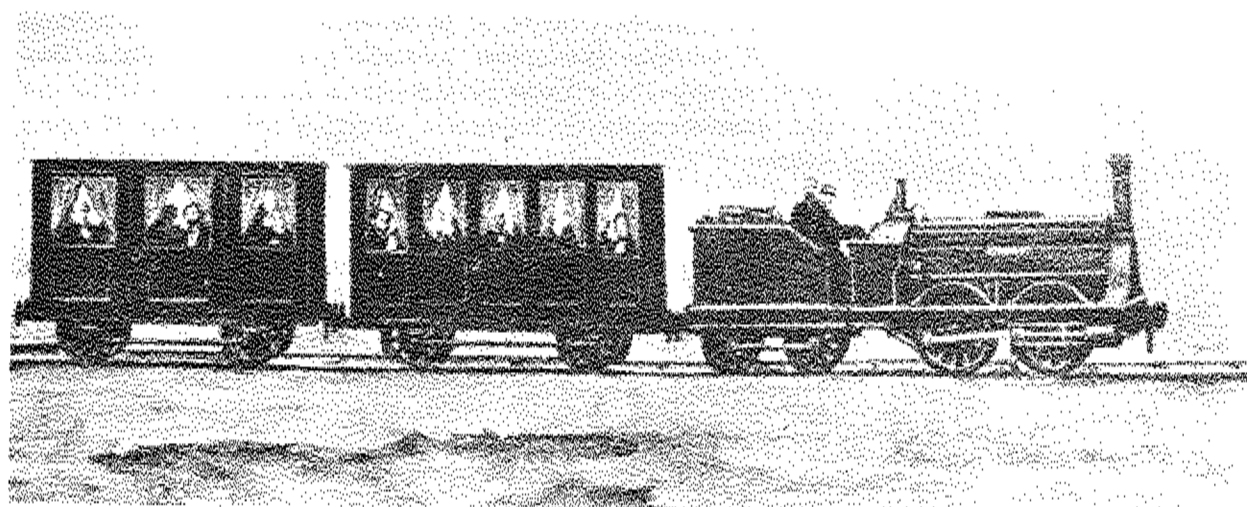
niel Gowland, Adolfo van Praet, Manuel Guerrico, Esteban Rams, Bernardo Larroudé, Vicente Basavilbaso. Y, desde luego, "el viejo Vélez", como se le llama cariñosamente, a pesar de sus 57 años: él y Riestra habían adquirido en Londres los materiales ferroviarios para la línea; entre otros, las dos relucientes locomotoras.

Dos ingleses, los hermanos John y Thomas Allen, y el italiano Alfonso Corazzi conducen "La Porteña" y "La Argentina", guiados por el ingeniero Guillermo Bragge. El obispo de Buenos Aires bendice las máquinas. Una banda de música instalada en el primer vagón de "La Porteña" echa al aire sus sones alegres, en medio de las aclamaciones de la multitud que inunda la Plaza Lavalle y las azoteas de las casas vecinas.

Esa muchedumbre tiene, por así decirlo, sus eslabones secundarios a lo largo del trayecto y en la estación terminal emplazada en lo que hoy es Yerbal entre Bahía Blanca y Joaquín V. González. Toman los trenes por Parque (Lavalle) hasta Callao, de donde empalman, por la curva del pasaje de los Hornos de Bayo (Rauch), con Corrientes. Siguen hasta Centro América (Pueyrredón), por ésta hasta Piedad (Bartolomé Mitre) y por Piedad hasta Bermejo (Ecuador), donde se yergue la estación Once de Setiembre, la primera del recorrido, un cobertizo de madera, como las restantes, y como las restantes engalanada con gallardetes.

Nutridos fuegos artificiales saludan al ferrocarril desde la actual Plaza Miserere. Los trenes continúan su ruta por la avenida Rivadavia de hoy, y entran en las estaciones de Caballito y San José de Flores; al arrancar desde esta última, que está junto a la actual calle Gavilán, y acercarse a la basílica, un revoloteo de campanas inunda la zona.

Por fin, "La Porteña" y "La Argentina" arriban a La Floresta. Ha durado el viaje, dadas sus características inaugurales, más de la media hora prevista. Pero, ¿quién se fija en estas



Una estampa de la época sobre el viaje inaugural del Ferrocarril del Oeste, con "La Porteña" y sus vagones de juguete, el 29 de agosto de 1857.

cuestiones, después de un acontecimiento de trascendencia tal que tiene convocadas a cincuenta mil personas?

Los augustos pasajeros descienden bajo los rayos de un sol templado, y se encaminan hacia el quiosco levantado en el actual pasaje Chilcito, donde les espera "una mesa fina y delicada", según el enviado del diario *La Tribuna*, que la empresa ferroviaria encargara al señor Soldati, dueño del comercio. Hay tres discursos: Alsina, Mitre y Sarmiento.

"Así pues, la América antes española, que de tanto carece y que tanto necesita de las luces y de los hombres nacidos en otras playas —sentencia don Valentín—, debe tender constantemente a llamarlos a su seno, a encarnarlos en sí misma y a apresurar, por consiguiente, el día en que le sea posible borrar de las páginas de su derecho público la desagradable palabra 'extranjero'."

A las cinco de la tarde, "La Porteña" y "La Argentina" llegan de retorno a los andenes de la estación del Parque. El periodista de *La Tribuna* vuelve "con el corazón lleno de gratas emociones"; y es que "pocas veces hemos presenciado un espectáculo más grandioso".

También ese día, sin que todos lo supieran, un hecho no menos grandioso acompañaba el nacimiento del servicio ferroviario en la Argentina: la iniciación de su red telegráfica. No es pública aún sino privada, ya que la tendió con ese objeto la empresa del Oeste. Pero, no por ello la fecha deja de ser significativa.

Propuesta en el vacío

Como es notorio, el telégrafo eléctrico es un invento del pintor norteamericano Samuel Finley Morse, quien el 24 de mayo de 1844 transmitió el primer despacho de esa índole entre Washington y Baltimore.

Diez años más tarde, el 14 de octubre de 1855, el armero francés Adolphe Bertonnet, asistido por el fotógrafo J. Bartoldi, asombraba y hacía persignarse a no pocos porteños con una demostración de telegrafía eléctrica del sistema Breguet, mediante una línea tendida entre el Hotel de Provence y la Plaza Victoria, frente al Cabildo y la Catedral.

Asistieron el gobernador Obligado y sus ministros Alsina, Riestra y Mitre, además de una cuarentena de periodistas e invitados; sin embargo, Bertonnet no logró convencer a las autoridades de instalar la fabulosa máquina de comunicación.

Tampoco le valieron a don Jacinto Febrés de Rovira los recursos de su oratoria —que no eran pocos— para convencer a las autoridades de la Confederación Argentina, en 1857, de subvencionarlo para implantar “telégrafos eléctricos desde Paraná”, sede de la República, “hasta Santa Fe, Rosario, Córdoba, Tucumán y Mendoza”.

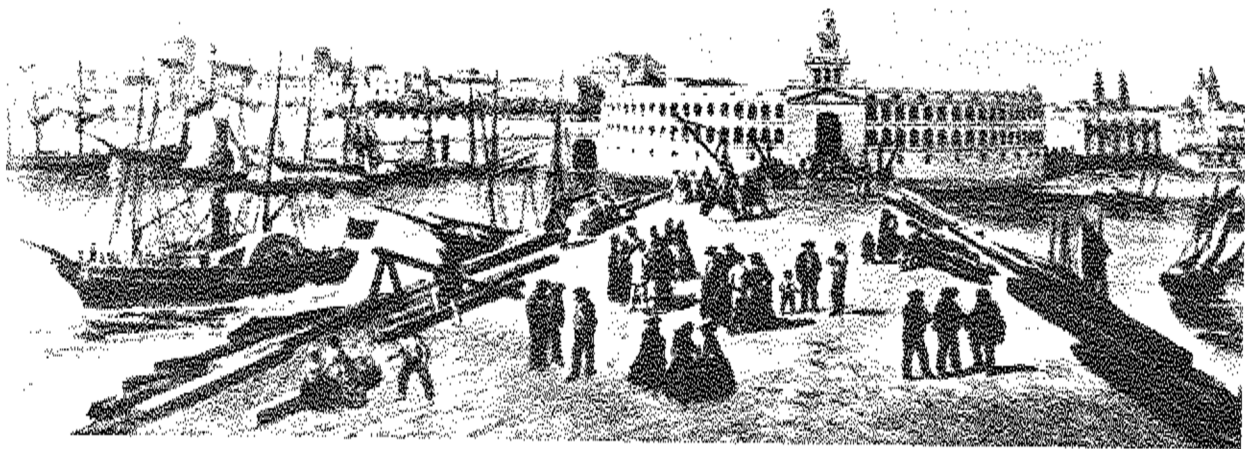
Cierto es que el Estatuto de Hacienda y Crédito Público, sancionado a fines de 1853, otorgaba al Estado el monopolio del financiamiento, realización y explotación de las obras y los servicios públicos, entre éstos, el de telégrafo, cuando le llegase el turno. Sin embargo, el Congreso, que debatió la propuesta del señor Febrés de Rovira durante julio y agosto de 1857, desechaba la iniciativa por falta de fondos del erario (Ley 120).

Pedro Noizeux, en *Orígenes del telégrafo argentino* (revista *Electrónica*, octubre de 1963), señala la ironía de que la primera legislación argentina vinculada con el telégrafo haya sido dictada precisamente para negar su instalación.

No obstante, la tentativa inicial data de 1815, aunque, claro está, no alude al telégrafo eléctrico sino al óptico, ideado por el abate francés Claude Chappe en 1794 y luego sometido a derivaciones por otros científicos. Este sistema, según su nombre lo indica, transmitía señales a distancias más o menos breves, por medio de aspas móviles que se combinaban para formar letras y palabras, de acuerdo a un código.

En 1815, don Santiago Spencer Wilde, caballero inglés radicado en la Argentina, propuso a la Junta de Observación el emplazamiento de telégrafos “del tipo inventado por sir Home Popham, en uso en la Marina británica”. Nadie le hizo caso, tal vez porque el nombre del inventor reanimaba escosores todavía cercanos entonces, los de 1806 y 1807.

Insistió Wilde en 1818 y 1821, sin el menor éxito. Tampoco lo tuvo el diario *El Centinela* al decir, en 1823: “Las máquinas telegráficas establecidas en el Almirantazgo de Londres y el Arsenal de Portsmouth, que dista 24 leguas [unos 135 kilómetros], comunican un oficio corto y su respuesta en un minuto. Cuánto servicio hará el establecimiento de estas máquinas entre esta Capital y sus fronteras [con el indio] y entre la rada exterior y [el puerto de] la Ensenada”.



Los caminos de la palabra

Menos de tres años corrieron hasta que el telégrafo salió de la órbita privada, aunque en este caso también obrara el Camino de Hierro del Oeste: el 11 de abril de 1860, al inaugurar su tramo Merlo-Moreno, comenzó a funcionar la primera línea pública de la Argentina, tendida paralelamente a las vías, desde Buenos Aires, por el Gobierno provincial.

Una prueba de la voluntad que animaba al país; entonces, está en la circunstancia de que el 10 de diciembre de 1864 la provincia de Buenos Aires convino en Londres con los señores John Proudfoot y Matthew Gray, la instalación de un sistema telegráfico desde aquella ciudad hasta Montevideo, para lo cual se hundió un cable subacuático en el Plata, de Punta Lara a Colonia, yendo el resto por hilo aéreo. El servicio fue habilitado el 30 de noviembre de 1866 por la compañía The River Plate Telegraph Co., antecesora de la Western Telegraph Co.

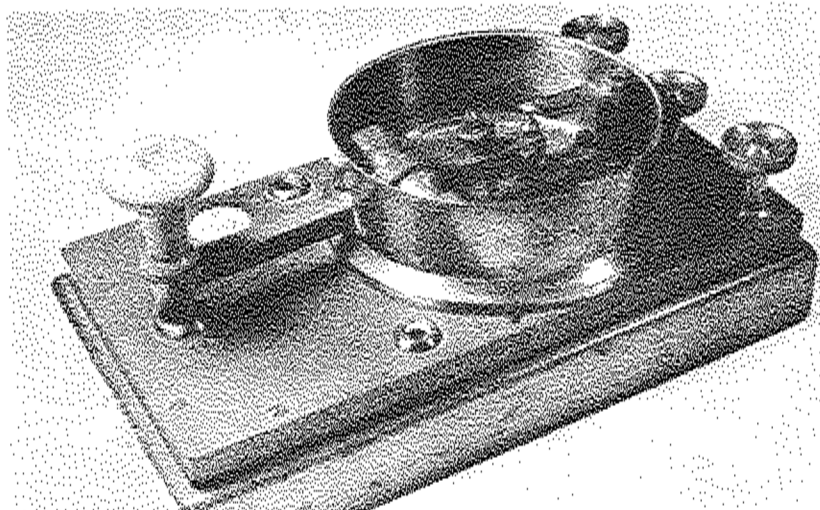
Pero, este enlace internacional iba a adquirir su máximo valor en 1869, cuando (el 1º de mayo) se libró el circuito telegráfico Buenos Aires-Rosario, que comenzaba a anudar la red federal. Justo José de Urquiza, el Presidente que en 1857 debió homologar la ley que desahuciaba a Febrés de Rovira, escribe ahora, gobernador de Entre Ríos, al doctor Vélez, ministro del Interior de Sarmiento:

"Tan señalado servicio será siempre recordado en todo su valor [...]. Es así como han de concluir las rivalidades, los odios, es así como garantimos a nuestros hijos un porvenir venturoso" (3 de mayo).

Es que, entre otras muchas cosas por las que se desveló y que impulsó durante sus seis años de mando (1868-74), Sarmiento puso en primer término al telégrafo. Creyente sincero en el progreso, incurrió quizás en algunas exageraciones de ese credo, tan de su tiempo, pero previó, con su portentosa

*La Aduana Nueva en 1860
—cuando se inauguró
el telégrafo público—,
vista desde la mitad
de su muelle, en lo que hoy
es el Parque Colón.*

*Manipulador de un viejo
aparato telegráfico
del sistema Morse.*



intuición, que el mundo se volvería cada vez más pequeño gracias a las comunicaciones; y que, a la larga, pese a las imperfecciones de la condición humana, los hombres aprenderían a conocerse mejor por aquella vía.

En plena guerra de Crimea (1854-56) podía exclamar: "Vivimos hoy en la Crimea todos, añadiendo ese mundo al nuestro. Extendamos la vida más allá de nuestras calles".

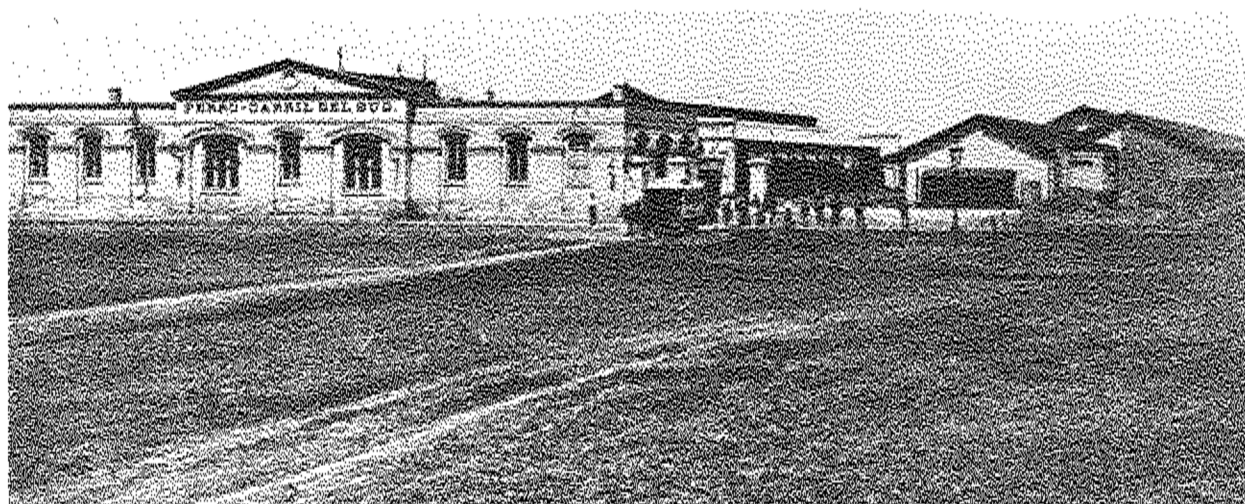
Así, no ha de extrañar que desde la Casa de Gobierno propiciara Sarmiento toda iniciativa referida a correos y telégrafos, entusiastamente secundado por Vélez Sarsfield, a quien tanto admiraba y de quien tanto aprendiera.

Cuenta Abel Cháneton en su *Historia de Vélez Sarsfield* que, resuelto a establecer el telégrafo en unión con Sarmiento, no halla el ministro partida alguna en el presupuesto; solicitarla al Congreso, donde senadores y diputados hostilizan al Gobierno, sería molesto y, además, dilatorio.

"Echa mano de los fondos votados para 'caminos' —agrega Cháneton—. Y cuando la oposición, siempre alerta, pretende armar un alboroto por esa 'malversación', la apabulla con esta esta salida: 'Los telégrafos también son caminos; son los caminos de la palabra'. Los congresales se miran, como diciendo: 'Caramba, no nos habíamos dado cuenta' . . . , y se llaman a silencio."

Tocó a Vélez Sarsfield, como delegado de Sarmiento, inaugurar simultáneamente el ferrocarril a Córdoba —que iba hasta allí desde Rosario— y el telégrafo con Buenos Aires. Ambas ceremonias se realizaron el 18 de mayo de 1870, en la capital de la provincia de donde era nativo el ministro, pero Sarmiento quiso tomar parte en una de ellas, al menos.

Organizó entonces una recepción en las oficinas del Banco Mauá (Cangallo entre San Martín y Florida), donde funcionaban provisionalmente los aparatos del telégrafo. Miembros del



Gabinete, legisladores, militares, diplomáticos y jueces se arremolinaban en el salón. No faltó Mitre, siquiera, invitado especial del Presidente, de quien se hallaba distanciado y en polémica.

Hacia las dos de la tarde, el telégrafo empezó a sonar; era el doctor Vélez, imponiendo a Sarmiento de la bendición del obispo de Córdoba a la locomotora, los rieles y el telégrafo. Sarmiento dictó entonces un despacho, dando cuenta de la información recibida y pidiendo al ministro "su aviso de que ha sido inaugurado el ferrocarril". No se hizo esperar la respuesta de Vélez Sarsfield; y aun el texto completo de su magnífico discurso llegó por los hilos eléctricos.

No habían pasado cuatro meses, cuando, el 10 de setiembre, habilitaba el ministro del Interior la línea telegráfica Rosario-Paraná, de 217 kilómetros de extensión, tendida por los señores Fuzzoni y Maveroff a un costo de 64.500 patacones (o pesos fuertes; 17 pesos fuertes = una onza de oro).

*La estación terminal
del Ferrocarril del Sud
hacia 1870, en la
Plaza Constitución.*

Y una vez más aparece en nuestro relato el doctor Vélez, con su sorna cordobesa. Por aquel entonces se había designado a don Carlos Burton —cuyo apellido también suele escribirse como Barton—, inspector de Telégrafos, cargo que desempeñó hasta 1875: fue, entonces, el primer empleado del Telégrafo de la Nación y el fundador de la Escuela de Telegrafía.

A propósito de esta última actividad, quiere la anécdota (rigurosamente histórica, por cierto) que el ansioso Sarmiento enloqueciera a Burton urgiéndolo a poner en marcha el invento de Morse cuanto antes. Tan mareado lo tenía, que el inspector soñaba ya con los dichosos hilos, con los postes tubulares, con los conductores de los impulsos eléctricos y, en

*En la página siguiente:
el Buenos Aires de los
comienzos del telégrafo
nacional, en dos grabados
de la época que
muestran el interior
de una tienda de ropa
masculina y el de
un tranvía a caballos.*

fin, con los detalles todos de la instalación. Por fin, Burton es convocado al despacho de la Casa de Gobierno.

—Pues bien —dice el Presidente—, ¿para cuándo tendremos el telégrafo en funcionamiento?

—Ya está todo listo, señor Presidente —informa el inspector—: cuando usted quiera.

—¿La semana que viene, entonces? Avise usted a sus operadores...

Sarmiento se interrumpe porque Burton ha palidecido: el inspector acaba de darse cuenta de que tiene todo lo necesario, postes, hilos, impulsos eléctricos..., pero no gente capaz de manipularlos. Hay un silencio mortal.

—Ajá —ironiza Sarmiento—. De modo que tenemos un guiso de liebre, pero sin liebre.

Burton promete que hará lo posible por contar, a breve plazo, con dos o tres telegrafistas idóneos, y sale desolado del despacho.

El doctor Vélez Sarsfield se asoma desde una sala contigua y lo llama.

—¿Qué le pasa?

—¡Qué papelón, doctor! No tenemos todavía preparados a los telegrafistas. Se me pasó, con toda esta historia de los cables y los postes...

—No se preocupe —sentencia, con su leve cantito, don Dalmacio—. Viéndolo a usted tan atareado y zarandeado por el Presidente, me ocupé de que alguien instruyera, durante sus ausencias, a catorce mozos del país que están ya listos para empezar a trabajar cuando usted diga.

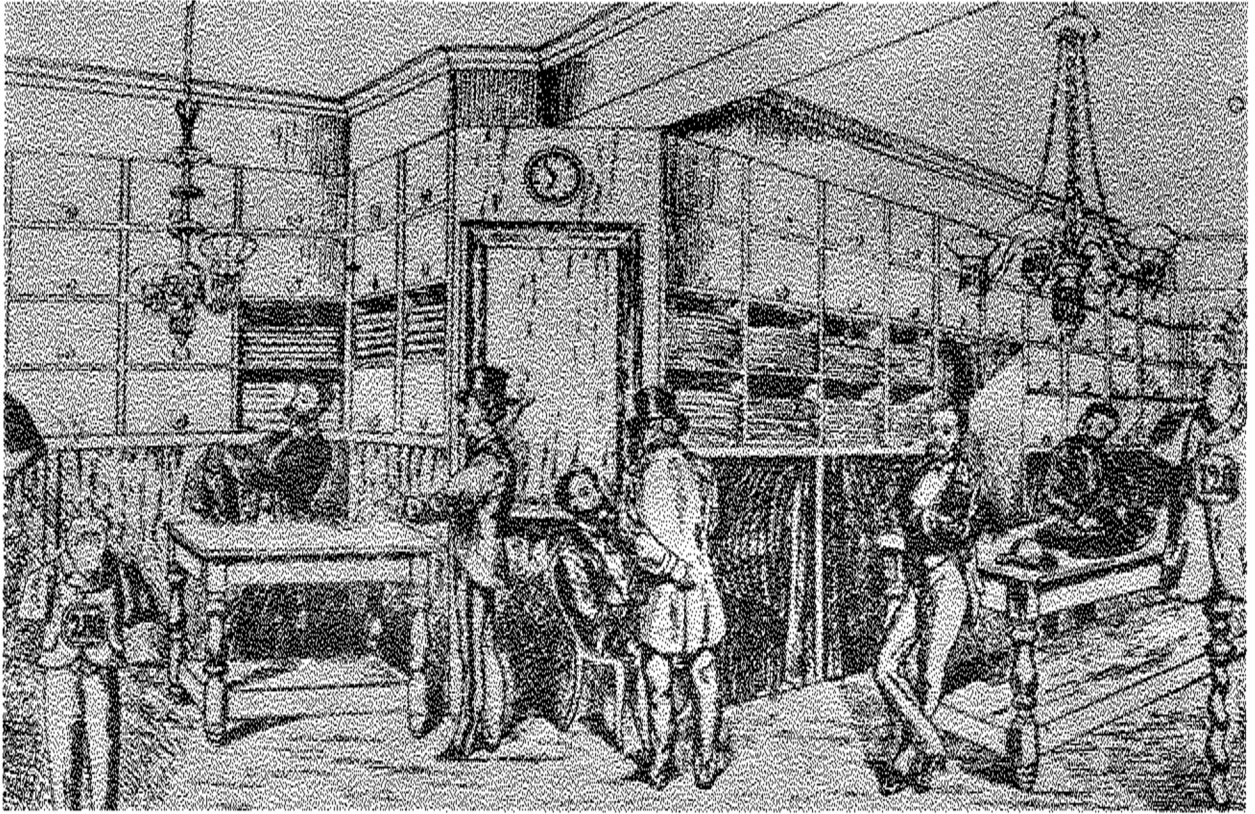
Y ante el sorprendido Burton, que no sabe si reír o llorar, añade, con un guiño: "No le dije nada al viejo para enseñarle a no ser tan atropellado y a prever todos los detalles". El "viejo" Sarmiento es once años menor que él.

Acción del Estado

Aquellos catorce telegrafistas argentinos de 1870, sumaban ciento veintiuno en 1873; de los cuales, la mitad encontró trabajo, inmediatamente de cumplido su aprendizaje, en la que no mucho después (1876) sería ya, definitivamente, la Dirección General de Correos y Telégrafos.

Poco después del 10 de septiembre de 1870, la ciudad de Buenos Aires, ligada ya con Rosario, Córdoba y Paraná, quedaba unida a las localidades bonaerenses de Mercedes, Carmen de Areco, Salto, Rojas, Pergamino y San Nicolás de los Arroyos (lo estaba con Moreno desde 1860, según vimos).

Se suceden ahora las fechas y los adelantos. En 1871, concesión a la Compañía del Telégrafo Trasandino para tender la primera línea internacional terrestre (por agua ya la



Edificio del Congreso Nacional (1864-1906), hoy conservado dentro del Ministerio de Bienestar Social: allí fue sancionada en 1875 la Ley de Telégrafos.



teníamos, con Montevideo) del país, entre Villanueva, en la provincia de Córdoba, y Valparaíso, en Chile. Fue este uno de los trabajos más arduos y riesgosos en su género, intentados por entonces en el mundo, sobre todo por la dificultad que oponían los Andes.

En 1872, hay dos fechas importantes. El 8 de junio, cuando se otorga concesión a Lamas & Cía. para conectar telegráficamente a Buenos Aires con Río de Janeiro, mediante cable submarino y subfluvial; y el 5 de octubre, cuando la Ley 572 autoriza al Presidente de la República a extraer 102.000 pesos de los ingresos estatales, para construir una segunda línea telegráfica entre Buenos Aires y Córdoba, y otra desde Rosario hasta Santa Fe.

El 4 de agosto de 1874, en las postrimerías de su brillante período presidencial, Sarmiento despliega los máximos fulgores de su oratoria —que podía ser ciertamente espléndida— en el discurso con que inaugura la primera comunicación telegráfica entre la Argentina y Europa. El tendido de la línea ha sido sumamente complejo: la primera etapa es, vía The River Plate Telegraph Co., Buenos Aires-Montevideo; de allí, por tierra, hasta Yaguazón, en el Paraguay; luego, internándose por el territorio brasileño de Rio Grande do Sul, hasta Santos, en la costa atlántica; de Santos, por cable submarino, a Pernambuco, con una etapa en Río de Janeiro; y de Pernambuco, cruzando el océano, a Lisboa.

Hasta 1875, el telégrafo argentino se desarrolló sin prácticamente ninguna definida política gubernamental. Se trataba de hacer, mucho y rápido. Poco a poco, algunos dirigentes y, sobre todo, entre las filas de los opositores a Sarmiento, entendieron que la seguridad nacional podía depender de esos alambres transmisores de mensajes a menudo vitales y auspiciaron el dominio estatal.



La Ley de Telégrafos N° 750 $\frac{1}{2}$, del 7 de octubre de 1875, determina expresamente que desde ese momento ninguna línea telegráfica se tenderá en territorio argentino sin permiso del Gobierno Federal, salvo las que utilicen los ferrocarriles para sus comunicaciones internas; y con la salvedad de que las compañías privadas no proveerían de servicios telegráficos públicos sin autorización del Congreso.

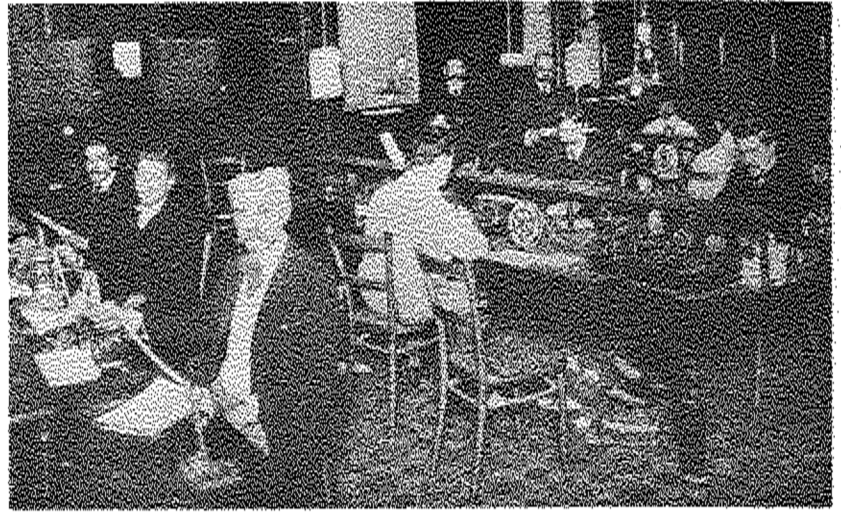
En cuanto a las empresas ferroviarias, disponía que éstas, al tender sus líneas telegráficas, dejaran expedito un cable para uso del Gobierno Nacional. La llamada Ley Emilio Mitre, del 30 de septiembre de 1907, N° 5.315, impuso a todas las compañías ferroviarias que recibieran concesiones adicionales para la extensión de sus líneas principales, la obligación de tender un cable extra, paralelo a las vías, y entregarlo gratuitamente al Gobierno Nacional para ser utilizado como parte de la red telegráfica de la República.

Llega el teleimpresor

Cierta parvedad republicana que aún hoy impera en algunas sucursales de Correos (y no sólo en la Argentina: es casi un rasgo mundial), vuelve relativamente fácil imaginar lo que los historiadores describen así: "La administración del Telégrafo Nacional [estamos en los años 70 del siglo pasado] era por entonces independiente de la del Correo. Funcionaba en un local de proporciones mínimas, con una sola oficina, en un edificio ruinoso en la calle Belgrano próxima a Balcarce. De él salían cinco conductores. Dos hilos recorrían el litoral pasando por San Nicolás, Rosario y Paraná hasta Corrientes. Otros dos se dirigían a Córdoba, para llegar luego a todas las capitales de las provincias del Norte; y un hilo iba, siguiendo la Conquista del Desierto, desde Azul hasta Trenque Lauquen

*Roca, al frente
de la expedición militar
que en 1879 conquistó
el Desierto.*

*El telégrafo resultó
un elemento esencial
en la guerra al indio.*



y Carhué, para unir a las cinco comandancias de frontera, arribando a Fuerte General Roca, en el Río Negro, en 1883".

La casa central del Telégrafo Nacional (incorporado a Correos por el Presidente Nicolás Avellaneda, en 1876) se mudó después a San Martín y Cangallo. Estamos en 1913: pese al calor riguroso del verano porteño, los hombres que quieran hacer figura de personas "decentes", deberán usar cuello duro; y las mujeres caminarán, con sus faldas *entravées* que París impone, con pequeños pasos trémulos de pájaro, bamboleándose en sus cabezas los inmensos sombreros arrepollados de plumas.

En el salón del telégrafo, sorprenderemos un espectáculo curioso y, en un comienzo, incomprensible. ¿Qué está haciendo este señor sudoroso y gesticulador —cuello duro y corbata, pero mangas enrolladas; lentes con cadenita y botines—, que agita sus manos a derecha e izquierda empuñando los que parecen manubrios para guiar un tranvía, mientras de vez en cuando descarga, con saña inexplicable, fuertes golpes de puño sobre un manipulador con tres teclas?

Ese señor, diestro telegrafista si los hay, está transmitiendo mensajes por el sistema Wheatstone. Porque se trata de perforar una cinta donde el mensaje se inscribe en Código Morse: un golpe de palanca a la izquierda para el punto, un golpe de palanca a la derecha para la raya, y los puñetazos en el centro, para el espacio. Con esto se gana en velocidad sobre el antiguo sistema Morse manual, pero se pierden empleados, sometidos a rápidos desgastes, también velozmente.

Por eso, en aquel año de gracia de 1913, nuestro abrumado operador verá con gratitud aparecer la perforadora Gell, mucho más sencilla de manejar, con teclado semejante al de la máquina de escribir. Más adelante, el sistema Creed, muy parecido al Wheatstone, instalará en el extremo receptor un aparato que directamente convertirá los puntos y rayas de la



*En la página anterior:
la banda perforada
desterró el sistema
manual. Los modernos
teleimpresores (foto
de esta página)
acabaron con
el Código Morse.*

banda perforada, en las respectivas letras, como sigue ocurriendo hoy.

Algunos memoriosos aún sienten repicar en sus oídos, al evocar aquellas estaciones de la campaña argentina en las que el paso del tren era un acontecimiento memorable; aún sienten repicar en sus oídos, decíamos, el teclear obsesivo del telégrafo que transmitía las novedades de la línea a través de las inmensas, desoladas distancias.

Los telegrafistas del primitivo Morse terminaron por desarrollar —aseguran los expertos— una agudeza auditiva comparable a la de los mejores músicos: “de oído”, nomás, transcribían el mensaje a medida que lo escuchaban, sin molestarse en leer la cinta como no fuera por simple rutina, al final.

Es que siempre (hasta hoy) el servicio telegráfico dependió mucho, si no por entero, de la destreza y sagacidad de su personal, cuya devoción ejemplar compensó las deficiencias del material mecánico. Había que ver, en tiempos del Morse manual, la habilidad desplegada por operadores y técnicos para mantener el equilibrio de las líneas operadas en dúplex o en cuádruplex (opulencias permitidas por los adelantos tecnológicos), en tanto el estado de las líneas empeoraba de día en día y hasta de hora en hora.

Problemas y soluciones

Aquel magnífico impulso inicial que implantó el telégrafo en la República, fue decreciendo más tarde. Si en 1878, la Memoria del Ministerio del Interior podía orgullosamente afirmar que “en apenas diez años hemos logrado unir por el telégrafo los más distantes puntos del territorio nacional, y tenemos ahora en operación, 6.000 quilómetros de línea telegráfica”, no mucho después comienzan las quejas de los sucesivos directores de Correos y Telégrafos.

*Vendedores de diarios
en el Buenos Aires
de 1890, según dibujo
de F. Fortuny para
El Sudamericano.*

Así, en la Memoria de 1891, el director general de Correos y Telégrafos, el imponente Zeballos, informa al ministro del Interior que toda la planta telegráfica necesita ser reconstruida. Acerca del período 1888-90, escribe:

"Nunca hubo contabilidad del servicio teleográfico, ni existen libros, pues los que han sido llevados no merecen tal designación. Más aun, están llenos de equivocaciones y graves errores. Una cuidadosa búsqueda hecha bajo mi dirección, ha revelado una masa de defraudaciones; y es por eso que, a partir del 1º de septiembre de 1891, hemos abierto un juego enteramente nuevo de libros."

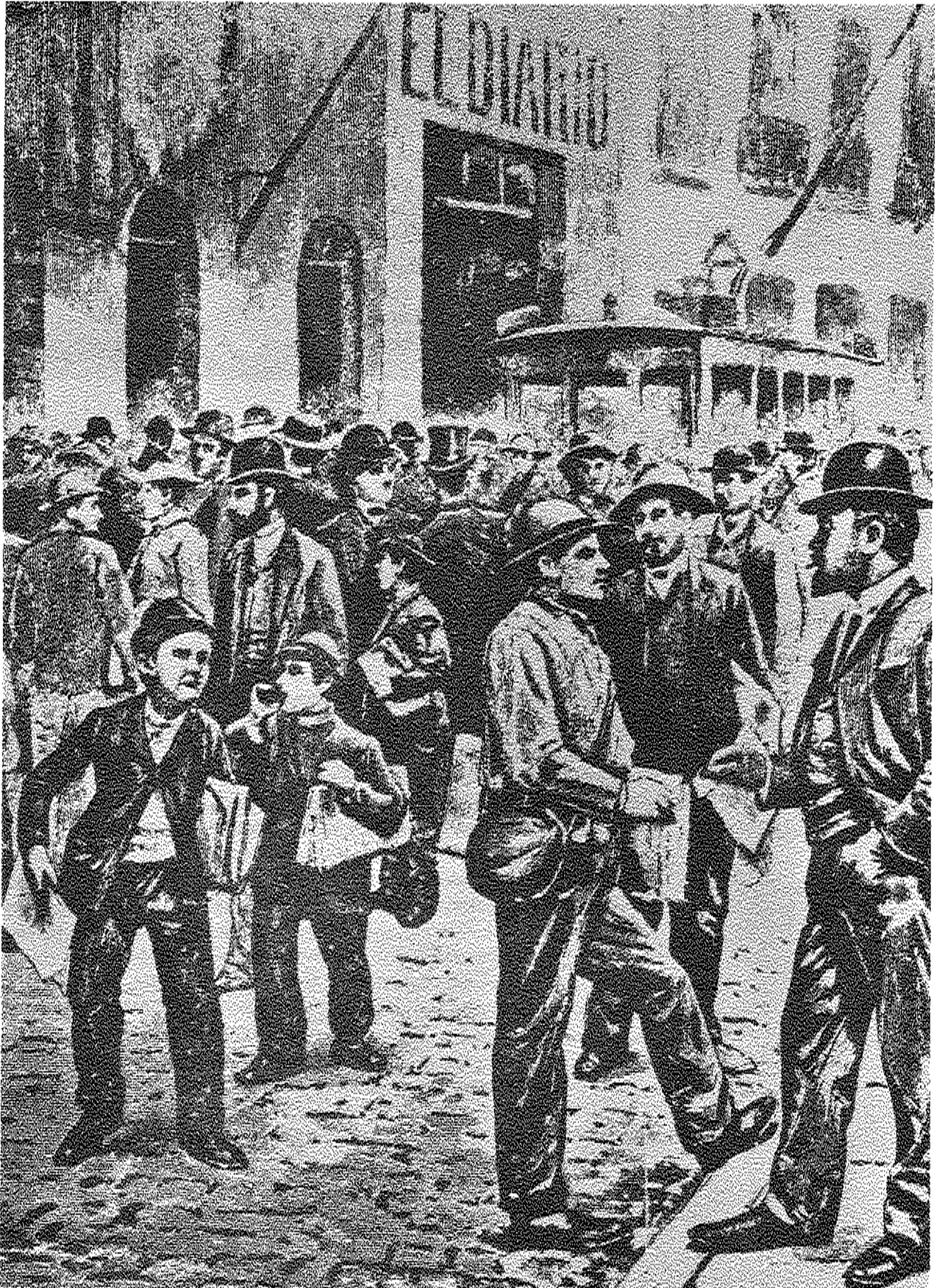
Al examinar, aunque sea velozmente, las sucesivas Memorias de la Dirección General, se advierte el paulatino empeoramiento de las líneas: hacia 1892, el estado de éstas se califica de "deplorable"; en 1918, seguían clamando por fondos al Congreso para repararlas; en 1919, las cosas se tornan aún más negras. Y es que, como advierte un historiador, "podía darse el caso de una línea cuyo extremo estaba cubierto de escarcha, mientras el otro cedía bajo el peso de loros y cotorras en las zonas subtropicales; siempre llovía en algún punto del recorrido, con lo que variaba la aislación y se desequilibraba el delicado cuádruplex".

Y ya se estaba llegando, con el Baudot, al séxtuplex, es decir, a un sistema con tres cuerpos de transmisión y tres de recepción simultáneos, que permitían intercambiar un promedio de 50 a 60 despachos horarios por cada uno de los cuerpos.

Un sistema alemán, algo posterior, trabajaba en dúplex y permitía alcanzar un promedio de 80 a 90 despachos horarios. Lo cual era, sin duda, y salvando las deficiencias de las líneas, un avance sobre las 15 palabras por minuto del sistema manual, con el cual tampoco podía esperarse respuesta en el día.

Si, por un lado, la red se deterioraba por el desgaste natural de todas las cosas, por el otro, se hacían lentos pero firmes progresos en extensión y aceleración de los servicios. La ley de 1875 permitía a las provincias crear sus propios sistemas telegráficos. La primera fue la de Buenos Aires, seguida por Entre Ríos. A fines de 1883, la provincia de Buenos Aires estaba conectada telegráficamente con todas las demás de la Argentina, y por cable transatlántico con Europa.

Y a propósito del cable submarino, será bueno referir una anécdota curiosa y hasta conmovedora. Cuando en 1965 se hizo una inspección a fin de reparar el cable subfluvial que en 1866 tendió The River Plate Telegraph Co. Ltd. entre Buenos Aires y Montevideo, se halló que la mitad de su extensión de 24 millas marinas, estaba aún en buen estado: "Los hilos de la envoltura exterior están visiblemente corroídos —informó el ingeniero encargado de la operación—, pero los hilos y núcleos interiores se mantienen en tan buen estado como el día en que fueron colocados".



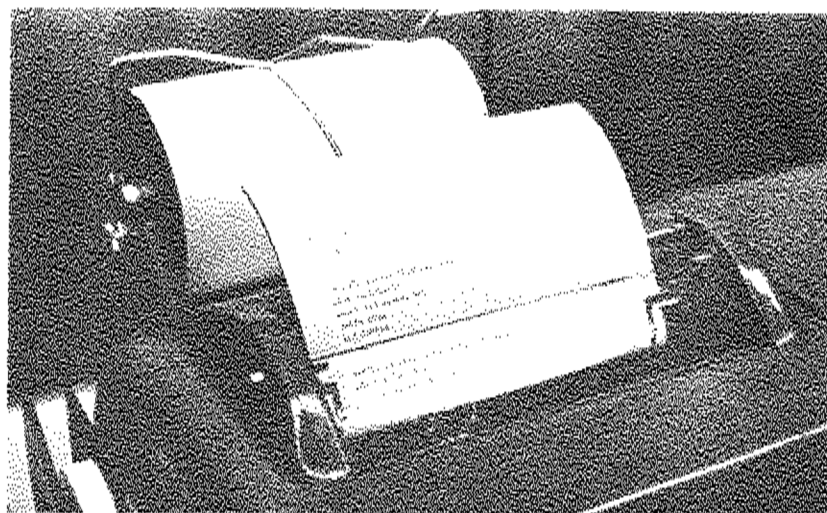


Rumbo al mañana

Como todo sistema mecánico complejo y de uso frecuente, el telégrafo necesita constante cuidado y constante renovación de sus elementos. Poder hacerlo con regularidad es una exigencia que, a veces, las circunstancias económicas dificultan, o impiden. En estas emergencias, como siempre a lo largo de su historia, el Telégrafo argentino ha contado y cuenta con su material más precioso, invaluable: el material humano. Su devoción, su fidelidad, su pericia técnica y su ingenio inagotable para reparar aun lo irreparable y suplir las carencias, han de merecer algún día un homenaje más extenso.

La red actual —truncal, primaria y secundaria— abarca 45.898 kilómetros, y 124.858 kilómetros de desarrollo de línea física. Hay 692 equipos radioeléctricos, y 1.949 teleimpresores. Aparte, se arriendan facilidades a ENTEL y, en muchos casos, se presta el servicio en colaboración con otros organismos (policía, telégrafos provinciales, etc.). Junto con la red alámbrica nacional, intervienen las redes de microondas, los coaxiales y las telecomunicaciones vía satélite. En 1976 se habilitó la moderna maquinaria de la Central de Telefonogramas, en el 5º piso del Palacio de Correos (el equipo automático está en el 6º piso).

A pesar de las dificultades, ENCOTEL insiste en mantener al país totalmente al día en cuanto se refiere a las comunicaciones. Es así como se proyecta el S.I.T.R.A.M. (Sistema de Transmisión Automática de Mensajes) que, a partir de un Centro de Conmutación controlado por computadoras, interconectará automáticamente a cerca de 400 oficinas del Correo en distintos puntos de la Argentina, y a similares del exterior mediante circuitos satelitales. "De tal modo —indica la empresa— se logrará optimizar las prestaciones telegráficas nacionales e internacionales."



*En la página anterior
y en la presente, dos
aspectos de las actuales
instalaciones telegráficas
argentinas, cuya red
abarca 45.898 kilómetros.*

También se contempla la instauración de un nuevo ramo de "telegrafía automática" que no se encuadra en el marco de un servicio público de telegramas: consiste en la transmisión y recepción automática de mensajes telegráficos entre direcciones particulares, y amplía el campo de aplicación de la telegrafía al permitir la constitución de microrredes entre las distintas unidades que componen una organización, o entre entidades que por su naturaleza tengan necesidad de comunicación rápida y eficiente (banca, industria, comercio).

Naturalmente, en la tarea de ENCOTEL asume primordial importancia el Centro Internacional de Operación Telegráfica, C.I.O.T., ubicado en el Palacio de Correos: constituye el punto de enlace entre los canales de comunicación telegráfica que —vía satélite y mediante el cable coaxial— llegan hasta Buenos Aires y la red telegráfica de la República Argentina.

Los telegramas que arriban del exterior son canalizados en el C.I.O.T. a los centros de operación telegráfica más cercanos a los destinatarios. A su vez, los telegramas impuestos en las oficinas nacionales arriban a la citada dependencia, para ser transmitidos al exterior.

Las posiciones de operación del Centro Internacional están dotadas de los aparatos y equipos pertinentes para establecer comunicaciones de punto a punto con los corresponsales extranjeros.

Este impulso hacia mejores contactos internos y exteriores no se ha perdido nunca, afortunadamente, en la Argentina. Nace no sólo de las exigencias de la vida contemporánea, en tan grande medida dependiente de las comunicaciones. Nace de aquella vocación nacional y cosmopolita que alentó a los hombres de Mayo, voraces receptores de todos los cambios que se producían en el Viejo Mundo, tanto como a la generación que hizo de la Argentina, tras la penumbra de las guerras civiles y la discordia política, una nación moderna.

La telefonía

—**B**UENOS días, señor Anden.

—Buenos días, señor Gonzaga.

—Me avisó el doctor que venía usted a colocar el teléfono...

—A eso vengo, sí.

—Bueno, puede empezar cuando quiera.

—Muchas gracias.

—¿Quiere que lo ayude el mucamo?

—No, no hace falta.

—Entonces, lo dejo ya. Dentro de un rato saldrá el doctor para la Casa de Gobierno. Mucho calor hoy, ¿no?

—Bastante. A la tarde esto será un infierno.

Don Bernardo, el canciller

Estamos en Buenos Aires, el martes 4 de enero de 1881 por la mañana, cuando se inicia el servicio telefónico en la Argentina: el técnico francés Víctor Anden instala el primer aparato en la casa del doctor Bernardo de Irigoyen, ministro de Relaciones Exteriores, calle Florida entre las de Tucumán y Viamonte,¹ una magnífica residencia "de altos".

Acaba don Bernardo de cumplir 58 años. Abogado, estanciero y político, es la suya una de las máximas fortunas bonaerenses y del país. De tanto en tanto, los adversarios sacan a relucir su pasado rosista: diplomático en Santiago de Chile—donde defendiera los derechos argentinos al Estrecho de Magallanes—, periodista en Mendoza, había sido el último secretario del gobernador de Buenos Aires, hasta Caseros.

Pero, unos meses después, Justo José de Urquiza lo enviaba a las provincias del Interior con el objeto de invitarlas



*Bernardo de Irigoyen
tuvo el primer
teléfono de la Argentina.*

¹ Salvo indicación en contrario, se utilizan los nombres actuales de calles, avenidas y plazas, muchos de los cuales son los mismos de 1881.



*Leandro N. Alem:
contra la federalización
de Buenos Aires.*

a recomponer la Nación. El tino y la sagacidad de don Bernardo brillaron de nuevo: sin él, quizá, no hubiera podido firmarse el Acuerdo de San Nicolás, base de la República.

Naturalmente, autoseparada Buenos Aires de la Confederación por desavenencias con Urquiza, Irigoyen debió retirarse de la escena, ya mediante el exilio fuera de la Argentina, ya en la soledad de su bufete, uno de los más requeridos en la ciudad portuense.

Volvió a la política y las funciones de gobierno en la década del 70. Fiscal del Superior Tribunal de Justicia de Buenos Aires, diputado de su Legislatura, fue además vicepresidente del Crédito Público Nacional, titular de la Cámara de Diputados de la Nación, y canciller y ministro del Interior del Presidente Nicolás Avellaneda, desde 1875 a 1878. Su gestión en Relaciones Exteriores quedó inscripta entre las de mayor vuelo: de ahí que el Presidente Julio Roca lo llamase para ejercer la misma cartera, ochenta días atrás.

Un ácido testigo de la época, Carlos d'Amico, lo describe de este modo: "Es uno de los hombres más reputados en la ciudad de Buenos Aires. Todo el mundo le reconoce clara inteligencia, conocimientos bastantes para no hacer figura desairada entre sus iguales; honradez probada en todos los cargos públicos que ha desempeñado; patriotismo; y sobre todo una cortesía ingénita que trasciende en todos sus actos y lo hace afable, humano, incapaz de hacer sufrir un dolor a sabiendas".

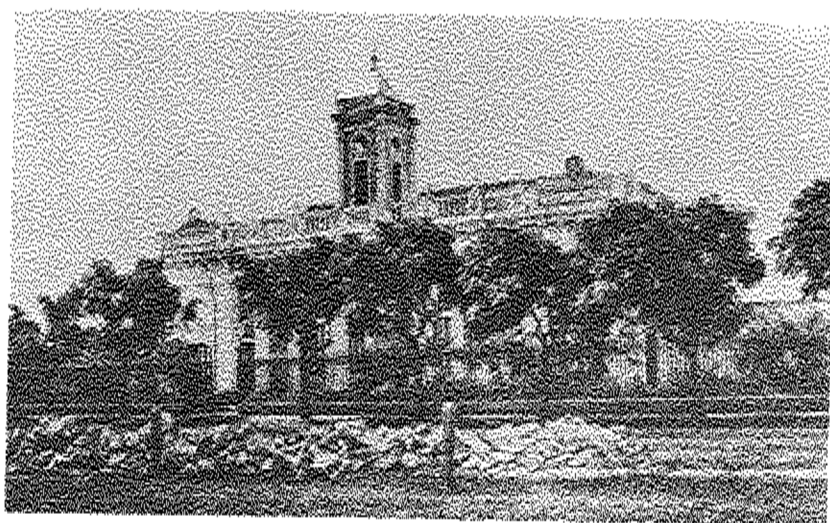
La Capital, por fin

Cerca del mediodía, don Bernardo marcha a pie hasta la Casa de Gobierno —diez cuadras de distancia—, con el andar avispado y la eterna sonrisa que lo han vuelto notorio, tanto como sus largas patillas, su bigote y su falta de barba.

Al caminar por Florida, saludando a vecinos, amigos y conocidos, según es su costumbre, no deja de reflexionar, una vez más, acerca de las mudanzas experimentadas por la Buenos Aires de su juventud en estos últimos tiempos de progreso, y aun avizora las que atravesará bajo la guía de Roca, el ya célebre general de 37 años, y de su intendente, el fogoso Torcuato de Alvear, decidido a cambiar el rostro de la ciudad.

Y, sin embargo, pese a los adelantos, Buenos Aires sigue siendo "la gran aldea" que inmortalizaría Lucio V. López, el nieto del autor del Himno, ahora de viaje por Italia. Con todo, Buenos Aires es definitivamente la Capital de la Argentina, y este hecho, que aún no tiene un mes de vida, sin duda anuncia épocas mejores.

Una guerra civil —la última— había sido necesaria para federalizar la ciudad del Plata. Capital de la Gobernación de Buenos Aires desde 1618 y del Virreinato desde 1776, también lo fuera de las Provincias Unidas entre 1810 y 1820, por mera continuidad. En adelante, y hasta el 6 de diciembre de 1880,



*Municipalidad
de Belgrano, donde
sesionó en 1880
el Congreso Nacional
y se dictó la ley
de capitalización
de Buenos Aires.*

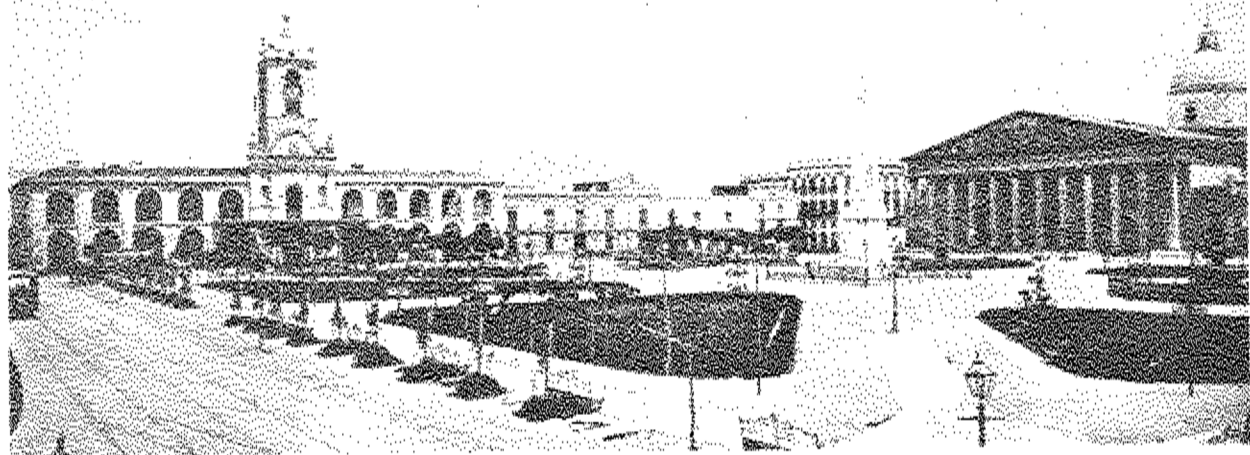
sirvió de capital a la provincia homónima, salvo un año y medio, en 1826-27, cuando Bernardino Rivadavia la nacionalizó como asiento de su efímera Presidencia.

No quisieron los bonaerenses desprenderse de su centro de poder que era, vale recordarlo, el puerto por excelencia de la Argentina, la sede de la máxima Aduana marina y la cabeza del mayor Estado en riqueza económica y cultural. En vano la Constitución de 1853 federalizó Buenos Aires: las autoridades debieron afincarse en Paraná. Ni siquiera el Presidente Bartolomé Mitre, quien venía de ser gobernador, pudo lograr que sus comprovincianos le cedieran la ciudad en 1862, cuando el Estado se reincorporó a la Nación. Él y sus sucesores, el Congreso y la Justicia eran huéspedes, tan sólo.

A principios del 80, la lucha por la Presidencia a renovarse entonces fortaleció el viejo antagonismo del Interior y Buenos Aires en las figuras del tucumano Roca —lanzado a la fama por la Campaña del Desierto, en 1879— y del porteño Carlos Tejedor, mandatario de la provincia. Lo cierto es que Buenos Aires se alzó en armas contra Avellaneda, en defensa de lo que entendía como su soberanía amenazada.

La llegada de los restos del general San Martín, el 28 de mayo —casi tres décadas después de su muerte en Boulogne sur Mer—, no apaciguó los ánimos. Nadie festejó, el 11 de junio, el tercer centenario de la fundación de Garay: Avellaneda y el Congreso despachaban en el villorrio de Belgrano, y sólo había atención —o angustia— para las labores de los Colegios Electorales, que el 13 debían expedirse. Lo hicieron —según se esperaba— en favor de Roca y Francisco Madero.

A los siete días, las milicias de Tejedor y las unidades nacionales, un total de 20.000 hombres, se batían encarnizadamente en Barracas, Puente Alsina, los Corrales Viejos (hoy Parque de los Patricios) y Constitución. El 22, una tregua silenció el fuego: había que enterrar a 3.000 muertos. Dimitió



*La Plaza de la Victoria
a comienzos de 1881,
con la Pirámide
en su ubicación original.*

el gobernador, Avellaneda intervino la provincia, fue disuelta la Legislatura y las Cámaras sancionaron, el 20 de setiembre, la Ley 1.029, federalizando la ciudad.

Restaba aún que la Asamblea de Buenos Aires transfiriese el Municipio. Así lo decidió, una vez reconstituida, el 26 de noviembre, luego de haber presenciado uno de los gigantescos duelos oratorios de nuestros parlamentos, el que opuso a Leandro N. Alem, enemigo de la cesión, quien hablara en las reuniones del 12, el 15 y el 17, y José Hernández, partidario de la entrega (cuya *Vuelta de Martín Fierro* ha vendido cinco ediciones en dos años), que respondió el 19, el 22 y el 23.

Roca, en el mando desde el 12 de octubre, recibió la ciudad el 4 de diciembre de manos del gobernador provisional Juan José Romero. Dos días más tarde declaraba en vigor la Ley 1.029.

Tres poderes y dos plazas

Don Bernardo ha llegado a la esquina de Florida y Rivadavia, de donde se encamina al Este. Ahora, al más o menos tolerable sonido de los carruajes se une el alboroto de los enormes tranvías a caballos que enfilan hacia el Oeste por Rivadavia, anunciados por la corneta de los mayoriales.

Cruza San Martín, arteria de bancos, casas de cambio y armerías, dejando a su derecha el edificio del Cabildo —sede de la Municipalidad y la Corte Suprema de Justicia—, con sus cinco soportales a cada lado del bloque central que corona una torre de tres pisos; y se descubre al pasar frente a la Catedral, terminada en 1862, que se yergue a su izquierda.

La Recova, con su mundo de puesteros, artesanos y minoristas de todos los ramos, separa la Plaza de la Victoria, donde se alza desde 1811 la Pirámide, de la Plaza 25 de Mayo —al Este—, que ostenta la estatua ecuestre de Belgrano realizada



por el francés Albert Carrier-Belleuse. Árboles y canteros habían mejorado ostensiblemente a los dos paseos, hasta no hace mucho verdaderos baldíos sin otro encanto que la historia guardada en su recinto.

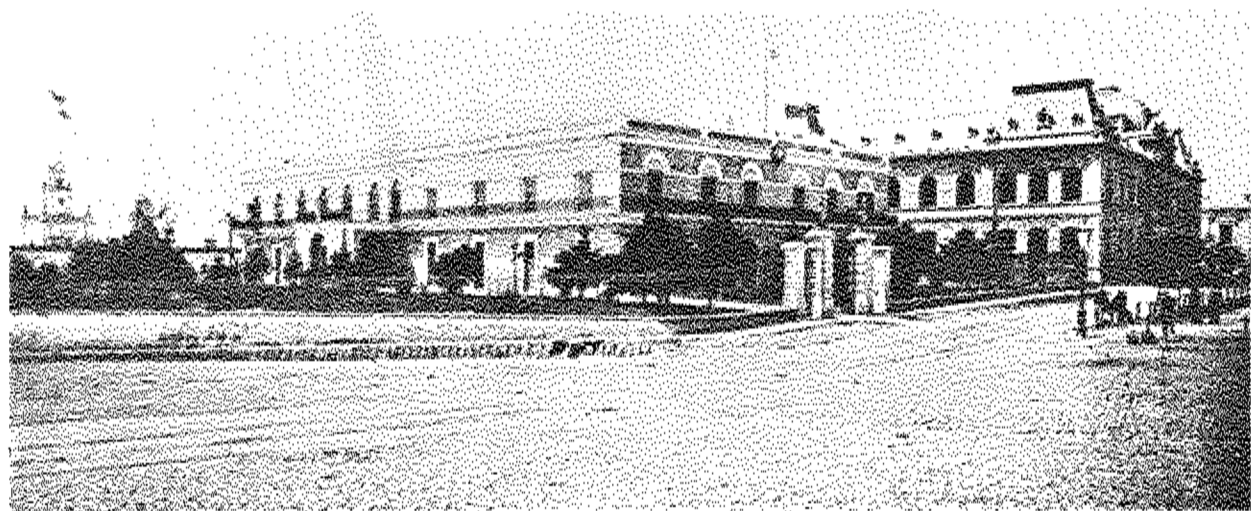
Antes de alcanzar 25 de Mayo, don Bernardo, hombre devoto de la ópera, echa una mirada a los carteles del Teatro Colón, que desde 1857 levanta su mole en ese sector de Rivadavia (ocupado hoy por la casa matriz del Banco de la Nación). Transpone la calle, surcada de vías, y se detiene un momento en la esquina, donde comienza la barranca y eleva sus dos pisos el Gran Hotel Argentino, en uno de cuyos cuartos Hernández terminara *El gaucho Martín Fierro*, de marzo a octubre del 72.

Hacia abajo, luego del Paseo de Julio (hoy avenida Alem), luce la Estación Central del Ferrocarril, y detrás de ella, a cien metros, se extiende la costa fangosa del Plata, hendido por el muelle de pasajeros y el de la Aduana; entre sus toscas, bajo el sol, se afanan las lavanderas negras.

Don Bernardo, a quien la levita y el cuello almidonado se le están volviendo insoportables, cruza Rivadavia y entra en la Casa de Gobierno por el portón de la calle Balcarce. Fue Domingo Faustino Sarmiento quien, tras las refacciones motivadas por el incendio de 1867, mandara pintar de color rosa los muros de ese antiguo pabellón de la Fortaleza, salvado de la demolición que en 1854 abrió espacio a la Aduana.

Es un edificio rectangular, de dos plantas, la segunda de las cuales se entona con una larga balconada circundante. El frente, de seis ventanales en cada piso, ostenta a la mitad del borde superior el Escudo, encima del cual descansa el mástil con la Bandera izada. Un jardín escaso, puntuado de árboles, rodea la Casa de Gobierno, cuyo perímetro señala una alta reja que se apoya sobre una base de mampostería. Mitre instaló aquí, en 1862, las oficinas de la Presidencia y los cinco Minis-

Otro sector de la Plaza de la Victoria en 1881: en el centro de la foto, el Teatro Colón. La Recova aún yergue su vieja mole.



*Primitiva
Casa de Gobierno,
sobre Balcarce
y Rivadavia; al fondo,
el edificio del Correo,
inaugurado en 1879.
Roca la mandaría
demoler en 1882.*

terios; y aquí siguen, estrechas ya para las necesidades del Ejecutivo.²

En cambio, a su lado, en el sector más cercano a Balcarce y Victoria (Hipólito Yrigoyen), el Correo Central inaugurado en 1879 es un fastuoso palacio, con sus cincuenta metros de frente y treinta y cinco de fondo, y sus techos de pizarra.

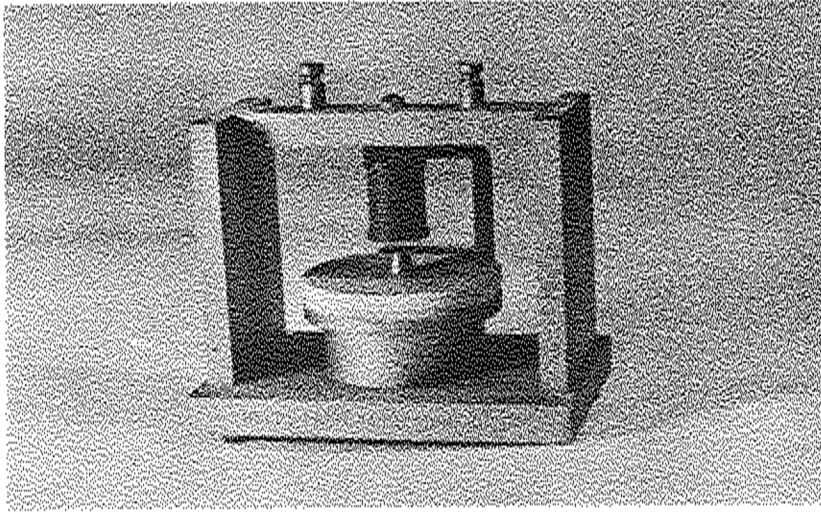
En rigor, él y el Teatro Colón, más el edificio semicircular de la Aduana, levantado a espaldas de la Casa de Gobierno y el Correo, se llevan la palma de la espectacularidad en la zona. La Casa de Gobierno ni siquiera tiene qué envidiarle al Congreso (esquina Sudoeste de Victoria y Balcarce, hoy absorbido dentro del Ministerio de Bienestar Social), donde, desde 1864, deben alternar diputados y senadores ya que el arquitecto Jonás Larguía lo dotó de un solo recinto...

Guerra en el Pacífico

Don Bernardo se ha reunido con sus colegas. Entre el humo azulíneo de los habanos y los sorbos de té y café, departen los señores.

La tonada cordobesa de Antonio del Viso, ministro del Interior, y Manuel Dídimo Pizarro, de Justicia e Instrucción Pública, se distingue con nitidez en la charla, como que los demás

² Roca mandó demolerla en 1882, trasladando estas oficinas al Correo, que fue instalado en el llamado Caserón de Rosas, Bolívar y Moreno. La nueva Casa de Gobierno fue un edificio similar al del Correo; como el estrecho callejón que mediaba entre ambos de nada servía, se encargó al arquitecto italiano Francisco Tamburini la unión de aquéllos: tal es el origen del arco que forma el pórtico central. Tamburini añadió la explanada sobre Rivadavia y homogeneizó la parte trasera. Las obras concluyeron en 1894. La Casa de Gobierno perdería un amplio sector del lado Sur (el ex Correo), cuando el Presidente Agustín Justo ordenó demolerla, en 1938, medida que derogó más tarde.



Réplica del aparato original con el que Graham Bell estableció la primera comunicación telefónica en 1876. Thomas Watson, su ayudante, fue el interlocutor de entonces.

—Irigoyen, Santiago Cortínez, de Hacienda, y el general Benjamín Victorica, de Guerra y Marina— son oriundos de Buenos Aires.

Más acuciosa que los temas locales es la guerra del Pacífico. La Argentina observó, desde el principio de la contienda, una simpatía manifiesta por los peruanos; uno de los hijos mimados de Buenos Aires, el abogado Roque Sáenz Peña, se había enrolado en las fuerzas peruanas y batídose contra las chilenas en la defensa de Arica (7 de junio de 1880). Herido en un brazo, vio morir Roque a todos sus jefes, del coronel Francisco Bolognesi abajo, y debió asumir el mando de la división, hasta caer prisionero luego de la derrota.

La bienvenida de Sáenz Peña, cuando llegó a Buenos Aires el 30 de setiembre, desbordó el muelle. Don Bernardo, Alem, Aristóbulo del Valle, Carlos Pellegrini y decenas de jóvenes y no tan jóvenes aclamaron al teniente coronel de 29 años, al héroe de Arica. Las honras se renovaron el 8 de octubre con el banquete en el Café de París, donde hicieron su elogio Irigoyen, del Valle, Miguel Cané, Vicente Fidel López, Dardo Rocha, Pedro Goyena, el general Conrado Villegas.

Pero, la bravía acción de Arica determinó el retiro de Bolivia, que iniciara la lucha en alianza con el Perú, y el avance incontenible hacia Lima de las unidades chilenas al mando del general Manuel Baquedano. El telégrafo ya había anunciado a los argentinos que dos mil de los 25.000 hombres del Ejército chileno vencieron a las vanguardias peruanas el 27 de diciembre, en Manzano, menos de treinta kilómetros al Sudeste de la capital.³

Quizá para aventar la gravedad del asunto, acerca del cual expusieran don Bernardo y el general Victorica, los señores

³ Lima se rindió el 16 de enero, tras las decisivas batallas de Chorrillos y Miraflores.



Una oficina telefónica a principios de siglo: el servicio cundió velozmente.

Un aviso de la Sociedad Nacional del Panteléfono, Fels y Cía., con lista de abonados comunes y especiales (1881).

Se informa que el ingeniero Goodwin, de la Compañía Bell (o del Río de la Plata) se ha incorporado a la empresa.

ministros dialogan un instante sobre el baile de esa noche, en el Teatro de la Opera, organizado por la comunidad inglesa en honor de los dos hijos del Príncipe de Gales y Alejandra de Dinamarca, Alberto Víctor, de 17 años, y Jorge, de 15.

A unas horas, casi, de los festejos del Año Nuevo, el baile de la Opera —al que asistirán Roca, sus ministros, las autoridades legislativas, judiciales y militares, el cuerpo diplomático— será un fabuloso comienzo de temporada.

El estridor de unos clarines antecede al ujier que se cuele en el saloncito donde conversan los ministros.

—Excelencias, el señor Presidente los aguarda.

Un baile para los duquecitos

Don Antonio Pestalardo inauguró el Teatro de la Opera —que mandara construir en el solar antaño ocupado por la caballeriza de Vicente Collin, donde hoy se levanta el cine homónimo— el 25 de mayo de 1872, con un *Trovatore* que cantó el tenor Julio Perotti. Fue la primera sala de la calle Corrientes; a la altura de nuestro relato, había ganado al Colón el cetro de la fama en el terreno del “arte lírico”.

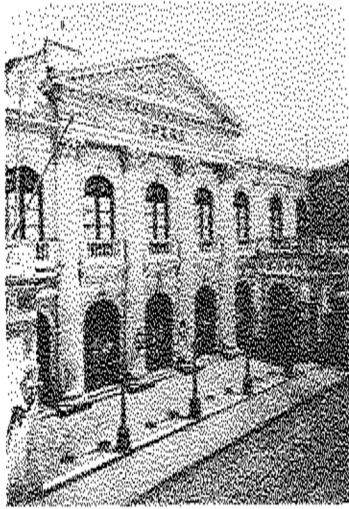
Esta noche del 4 de enero de 1881, empavesado con decoraciones florales y banderas, el interior del teatro resplandece con sus lámparas de gas. El *ambigu* es generoso en platos y bebidas. Los 42 profesores del maestro Rajneri, que ensayaran durante una semana, encienden a las diez el fuego de la danza, con un vals de Johann Strauss: un remolino de fraques y vestidos de seda o muselina llena el bruñido piso de madera.

Los duquecitos, que se alojan en una nave de guerra, aparecen en el baile a las once, enfundados en sus azules uniformes de gala de guardiamarinas; las luces reverberan en el oro de los botones y las charreteras. Los embajadores en Buenos Aires y Montevideo, que escoltan a estos sobrinos de S.M.B. la Reina Victoria, hacen las presentaciones; luego, Alberto y Jorge se dirigen al palco, observados por mil ojos atentos.

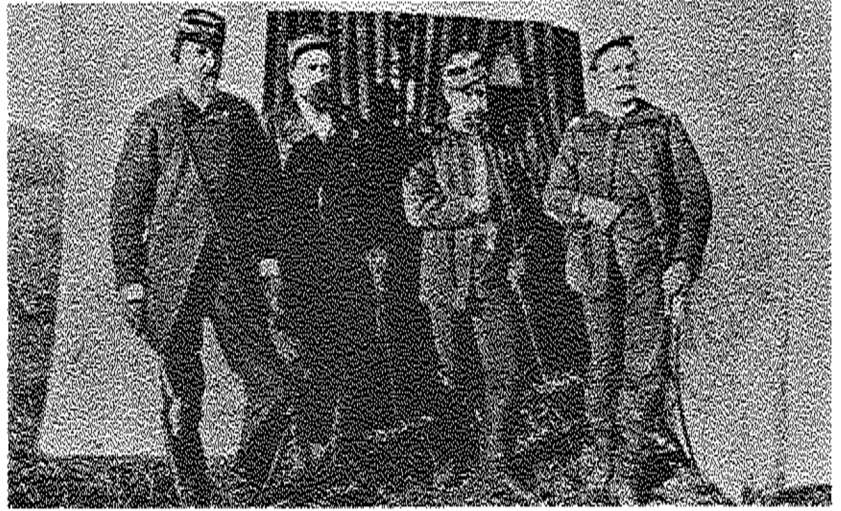
Sigue la música. Hay quienes averiguan si, como se informara, los dos nobles y su séquito visitaron, antes de venir a la Opera, el teatro Politeama, la más joven sala de Buenos Aires (1879) y la segunda abierta en la calle Corrientes, esta vez entre Uruguay y Paraná, Julia Nelson, la *ecuyère* que debutara hace un mes en el Politeama con la Compañía Ecuestre Italiana, iba a dar cuarenta saltos mortales (¡cuarenta, nada menos!) en la función de esa noche, según noticia de los diarios. Debe de haberle dolido la doble y noble ausencia de Alberto y Jorge, porque no hay constancia de su hazaña.

Son las doce cuando el maestro Rajneri vuelve a sosegar el brío de sus músicos: ahí está el general Roca, también de uniforme de gala, con su mujer, doña Clara Funes.

Lleva el Presidente en la mano izquierda, apretado contra el pecho, el bicornio emplumado; de la mano derecha asoma



El Teatro de la Opera, inaugurado en 1872, albergó el baile en honor de los hijos del Príncipe de Gales. Al lado, el general Roca (tercero desde la izq.) en la Campaña de 1879.



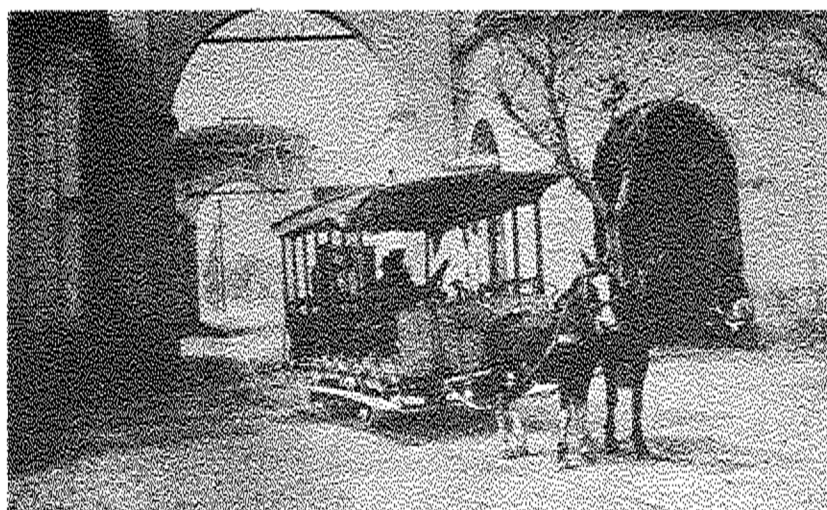
el fino bastón de mando. Terciada sobre la casaca de paño azul con alamares de oro, la banda celeste y blanca se anuda bajo el cinto, cerca de la empuñadura del sable, que cuelga sobre el pantalón blanco y una de las botas de cuero negro.

Militar desde hace veinte años, casi todos sus ascensos coincidieron con hitos de la historia nacional. Teniente después de Cepeda (1859), y teniente primero luego de Pavón (1861), Mitre lo hizo mayor en la guerra del Paraguay. Dos batallas de otras tantas luchas internas lo exaltarán a la cima: Naembé, donde dispersó a las milicias entrerrianas de López Jordán, le valió el coronelato; y Santa Rosa, donde puso fin a la sublevación contra Avellaneda, le ganó las palmas de general en 1874, a los 31 años de edad.

“Es un hombre de apariencia juvenil —dice sir Horace Rumbold, el embajador inglés que ha salido a recibirlo, en sus Memorias de Buenos Aires—, de talla mediana y contextura fina y descarnada, prematuramente calvo, con ralos y rubios cabellos en las sienes, y barba y bigote débiles. A primera vista, su rostro expresa más refinamiento que energía; muestra, sin embargo, un inequívoco sello de resolución, y tiene en los ojos, de frío azul grisáceo, un brillo como de acero. Lo que acaso nos impresiona más en él es su aire de lasitud y su palidez...”

Los adolescentes dignatarios se despiden a las dos de la mañana: al día siguiente abandonarán Buenos Aires con destino a Montevideo, para continuar el viaje alrededor del mundo que han emprendido en el navío *Bacchante*.⁴ Roca y sus ministros permanecen hasta las dos y media, bebiendo té y café.

⁴ El Príncipe de Gales reinó como Eduardo VII, sucediendo a la Reina Victoria, desde 1901 hasta su muerte en 1910. Asumió entonces su hijo Jorge (Jorge V); el mayor, Alberto Víctor, había fallecido en 1892. Jorge V murió en 1936.



El tranvía a caballos revolucionó, desde 1870, el transporte urbano y aun sirvió a la expansión de la ciudad hacia el Oeste.

Una marea de landós se renueva junto a la acera. La noche es húmeda. De tanto en tanto, los caballos hacen chispear el desigual empedrado. Cocheros y lacayos se afanan, imperturbables, sudorosos, en medio de galeras y tocas de pluma. El Presidente, quien descansa con su familia en una quinta de Rivadavia y José María Moreno, en Caballito, se dirige a su casa de la calle San Martín entre Tucumán y Lavalle.

—A propósito, doctor —dice a Irigoyen, al saludarlo antes de partir.—. Soy el segundo abonado del teléfono. No ha sido usted el único por mucho tiempo, ¿eh?

—Lo felicito, general. Voy a darme el placer de inaugurar la línea, entonces, ya que soy el primero.

—Tiene usted el derecho de primogenitura, doctor. Háblame sin falta. Y buenas noches.

—Buenas noches, general.

SABIDO es que la transformación definitiva de Buenos Aires se operó de 1882 en adelante, hasta culminar en el Centenario. Sin embargo, los treinta años anteriores, luego de Caseros y el fin de Rosas, miraron desfilar alteraciones y conquistas en apreciable medida, no en vano era la ciudad lo que era: el centro de un Estado pujante y dominador.

“Yo vi la ciudad de Buenos Aires en 1854; volví a verla en 1858, en 1861 y en 1863, y me costó trabajo reconocerla, tan grande era su desarrollo”, señalaba el médico lombardo Pablo Mantegazza. T. Woodbine Hinchliff, un inglés que visitara Buenos Aires en 1861, anotó al pasar por ella en 1873: “Una docena de años ha producido más cambios en esta ciudad que una centuria en otras”.

Podrá imaginar el lector, con estos antecedentes, la impresión causada por Buenos Aires en el ánimo de este frágil



*Juan Bautista Alberdi
(foto de 1880),
el eterno exiliado,
se lamentaba por la falta
de puerto
en Buenos Aires.*

anciano que se alberga en una pieza de Bolívar 122, esquina Moreno, a dos cuadras del Congreso, donde ocupa una banca de diputado por el Tucumán.

Es Juan Bautista Alberdi, el autor de las *Bases* (1852) y el *Sistema económico* (1854), dos ensayos que diseñaron la Argentina liberal lentamente erigida por Urquiza, Derqui, Mitre, Sarmiento y Avellaneda. Había vivido en Buenos Aires una década y media, de 1824 a 1838. Más de cuarenta años, entre los veintiocho y los sesenta y nueve de su edad, estuvo fuera del país, en Uruguay, Chile y Francia, como exiliado voluntario, salvo su temporada de embajador ante las cortes de Londres y París (1855-62).

Ahora, reconciliado con Sarmiento, enaltecido por Roca y tantos otros, Alberdi, quien interviniera confidencialmente en la solución del problema Buenos Aires, escribe acerca de él la que sería su última obra,¹ en el cuarto de Bolívar 122. Desde la ventana, "situada casi a la altura de la cúpula de San Francisco", observa el río leonado.

"La vista de los buques numerosos que pueblan las más lejanas aguas del Plata, me encanta sin duda por lo pintoresco, y como recuerdo de la primera juventud —dice—, pero a la vez me entristece y avergüenza, cuando pienso que cuarenta años más tarde yace a tres leguas de la costa, fondeada sin seguridad, una flota entera equivalente a un pueblo, por falta de puerto, como el día mismo en que los españoles descubrieron el Río de la Plata."

La ciudad de entonces

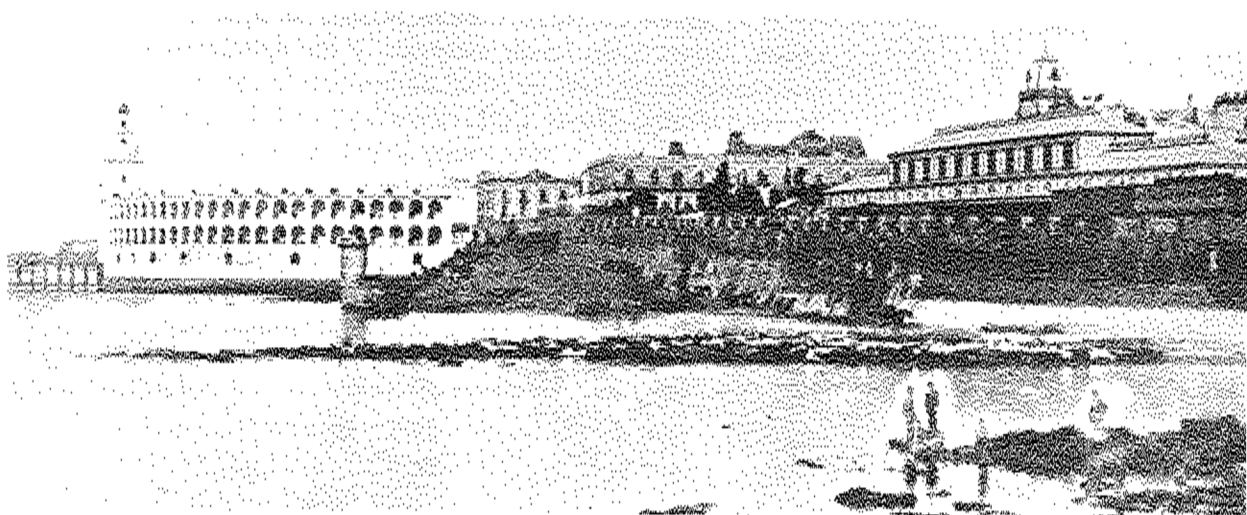
Sí. Buenos Aires, que en 1880 recibió 2.201 barcos de ultramar con una carga de 734.000 toneladas, no tiene puerto. El ritmo de la descarga es de cinco toneladas por día, una décima parte de lo que se desembarca en Liverpool o El Havre.

Ya desde la década del 60 se empeñan las autoridades bonaerenses por resolver el tema, divididas entre las iniciativas del ingeniero Luis Huergo y del comerciante Eduardo Madero (sobrino de quien sería Vicepresidente de Roca). Hacia 1881, adelantan los trabajos de Huergo para establecer el puerto en la Boca del Riachuelo, favorecido ya por el Gobierno de la Nación.²

Pero, si carece de puerto, no le faltan otras novedades a Buenos Aires. Hay 270.708 habitantes en la ciudad, que entonces limita al Norte y el Este con el Plata, al Sur con el Riachuelo, y al Oeste con una línea formada por las actuales

¹ *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por Capital*, apareció en mayo, tres meses antes de que Alberdi retornara a Francia, donde iba a morir el 19 de junio de 1884.

² Más tarde, el Gobierno se inclinó por el proyecto Madero, cuya primera parte, la Dársena Sur, fue habilitada en enero de 1889; la obra quedó completada en 1898, con sus cuatro diques y la Dársena Norte. Los trabajos del Riachuelo dieron origen al Dock Sud.



avenidas y calles Dorrego, Bullrich y Juan B. Justo (ex arroyo Maldonado), Soler, Medrano, Boedo y Sáenz. La superficie no alcanza a cuarenta kilómetros cuadrados en 1881.

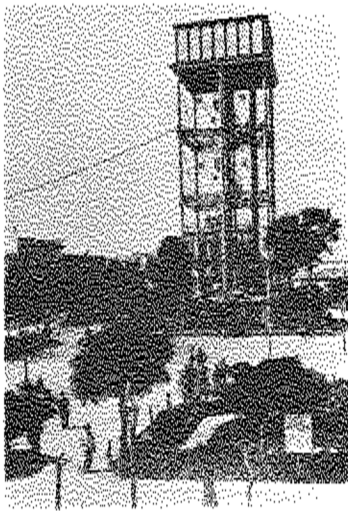
Sin embargo, la zona poblada es un cuadrilátero que se extiende desde Juncal hasta Brasil, y desde Callao-Entre Ríos hasta Alem-Paseo Colón, sin olvidar el sector de la Recoleta y el de la Boca. Hacia el Oeste, se dibuja un triángulo de viviendas escasas, baldíos, cercas de tuna y quintas, cuyo borde superior es la Plaza Once de Setiembre (hoy, de Miserere), con su mercado y antigua terminal de carretas.

No obstante, la vida social, económica y política de Buenos Aires se desarrolla en las cien manzanas existentes desde Juncal hasta Belgrano, y desde Cerrito-Lima hasta el Bajo. La fiebre amarilla, que de enero a mayo de 1871 causara 13.725 muertes, disminuyó la fama del Barrio Sur, el distrito *chic*: muchas familias se trasladaron más allá de Rivadavia, iniciando así el esplendor de lo que conoceríamos después por Barrio Norte. Con todo, Florida-Perú siguieron siendo, en especial aquélla, las arterias más elegantes.

Concentraba la ciudad, en estos comienzos de 1881, el quince por ciento de la población argentina. La mitad de sus habitantes es extranjera. Dos terceras partes de sus 30.000 casas son de una planta; el resto, de dos y tres pisos. Aquí y allá, en el corazón de Buenos Aires, florecen los *palazzi* de sobrio estilo italiano, como el de don Bernardo, que no tardarán en ser sustituidos por las deslumbrantes residencias de signo francés. Pero, también, abundan los conventillos: son dos mil y guarecen a unos 60.000 inquilinos.

Las calles, en quince cuadras a la redonda de las plazas Victoria y 25 de Mayo, están pavimentadas con piedras chatas; más lejos, son todavía de tierra. El desnivel de las aceras coincide con la falta de ochavas en las esquinas. Los días de lluvia, muchas calzadas son lodazales siniestros.

La costa del Plata en la zona céntrica (comparar con el grabado de pág. 40). A la izquierda, la Aduana Nueva; luego, la Casa de Gobierno, con el Correo al fondo; sobre la derecha, la Estación Central del Ferrocarril y el murallón de la época de Rosas.



El tanque de las aguas corrientes, en la Plaza Lorea sólo servía a un estrecho radio de la ciudad.

Las aguas corrientes, cuyo tanque se alza en la Plaza de Lorea, sirven a un radio estrecho, y los aguateros deambulan por vastas zonas, con su tonel andante, a la par de un enjambre de vendedores. Desde 1857, cuando se instaló la fábrica de gas en el Retiro, más y más casas y calles abandonaron el sebo, que aún es utilizado fuera del Centro.

Fue 1857, además, el año del primer ferrocarril argentino, el del Oeste, que iba de la Plaza Lavalle hasta Floresta; ahora, alcanza a Bragado y Lobos. Vinieron después el Ferrocarril del Norte (1862), que se extiende hasta el Tigre; el del Sud (1865), con término en Chascomús; el de la Boca y Ensenada (1865), cuyo viaducto de madera y hierro, tendido entre Venezuela/Paseo Colón y Almirante Brown/Martín García, admira a los porteños; y, finalmente, el de Campana (1876).

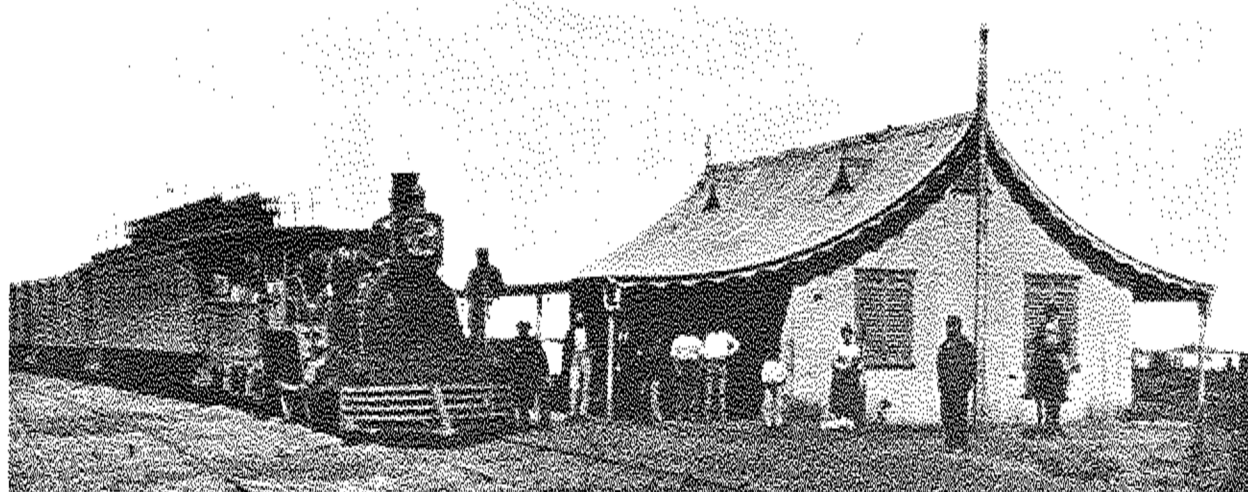
Hace cinco años, la Estación Central erigida por el Ferrocarril del Norte sirve también al de Ensenada, al haber éste prolongado su línea desde los andenes de la calle Venezuela, y al del Oeste, que se conectó con el del Norte mediante un ramal desde la Plaza Miserere hasta la Recoleta.

La aparición de los tranvías redondeó las comunicaciones. Habían surgido en 1865 como apéndices ferroviarios, cuando la línea del Sur implantó un servicio desde la Plaza Constitución hasta Lima y Moreno, y la del Norte agregó el de Retiro-Aduana. Pero, recién en 1870 —un domingo de Carnaval, a últimos de febrero— eran inaugurados como medios independientes con dos líneas que marchaban del Centro a la Plaza de Miserere: la de Teófilo y Julio Méndez, la de Julio y Federico Lacroze. En noviembre de 1871 quedaba habilitada la más larga, la de Mariano Billinghamurst, que corría de Plaza de la Victoria a Flores.³

Los *tramways* no deben circular a más de diez kilómetros por hora ni llevar pasajeros de pie; sin embargo, la afluencia de usuarios obliga a desechar esa norma, para mal de los caballos y de quienes se transportan: *La Prensa* lamentaba, el 22 de junio de 1871, que un viaje de Barracas hasta Juncal y Libertad durase ¡dos horas y media! Con todo, se multiplicaron los servicios vertiginosamente: en los siete años que median entre 1873 y 1880, la red tranviaria de la ciudad creció siete veces, de 24 a 168 kilómetros.

No en vano las autoridades de Buenos Aires se ufanan de gobernar "la capital del tranvía". Nuestro conocido Mr. Rumbold, quien llegara a su nuevo destino en setiembre del 80, admitía entonces que era esta ciudad la poseedora de la red tranviaria más extensa y completa del mundo, aunque lo aturdieran "el pesado estruendo de las ruedas y el repique de la

³ Antes, desde 1858, corrieron los ómnibus, especie de grandes carrozas o diligencias tiradas por caballos. Las pocas líneas existentes desaparecieron con el auge del tranvía.



campana, además de la aguda discordancia de una especie de cuerno vacuno soplado para advertir el paso . . .”.

Lo cierto es que las seis compañías de Buenos Aires realizaron 650.000 viajes en 1880, con 13.618.000 pasajeros.

Una llamada desde Chivilcoy

¿Cómo no iba a interesarse por el teléfono esta ciudad —la más avanzada de América Latina—, con sus diez diarios, encabezados por su decano *El Nacional*, que don Dalmacio Vélez Sarsfield lanzara en 1852? ¿Cómo, con sus diez teatros, en uno de los cuales, el de la Victoria, se había estrenado en 1877 *La gata blanca*, primera ópera argentina, de Francisco Hargreaves? ¿Cómo, con su veintena de librerías y editoriales y sus cinco instituciones de arte y cultura?

El avance del telégrafo regular, desde 1869, había sido incesante. Por él, y por las correspondencias periodísticas, se enteraron los bonaerenses de la gloriosa noche del 10 de marzo de 1876 en Boston, cuando Alexander Graham Bell y Thomas Watson entablaron la primera comunicación oral, así como del establecimiento, dos años más tarde, de la primera central telefónica del mundo en la ciudad de New Haven.

Más o menos hacia entonces, en 1878, dos argentinos cuyos nombres de pila ignoramos, los señores Cayol y Newman, iniciaron en Buenos Aires ensayos de telefonía con aparatos de su construcción. Esta circunstancia aparece indicada en un suelto de *El Nacional*, el 25 de abril de 1881, y es el único rastro de los albores del teléfono en nuestro país.

La pista siguiente es de fines de 1880, cuando la *Société du Pan Téléphone de Locht* (de capitales suizas, según la mayoría de las constancias; belgas, de acuerdo con otras versiones), abre una oficina en la calle Florida entre Bartolomé Mitre y Cangallo, a los fondos de la Imprenta La Minerva, don-

*Terminal Ensenada
del Ferrocarril tendido
por William Wheelwright
desde Buenos Aires.
Cerca de allí fue fundada
La Plata, en 1882.*

*Legislatura de la provincia
de Buenos Aires,
en la "manzana
de las luces",
donde se enfrentaron
Alem y José Hernández
en 1880.*



de, dicho sea de paso, será jurídicamente fundado el Jockey Club, el 15 de abril de 1882.

El conmutador de Locht admite sólo veinte abonados. Vimos ya que el número 1 es el doctor Irigoyen, y el 2 el general Roca. Los aparatos de entonces, verdaderos armatostes de madera, se alimentan a pila y funcionan con una sola línea de alambre galvanizado, tendida sobre pequeños postes ubicados en las azoteas de las casas, que parte de una torre de distribución montada en el techo de la central.

Para obtener la comunicación debe llamarse a la oficina, haciendo girar la manivela. El operador —durante un tiempo estas funciones están en manos masculinas—, quien se halla de pie frente al conmutador, recibe la solicitud y concierta los dos teléfonos. La audición suele ser deficiente, pero, se aconseja a los abonados no alzar mucho la voz.

Es presumible que la primera llamada no experimental ocurre el 5 de enero entre Irigoyen y Roca. Alega la tradición que, en tanto el Presidente se dirige hacia el aparato, uno de sus sobrinos se acerca al micrófono y lo inunda con su parloteo. El canciller, irritado por lo que cree un defecto de la línea, cuelga, y comenta a su secretario:

—Sería mejor que el señor Anden hiciera más ensayos hasta acabar con esos ruidos.

El misterio es aclarado unos minutos después, cuando Irigoyen escucha al general Roca explicar, en tono gracioso, la intervención del niño. ¿Qué más hablaron, cuánto duró la charla? Imposible saberlo, a estas alturas. Sin embargo, se atribuye al Presidente haber señalado en aquellos momentos —si no en su conversación con don Bernardo—: "Estimo que la difusión de estos aparatos en la Argentina será tan decisiva para su progreso como nuestra expedición al desierto".

No se equivoca. El ejemplo suyo y el de don Bernardo cunden velozmente: la Societé llena en unas semanas su oferta,



instalando aparatos en la Casa de Gobierno, el Club del Progreso, el Club del Plata, la Sociedad Rural, los domicilios del intendente Alvear (Juncal y Cerrito), el ministro Victorica (Arroyo y Cerrito), el general Manuel Campos.

El Ejecutivo de la Nación autoriza a la Societé el 19 de abril del 81; catorce días antes había expedido licencia a la *Compañía Telefónica del Río de la Plata*, con oficina en Maipú entre Cangallo y Sarmiento; y el 2 de marzo, a la *Compañía de Teléfonos Gower-Bell*, de Florida entre Corrientes y Lavalle, que dirige el señor Benjamín Manton y cuyo sistema tiene capacidad para dotar a 34 abonados.

No todas son flores, sin embargo. *La Nación* editorializa así el 28 de abril:

"Ignoramos bajo qué condiciones se está haciendo la colocación de líneas telefónicas en la ciudad y si la autoridad hace inspeccionar esos trabajos, como sería natural que procediera; pero hay tres empresas de comunicación telefónica que han empezado a extender sobre las casas redes de hilos y es el caso de preguntarse si los postes pueden o no ser un peligro para los edificios.

"Es evidente que un poste bien colocado, en una pared fuerte y convenientemente gruesa, no podrá nunca poner en peligro la estabilidad de la construcción; pero no es menos cierto que un descuido cualquiera, la natural negligencia de los peones o capataces no interesados en cuidar lo ajeno, pueden causar en los edificios daños de consideración.

"No es ese sin embargo, el mayor peligro [...] Hay otro, el más inminente, que escapa a la mirada profana. Queremos referirnos al pararrayos que cada poste debe llevar. Un poste sin pararrayos es un llamativo poderoso de la electricidad atmosférica y un poste con pararrayos y sin hilo conductor es aun más peligroso, porque en tal caso, no siendo la descarga

Demolición de la Recova en mayo de 1884. Obsérvese la estatua ecuestre de Belgrano y los dos edificios de la Casa de Gobierno (el de la derecha es la antigua sede del Correo), con el callejón intermedio que desaparecerá al ser unidas ambas construcciones.



Tendido de cables subterráneos para el teléfono, en una calle de Buenos Aires, a fines del siglo XIX.

eléctrica llevada a tierra, se hace todo sobre el edificio, si ella tiene lugar.

"No queremos significar que las empresas telefónicas hayan incurrido o estén incurriendo en las antedichas faltas; pero es evidente que si la autoridad no lo sabe tampoco, debe asegurarse del estado en que se hallan las cosas, para que la población pueda vivir al respecto en completa tranquilidad. De lo contrario, todo propietario tendrá derecho pleno para negar su casa a la colocación de postes . . ."

De su lado, *El Nacional* había defendido los aparatos que fabrican los señores Cayol y Newman en el citado suelto de abril 25, señalando: "Son al parecer mejores que los que vienen del exterior". "Pasan de una docena —añade el articulista— los pedidos que tienen ya estos inteligentes mecánicos" para la provisión de sus alabados teléfonos.

Por fin, el 4 de mayo, el flamante medio llega a los diarios en forma de aviso, junto al "Tinte Inimitable de José Cristadoro", la "Cloralina Cranwell" para el dolor de muelas, los "Anteojos anfiguratorios" del Dr. Schnabel, las sesiones de magnetismo que se realizan de 10 a 16 horas en un local de Junín entre Tucumán y Viamonte, y otras —supuestas o auténticas— derivaciones de la ciencia.

En efecto, en *La Nación* se lee el siguiente anuncio:

EL CENTRO TELEFONICO
DE BUENOS AIRES

Autorizado por Decreto Especial del Superior Gobierno Nacional, del 2 de marzo de 1881.

Sistema de alta voz de Gower-Bell aconsejado por el Señor Director de Correos y Telégrafos y privilegiado por la Oficina Nacional de Patentes de Invención con autorización expresa de sus inventores Federico Allen Gower y J. Graham Bell. Líneas en todas direcciones de la ciudad y suburbios.

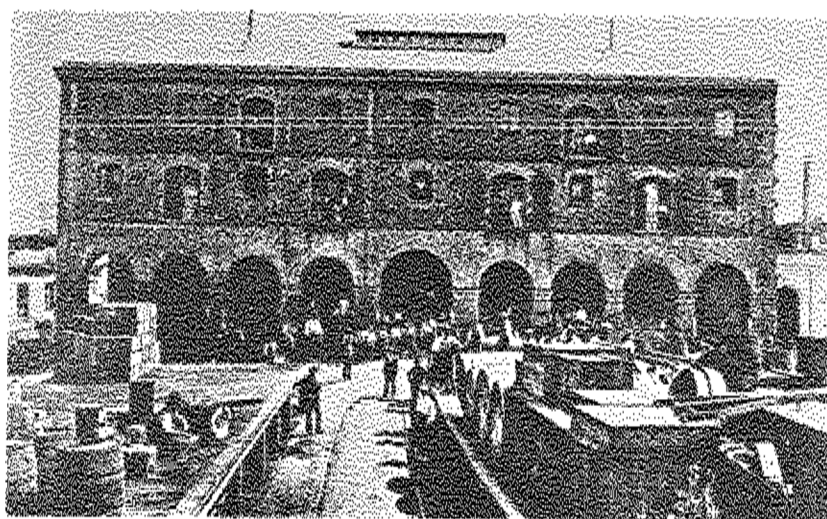
Comunicación directa, establecida ya, con la Plaza Once de Setiembre, Plaza Constitución, Boca-Barracas, Muelle de las Catalinas, Bolsa de Comercio, Banco Provincia, Banco de Londres y las principales casas de comercio de esta plaza.

OFICINA CENTRAL

125 - Florida (altos) - 125

Simultáneamente, Irigoyen se anota un segundo triunfo en la historia telefónica argentina: la primera conversación de larga distancia.

Don Bernardo trasladó a Chivilcoy un aparato y, valiéndose de la línea telegráfica del Ferrocarril del Oeste, armó un circuito entre aquella localidad, distante 150 quilómetros de



*Muelle de las Catalinas,
aproximadamente
en lo que es hoy
la intersección
de Córdoba y Madero.
La Compañía Gower-Bell
instaló allí
una de sus líneas.*

Buenos Aires, y la estación terminal de Plaza Lavalle, para desde aquí llegar a la Casa de Gobierno y departir con el Presidente.

Don Torcuato y los hilos

Aun cuando no existen registros, puede estimarse que hacia fines de 1881 pasaban de dos centenares los abonados de Buenos Aires. Ricardo T. Mulleady consigna que, en aquellos primeros tiempos, según lo recordaba un funcionario del servicio, era común que el operador ofreciera a uno de los suscriptores, si la línea pedida se hallaba ocupada, comunicarlo con otros, de quienes lo sabía amigo o conocido.

No siempre se memora que, antes de terminar el año, uno de los primeros abonados, el intendente Alvear, fue también el primero en auspiciar una legislación telefónica. El 31 de agosto del 81, envió al ministro del Interior un proyecto, para que el Ejecutivo lo remitiese a las Cámaras.

Los veintiocho artículos de la iniciativa confirmaban al P.E. como dador de las concesiones en la ciudad de Buenos Aires, sujetándolas al informe previo del Departamento de Ingenieros y la Municipalidad. La instalación de los hilos no podría efectuarse sin el visto bueno de la Municipalidad o de los dueños de los inmuebles en donde aquellos se sostuvieran, quienes tenían derecho a una indemnización.

Quedaba obligada la empresa a sustituir las líneas aéreas por líneas subterráneas, "cuando y donde puedan destinarse al efecto las cloacas y caños de tormenta en construcción". Las tarifas serían modificadas con aprobación del P.E. y los establecimientos estatales o comunales obrarían la mitad del arancel. Cada empresa pagaría a la Municipalidad un canon anual del 10 % de sus entradas brutas, más un derecho de pasaje por las vías públicas, fijado sobre cada hilo.



Tendido del cable subacuático a Montevideo, Uruguay, en 1928.

Toda una visión de la "edad antigua" del teléfono: el armatoste accionado a manivela, con generador de magneto. En 1905 empezaría a establecerse el sistema de batería central.

Molestaba a don Torcuato el hecho de que las empresas hubieran "afeado la ciudad" y cometido abusos, colocando postes en las veredas y caballetes en las azoteas de casas particulares y edificios públicos sin autorización. La iniciativa de Alvear no fue girada al Congreso, que sólo quince años más tarde se ocuparía del tema, sometiendo los teléfonos a las disposiciones de la Ley 750 ¼ de 1875, relativa a los servicios telegráficos.

Que los cables obsesionaban a don Torcuato, lo prueba este episodio. En mayo de 1884, el intendente mandó demoler la Recova en una operación relámpago de cinco días. Como abundaban los postes y caballetes del teléfono en los muros del edificio, ordenó en dos oportunidades el retiro de las instalaciones; ante el incumplimiento de la empresa, él mismo cortó los hilos e hizo arrancar los sostenes, incomunicando a un vasto número de abonados.⁴

LA Argentina, que instauró desde su iniciación el monopolio estatal de las comunicaciones telegráficas, dejó el servicio telefónico en manos particulares durante sesenta y cinco años. Por lo tanto, la historia de nuestra telefonía a lo largo de esas seis décadas y media, fue la historia de las compañías privadas, especialmente de una, la Unión Telefónica del Río de la Plata.

Ya hemos visto que, entre finales del verano y comienzos del otoño de 1881, el Poder Ejecutivo Nacional concedió licencia a tres empresas para operar en la ciudad de Buenos Aires. Dos de ellas, la (ahora castellanizada en su título) *Sociedad Nacional del Panteléfono, Fels y Cía.*, y la *Compañía Telefónica del Río de la Plata*, se fusionaron en diciembre de 1882 en Londres, constituyendo la *Compañía Unión Telefónica*, con un capital de 200.000 libras esterlinas.

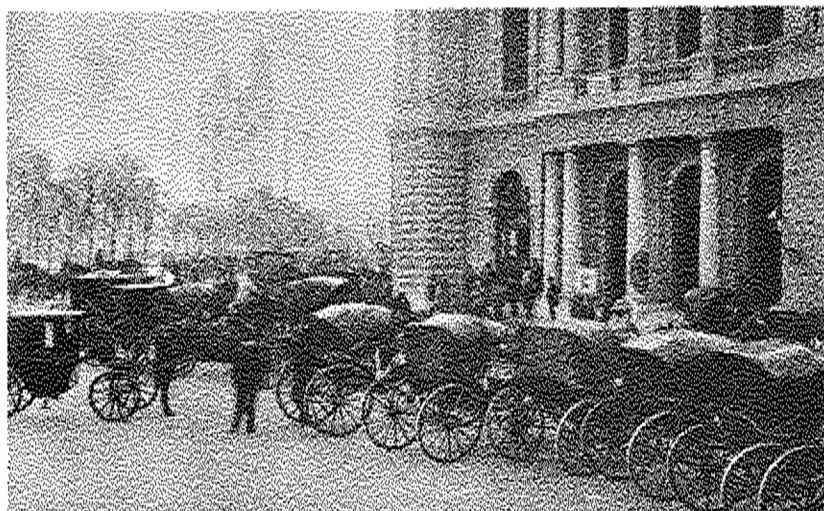
Al cabo de 1882, seiscientos habitantes de Buenos Aires estaban abonados al servicio telefónico, repartiéndose la mayoría del mercado entre la Sociedad y la Gower-Bell; la Continental, que había empezado el tendido de su red en 1881, suspendió los trabajos más tarde. El Gobierno reconoció a la Unión Telefónica el 10 de mayo de 1883; la nueva empresa y su competidora disponían entonces de una decena de centrales, denominadas según el barrio o la arteria donde se hallaban.

Estos conmutadores (Once, Constitución, Boca, Lorea, Catalinas, Barracas, Corrales, Centro América, Flores, Belgrano) eran del tipo magneto, así llamados porque las campanillas funcionaban con una corriente alterna generada por un magneto.

⁴ Ese 25 de mayo de 1884 fue celebrado sin la Recova. Ambas plazas, convertidas en una sola, constituyeron desde entonces la Plaza de Mayo.



*La Bolsa de Comercio,
frente a la Plaza de Mayo,
de donde partió
la primera línea troncal
en 1888: iba hasta
la central telefónica
de Chascomús.*



El aparato del suscriptor, alimentado a pila, disponía de un generador magneto a manivela, según refiriéramos, para llamar a la oficina. El operador entablaba la conexión por medio de un par de cordones terminados en clavijas, que se insertaban en los *jacks* correspondientes.

Muchas de las centrales carecían de abonados y estaban destinadas al servicio exclusivo del público, que desde allí hablaba con los suscriptores —a la manera de las cabinas y teléfonos públicos de hoy—, y aun podía despachar mensajes escritos, los cuales eran remitidos a domicilio por empleados que se movilizaban de a pie, a caballo o en velocípedo.

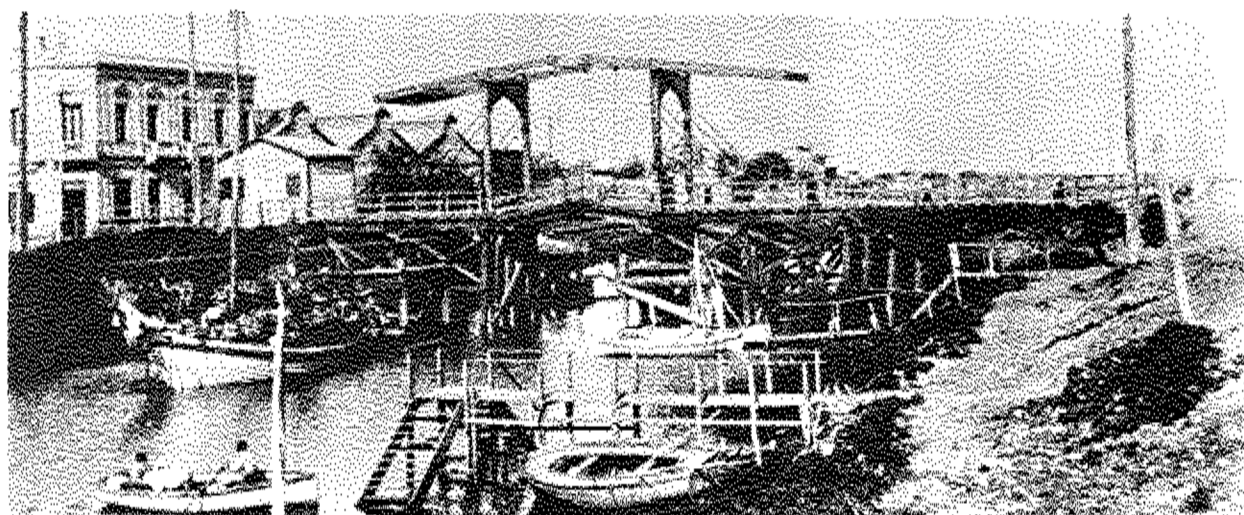
El *Anuario Estadístico de la Provincia de Buenos Aires* correspondiente a 1885, aporta una información no siempre señalada: el ligamiento de oficinas telegráficas con casas comerciales o de vivienda, lo que parece ser la primera y fugaz incursión del Estado en el negocio telefónico. Según el Anuario, publicado en francés, el sistema poseía 105 abonados que oblaban una tarifa mensual de 8,50 pesos (3,60 dólares de la época), y cinco centrales, entre ellas, Flores, Belgrano, Quilmes.

Un vecino de Belgrano, que habita la inmensa quinta de Cabildo y Olleros desde mediados de 1884, no consigue ajustarse al invento de Bell. Es que el senador provincial José Hernández, cuyo número es 3001, tiene un vozarrón incontenible y se exaspera ante el leve sonido que emerge de los auriculares, sobre todo cuando le habla su amigo Carlos Guido y Spano.

El raudo avance

Roca cedió el mando a su concuñado Miguel Juárez Celman el 12 de octubre de 1886.

Fue ese el año de la primera comunicación telefónica con La Plata, ciudad fundada en noviembre de 1882 por el gober-



nador Dardo Rocha para dar una capital a Buenos Aires. Fue, también, el año de nacimiento de la Unión Telefónica del Río de la Plata (United River Plate Telephone Co. Ltd.), amalgama de la U.T. y la Gower-Bell.

Acordada en Londres, por capitales británicos, en diciembre, el Gobierno argentino aprobó sus estatutos el 14 de abril de 1887. Seis meses más tarde, el 28 de octubre, adquiría Buenos Aires sus dimensiones definitivas, al formalizarse con las autoridades de La Plata —que preside entonces el doctor Máximo Paz— la cesión de Flores y Belgrano. La Capital, que se anexó ambos partidos en 1888, multiplicaba por cinco su superficie: de 40 a 190 kilómetros cuadrados.

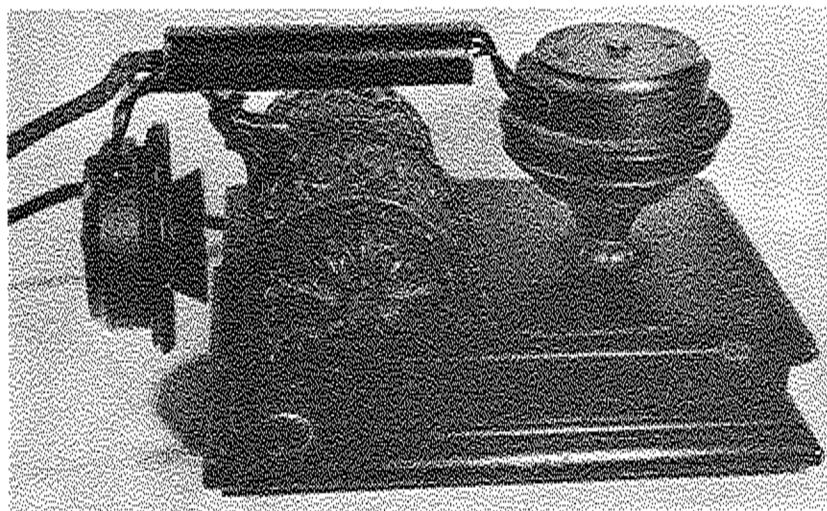
Entre tanto, disconformes con un aumento de tarifas otorgado en 1886, a la U.T., un grupo de sus abonados a quienes encabezaba David H. Atwell fundó la Sociedad Cooperativa Telefónica, eligiendo su directorio el 5 de febrero de 1887: lo lideraba Carlos Zorraquín.

Aunque los estatutos fueron admitidos el 17 de marzo, las primeras líneas entraron en funcionamiento en 1888, con un total de 735 usuarios. Sin embargo, la crisis económica que azotara al país en 1889 y 1890 menguó el avance de la Sociedad, la cual, al sancionarse ulteriormente la Ley de Cooperativas (1926), abandonó esa forma para convertirse en la Compañía Telefónica Argentina.

De 1888 es la Compañía Telegráfico-Telefónica del Plata. Y dos acontecimientos suceden en ese segundo año de la Presidencia Juárez Celman: la inauguración de las primeras líneas interurbanas, que sueldan la Capital a San Isidro, San Fernando, Tigre, San Martín, Ramos Mejía, Morón, Adrogué y Quilmes; y la habilitación de la primera línea troncal, desde la Bolsa de Comercio (Rivadavia entre Reconquista y 25 de Mayo) hasta la central telefónica de Chascomús.

Vista del viejo puente del Dock Central, en La Plata: al ser levantado para dar paso a las embarcaciones, cortaba la comunicación telefónica hasta volver a su posición normal (1895).

Aparato telefónico de mesa, con su manivela: un adelanto sobre las grandes cajas de pared. En la página siguiente, un modelo posterior, llamado "araña".



Raudo era el avance. El 1º de noviembre de 1889 libróbase al servicio el primer cable telefónico subacuático del mundo, hundido por Ramos, Capurro y Cía. entre Punta Lara y la ciudad uruguaya de Colonia.¹ Siete días más tarde, Carlevari y Cía. iniciaba el tendido del segundo, entre Concordia (Entre Ríos) y Salto (Uruguay), que entrará en operaciones en 1891. Un tercero, de 1902, iba a seguir este recorrido: Buenos Aires-Ensenada-Punta Lara-Colonia-Montevideo.

Por fin, el 30 de diciembre de 1889 se concede a David Mac Kinley la construcción de la primera línea de larga distancia: Buenos Aires-Rosario. (La C.T.T. del Plata se hará cargo en 1900 del cable Punta Lara-Colonia y del circuito Buenos Aires-Rosario recién aludido).

Los abonados de la Capital y alrededores suman 6.000 en el tempestuoso año de 1890. Data de entonces una de las primeras guías —si no la primera— editada en la Argentina; se trata de la "Lista de suscritores en Buenos Aires, Suburbios y La Plata", de la Unión Telefónica, impresa en febrero por Kind y Cía. Ltda., de la calle San Martín, donde la empresa tiene su sede (entre Rivadavia y Bartolomé Mitre).

Es un cuaderno que nos entera de atrayentes detalles del momento. El número 1 pertenece al señor E. Falcón; uno de los más altos, el 2809, a don Ramón J. Cárcano; la Cámara de Diputados tiene el 1036 y la Casa de Gobierno el 1050; Carlos Pellegrini, el Vicepresidente, quien el 7 de agosto asumiría el Ejecutivo tras la renuncia de Juárez, el 180; la Universidad, el 281; *La Prensa*, el 208; *El Diario*, el 135; y el director de la Biblioteca Nacional, Paul Groussac, el 2582. Acaso más sorprendente es hallar que el cochero del Presidente figura con el 2620, de su domicilio particular . . .

¹ El que unió Londres con París, a través del canal de la Mancha, es de 1891. El cable Punta Lara-Colonia fue, además, el segundo enlace internacional, sólo precedido por el terrestre de París-Bruselas.

La guía trae una serie de advertencias: "Cuelguese siempre el teléfono en la horquilla después de haberlo usado. Llámese antes de sacar el teléfono de la horquilla. No se hable demasiado alto porque puede desarreglarse el transmisor. Contéstese pronto al llamado. Los empleados tienen instrucciones de llamar a los suscriptores dos veces solamente. Tóquese la campanilla después de concluida la conversación. No se haga uso del teléfono durante una tormenta. No se converse con personas que no quieren dar su nombre. Hay señoritas empleadas; rogamos se las trate con cortesía".

Seis años más tarde, y de nuevo gracias al Anuario Estadístico de la Provincia de Buenos Aires, encontramos algunos datos más acerca de nuestro tema. De acuerdo con ellos, hay 7.626 abonados en la Capital, el hoy Gran Buenos Aires y las ciudades de San Nicolás y Mercedes. La U.T., según el Anuario, tiene 7.000 suscriptores, 32 oficinas, 4.600 kilómetros de hilos y un capital de 2.201.000 pesos m/n.

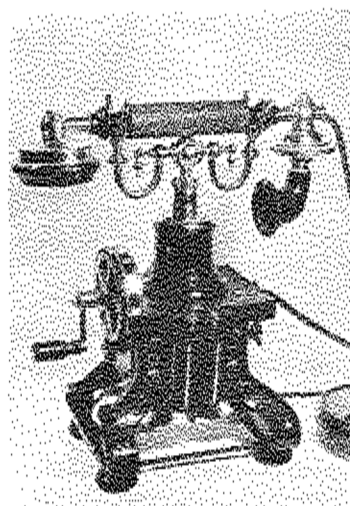
Sigue la Compañía Telefónica de la Provincia con 500 abonados, 13 centrales, 1.150 kilómetros y 335.000 pesos; en tercer lugar, la C.T.T. del Plata, sin mención de la cantidad de números, 6 oficinas, 573 kilómetros y 500.000 pesos; la Sociedad Cooperativa Telefónica, con 111 suscriptores (un señalado descenso, salvo error, de su plantel de 1888), 4 oficinas, 471 kilómetros y 50.000 pesos; la Telefónica de San Nicolás, con 15 abonados, una oficina, 10 kilómetros y 30.000 pesos; la de Mercedes, que cierra la nómina, informa un capital de 20.000 pesos y 2 kilómetros de hilos, sin especificar la cantidad de oficinas ni de abonados.

La era automática

Presidente por segunda vez, el general Roca declaró feriado nacional al 31 de diciembre de 1900. Lo hizo en homenaje del siglo XIX, que viera consolidarse la independencia argentina y su organización constitucional. Pero, la centuria que advenía no se anunciaba menos gloriosa: el país lucía ya entre los más destacados del mundo, por el impulso de su cultura, y el ímpetu de su comercio y su economía.

Para la historia que estamos narrando, el siglo XX empieza en 1905, en la ciudad de Buenos Aires —entonces poblada por casi un millón de habitantes—, cuando la U.T. introduce en su estación Avenida el sistema de batería central manual ideado en 1898. Dicho sistema elimina las pilas y el generador magneto en el aparato del abonado; el transmisor se alimenta, a través de la línea, por la corriente de una batería de 22 voltios ubicada en la central y común a todos los suscriptores dependientes de ella.

El usuario, al retirar de la horquilla el teléfono, hacía encender una pequeña lámpara en el conmutador, llamando así



*Central telefónica
en Santiago del Estero
(1903): las mujeres
ya habían sustituido
a los varones en la
comutación telefónica.*



la atención de la operadora, quien entablaba la comunicación con el número solicitado. La manivela había desaparecido, con su engorro; y el timbre sonaba con mayor nitidez.

Nuestro hito siguiente es la implantación del servicio automático, en 1914. Antes de ocuparnos de él, indicaremos que en 1912 fue levantado un censo telefónico en la Argentina, a instancias del director de Telégrafos, Ricardo Pillado. La evidencia obtenida permitió saber que:

- Había 54.777 abonados en toda la República.
- En el espacio de treinta años, desde 1882, fueron otorgadas 71 licencias y concesiones, 13 de las cuales pertenecían a empresas ferroviarias.
- El capital invertido sumaba 34.750.000 pesos m/n, equivalentes a 14.700.000 dólares.

Vamos ahora al servicio automático. Almon B. Strowger era dueño de una compañía de pompas fúnebres en la ciudad norteamericana de Kansas City. Venía advirtiendo una constante pérdida de clientes y un no menos constante aumento de los de su competidor. El señor Strowger llegó a la conclusión de que esta merma se debía a la operadora telefónica, esposa de su rival, quien desviaba las llamadas al número del marido.

Se le ocurrió entonces la elaboración de una máquina que suprimiera la presencia humana en las comunicaciones telefónicas. Tomó una caja cilíndrica de cueros, y dispuso en su interior varias hileras de diez alfileres cada una, para representar los abonados. Diseñó un brazo mecánico, dotado de un movimiento vertical y horizontal, que buscaría el alfiler (el abonado) en la fila donde se hallase, estableciendo de este modo la comunicación.

Fue su sobrino Walter quien se encargó de poner en ejecución el invento; la primera central de sistemas Strowger quedaba establecida en La Porte, Indiana, en 1892, diez años



*Otra central del interior
(la de Santa María,
en este caso);
en el centro del patio,
el poste de las líneas.*

antes de que el señor Almon, alejado ya del negocio de pompas fúnebres, muriera.

En la Argentina, el servicio automático no comenzó en Buenos Aires sino en Córdoba, con un equipo de hasta 2.000 líneas; el segundo fue emplazado en Rosario, en 1915, para una capacidad de 10.000 suscriptores. Y sólo en 1923 se inició en Buenos Aires el cambio del régimen manual al automático: una estadística de entonces demostraba la existencia de 115.000 líneas en todo el país (o bien, el 45 por ciento de los abonados de América, excepto la del Norte).

La primera central automática fue Libertad, de la U.T., inaugurada con un equipo de 30.000 líneas en el edificio de Libertad y Rivadavia, construido especialmente, al que se sumaron más tarde dos nuevas características: Mayo y Rivadavia. Los planes de automatización prosiguieron, ampliándose además el número de centrales: a fines de 1931, de las 27 obrantes en la Capital, 21 eran automáticas, 5 manuales a batería y 1, en la zona de Mataderos, a magneto. También era automática la de Avellaneda.

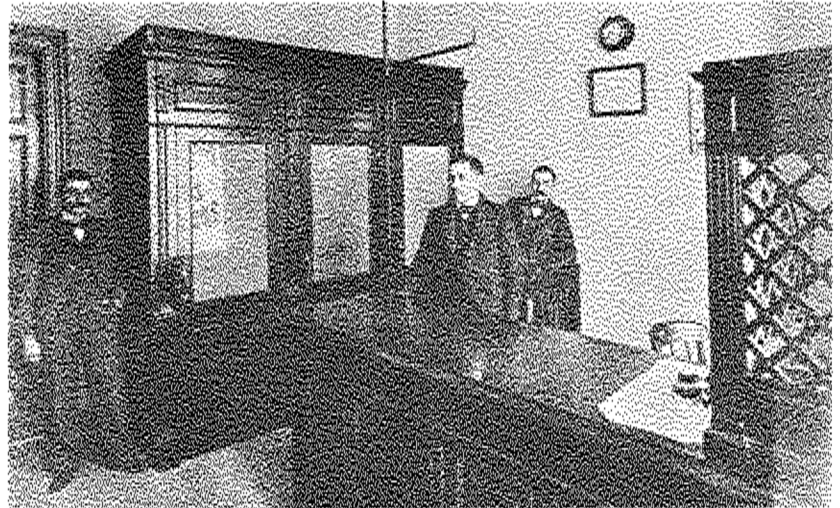
Tres años más tarde, en setiembre de 1934, la U.T. contaba con 263.638 abonados en Buenos Aires y el Interior, 180.304 de los cuales recibían el servicio automático a través de 31 centrales; 48.182 (27 oficinas), estaban dentro del sistema manual de batería; y 35.152 (460 oficinas), en el de magneto. Naturalmente, la máquina del señor Strowger era ya una reliquia, pero, la reliquia de un salto decisivo en la historia telefónica.

“Urbi et Orbi”

Volvamos atrás. En 1920 fue fundada en los Estados Unidos la International Telephone and Telegraph (I.T.T.). Hacia 1926 aparece en el mercado argentino y, en 1927, adquiere la



Avanza el diseño en los aparatos y son perfeccionadas las cabinas públicas, como puede verse en la foto de la derecha (1910).



Compañía Telefónica (ex Sociedad Cooperativa), que sólo opera el 0,42 por ciento de los aparatos de Buenos Aires.

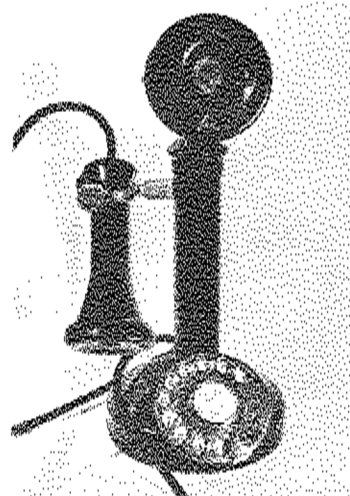
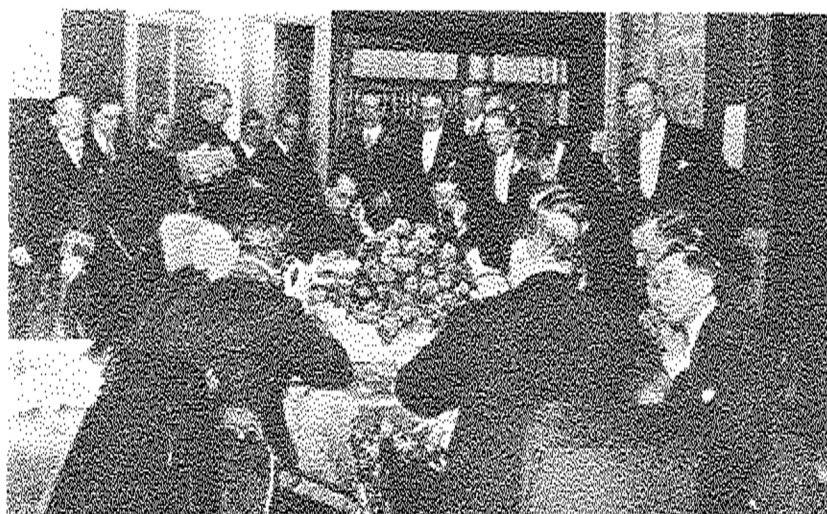
La I.T.T. compra también planteles de Chile y el Uruguay, e interconecta ambas redes con la C.T.A. mediante el cable trasandino de su filial radiotelegráfica All America Cables y una línea subfluvial del Plata, que alcanza a Montevideo por las instalaciones de la A.A.C. He aquí, sin duda, una fecha a recordar en el plano de las comunicaciones internacionales.

Conviene, a todo esto, advertir que no había aún en nuestro país las ligazones necesarias para vincular a sus casi 205.000 abonados de distintas empresas. En 1925, por ejemplo, las ciudades más distantes conectadas con la Capital eran Rosario, Mar del Plata, Tandil, Azul y Pergamino. Ese año, la U.T. inauguró su línea Buenos Aires-Córdoba, y posteriormente lo hizo con circuitos directos a Santa Fe, Bahía Blanca, Río Cuarto y Trenque Lauquen.

Por supuesto, esta evolución no habría sido posible sin los descubrimientos técnicos y científicos que ayudaron al teléfono a conquistar seguridad y distancias: el cable con aislación de papel (1890), la bobina de Pupin (1902), el audión de Forest (1906), la onda portadora de Squire (1918) y, desde luego, el sistema inalámbrico de Marconi (1895), que iba a revolucionar el universo de las telecomunicaciones.

Lo cierto es que, de retorno en el Buenos Aires de nuestro relato, la I.T.T. adquirió el 1º de enero de 1929 la Compañía Telefónica del Río de la Plata, cuyos servicios eran prestados a 195.000 suscriptores. Comenta el ingeniero Mulleady, con sus treinta y dos años de experiencia en la U.T.:

“Si la política de la empresa inglesa fue esencialmente realista, dirigida por financistas, la norteamericana fue más bien liberal, dirigida por expertos en el arte de las comunicaciones.”



La U.T. inaugura el 12 de octubre de 1929 el primer circuito telefónico con España, abriendo así las puertas de Europa a los abonados de Buenos Aires y otras ciudades argentinas, así como a los de Chile y el Uruguay. Las conexiones internacionales prosiguen en 1930 con Estados Unidos, Canadá, México y Cuba; y en 1931 con Río de Janeiro, Lima, Bogotá, Londres, París y Berlín.

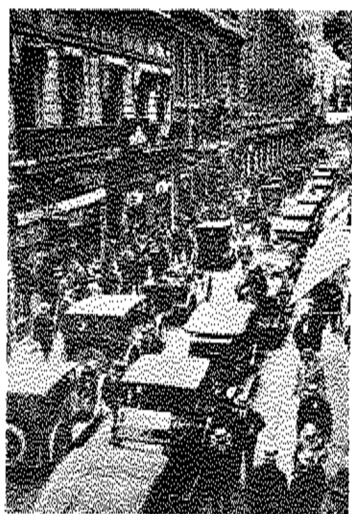
La habilitación del circuito con los Estados Unidos fue prestigiada por una conferencia del Presidente Herbert Hoover con sus colegas de Chile, el general Carlos Ibáñez del Campo, y Uruguay, el doctor Juan Campisteguy. El mandatario argentino, doctor Hipólito Yrigoyen, no intervino en esta "mesa americana" celebrada el jueves 3 de abril de 1930: lo hizo una semana después, intercambiando mensajes sólo con el jefe de la Casa Blanca.

De hecho, la operación del 3 de abril conectó los 280.000 aparatos de las tres Repúblicas sudamericanas (210.000 eran argentinos), con los 22 millones de teléfonos que integraban las redes norteamericana, canadiense, mexicana y cubana, abarcando así el 98 por ciento de todas las líneas existentes en el Hemisferio.

Esta expansión de las comunicaciones telefónicas, que acabó por ligarnos con 65 países —algunos de ellos tan lejanos como las Filipinas, Australia, China y Japón—, fue posibilitada por las instalaciones inalámbricas de la Compañía Internacional de Radio Argentina, C.I.D.R.A., que había levantado estaciones de onda corta en Hurlingham y Plátanos.

C.I.D.R.A. organizó, en su sede de la calle Defensa, una ceremonia destinada a escuchar las conversaciones de los dignatarios; además de Hoover, Ibáñez y Campisteguy, hablaron el canciller interino de los Estados Unidos, Joseph Cotton; el ministro del Interior de Chile, David Hermosilla; el de Relaciones Exteriores del Uruguay, Rufino Domínguez, y el encar-

*Ceremonia
de inauguración
del primer circuito
telefónico con España,
el 12 de octubre de 1929.
A la derecha,
uno de los modelos
de más largo
empleo en la Argentina.*



*Calle Florida
en la década del '30:
peatones y automóviles
en abundancia.*

*Tendido del cable
telefónico a través
de la Cordillera
de los Andes, obra
capital en la historia
de los servicios
internacionales (1928).*

gado de negocios norteamericano en Buenos Aires, John C. White.

El Presidente argentino dialogó con Hoover el 10:

—Es mi esperanza que el perfeccionamiento de este nuevo medio de comunicación entre nuestros dos Estados será beneficioso para ambos, al facilitar el intercambio de ideas y de comercio —dijo el estadista norteamericano.

Respondió Yrigoyen:

—Los hombres deben ser sagrados para los hombres y los pueblos para los pueblos, y en común concierto reconstruir la labor de los siglos sobre la base de una cultura y una civilización más ideal, de más sólida confraternidad y más en armonía con los mandatos de la Divina Providencia.

Hoover se declaró conmovido por las palabras del anciano caudillo, algo que traslucía su voz, y sostuvo compartir en un todo las tesis expresadas.

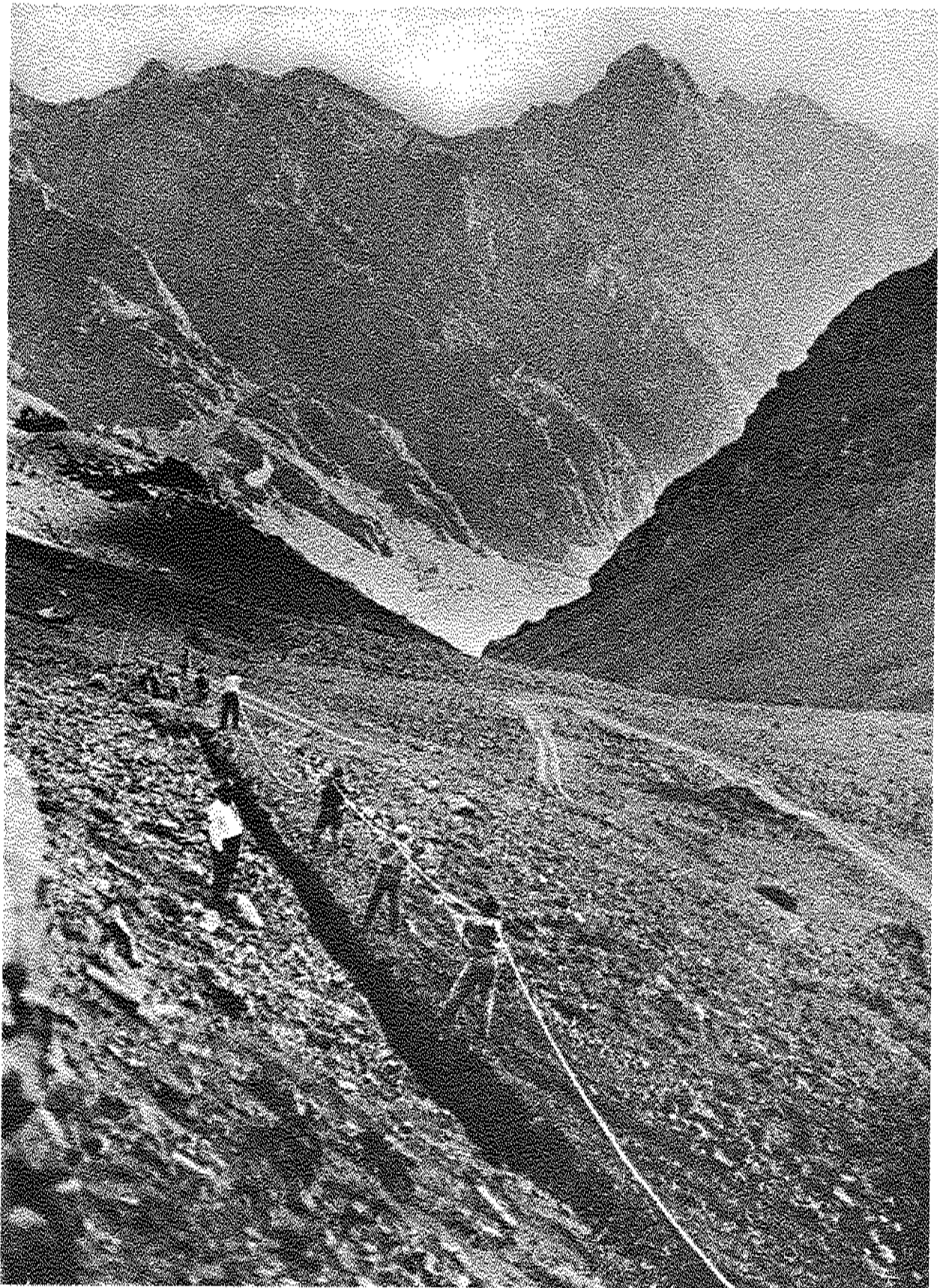
Medio siglo había corrido desde aquella mañana de verano en que Roca e Irigoyen tuvieron la primera charla telefónica en la Argentina. Un cronista de *La Nación*, presente en la ceremonia del 3 de abril, comentaba en su nota del día siguiente: "... puede decirse sin exageración que se oye mejor una comunicación entre ambas Américas que entre dos aparatos algo distantes funcionando en la Capital Federal".

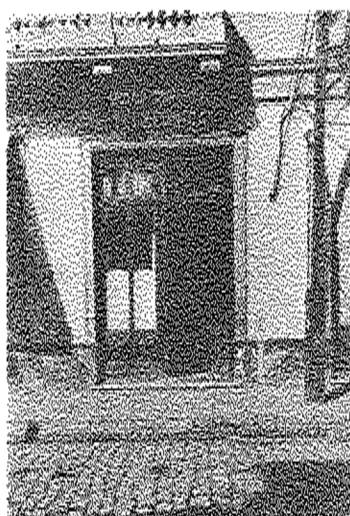
LA historia de la telefonía argentina hasta 1946, indicáramos en el capítulo anterior, es la historia de las empresas particulares del ramo, comenzando por las tres fundadoras del 81. Al observar la marcha de la principal de ellas, la U.T., tuvimos oportunidad de citar algunas otras.

Hemos de ocuparnos ahora de dos compañías, la *Ente-rriana de Teléfonos* (C.E.T.) y la *Argentina de Teléfonos* (C.A.T.), representativas las dos del inagotable esfuerzo llevado a cabo en el interior de nuestro país con el objeto de ligar a los habitantes del dilatado territorio en que vivimos.

La C.E.T. fue fundada en Concordia el 26 de marzo de 1916, por Domingo Isthilart, Joaquín Goldaracena, Benito Legeren, Carlos Dubra, Jorge Robinson y Benjamín Lambert, con el cometido de unir telefónicamente a los distintos departamentos de la provincia, los cuales, no obstante hallarse servidos por sus respectivas sociedades telefónicas, no estaban intercomunicados.

No debemos olvidar que, en aquellos tiempos, era general el aislamiento de las pequeñas empresas locales, con sus anticuadas instalaciones y sus conductores emplazados sobre los postes de los alambrados, al alcance de la mano. Precisamente, la C.E.T. inició sus actividades comprando una parte de las redes existentes, que abarcaban 937 abonados, número que en marzo de 1920 ascendía a 2.660, gracias a la ampliación de líneas así como a la compra de nuevos planteles.





*Una central de la Sociedad
Cooperativa Telefónica,
luego Compañía
Telefónica Argentina.*

Paso a paso, la C.E.T. acometió obras de mayor envergadura: la renovación total del sistema de Paraná (capital de la provincia, y antaño de la Nación, de 1852 a 1861), convirtiéndolo al régimen de batería central con múltiple; el tendido de líneas troncales como la de Paraná-Crespo, con circuito doble de alambre de cobre; y el primer enlace interprovincial, en este caso, con la red de la Sociedad Telefónica de Santa Fe, mediante cable subacuático en el río Paraná y prolongaciones aéreas sobre las islas de la zona (1924).

En virtud de aquel enlace, tanto las instalaciones de Paraná como las de Crespo quedaron sometidas a la jurisdicción nacional: la Ley 4.408 de 1904, ya citada, que ponía el servicio telefónico en el marco de la Ley 750 $\frac{1}{2}$ de Telégrafos, así lo ordenaba, por razones de índole federal.

También en 1924 se había logrado que la C.E.T. rindiera operaciones telefónicas en la mayoría de las localidades importantes de Entre Ríos; pero, sus líneas troncales formaban 4 sectores sin conexión entre ellas: Paraná-Crespo-Ciudad de Santa Fe; Victoria-Nogoyá; Concordia-Chajarí-Villaguay-Salto (Uruguay); Gualeguay-Gualeguaychú-Concepción del Uruguay-Colón-Basavilbaso.

Ulteriormente, se iniciaba la automatización de los teléfonos de Concordia, Concepción del Uruguay y Gualeguaychú; ampliábase la nueva central de Paraná, y se vinculaban las diversas centrales de la provincia con el tendido de las líneas interurbanas faltantes.

Estamos en 1925. Despunta un decenio que será fundamental para la integración telefónica del país; hasta entonces, las posibilidades de intercambio se reducían a las zonas de densa población, en tanto la Mesopotamia, el Norte, el Oeste, el Centro y la Patagonia encontrábanse divorciados de la red de larga distancia.

La integración argentina

El 23 de agosto de 1927 es creada la C.A.T., con miras inmediatas de explotar una concesión en Mendoza, y posteriores de implantar servicios en otras provincias de la región.

Los promotores de la empresa pertenecían al grupo económico que surtía de electricidad a diversas localidades del interior, a capitalistas relacionados con el Banco de Italia, y a financistas cuyanos. En tanto la C.A.T. instalaba las nuevas redes mendocinas, adquiría las de San Rafael, Tucumán, San Luis, Villa Mercedes, Santiago del Estero, La Banda, Salta, Huinca Renancó, Laboulaye, San Francisco, Balnearia, General Pico, Santa Rosa, General Acha, Patagones, Viedma, Santa Fe, Rafaela, Rufino y Tres Arroyos, entre otras.

El 1º de mayo del 29, la C.A.T. libró la nueva central —automática— de Mendoza, con capacidad de 3.000 líneas; el 29 de setiembre, la C.E.T. inauguró la de Concordia, con 2.500; y el



Instalación de cables telefónicos, en el Buenos Aires de 1935, una labor sin pausas ni prisas.

20 de diciembre, la S.T.S.F. habilitó la de Santa Fe. Al año siguiente, la C.A.T. puso en funcionamiento las centrales automáticas de General Pico, Huínca Renancó (La Pampa), Rufino (Santa Fe) y Laboulaye (Córdoba), mientras la C.A.T. ampliaba en 1.600 líneas la central de San Miguel de Tucumán.

Durante 1931, la C.A.T. libra las oficinas automatizadas de San Rafael, Santa Rosa, Salta, Santiago del Estero y San Francisco, además de extensiones en Mendoza y Godoy Cruz; y la C.E.T. procede de igual modo con las centrales de Concepción del Uruguay y Diamante (1931), Gualeguaychú, Gualeguay, Victoria, Villaguay, Nogoyá y La Paz (1932).

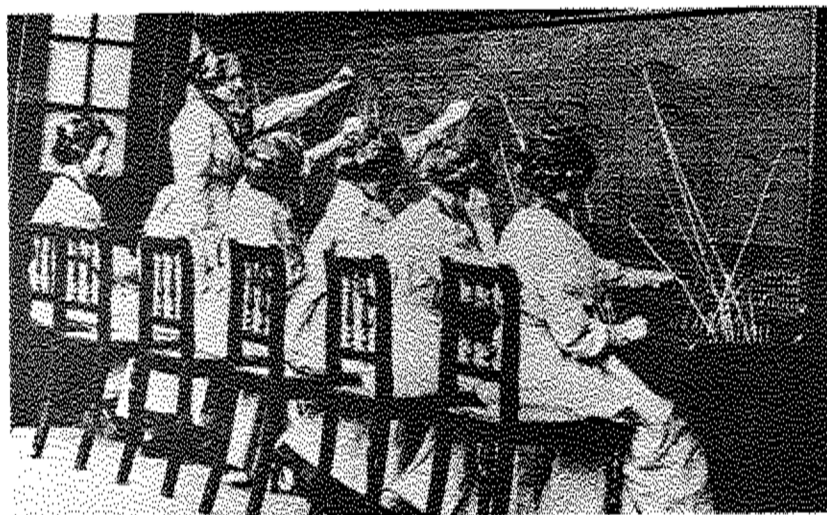
Paralelamente se habilitan los ramales interurbanos Santa Rosa-General Pico; Huínca Renancó-Rufino; Venado Tuerto-Rosario; Rufino-Laboulaye; Tucumán-Sgo. del Estero; Concepción-Alberdi; y San Rafael-Las Malvinas-Monte Comán, de la C.A.T., junto con Paraná-Viale-Villaguay-Concordia; y Crespo-Nogoyá-Tala-Basavilbaso, de la Compañía Entrerriana.

Como las venas de un cuerpo humano, el mapa de la Argentina ve brotar centenares y centenares de quilómetros de hilos telefónicos. En 1932 es entregada al servicio la decisiva ruta telefónica de 1.200 qm., tendida por la C.A.T., la C.E.T. y la Compañía Internacional de Teléfonos, que fusiona Alsina (Buenos Aires), Ibicuy, Gualeguay y Concordia (Entre Ríos), Monte Caseros y Paso de los Libres (Corrientes) y Posadas (Misiones), con ramificaciones a las ciudades correntinas de Curuzú Cuatiá, Mercedes y Corrientes, y a Resistencia, Chaco.

La Mesopotamia, Misiones y el Chaco ingresaron de este modo en la red general intercomunicante de la Argentina. Formaba parte de esta línea el costoso cable subacuático hundido en el extenso e inundable Delta del Paraná, con el fin de unir las poblaciones de Alsina y de Ibicuy.

Pero, hacia la misma época, era inaugurada por la C.A.T. otra vía telefónica, de más de 1.500 quilómetros, tendida desde

*Conmutador
de una central manual
con sus cinco operadoras.
La automatización
empezó en Córdoba,
en 1914.
En la página siguiente,
oficina de la U.T.*



Rosario a Mendoza, con escalas en Venado Tuerto, Rufino, Laboulaye, Villa Mercedes y San Luis, y ramales a Huinca Renancó, General Pico, Santa Rosa y General Acha. La Pampa, San Luis, Mendoza, y el extremo Sur de Santa Fe y de Córdoba entraron así en conexión con la red nacional.

Finalmente, Salta y Jujuy fueron intercomunicadas telefónicamente en 1932, al tender la C.A.T. una línea hasta la localidad de Pampa Blanca, en la segunda de las provincias mencionadas, donde sus hilos se engarzaron con los de la empresa Pérez de Arenaza.

Llegamos de este modo a 1935. El Poder Ejecutivo Nacional, desempeñado por el general Agustín Justo desde el verano de 1932, estableció el 21 de junio la obligatoriedad de interconectar las redes de todas las compañías telefónicas en capacidad de hacerlo, con el objeto de proveer un mejor ordenamiento de los servicios en el país entero.

Aceptó el Gobierno, además, la transferencia de instalaciones entre empresas, medida tendiente a un atinado agrupamiento de las centrales en organismos más compactos y mejor delimitados. Por lo tanto, y luego de las negociaciones correspondientes:

- La C.A.T., la Sociedad de Santa Fe y la Tresarroyense cedieron a la Unión Telefónica sus instalaciones de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, La Pampa, San Luis y Río Negro.

- La U.T., de su lado, transfirió a la C.A.T. las de su incumbencia en San Juan.

Por lo demás, nuevos adelantos continuaron añadiéndose a la explosión telefónica interior. El mismo año de 1935, la C.A.T. habilitaba el servicio entre Tucumán y Catamarca y La Rioja, en combinación con la Compañía Telefónica Interprovincial que atendía a aquellos dos Estados. En 1937 era librada la línea Mendoza-San Rafael, comunicando el Sur de esta provincia con la red nacional.

Al año, en fin, la C.E.T. y la C.A.T. pusieron en marcha la ruta troncal hacia el Norte que, partiendo de Santa Fe, incorporó a los circuitos generales las provincias de Santiago y Tucumán; meses después, sumábanse a ellos Salta, Jujuy, Catamarca y La Rioja, a través de la línea Tucumán-Salta construida por la C.A.T. En 1939, la Capital, las 14 provincias y 5 de los diez territorios nacionales quedaron intercomunicados.

Cuarenta años después, en nuestros días, ambas empresas son las únicas de capital privado que funcionan en la Argentina, excepción hecha de las 125 cooperativas operantes en trece provincias.¹

La C.A.T. presta servicios en Mendoza, San Juan, Santiago del Estero, Tucumán y Salta, con un total de 166.422 abonados de 212 localidades y una red interurbana de 197.451 kilómetros. En cuanto a la C.E.T., lo hace en 82 localidades entrerrianas, con 521.755 suscriptores y una red de 86.285 kilómetros.

Se estatiza el servicio

Una vez más nos hemos adelantado en nuestro relato. Una vez más deberemos volver en el tiempo. A 1941, por ejemplo, en que hallamos una estadística sobre el parque telefónico argentino: 460.857 abonados (3,46 cada cien habitantes) a 43 empresas, que se dividían el mercado de esta manera:

Unión Telefónica	89,42 %
Compañía Argentina de Teléfonos	3,68 %
Compañía Entrerriana de Teléfonos	2,61 %
Compañía Internac. de Teléfonos	1,79 %
Empresas restantes	2,50 %

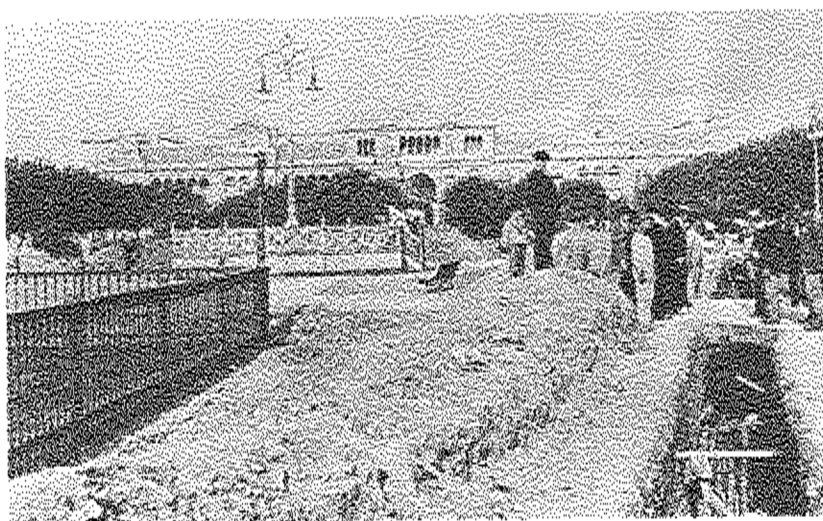
Un lustro más tarde empezaba la nacionalización del servicio telefónico. Al cabo de las tratativas realizadas por las autoridades oficiales y las de la U.T., el 3 de setiembre de 1946 se firmó el convenio durante una ceremonia celebrada en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno.

Los bienes de la antigua empresa eran adquiridos por el Estado en 319 millones de pesos (95 millones de dólares); según el ministro de Hacienda, Ramón Cereijo, esa cifra emanaba de la diferencia entre el activo, de 483 millones de pesos, y el pasivo, de 164. Se hacía cargo el Estado de las deudas por debentures y otros conceptos contraídas en el país y en los mercados de Suiza y Suecia.

Pero, además, se otorgó a la I.T.T. un contrato por diez años para la provisión del material de comunicaciones necesario a la conservación y ampliación del sistema, así como para



¹ Estas 125 cooperativas se distribuyen, por provincias, de este modo: Santa Fe, 49; Córdoba, 25; Buenos Aires, 23; La Pampa, 3; San Luis, 6; Neuquén, 3; Misiones, 3; Jujuy, 4; Chaco, 2; Santa Cruz, 1; Formosa, 3; Río Negro, 1, y Catamarca, 2.



el asesoramiento de las operaciones, el cual significaría a la empresa vendedora una retribución anual del 3 por ciento de los ingresos brutos de la compañía. (Este convenio, en el ramo de asesoramiento, será anulado en mayo de 1952, modificándose también las cláusulas acerca de suministro de materiales.)

El presidente y el vicepresidente de la I.T.T., coronel Sosthenes Behn y Henry Arnold, asistieron a la ceremonia en el Salón Blanco, donde el titular del Poder Ejecutivo, general de brigada Juan Domingo Perón —quien al día siguiente cumpliría sus primeros tres meses de gobierno—, les obsequió una réplica del sable corvo de San Martín.

Llamado a ratificar la operación, el Congreso sancionó la Ley 12.864 el 28 de setiembre; la Cámara de Diputados dedicó al tema veintidós horas de debates, tras los cuales apoyó el texto que le enviara el Senado, por 88 votos contra 43. Poco después, el 3 de octubre, el representante argentino entregaba al coronel Behn, en Washington, el cheque por el importe de la compra realizada.

Más tarde, en tanto se resolvía el destino jurídico de la Unión Telefónica, se confió la intervención en la empresa al Banco Central, en la persona del subgerente general Alberto Ramón Fretes. En el acto de investidura, el titular del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio, Miguel Miranda, anunció que el B.C.R.A. auspiciaría ante el Ejecutivo la constitución de una sociedad mixta.

Así fue: el 19 de noviembre, la Casa de Gobierno fundaba la *Empresa Mixta Telefónica Argentina* (E.M.T.A.) y homologaba sus estatutos (Decreto 18.885). El capital autorizado era de 1.000 millones de pesos (recuérdese que el dólar se cotizaba entonces a 3,36 pesos), y el Estado garantizaba a las acciones suscriptas por el público un dividendo mínimo del 4 por ciento anual. Dos quintos del capital autorizado, es decir, 400 millones, iban a ser cubiertos de inmediato, según se informó.



Cincuenta años entre dos fotos: en la página anterior, excavación en la Plaza de Mayo para el tendido de cables (1902); aquí, arreglo de instalaciones (1950), con preparación de guiso y todo.

El último día del año asumieron los directores de E.M.T.A., en sus oficinas de Defensa 143, antigua sede de la Unión Telefónica, que había erigido el imponente edificio. Presidía Fretes, acompañado de Luis Francisco Gay y Arturo Sáiz.

La nueva compañía heredaba un total de casi 520.000 abonados repartidos en 643 centrales. La Argentina de entonces poseía el más alto índice del mundo en llamadas telefónicas: 4.030 por aparato y por año, contra 1.340 en los Estados Unidos. La población de Buenos Aires superaba los 2,5 millones de habitantes...

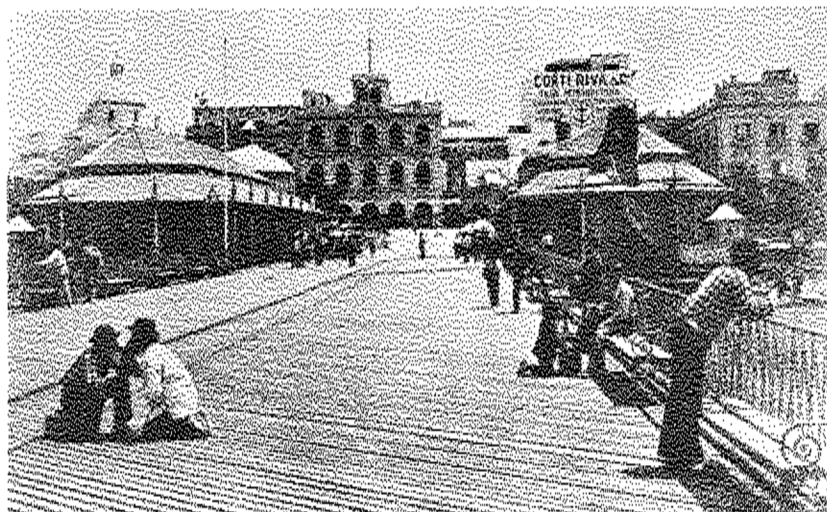
Los pasos finales

Proyectada para cincuenta años, la E.M.T.A. fue disuelta antes de dieciséis meses: el 18 de marzo de 1948, el servicio quedó totalmente en manos del Estado, en el marco de la Administración General de Correos y Telecomunicaciones (Decreto 8.104). El paso siguiente se dio el 17 de junio de 1949, al crearse la empresa estatal *Teléfonos del Estado*, con dependencia de uno de los dos sectores en que se dividía el flamante Ministerio de Comunicaciones: la Dirección General de Teléfonos del Estado (el otro sector era la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones).

El Ministerio de Hacienda había sido autorizado en 1948 a convenir, *ad referendum* del Poder Ejecutivo, la adquisición de seis empresas actuantes en el interior: la C.A.T., la C.E.T., la Compañía Telegráfico Telefónica Provincial (Buenos Aires), la Sociedad Anónima Telefónica Interurbana de Firmat a Latorde, la Empresa Telefónica La Argentina y la Empresa Telefónica de Neuquén a Río Negro. Según advirtiéramos, sólo dos de estas firmas continuaban siendo privadas.

Por lo demás, el 10 de abril de 1950, el ministro de Comunicaciones, Oscar Nicolini, firmó la escritura por cuyo in-

Dos hitos del avance telefónico vistos a través de la ciudad: la inauguración del servicio en 1881, con una vista del muelle de pasajeros; en la página siguiente, el comienzo de la era automática en 1923, con la foto de un ómnibus de dos pisos.



termedio pasaban definitivamente a poder del Estado los bienes muebles e inmuebles de la ex U.T.; Harris Larrabee suscribió también el documento, en nombre de la I.T.T.

Faltaba, aún, una operación, y ella se formalizó el 1º de enero de 1952, al aprobarse el convenio entre el Gobierno y la I.T.T., adquiriendo los intereses de aquella empresa en la Compañía Telefónica Argentina, la Compañía Telegráfico Telefónica Comercial, y la Compañía Telegráfico Telefónica del Plata.

Algunos datos de esta etapa: Teléfonos del Estado contaba, a fines de 1953, con 924.976 aparatos distribuidos en 830 centrales; correspondían a Buenos Aires 656.000 de esos aparatos, el 99,9 por ciento de los cuales eran automáticos. En 1955, los abonados sumaban ya 1.046.000, y la Argentina ocupaba el séptimo lugar entre las organizaciones estatales del mundo (y el primero en la América Latina), precediendo a 25 países de Europa y América, y sólo superada por Australia, Francia, Gran Bretaña, Japón, Suecia y la URSS.

OCURRIÓ hace una década, apenas, y nos parece que fue medio siglo atrás. Volvimos a recordarlo, porque lo teníamos olvidado, gracias a los diarios y las revistas. Sin embargo, ¿quién de nosotros faltó, la noche del 20 de julio de 1969, ante el televisor o la radio? Nadie, quizá; casi nadie.

Esa noche, a las 23.56 hora argentina (21 de julio a las 2.56 hora de Greenwich), Neil Armstrong pisaba la superficie lunar, coronando una formidable epopeya facilitada por 24.000 millones de dólares, la labor de 300.000 científicos y técnicos y la muerte de tres astronautas. La misión Apolo XI, que además de Armstrong integraron Edwin Aldrin y Michael Collins, cumplía un remoto sueño de la especie.

Armstrong lo dijo así, al tocar el suelo: "Este es un pequeño paso para un hombre y un gran salto para la humani-



dad". Pablo VI, al rezar por el éxito de la Apolo XI, había adelantado líricamente esos conceptos: "El hombre —señaló— se encuentra en el centro de esta empresa y se nos aparece como un gigante, se nos aparece como divino, no en sí, sino en su principio y en su destino. Honor, pues, al hombre. Honor a su dignidad, a su espíritu, a su vida".

*El hombre en la Luna
(21 de julio de 1969):
los argentinos
pudimos verlo.*

Formación de Intelsat

Los argentinos pudimos ver materializarse esta hazaña: ese día, la Estación Terrena de Balcarce realizó una transmisión experimental para acercarnos las imágenes de la peripecia de Armstrong y Aldrin. Es que la historia de la telefonía y la telegrafía —mejor, de la radiotelefonía y la radiotelegrafía— estaba unida, ya entonces, a los satélites de comunicaciones, una maravilla de la ciencia moderna.

Todo parte, como es notorio, de la aplicación de las ondas hertzianas que el italiano Guillermo Marconi ideó a fines de la centuria pasada, con el fin de obtener transmisiones telegráficas a grandes distancias. Utilizando su invento de 1895 para el teléfono, una vez que el norteamericano Lee de Forest elaborara el audión en 1906, originó en adelante la radiodifusión y la televisión —de cuyo linaje argentino nos ocuparemos en lugar aparte—, los sistemas de teleescritura y telefotografía, el facsímilado y otros adelantos.

La frecuencia de onda corta, de 1.600 kilohertz a 30 megahertz, que aprovecha las propiedades de la propagación ionosférica, enlaza puntos distantes que no resultan visibles por la curvatura de la Tierra. Pero, debido a las variaciones de la ionización de la atmósfera superior, hay desvanecimiento de la señal, con los consiguientes obstáculos en la comunicación entablada.

*Técnicos de Intelsat,
consorcio mundial
fundado en 1964;
la Argentina se asoció
en 1965, reservando
al Estado el monopolio
de las comunicaciones
vía satélite.*



Los enlaces por microondas no ofrecen estos inconvenientes; sin embargo, es necesario emplear repetidores cada cincuenta o sesenta kilómetros, lo que resulta imposible para los enlaces transoceánicos. De todas maneras, el desarrollo de los cables submarinos se adapta al problema, a condición de instalar repetidores para capacidades pequeñas, cada 70 kilómetros, y cada 20 para capacidades mayores.

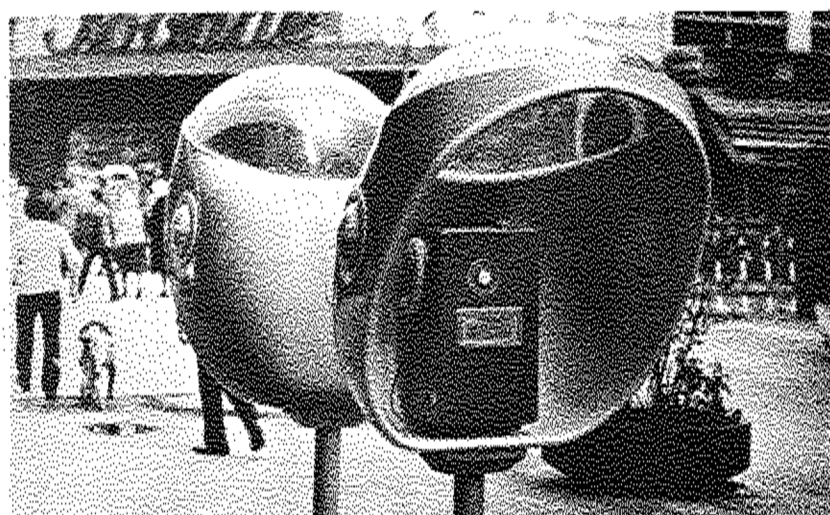
El uso de repetidores activos para señales de microondas instalados en satélites, marcó la iniciación de las comunicaciones ejecutadas por medio de estos artefactos. La posibilidad de colocar un satélite sobre la línea ecuatorial a 36.000 kilómetros de altitud y con un período de rotación análogo al de la Tierra, habilita las comunicaciones por satélites geoestacionarios, evitando el complejo sistema de seguimiento de antenas terrestres.

Fue en julio de 1964 cuando se celebró en Washington, de acuerdo con lo resuelto por la Asamblea General de las Naciones Unidas, la Conferencia Plenipotenciaria sobre un Régimen Provisional para un Sistema Comercial Mundial de Telecomunicaciones, con la participación de países que representaban el 85 por ciento del tráfico internacional.

Allí tuvo su origen el consorcio *Intelsat*, fundado el 20 de agosto. La Argentina se adhirió el 19 de mayo de 1965 y en junio, por Decreto 4.240 suscripto por el Presidente Arturo Illia, el Gobierno reservó al Estado Nacional la utilización de los servicios de telecomunicaciones vía satélite.

En setiembre del 66 se formó, dentro de la Secretaría de Comunicaciones, una comisión intergubernamental para estudiar la factibilidad de construir una estación terrena en el país y recomendar el tipo de empresa que explotaría los servicios (estatal, mixta o privada).

A fines de 1968, el Decreto 8.541 asignaba a la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, ENTel, la organización y ex-



*Los teléfonos públicos
en la Buenos Aires de hoy:
todo sitio es bueno
para emplear este medio.*

plotación con carácter exclusivo de las comunicaciones vía satélite que se ejecutaran dentro de la República, hacia el exterior y desde el exterior hacia la Argentina.

La nueva empresa

Como en el cine, haremos un *flashback* para el lector. El 13 de enero de 1956, bajo la Presidencia del general de división Pedro Eugenio Aramburu, había fundado el Gobierno la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, sucesora de Teléfonos del Estado, que vino así a durar menos de siete años.

Estructurada de acuerdo con el régimen de empresas estatales regidas por la Ley 13.653 de 1949, ENTel llenaba la aspiración de un organismo autárquico especializado. La explotación telefónica, indicaba la norma basal, requiere una forma administrativa apta, que además de realizar con agilidad su gestión económica, asegure los debidos medios de contralor financiero por parte de la Hacienda central.

Si bien los fundamentos del Decreto encomendaban a ENTel el cometido de prestar, conjuntamente, los servicios telefónicos, telegráficos, radiotelefónicos y demás complementarios de las telecomunicaciones de propiedad de la Nación, "razones meramente circunstanciales" aconsejaban "abrir un prudente compás de espera y limitar, temporariamente, el régimen de explotación a las actividades o servicios brindados actualmente por la Dirección General de Teléfonos del Estado", hasta el momento de absorber los otros renglones que se le adjudicaran.

Apenas surgida, ENTel se formuló un plan de acción quinquenal, difundido el 4 de setiembre de 1956, que abarcaba la instalación de más de medio millón de nuevos aparatos en la Capital, el Gran Buenos Aires, La Plata, Bahía Blanca,

El gigantesco edificio de ENTel en avenida Corrientes y Maipú: 25.000 metros cuadrados cubiertos, que habrían fascinado a Víctor Anden.

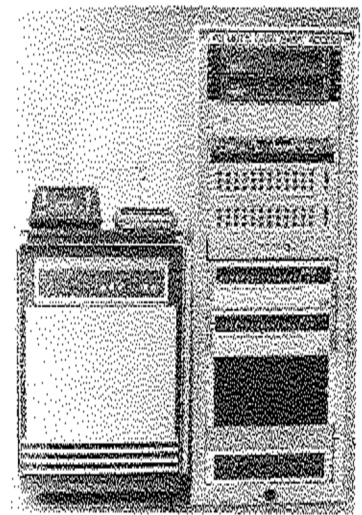
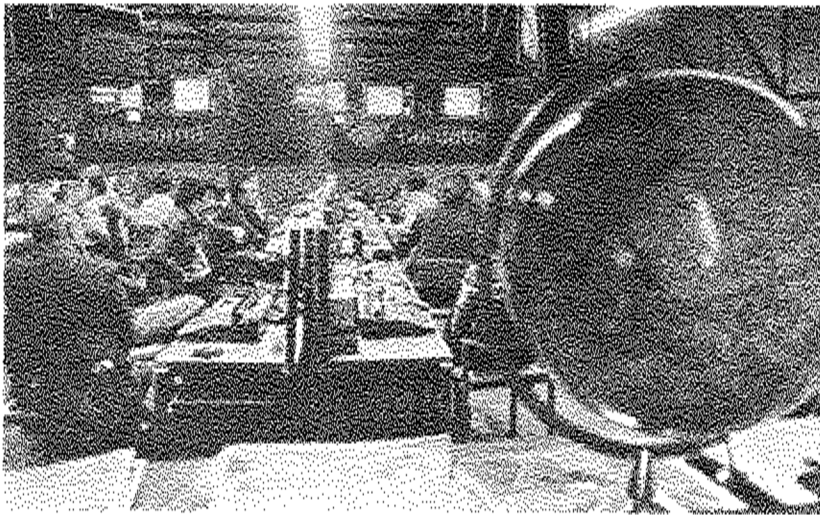


Córdoba, Rosario, Santa Fe y Mar del Plata; el tendido de dos millones de metros de cable conductor, y la erección de 180 nuevos edificios, con una superficie cubierta de 215.000 m². Uno de ellos es el vasto palacio de Corrientes y Maipú, que sin duda habría fascinado a nuestro conocido Víctor Anden, con sus dieciocho pisos y sus 25.000 m² cubiertos.

ENTel fue de este modo haciendo sentir su huella a lo ancho y lo largo del territorio nacional, ampliando sus servicios al tiempo que introducía las conquistas de las comunicaciones a distancia. Así, el telex internacional, inaugurado por Transradio el mismo año de 1956; el cable coaxial Buenos Aires-Rosario, Cañada de Gómez-Santa Fe y Buenos Aires-Mar del Plata, más el radioenlace con Paraná y las líneas aéreas Cañada de Gómez-Córdoba y Buenos Aires-Chivilcoy (1960).

El telex local fue inaugurado en 1961, con equipos instalados en Buenos Aires, La Plata, Rosario, Córdoba, Santa Fe, Mar del Plata y Bahía Blanca. El servicio medido llegó alrededor de 1957, implantándose en San Carlos de Bariloche y Llao-Llao; La Plata y Bahía Blanca lo conocieron en 1958, Rosario en 1962 y Santa Fe en 1963. La Capital fue incluida en el sistema a comienzos de 1969, a partir de 120.000 abonados de doce centrales automáticas: de este modo, 345.578 suscriptores y 62 centrales quedaron entonces bajo el dominio del servicio medido.

Precisamente en 1969 prestaba ENTel sus funciones en el setenta por ciento de los casi 3,8 millones de kilómetros cuadrados del territorio argentino, con cerca de 1.200.000 líneas y 1.500.000 teléfonos, automatizados en el 90,8 %. También en 1969 se aprobaban contratos para el suministro, instalación y funcionamiento de equipos del servicio urbano, interurbano, de larga distancia y de telex, con un total de 700.000 líneas telefónicas y 680.000 aparatos.



El telediscado sumó, a principios de la década del setenta, un nuevo adelanto a la red interna, el cual ha ido extendiéndose progresivamente al exterior. Una estadística al 31 de agosto de 1972 nos ayudará a visualizar la obra cumplida por ENTel (sin perjuicio de las cifras actuales que ofrecemos en el Apéndice de este volumen): 1.407.474 líneas en operación, 96 % de las cuales eran automáticas; 921 centrales, 417 cabinas públicas.

Queda, en esta crónica por fuerza sucinta, la necesidad de una mención acerca de la telefonía rural, que ENTel y la Secretaría de Comunicaciones buscan alentar. A tal efecto, se han establecido las normas para tramitar las solicitudes de entes privados que se interesen por colaborar en la financiación, instalación, operación y mantenimiento de equipos de telefonía rural, por vínculos radioeléctricos de acceso múltiple y de conmutación manual o automática.

También hemos de citar el florecimiento de las Comisiones Pro Teléfonos. Vecinos de ciudades que desean contar con el servicio telefónico, se asocian para costear el montaje de una central, lo que se realiza por licitación entre las empresas proveedoras de equipos. Una vez habilitada la estación, es donada a ENTel para su manejo y administración.

El método, que va abriéndose camino en el país, tuvo, entre otras manifestaciones, la formación y puesta en marcha de dos centrales con 8.000 teléfonos, en Rosario.

Naturalmente, el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 obligó a ENTel a una serie de obras: en las redes urbanas, mediante la habilitación de equipos de conmutación y vínculos entre centrales y de éstas con los teatros deportivos; en las redes interurbanas, con nuevos sistemas de radioenlace de alta capacidad y un mayor equipamiento de los existentes; y en las redes internacionales, a través de la expansión y modernización de las facilidades telefónicas y telegráficas.

*A la izquierda,
el Mundial '78 desde
el ángulo informativo:
sala de periodistas
en la Subsede Córdoba;
a la derecha, equipos
del Banco de Datos,
uno de los últimos
servicios brindados
por ENTel.*



*Inauguración
de la Estación Terrena
de Balcarce en 1969
y (página siguiente)
las dos antenas.*

*La planta opera
con tres satélites Intelsat
y nos vincula con una
cincuentena de países.*

Una lluvia de satélites

Regresemos a los satélites. El Intelsat I (también llamado Pájaro Madrugador), fue lanzado desde Cabo Kennedy el 6 de abril de 1965 y empezó a rendir servicios de telecomunicaciones comerciales entre América del Norte y Europa Occidental el 28 de junio. Concebido para una vida útil de dieciocho meses, se mantuvo en órbita durante más de tres años. Una era fantástica se abría.

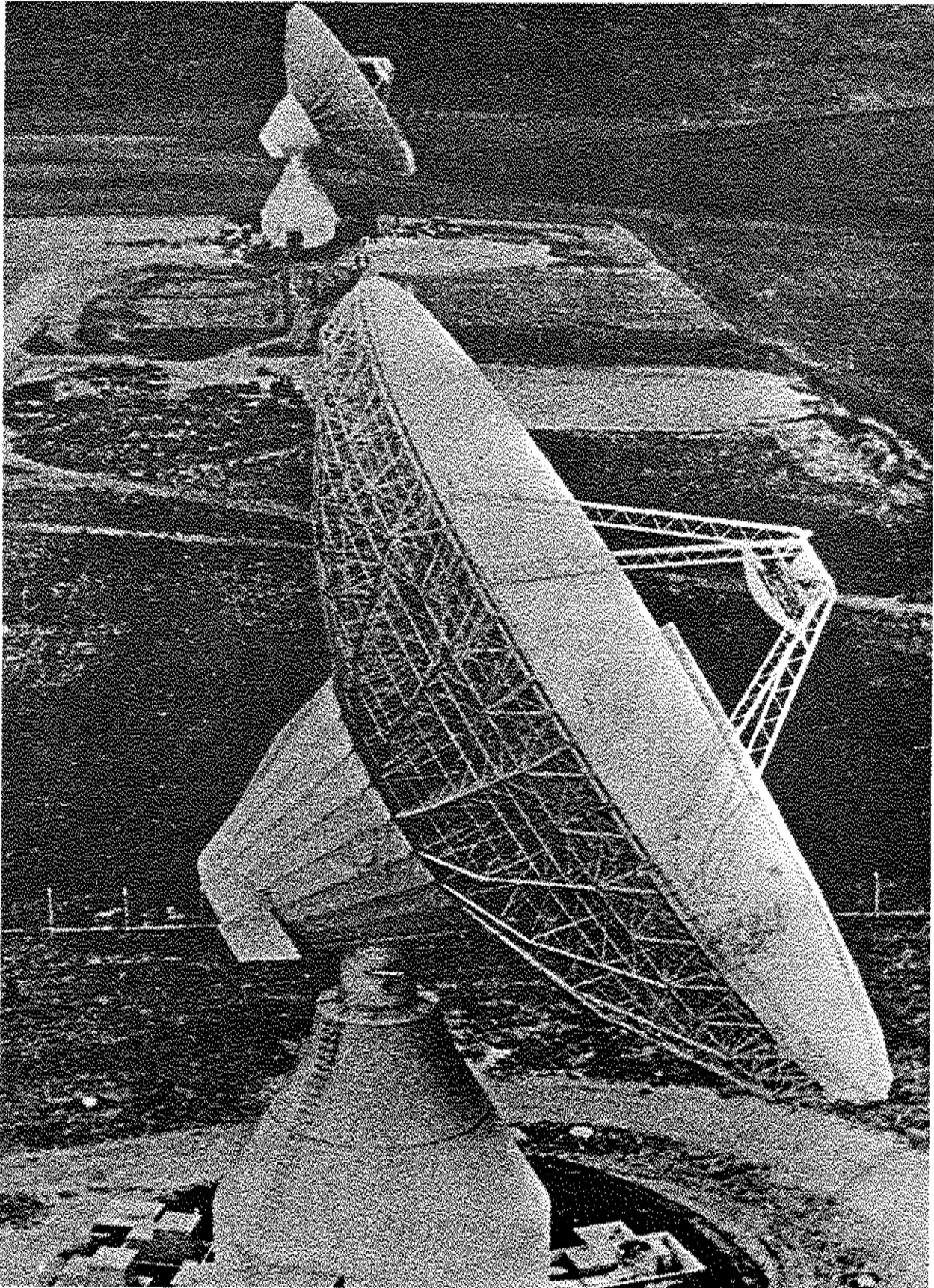
Fracasado el disparo del primer Intelsat II, se envió el segundo, con éxito, el 11 de enero de 1967, para cubrir la zona del Océano Pacífico; otros dos Intelsat II fueron puestos en órbita el mismo año, uno sobre el Atlántico y el restante sobre el Pacífico. De la tercera serie, falló el lanzamiento del primero; no ocurrió así con el segundo Intelsat III, el 18 de diciembre de 1968; y también resultaron afortunados los disparos de los tres siguientes en 1969.

Los tres últimos artefactos de la serie III fueron lanzados en 1970, perdiéndose uno de ellos. El primer Intelsat IV es de principios de 1971; el segundo, de fines de ese año; el tercero y el cuarto de 1972. Están en órbita desde 1975, los dos primeros Intelsat IV-A, concluyendo la instalación de esta serie en 1978.

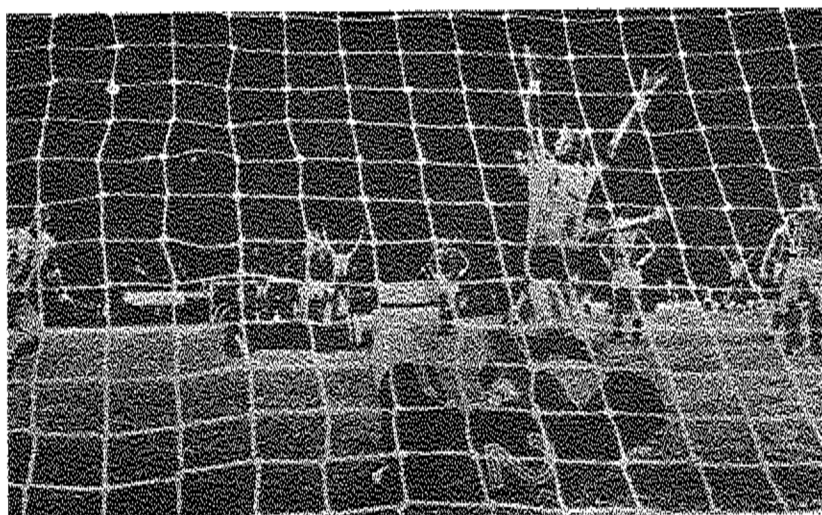
Para el decenio 1980-90 está previsto el lanzamiento de siete satélites Intelsat V, cada uno de los cuales tendrá una capacidad operativa de 12.000 circuitos, más dos canales de televisión. Se estima que, hacia 1980, las exigencias en materia de telecomunicaciones superarán los cien mil circuitos.

Las antenas de Balcarce

A sólo 16 kilómetros de Balcarce, y a 48 de Mar del Plata, se levanta la Estación Terrena para las comunicaciones



El Mundial '78 también puso a prueba el sistema de telecomunicaciones. Como en este gol de la Selección nacional, la Argentina salió airosa.



vía satélite. Es una olla natural formada por las sierras de La Vigilancia y El Volcán: ese sitio se llama Puerta del Abra. Hacia ambos lados de los edificios del establecimiento (viviendas, casino, albergue de los equipos, laboratorios, usina de energía), separadas por unos quinientos metros, se yerguen las dos antenas, Balcarce 1 y Balcarce 2.

Ambas, de 30 metros de diámetro cada una, permiten enfocar el satélite y seguir sus pequeños movimientos en forma automática, recibiendo y transmitiendo las señales de telefonía, telegrafía, telex, difusión de datos y TV. Operan estas antenas con el Intelsat IV-A (F1), el Intelsat IV-A (F2) y el Intelsat IV-A (F4), vinculándonos con una cincuentena de países del mundo entero.

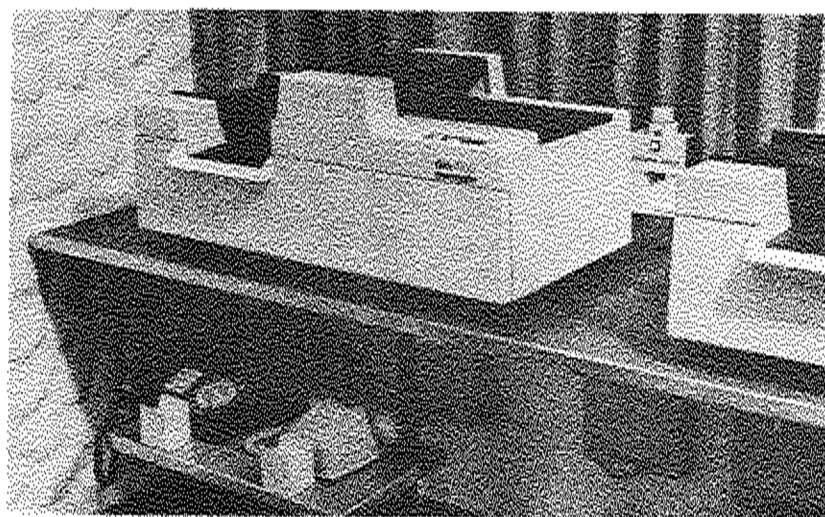
Tras el ensayo del 20 de julio, la Estación Terrena inició sus actividades el 20 de setiembre de 1969, otra de las fechas claves de nuestra historia de las comunicaciones argentinas. El 6 de octubre comenzaba a funcionar el Centro de Conmutación Internacional, de Cangallo y Talcahuano, y cesaban las cuatro empresas privadas que hasta entonces habían suministrado las comunicaciones con el exterior:

- The Western Telegraph Co. Ltd., la más antigua (1899), con servicio de telegramas por líneas terrestres trasandinas a Chile, y de aquí a otros lugares del Norte y Sur de América; por cable submarino a Europa, y por igual medio al Uruguay y el Brasil.

- Compañía Transradio Internacional (1924), con servicio de telefonía, telex y telegramas a más de treinta países, y estaciones transmisoras y receptoras en Villa Elisa y Monte Grande. El 80 por ciento de las comunicaciones internacionales por telex era brindado por esta organización.

- Italcable (1925), con servicio telegráfico a Europa.

- I.T.T. Comunicaciones Mundiales S.A. de la Argentina, la ex C.I.D.R.A., que añadiera a sus planteles los circuitos de la



*Equipo de facsimilado,
uno de los adelantos
que incorporó ENTel
y que se brinda en el
edificio de Cangallo
y Talcahuano.*

Sociedad Anónima Radio Argentina (1965) y los de la All America Cables (1966). Operaba en telefonía, telegrafía y telex, con estaciones en Hurlingham y Plátanos; el servicio telefónico a los Estados Unidos estaba en manos de ella.

Es interesante señalar que Balcarce 1 se inauguró con un mensaje al pueblo argentino del Sumo Pontífice, y que la primera llamada telefónica internacional vía satélite se enabó ese mismo día con Santiago de Compostela, España.

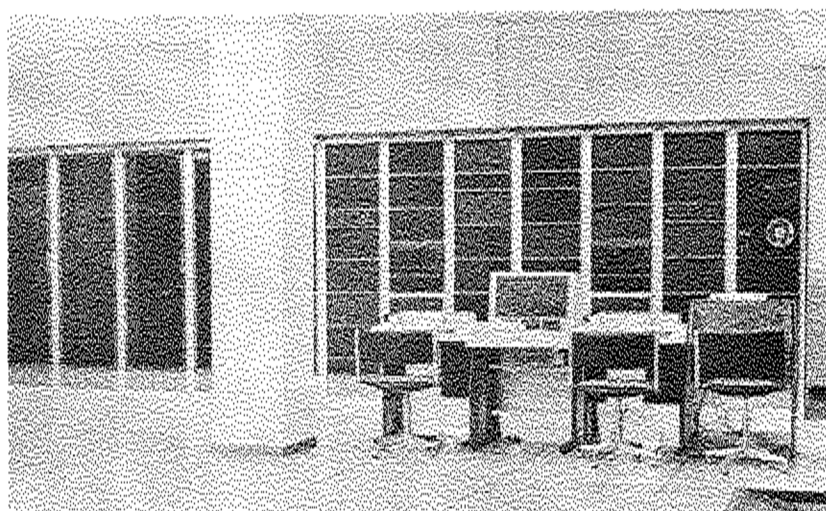
La antena Balcarce 2 entró en funciones dos años y medio después, el 18 de marzo de 1972, con una conversación radiotelefónica entre el canciller Luis María de Pablo Pardo, desde su despacho en el Palacio San Martín, y el delegado argentino ante la OEA, Raúl Quijano, en su oficina de Washington. Finalmente, el 7 de abril hubo la primera conexión radiotelefónica con las Malvinas.

Echemos ahora una ojeada al Centro de Conmutación Internacional, donde convergen todos los servicios que se prestan hacia el exterior, salvo los de televisión (imagen), realizados en el Centro de Distribución de TV, sito en el edificio de Corrientes y Maipú.

Cuando se escriben estas páginas (agosto de 1979), cuenta el C.C.I. con 450 vías de comunicación: 393 enlazadas al satélite y 57 terrestres que nos ligan con países vecinos. Tales vías son utilizadas, según corresponda, como enlaces telefónicos, portadores telegráficos, transmisiones de radiodifusión, audio de programas televisivos, datos, facsimilado. El Centro ha sido equipado con 1.800 canales de enlace con Balcarce, lo que entraña una cobertura por tiempo suficiente.

El contacto ida y vuelta con Balcarce no es directo: un vínculo de microondas deriva las llamadas de Balcarce a Mar del Plata, las cuales van desde ahí a Buenos Aires por cable coaxial (en caso de inconvenientes en este último, transfírense los canales al radioenlace Mar del Plata-Buenos Aires, a través

*Modernas instalaciones
en el Centro
de Conmutación
Internacional, que cuenta
con 450 vías
de comunicación
(393 enlazadas a satélites
y 57 terrestres
que nos ligan
con naciones vecinas).*



de Tandil); desde luego, el camino es inverso para la salida de las telecomunicaciones desde la Capital.

Consta el C.C.I. de las siguientes dependencias:

— Sala de Operación Manual Internacional, donde aproximadamente 400 operadores cursan el servicio semiautomático de telefonía y el de telex, además de informar acerca de estos medios y del D.D.I. (Discado Directo Internacional).

— Centro de Conmutación Telefónica Internacional, que encamina las llamadas hacia el centro de operación manual, además de hacerlo con las del D.D.I., el cual no necesita intervención del operador; los 600 abonados de este servicio —que se presta desde 1978— seleccionan desde su aparato a teclado sobre la central semielectrónica controlada por computadora, que envía la llamada directamente al destino internacional, efectuando además su tasado.

— Centro de Conmutación Telex Internacional, que dispone de una central totalmente electrónica (con 451 líneas internacionales, y 307 hacia Buenos Aires y el interior), controlada por computadora, y una central electromecánica (199 líneas internacionales y 127 nacionales), ambas vinculadas por 44 líneas; la mayoría de las comunicaciones son cursadas por la central electrónica. En el mismo lugar funciona el Banco de Datos: por este medio, 16 líneas de abonados directos o conmutados pueden acceder a distintos bancos de datos de Estados Unidos, obteniendo informes y estadísticas sobre economía, ciencias y humanidades.

— Centro Internacional de Mantenimiento de la Transmisión, destinado a efectivizar el control de calidad de los vínculos utilizados por los diversos servicios con el exterior.

— Centro Multiplex de Telefonía, que incluye el equipamiento necesario para agrupar en un solo vínculo las 450 vías de comunicación (satelitales y terrestres). Dicho vínculo es el ya citado cable coaxil que liga al C.C.I. con Balcarce.



— Centro Multiplex de Telegrafia, con capacidad para reunir un máximo de 1.218 canales telegráficos en 46 vínculos telefónicos. La naturaleza de las transmisiones telegráficas permite reconocer dos tipos de servicio: a) los abonados arrendados, que poseen conexión permanente con el extremo internacional, y b) los canales telex, que pertenecen a las centrales de conmutación internacionales.

— Oficina Pública Internacional, desde donde se ofrecen los servicios de telefonía o telex, habiéndose incorporado recientemente el de facsímil, por medio de la vinculación con dos empresas de Estados Unidos, la R.C.A. y la W.U.I.; así, es posible operar entre oficinas públicas de Buenos Aires y Nueva York en la transmisión de cualquier tipo de documentos impresos.

Estos detalles, que hacen volar la imaginación hasta límites insospechados, no son sino los firmes indicios de la carrera del hombre por mejorar y perfeccionar su vida. Ellos figuran, como es lógico, en el Museo Nacional de Telecomunicaciones, que funciona en un recinto anexo al Museo Histórico Nacional del Parque Lezama.

En este repositorio —que será trasladado al edificio de la antigua confitería Munich de la Costanera Sur, erigido en 1927 y cedido en junio último a ENTel por la Municipalidad— nuestro relato se corporiza con los testimonios del ayer. Y el ayer, en materia de comunicaciones, empieza a serlo casi cotidianamente, porque ellas avanzan cotidianamente.

Un aparato para el servicio de Discado Directo Internacional, que comenzó en 1978, y (a la izq.) pantalla que informa el tasado de las comunicaciones.



Las comunicaciones militares
El periodismo
Cine, radio y televisión

Las comunicaciones militares

—¿CONTESTÓ Levalle? ¿Contestó Levalle?

Golpeado por la fiebre, delira Adolfo Alsina. Los médicos ya han agotado sus recursos. Un sudor incesante le invade el rostro pálido, de enorme nariz y larga barba encanecida. Se le va la vida, inexorablemente, y él no lo ignora. Sueña, entonces, y sueña con la guerra al indio, que pensaba terminar dentro de unos meses, un año a lo sumo.

Había adelantado las fronteras argentinas, acortándolas en 186 kilómetros, hasta Italó, Trenque Lauquen, Guaminí, Carhué y Puán, en Buenos Aires, lo que significó ganar para la Nación más de 55.000 kilómetros cuadrados. En agosto —ayer, se diría— ordenó acciones contra Pincén y Catriel, que sirvieron para dispersarlos hacia las márgenes del río Colorado.

Estaba él en Carhué al realizarse las dos operaciones, y desde allí diseñó la embestida a las Salinas Grandes, para abatir a Namuncurá, que iba a dirigir el coronel Nicolás Levalle. Después, el avance hacia el Colorado sería fácil, y quién sabe si —a pesar de su renuencia— no adelantaba las fuerzas hasta el límite ansiado del Neuquén y el Negro. Sin embargo, debió volverse, postrado, a Buenos Aires.

Unos días más tarde, al filo de diciembre, mejoró. Y, otra vez dueño de su corpachón, se puso a mandar telegramas: le obsesionaba el asalto a los feudos de Namuncurá. "El coronel Levalle cumplirá mis instrucciones, aun cuando el telégrafo le transmita la noticia de mi muerte", había insistido ante el jefe de la División Carhué. Don Adolfo se trasladó a su quinta a convalecer: no alcanzó a quedarse una semana. De nuevo en su casa del centro de Buenos Aires, ya no pudo levantarse: la fiebre y los dolores retornaron para no ceder, junto con la excitación y los estados soporíferos.

—¿Contestó Levalle? ¿Contestó Levalle?



*Adolfo Alsina,
coronel y doctor
en leyes, a quien
se debe el
Telégrafo Militar.*

*El chasqui de guerra,
un mensajero
imprescindible:
debía poseer cualidades
de baqueano para
internarse en la espesura
de los montes
y las soledades
del desierto.*



Es un balbuceo, ahora, el de aquella voz acostumbrada a la oratoria encendida.

—Indios ... expedición ... Guatraché ...

Tiene 48 años y le aguardaba la Presidencia de la República el 80, la misma Presidencia que abdicara en Sarmiento el 68 y en Avellaneda el 74. Pero, en su delirio, sólo mira al desierto, los toldos.

—¿Contestó Levalle?

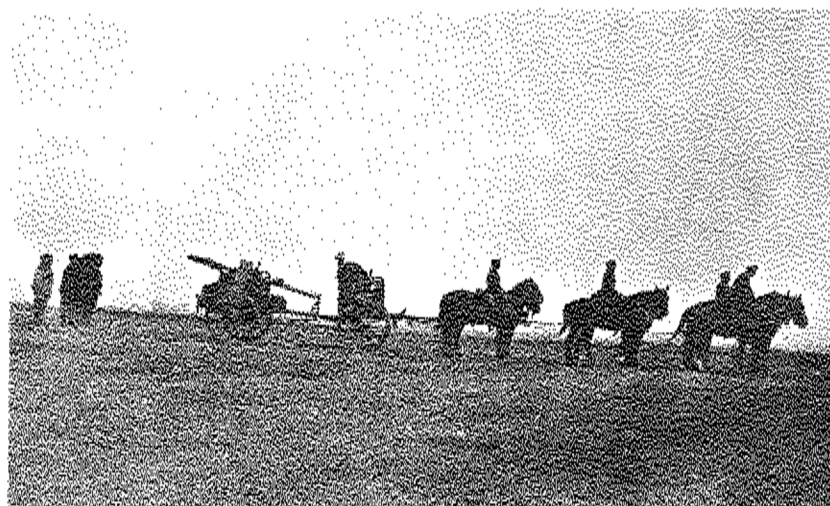
Enrique Sánchez, el secretario, le susurra al oído que Levalle ha obtenido una formidable victoria sobre Namuncurá. Es una mentira piadosa (la victoria ocurrirá una quincena más tarde), pero, los labios del coronel doctor Adolfo Alsina sonríen levemente. Casi de inmediato, entra en coma.

Cerca de las siete de la noche, ese 29 de diciembre de 1877, expira. El 30, de mañana, el Telégrafo Militar resuena en las comandancias de Frontera anunciando la muerte del ministro de Guerra y Marina.

Es el Telégrafo Militar que él hiciera tender al Azul, Olavarría, Lavalle, Arroyo Corto, Sauce, Guaminí, Carhué, Puán, y que se acerca a Italó y Trenque Lauquen. El Telégrafo Militar, que tantas críticas desfavorables le había deparado en 1875, al solicitar los fondos e introducir el estudio de la telegrafía en el Colegio Militar.

Del chasqui al telégrafo

Hablar de las comunicaciones, en materia de defensa, es abarcar un tema esencial para la vida misma de las Fuerzas Armadas. El general José de San Martín escribía en 1815: "Nada hay más importante en los tiempos de guerra que la celeridad en las comunicaciones entre los ejércitos que actúan contra un enemigo combinado".



Quien sigue de cerca sus campañas, advierte cuánta preocupación dedicaba el Libertador a estos asuntos, tanto dentro de su aparato bélico como fuera de él, en materia de correos civiles y postas. Eran éstas el principal medio de conexión de los Ejércitos de la Patria en las guerras de Independencia, y su historia lo es de denuedos y sacrificios.

El teniente general Julio Alberto Lagos, en su valiosa y monumental *Historia de las comunicaciones en el Ejército*, editada en 1970, considera a la batalla de Tucumán un ejemplo de descuido en las comunicaciones, ya que por insuficiencia de ellas el general Manuel Belgrano perdió contacto con un sector de sus unidades, las cuales, en definitiva, amasaron el triunfo contra las huestes españolas (24 de setiembre de 1812).

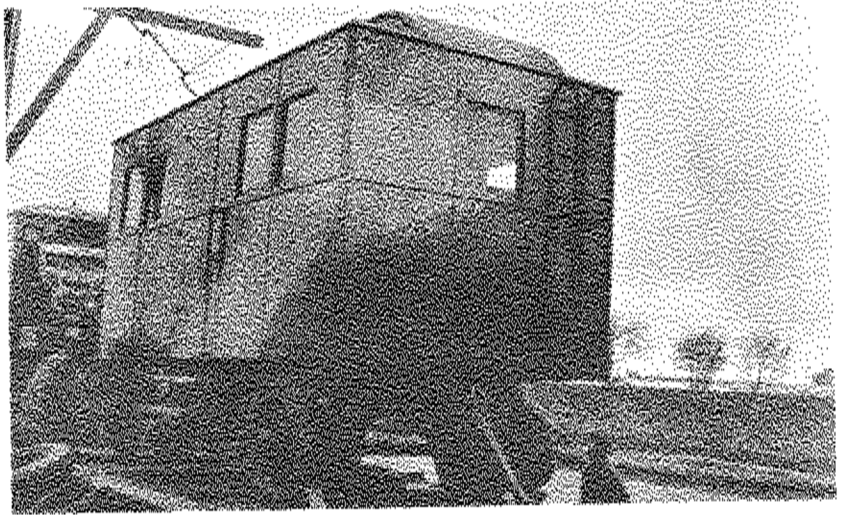
Vicente Fidel López denomina a Tucumán "la más criolla de cuantas batallas se han dado en territorio argentino", porque a las fallas de organización de nuestras fuerzas, que en cierto momento favorecieron a las tropas realistas, el Ejército de Belgrano respondió con una cuota mayor de entereza, coraje y habilidad.

Durante la guerra con Brasil, en 1826-28, el Correo desempeñó también un papel relevante, debiendo extender sus líneas al Uruguay, teatro de las operaciones. De igual modo, en el seno del Ejército Republicano mandado por el general Carlos de Alvear, las comunicaciones recibieron un especial cuidado. Un índice de ello es el óptimo despliegue de las unidades que coadyuvó a la victoria de Ituzaingó sobre las fuerzas imperiales, el 20 de febrero de 1827.

A lo largo de los treinta y cinco años de contiendas civiles (desde la renuncia del Presidente Bernardino Rivadavia en 1827 hasta la asunción del Presidente Bartolomé Mitre en 1862), se sucedieron más de veinte batallas y numerosos combates menores, en los que el chasqui ejerció un papel de preponderancia. Este mensajero debía poseer cualidades de ba-

Carro de radioestación OL, de la década del '20 al '30. A la derecha, el teniente coronel Higinio Vallejos, artífice del primer medio técnico del Ejército.

*Acoplado
de una radioestación
del Ejército
(década del '30),
cuando comenzó
el reinado de
las ondas cortas.*



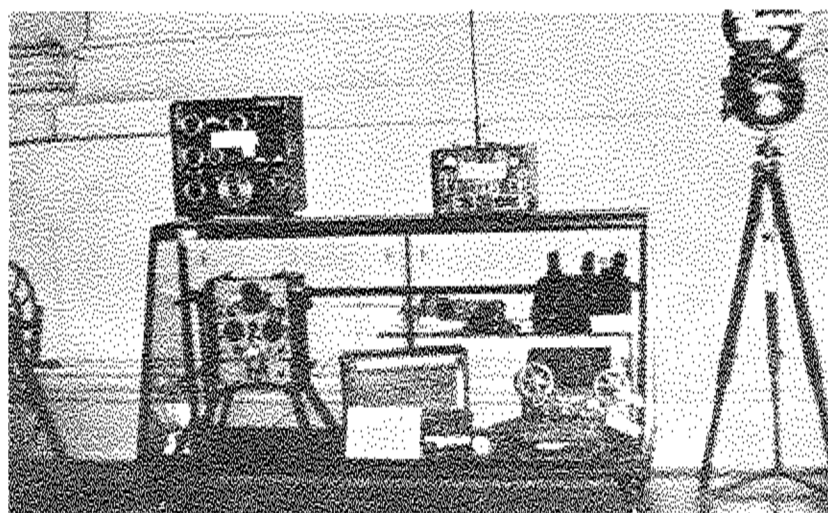
queano para saber internarse en las espesuras de los montes y en las soledades del desierto.

La guerra del Paraguay (1865-70), última de nuestras conflagraciones exteriores, llevó al Gobierno a multiplicar sus servicios de correos y postas, así como las comunicaciones fluviales, sobre todo al trasladarse la lucha al territorio de la antigua provincia argentina. En cuanto a los medios técnicos, entonces representados por el telégrafo eléctrico, sólo fueron empleados por paraguayos y brasileños.

Tocó al Presidente Nicolás Avellaneda y a su ministro Alsina incorporar aquel medio, librado a las comunicaciones interprovinciales en 1869, al aparato bélico de la Nación. En el mensaje con el que solicitaba al Congreso los fondos para el tendido de 771 quilómetros de hilos hacia las comandancias de Frontera, decía Avellaneda: "Son incalculables, en la práctica, los inconvenientes y perjuicios que origina la falta del telégrafo". Alsina explicaba: "El telégrafo sirve tanto en la paz como en la guerra, para que el Gobierno esté al habla con el Ejército y el Ejército al habla con el Gobierno".

No hay duda de que la bravura de nuestros soldados y su abnegación fueron mejor aprovechadas, en la Campaña del Desierto, por la incidencia del telégrafo: reemplazando las señales de cañonazos y las odiseas de los chasquis, permitió una mayor y más veloz información acerca del enemigo y, en consecuencia, facilitó operaciones sorprendidas y exitosas. Fue su artífice el Teniente Coronel de Ingenieros don Higinio Vallejos, quien posteriormente continuó su lucha para que el telégrafo, el primer medio técnico del Ejército Argentino, alcanzara su real dimensión en nuestro país. El ferrocarril y el Remington brindaron también un apoyo certero.

He aquí una estadística interesante: en los trece meses corridos desde abril de 1876 hasta julio de 1877, las diez oficinas del Telégrafo Militar expidieron y recibieron nada menos



*Radioestaciones,
destellador óptico
y centrales telefónicas:
estos implementos
son típicos
de la década del '30 al '40.*

que 52.218 telegramas constituidos por 1.554.086 palabras, mediante sus 696 kilómetros de hilos. Las oficinas, con su cabecera en el Ministerio de Guerra y Marina (Casa de Gobierno), disponían de 11 aparatos Morse y eran atendidas por 30 oficiales, suboficiales y soldados.

Los esfuerzos del doctor Alsina fueron, como es notorio, multiplicados por su sucesor, el general Julio Argentino Roca, en 1879. Entonces, 6.000 hombres bien pertrechados (con 7.000 caballos, 1.390 mulas y 270 bueyes) se lanzaron al desierto en abril, divididos en cinco columnas, bajo el mando del ministro, y en tres meses de vigorosa expedición alcanzaron el límite de los ríos Neuquén y Negro, borrando así las fronteras interiores y el odioso problema del indio.

El 18 de junio, el telégrafo hacía llegar a Roca este mensaje de Avellaneda: "Mis felicitaciones y las de toda la Nación. Lo saludo en las márgenes del río Negro y del Neuquén donde su presencia realiza los votos de muchas generaciones en los que se presenta la Bandera Argentina, sostenida por brazos gloriosos, haciendo un llamamiento a la civilización, al inmigrante y al genio de la Patria..."

Las ondas electromagnéticas

La telegrafía alámbrica de campaña fue, por lo tanto, el primer medio técnico de comunicaciones del Ejército. Su empleo orgánico se encara el 10 de abril de 1888, al fundarse por el Presidente Miguel Juárez Celman una subunidad de Telegrafistas. Se afianzó, además, la enseñanza en materia de comunicaciones, iniciada en 1876 en el Colegio Militar.

Las serias alternativas que se vivieron, a fines del siglo último, como consecuencia del litigio de fronteras con Chile, llevaron al Gobierno en 1897 a movilizar una parte de la Guar-



*Teniente general
Julio Lagos,
del arma
de Comunicaciones;
fue comandante en jefe
del Ejército (1955-56).*

*En la página siguiente:
la estatua recuerda
al primer soldado
del arma
de Comunicaciones,
creada como tal en 1944,
lo que constituyó
un reconocimiento por
la esencialísima
tarea de estos servicios.*

dia Nacional, siendo instruido en cuestiones de telegrafía militar el Regimiento de Ingenieros de este cuerpo.

Un decenio más tarde, en 1908, el Poder Ejecutivo sancionó el primer reglamento para las tropas de telegrafistas de campaña, que descartaba las líneas subterráneas —como lo hiciera Alsina en 1875—, por el tiempo que exigía su instalación, inclinándose por las “aéreas” (con alambres desnudos) o las “tendidas” (cable aislado sobre el suelo). La compañía de telegrafistas contaba con un capitán y cuatro oficiales, 22 suboficiales y 101 soldados, más un parque de 14 carros y 118 caballos.

Con anterioridad, hacia 1894, el Ejército inició el empleo sistemático de las palomas, considerándolas un medio auxiliar y complementario del telégrafo eléctrico. En 1901 se estableció una Red Radial Colombófila, unida por tres largas líneas con Mendoza, Neuquén y Río Gallegos; y en 1922 se intentó el sistema de palomares móviles, sin que el método prosperase demasiado.

Es que nuevas invenciones de la ciencia y la técnica dejaban su huella en el Ejército.

Una vez más hay que citar al ingeniero Guillermo Marconi y las ondas hertzianas. Tras la Marina de Guerra, el Ejército instaló en 1905 dos estaciones radiotelegráficas para unir la Casa de Gobierno con el acantonamiento de Campo de Mayo, a las cuales seguirían otras de esta índole, hasta formar una red que vinculase los comandos y las unidades.

De 1911 data la creación de la Inspección de Estaciones Radiotelegráficas. Dichas centrales disponían, para el transmisor, de un interruptor de turbina, un manipulador (que podía ser de extinguidor magnético o de separación de chispas), un aparato de excitación, el oscilador (también llamado descargador), un pararrayos y una bobina de inducción. En cuanto al receptor, incluía el cohesor, los transformadores de recepción o *jiggers*, el revelador y el radiador de prueba.

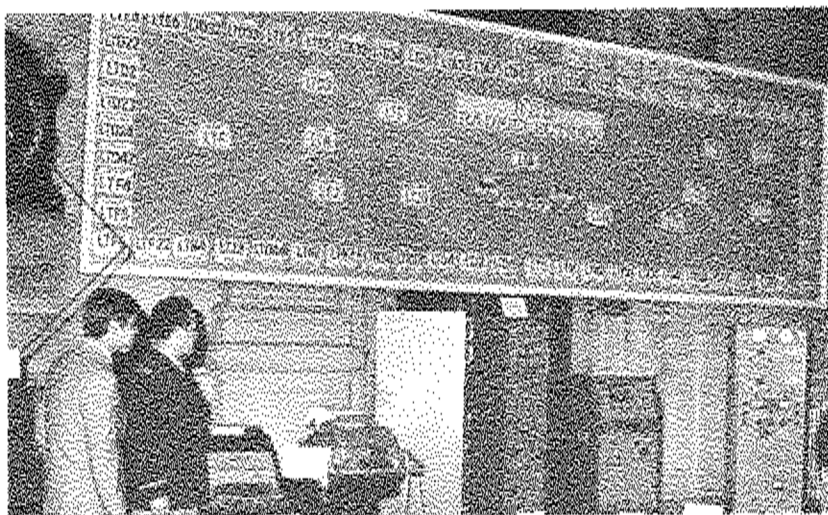
Poco después, bajo la Presidencia de Roque Sáenz Peña, se inauguraba la radiotelegrafía de campaña. En efecto, a fines de 1911 se ordenó el tendido de una red telegráfica alámbrica para apoyar a la Fuerza de Operaciones del Chaco, que adelantaba la tarea de sometimiento del indio en aquella vasta zona. Se trataba de ligar a las fuerzas con el comando emplazado en Resistencia.

Sin embargo, los obstáculos para asegurar las comunicaciones en épocas lluviosas, los frecuentes cortes de la línea y otros problemas de esta naturaleza, motivaron la resolución de dotar con estaciones radiotelegráficas portátiles a las unidades: adquirió el Ejército cinco de ellas, de 150 quilómetros de alcance cada una, con mástil telescópico y antena de tipo paraguas con contraantena.

La energía eléctrica era proporcionada por una dínamo de 110 voltios, accionada por dos soldados montados en bicicleta



La Red Radioeléctrica del Ejército, según era en 1968: la expansión de estos medios fue incesante, acorde con las necesidades y requerimientos militares.



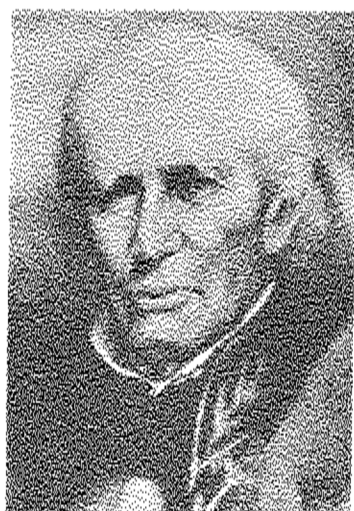
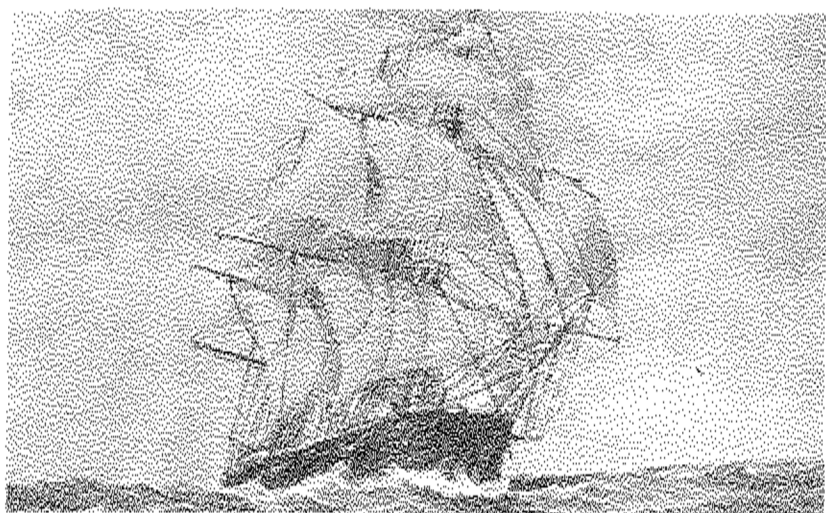
de tándem. El detector, de galena, permitía la recepción por teléfonos, suprimiendo el *relais*. En 1916, al terminar la campaña, quedaron instaladas en el territorio del Chaco 22 oficinas telegráficas enlazadas con alambre desnudo, susceptibles de ser convertidas en puestos telefónicos mediante el cambio de los aparatos.

Las estaciones de campaña empezaban así a penetrar en el campo táctico; la radiotelegrafía y el teléfono iban a utilizarse en todos los escalones, incluyendo a la Infantería y los organismos encargados de la dirección del fuego en la Artillería. La Primera Guerra Mundial, en los frentes de Europa, llevó este florecimiento de las telecomunicaciones fijas y móviles a un alto grado.

El Ejército Argentino adquirió en 1915, a la Compañía Marconi de Telegrafía sin Hilos del Río de la Plata, cuatro estaciones inalámbricas. Dos de ellas, montadas sobre carros de modelo avatrón-retotrón para tiro a tres yuntas, eran de 1,5 quilovatios, con un alcance garantido de 250 kilómetros de día (hasta 700 de noche). Las otras dos, también rodantes, tenían un alcance de 50 y 300 kilómetros y una potencia de 0,5 quilovatios.

Entre 1905 y 1920 se emplearon las ondas amortiguadas; de entonces en adelante fueron utilizadas las ondas continuas; por fin, desde 1930 comenzó el imperio de las ondas cortas. Con el advenimiento de las válvulas termoiónicas, la Red Militar Fija entró en su mayoría de edad. Estos artefactos, comprados en 1922, alcanzaban a 1.000 kilómetros en telefonía y a cualquier punto del país en telegrafía. Una década después, el mayor Estanislao López armaba una estación de onda corta, inaugurando así la conversión de la Red Militar Fija a este nuevo sistema.

Entre tanto, se había creado la Dirección General de Tropas y Servicios de Comunicaciones (1922), originándose con



ella una rápida expansión de la especialidad y su posterior independencia como arma, dentro del Ejército. A los dos años de aquella medida, el 11 de octubre de 1924, era fundada la Escuela y Tropa de Comunicaciones, subordinándose a la Inspección General del Ejército (órgano equivalente entonces al Comando en Jefe de nuestros días), como las demás escuelas.

Posteriormente, en 1939, la Inspección de Comunicaciones y la Escuela de Comunicaciones fueron fusionadas con sus similares del arma de Ingenieros; esta organización duró hasta 1942, cuando la Inspección y la Escuela recuperaron su autonomía. Por fin, en 1944, el Gobierno Nacional creó el Arma de Comunicaciones, uno de cuyos oficiales alcanzaría el Comando en Jefe del Ejército: el general Lagos (1955-56).

El Día del Arma de Comunicaciones es el 29 de setiembre, San Gabriel Arcángel, a quien se eligió Patrono por ser el "emisario de los más grandes mensajes de Dios a los hombres".

HASTA fines del siglo pasado, el sistema de señales entre buques de la Armada, y entre ellos y tierra firme, poco había podido avanzar desde el primer Libro de Señales a que se refiere el almirante Guillermo Brown en su oficio del 3 de mayo de 1814, dos días después de haber sido nombrado jefe de la Escuadra por el Director Gervasio de Posadas.

La flota constaba de siete navíos: *Hércules* (mandado por Elías Smith), *Céfiro* (Santiago King), *Nancy* (Ricardo Leech), *Julieta* (Benjamín Seaver), *Fortunata* (Juan Nelson), *San Luis* (Juan Handerl) y la balandra *Carmen* (Samuel Spiro). Sabido es que con esta dotación obtuvo Brown la primera victoria marítima de la Revolución: la conquista de Martín García, el 15 de marzo, a la que añadiera el triunfo en el combate de

El almirante Guillermo Brown y la fragata Hércules: en su código de señales, no había ninguna para la derrota.



*Teobaldo Ricaldoni,
pionero de las
comunicaciones
radiotelegráficas.*

Buceo (17 de mayo), el cual permitió la ocupación de Montevideo tras rendirse los españoles (23 de junio).

Las señales de Brown constituyeron el único medio de comunicación a distancia durante ochenta años. Son dos los ejemplares que hoy pueden consultarse: el que perteneció al capitán Alsogaray, depositado en el Archivo General de la Nación, y el que fuera del comodoro Somellera (Museo Naval). Ambos oficiales lo habían sido de Brown. El código Alsogaray está escrito en inglés y data de la guerra con Brasil (1826-28); el de Somellera, redactado en español aunque traducido del inglés, es de 1845, épocas del bloqueo anglo-francés en el Plata.

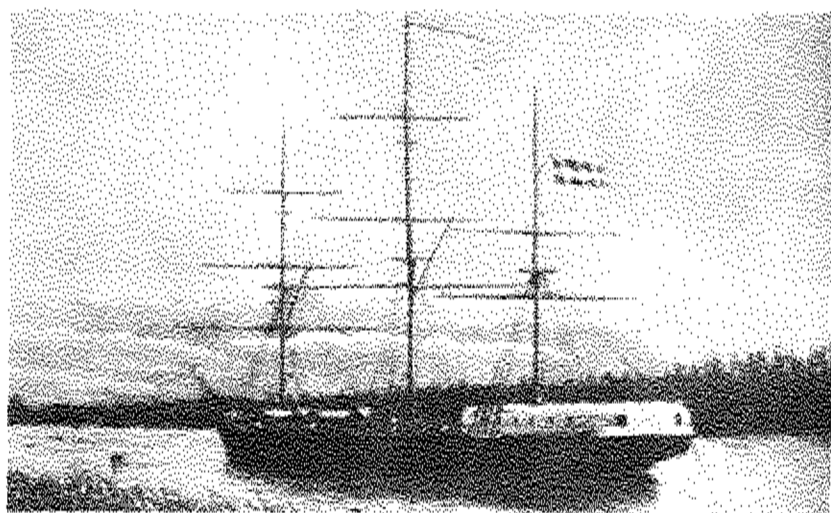
El servicio de señales se hallaba a cargo de pilotos secundados por timoneles. Las banderas representadas en los códigos son treinta. En el de Alsogaray, los colores de las banderas son variados: blanco, amarillo, rojo y azul; en el de Somellera, aunque figuran dichos colores, existe una preponderancia del azul, que debió de restarles visibilidad. En cuanto a las formas son *cuadras* (las que tienen algún significado) y *gallardetes* (las características de buques); no existiendo ninguna *corneta* (bandera terminada en dos puntas) en el código Somellera, son más profusas las formas y colores de las señales.

En el primer código el número de señales alcanza a 467 y, en el segundo, a 427. Estos conjuntos incluyen las señales que deben ser hechas por el almirante a los buques subordinados; las contestaciones de aquél y las señales dirigidas a éste o a un jefe superior por los comandantes subordinados; un tercer grupo lo constituye una especie de vocabulario telegráfico con señales de cuatro banderas.

El procedimiento para señalar consistía simplemente en enervar las banderas numéricas correspondientes a la comunicación deseada. También se había previsto la necesidad de alterar las interpretaciones de las señales hechas, mediante suma de una determinada cantidad, para evitar su conocimiento por el enemigo.

Hay señales de levar, de navegación, posición, maniobra, evoluciones, combate, desembarco, remolque, reconocimiento, entradas a puerto, suministro de víveres o repuestos. Alrededor de noventa señales traducen órdenes y previsiones para el combate: "un buque enemigo a la vista", "manténgase a la vista para seguir de guía a la escuadra", "prepararse para el combate". También, escrito por el mismo Brown, en el legajo Alsogaray, se puede leer: "ataque al enemigo de más cerca", "romper la línea enemiga", "haga empeño en inutilizar los palos del enemigo".

Revelador del carácter de Brown es el hecho de que no existe entre sus señales de combate una sola que aluda a la derrota.



*Corbeta Chacabuco,
que se utilizó en 1885
para experimentar
señales nocturnas
con luz eléctrica.*

El código usado en la guerra con Brasil y en el bloqueo anglo-francés de la década de 1840, así como las señales nocturnas por medio de faroles, fueron entonces en la Argentina (y el resto del mundo) el único medio de comunicación naval hasta la aparición de la electricidad y la telegrafía.

En 1879, el Presidente Avellaneda y su ministro de Guerra y Marina, Carlos Pellegrini —quien había sucedido a Roca—, ponen en vigor el código de señales elaborado por el coronel de la Armada, Bartolomé Cordero. Contenía un plan de bandera y distintivos, señales para combate, evoluciones en navegación y puerto, honores y saludos, rumbos, ejercicios con torpedos, señales con globos a larga distancia y con faroles para la noche. Este reglamento fue completado en 1886 con el de Banderas e Insignias, y por otro código en 1892.

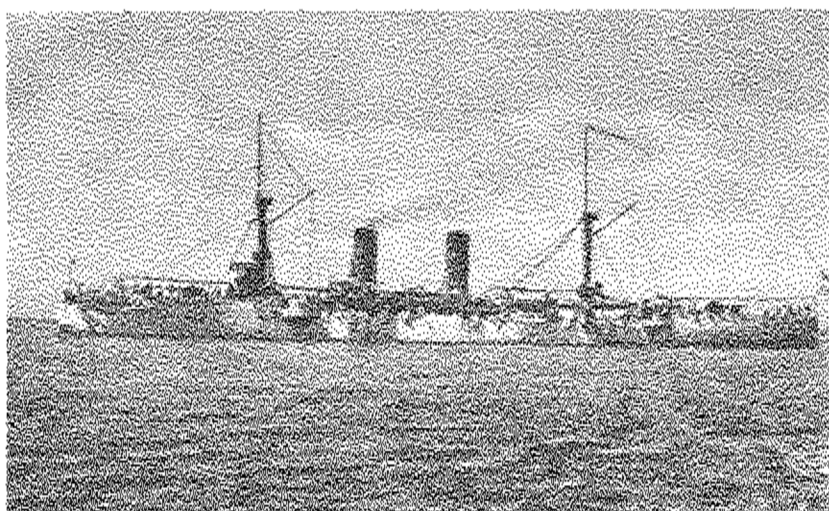
Antes, hacia 1885, se realizaron experimentos de señales nocturnas con luz eléctrica, entre la Escuela Naval y la corbeta *Chacabuco*. Por fin, en 1893 se homologó el código de señales ideado por el capitán de fragata Eduardo Múscari, cuyo sistema nocturno se basaba en el farol a destellos, proyectores y lámparas incandescentes; para las horas del día, se utilizaban banderas y banderolas movidas por brazos.

Como lo hemos señalado en varias oportunidades, el descubrimiento de la telegrafía inalámbrica por Marconi revolucionó todas las expectativas. Un eminente ingeniero y físico de apellido italiano, Teobaldo Ricaldoni, se encuentra a la cabeza de las experiencias locales: en 1898, Ricaldoni construyó una estación radiotelegráfica que emplazó en el Taller de Marina de la Dársena Norte, en Buenos Aires.

En la huella de Marconi

Desde luego, fue la Armada la primera institución argentina en volcarse a las telecomunicaciones sin hilos. Con el

*Crucero 9 de Julio:
en viaje al Sur (con
su gemelo Patria) se
comunicó con
Río Santiago,
a 250 kilómetros
de distancia.*



aparato de Ricaldoni se intercambiaron varios despachos a una distancia de 50 kilómetros: la segunda estación hallábase en el aviso *Vigilante*.

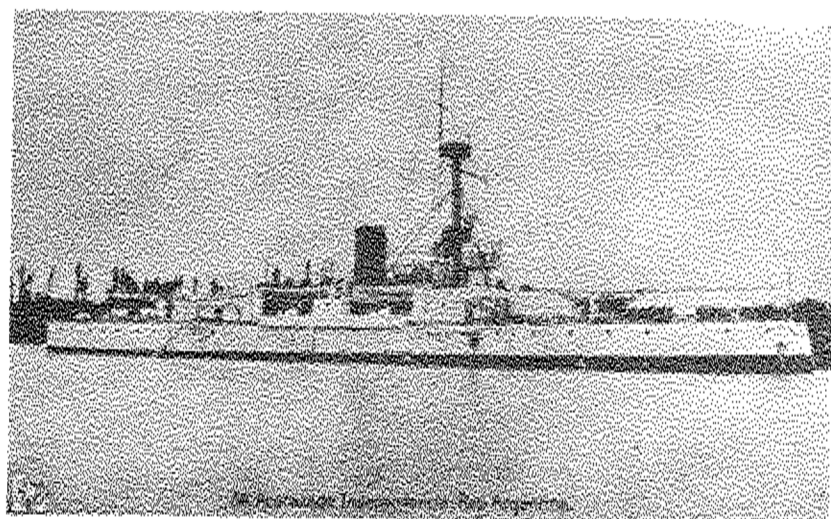
En 1901, la casa Laborde y Cía. facilitó al Ministerio de Marina dos estaciones radiotelegráficas completas, que se utilizaron para experimentar entre el acorazado *Independencia* y el Arsenal de Dársena Norte, a fines de ese año. Desmontadas, ambas estaciones fueron adquiridas por el Ministerio a comienzos de 1902.

En julio de 1904, funcionarios de Correos y Telégrafos observaron una serie de pruebas desarrolladas por la Compañía Transatlántica Alemana de Electricidad entre el puesto radiotelegráfico del barco germano *Cap Ortegál* y la estación de la citada empresa en la Boca. En su informe, el inspector José Olmi sostuvo que la telegrafía inalámbrica era "práctica entre buques en movimiento y entre éstos y la costa, y aun para instalaciones en tierra en lugares de difícil acceso".

Coincidentemente, la Armada adquirió tres estaciones Telefunken —en uso, entonces, en las naves de guerra de Alemania, Austria, Hungría, Rusia y Estados Unidos—, que emplazó en la Casa de Gobierno, el apostadero naval de Río Santiago y la barca *San Blas*, a la cual se estaba transformando en faro para sustituir al pontón-faro *Recalada*.

Luego, se equipó a los cruceros *9 de Julio* y *Patria* —que, en viaje hacia el Sur, se comunicaron con Río Santiago, a 250 kilómetros de distancia—, y los acorazados *Libertad* e *Independencia*; y en 1906-1907 fueron dotados el crucero *Buenos Aires*, el crucero-acorazado *General Belgrano* y la fragata-escuela *Presidente Sarmiento*. Más tarde, el resto de las unidades de nuestra Marina de Guerra quedó aparejada de radiotelegrafía.

Hacia 1910, cuando comenzó la habilitación de doce estaciones costeras, la Inspección Radiotelegráfica de la Armada



*Acorazado Independencia,
que en 1901 sirvió
de base para el segundo
ensayo radiotelegráfico
de la Argentina.*

(surgida tres años antes junto con la Escuela de Radiotelegrafía), mudó su nombre por el de Inspección de Comunicaciones, pasando a depender del Estado Mayor Naval.

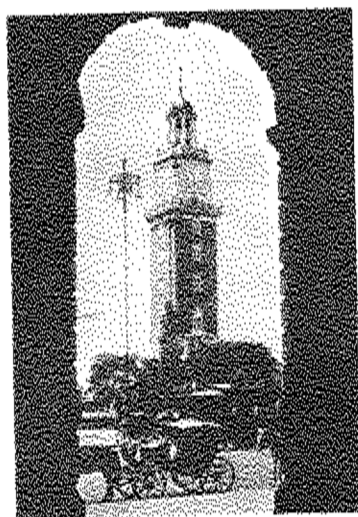
Entonces, al leer su último mensaje a las Cámaras, el Presidente José Figueroa Alcorta destacó las labores de formación de una red radiotelegráfica en la costa atlántica, iniciadas por los Ministerios de Marina y de Agricultura y proseguidas luego por el personal de la Armada. La Ley 9.127 de 1913 entregaba a la Marina el manejo de estas emisoras y receptoras, que serían atendidas por funcionarios y empleados salidos de su propia Escuela.

Las doce estaciones afinadas entre 1910 y 1916 fueron las de Año Nuevo y Dársena Norte, de 5 quilovatios de potencia, y las de Ushuaia, Cabo Virgenes, Puerto Belgrano, Formosa, La Paz, Posadas, Puerto Aguirre, Comodoro Rivadavia, Zárate y San Luis, todas ellas de 2,5 quilovatios.

La República Argentina se adhirió en 1912 a la Convención Radiotelegráfica Internacional. Un año más tarde, en virtud de la citada Ley 9.127, el Ministerio de Marina creaba la División de Telegrafía y Radiotelegrafía, subordinándola a la Dirección General del Material Naval; en 1915, el organismo fue denominado Servicio Radioteleográfico. El Código Nacional de Señales obtuvo aprobación en 1916, y en 1917 el Reglamento General para el Servicio Radioteleográfico.

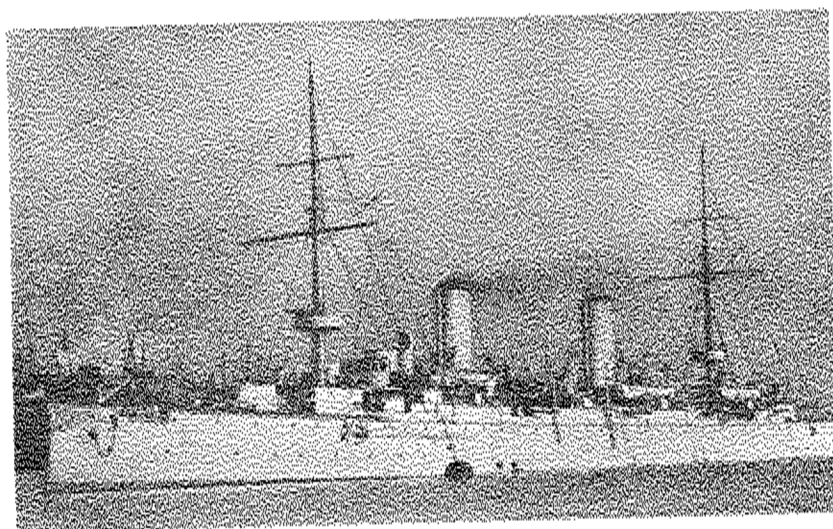
No olvidemos que, hasta 1928, en que quedaron dentro de la órbita del Ministerio del Interior, las estaciones radiofónicas —las de aficionados tanto como las generales— se encontraban bajo el control de la Armada.

El creciente desarrollo de las comunicaciones motivó la fundación, en 1922, de la Dirección General de Navegación y Comunicaciones, dependiente del Estado Mayor General, uno de cuyos sectores fue dedicado exclusivamente a la radiotele-



*La Torre de los Ingleses,
a cuyo reloj se encargó
en 1923 la transmisión
de la hora oficial,
determinada
por la Marina.*

*A la derecha el crucero
Buenos Aires,
una de las tres naves
dotadas de
radiotelegrafía
en 1906-1907.*



grafía; éste se convirtió en 1923 en el Servicio de Comunicaciones Navales.

Entre las varias funciones a cargo de la Armada, se cuenta la de determinar la Hora Oficial, ramo que le encargara el Poder Ejecutivo el 12 de noviembre de 1923, por medio del Observatorio Naval, entonces ubicado en Dársena Norte (luego, desde 1947, en su emplazamiento de la avenida España, frente a la ciudad deportiva de Boca Juniors).

Esta responsabilidad, ceñida en principio a la ciudad de Buenos Aires —y exteriorizada por medio del reloj de la Torre de los Ingleses—, fue extendida en 1934 a la Argentina entera. Entre tanto, se estableció en 1927 un servicio horario por teléfono, con respuesta personal, a través de un interno conectado al Observatorio Naval; en 1933, este suministro empezó a realizarse directamente y, dado su éxito, se adquirió un "reloj parlante" que entraría en operación a mediados de 1937.

En el profuso anecdotario del sector comunicaciones de la Armada, tiene lugar destacado el primer contacto radioeléctrico entre el continente y las Islas Orcadas, el 30 de marzo de 1927. Ese día, al cabo de ensayos infructuosos, la expedición dirigida por José Manuel Moneta entabló una llamada que fue recibida por la estación LIK de Ushuaia.

Con tal motivo, Moneta envió cuatro telegramas —se empleaba el sistema Morse—, uno de ellos al Presidente Marcelo T. de Alvear, presentándole sus respetos ante "la inauguración de la estación radiotelegráfica más austral del mundo".

LA historia de nuestra Fuerza Aérea se inicia, como es notorio, hace menos de setenta años; exactamente el 10 de agosto de 1912, cuando el Poder Ejecutivo crea la Escuela de Aviación Militar, de acuerdo con el ofrecimiento del Aero Club Argentino presidido desde 1909 por Jorge Newbery.



De aquel organismo dependiente del Ministerio de Guerra iba a surgir, después de 1915, el Servicio Aeronáutico del Ejército. Pero, quien habrá de organizar esta institución —la "quinta arma" del Ejército, como la denominaba, aludiendo a la Infantería, la Caballería, la Artillería y el Cuerpo de Ingenieros— será el entonces coronel Enrique Mosconi.

Mosconi dirigió el Servicio Aeronáutico desde 1920 hasta 1922, cuando le fue confiada la administración de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. La "quinta arma" del Ejército seguiría siéndolo durante dos décadas: el 4 de enero de 1945, fundó el Gobierno del Presidente Edelmiro J. Farrell la Secretaría de Aeronáutica, transformando a la Aviación Militar en la tercera Fuerza Armada de la República.

*Jorge Newbery
(tercero desde la izq.),
presidente del Aero Club,
que fue la base
de nuestra Fuerza Aérea,
creada el 10
de agosto de 1912.*

Los servicios originales

Las comunicaciones eléctricas y radioeléctricas empleadas en la aviación pueden dividirse en cuatro grupos:

- Entre un avión y una estación terrestre o entre dos aviones, para informar sobre observaciones realizadas en vuelo o recibir órdenes concernientes a una operación dada.
- Entre un avión y una estación terrestre, para transmitir o recibir instrucciones vinculadas con la aeronavegación, la meteorología y el control del tránsito aéreo.
- Entre dos estaciones terrestres para transmitir o recibir información atañedora a los aviones en vuelo.
- Entre dos estaciones terrestres, para transmitir o recibir información ajena a la de aviones en vuelo.

En el primer caso se hallan las comunicaciones con fines militares, que empiezan casi con la aeronáutica misma, porque la observación aérea en la guerra fue el empleo inaugural de aviones y dirigibles, fuera de los usos deportivos. Así, en los programas de estudio del primer curso dictado en la Es-



Fuera y dentro de los aviones en vuelo, las radiocomunicaciones guían la navegación: la red exclusiva empezó a funcionar en 1938, al habilitarse la primera estación oficial en Morón.

cuela de 1912 figuraba, como tema, "la aplicación de la telegrafía sin hilos a la aviación".

Hacia finales de la década 1920-29, al aparecer la aeronavegación en la Argentina para transporte de correspondencia y pasajeros, se suscita la necesidad de comunicaciones relacionadas con las condiciones de los lugares de arribo o de escala, tanto como las referidas a decolajes y aterrizajes, cargas, combustible, estado del material, etcétera.

Tales comunicaciones se entablaron mediante telegramas con trato preferencial de Correos y Telégrafos; líneas telegráficas de los ferrocarriles cuando se trataba de aeródromos situados sobre una misma vía; y estaciones radioeléctricas privadas pertenecientes a las empresas aéreas.

Pronto se dotó a los aviones de equipos transmisores de onda larga, y las estaciones particulares, más algunas del Ejército y la Armada, se complementaron con equipos radiogoniométricos (sistemas para orientarse o localizar centros emisores), que recibían las ondas de a bordo y auxiliaban la navegación y la aproximación a los aeródromos, enviando las marcaciones radiogoniométricas obtenidas en tierra, las cuales eran captadas por los aviones a través de receptores regenerativos.

El perfeccionamiento de los artefactos permitió colocar en los aviones estaciones completas de radio de ondas decamétricas (o cortas) y de ondas hectométricas y quilométricas (o largas), incluido el radiogoniómetro de a bordo. Las estaciones radiogoniométricas terrestres fueron cayendo en desuso, sustituidas por radiofaros de elevada potencia que podían ser captados por los radiogoniómetros de a bordo.

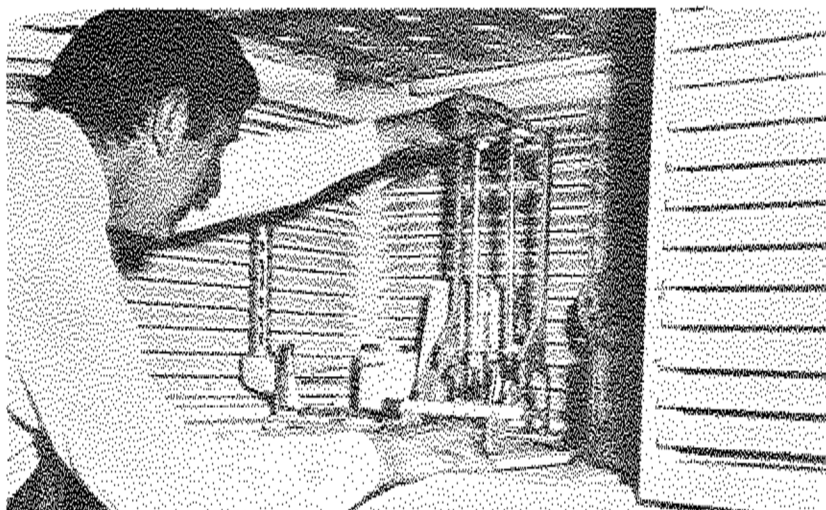
Entre 1929 y 1936, cinco empresas de aeronavegación instalaron 23 estaciones radioeléctricas, algunas superpuestas en un mismo aeródromo: Aeropostale 5, Aeroposta Argentina 6, Panagra-Panair 5, Cóndor 1 y Corporación Sudamericana de





Centro de Control de tráfico para aviones, en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza.

La Red de Meteorología comprende 37 estaciones especiales, además de las emplazadas en más de 70 aeródromos de todo el país, y las receptoras de satélites de Ezeiza y Base Marambio (Antártida).



Servicios Aéreos 6. Además, funcionaban centros similares de la Aviación Militar y Naval.

Precisamente en 1936 comienzan los estudios, con la intervención de Correos y Telégrafos, tendientes a la creación de los servicios de radiocomunicaciones exclusivos para la aviación, que fructifican dos años más tarde al inaugurarse en el aeródromo de Morón la primera estación radiotelegráfica oficial del citado género.

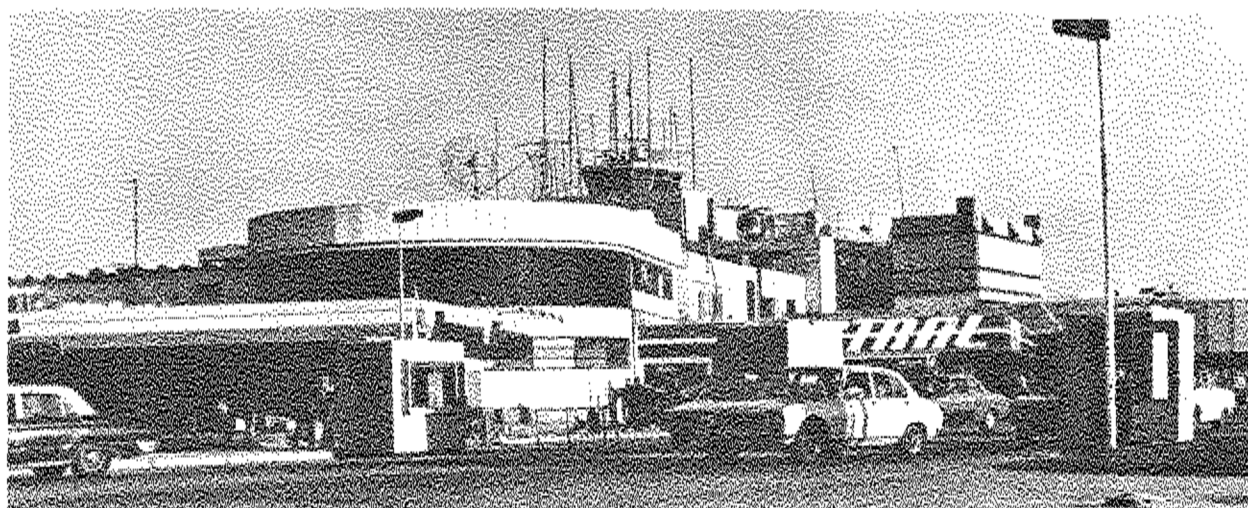
Los tiempos de la Segunda Guerra Mundial no son fértiles para esta materia; pero, en los años inmediatamente posteriores, se dará un vuelco radical y definitivo hacia el establecimiento de los servicios nacionales de comunicaciones aeronáuticas y de radioayudas a la aeronavegación.

Entonces, la Dirección de Meteorología, Geofísica e Hidrología del Ministerio de Agricultura y Ganadería es transferida a la flamante Secretaría de Aeronáutica, con la denominación de Servicio Meteorológico Nacional. El Estado compra las instalaciones radioeléctricas particulares y las entrega a la Secretaría de Aeronáutica. Esta Secretaría, ulteriormente, se transforma en el Comando en Jefe de la Fuerza Aérea.

Las tres redes

Para brindar protección y ordenamiento a las operaciones aéreas se establecieron las Redes de Comunicaciones de Tránsito Aéreo, de Meteorología y de Radioayudas.

Las Comunicaciones de Tránsito Aéreo incluyen el equipamiento en muy alta frecuencia (VHF) de las torres de control de los aeródromos y las estaciones avanzadas de las aerovías. Desconocido por completo en 1945, este sistema se halla actualmente en más de 70 aeródromos controlados en todo el país. Igualmente, se emplean en el Tránsito Aéreo aparatos de



alta frecuencia, en un número equivalente de estaciones de comunicaciones de aeródromos.

Las Comunicaciones de Meteorología incluyen el empleo de transeptores de alta frecuencia BLU de baja potencia, utilizados en las transmisiones de concentración meteorológica. Las 37 estaciones meteorológicas se suman a las ya citadas estaciones de aeródromos, que también forman parte de esta red.

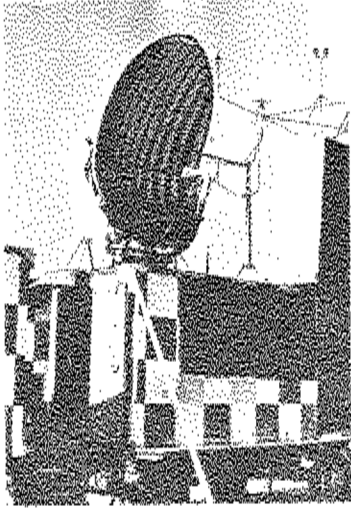
Como centros ordenadores del tránsito aéreo y de supervisión existen además cuatro estaciones principales de Comunicaciones en Ezeiza, Córdoba, Comodoro Rivadavia y Resistencia, coincidentes con las cabeceras de las Regiones Aéreas en que se encuentra dividido el país a los fines del Tránsito Aéreo y que cuentan con la más moderna tecnología de comunicaciones radioeléctricas actualmente disponible. Estas estaciones principales tienen a su cargo además los enlaces internacionales con los países vecinos, con los que la coordinación del tránsito aéreo resulta esencial a fin de mantener una eficiente y segura transferencia de los vuelos.

El tráfico de mensajes que genera la actividad aérea es procesado en Ezeiza por un moderno conmutador cuyo funcionamiento se basa en una computadora de alto rendimiento, que no sólo encamina automáticamente los mensajes a los distintos destinatarios del país, sino que registra y almacena el tráfico en sus memorias. Se operan a través de este sistema un promedio de 500.000 mensajes mensuales.

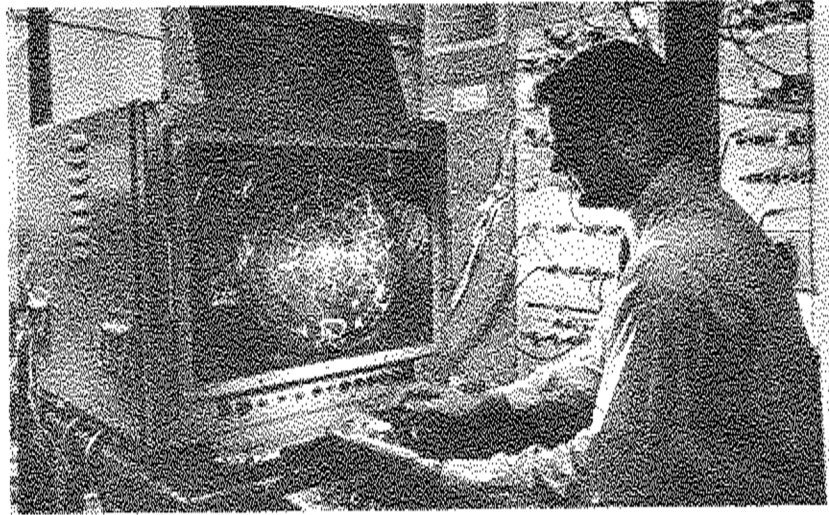
Además las redes de Tránsito Aéreo y de Meteorología comprenden enlaces alámbricos telegráficos y telefónicos, a través de canales arrendados a ENTel, que permiten mantener un vasto sistema de teleimpresoras y la comunicación oral directa entre los controladores del tránsito aéreo.

Dentro de la Red de Meteorología están los radares aerológicos y meteorológicos, que suman cuatro y dos respectiva-

*Desde 1973 opera
en el Area Terminal
Buenos Aires
uno de los sistemas
fundamentales de apoyo
a las operaciones aéreas:
el SSR, radar primario
y secundario.*



Elaborado en la década del '30 en Alemania, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, el radar es un elemento esencial de las comunicaciones aéreas.



mente. También son parte de esta Red las estaciones receptoras de satélites meteorológicos instaladas en Ezeiza y en la Base Aérea Vicecomodoro Marambio de la Antártida, de funcionamiento automático y cuyas fotografías permiten una más adecuada elaboración de las cartas del tiempo en todo el país.

La Red de Radioayudas a la Navegación Aérea contaba modestamente, en 1947, con 20 radiofaros de onda larga (hectométricas y quilométricas) adquiridos a las empresas privadas, como se ha dicho, y, en menor número, pertenecientes a la Fuerza Aérea, transferidos por el Ejército.

Se expande luego esta Red instalando nuevos radiofaros de elevada potencia para la aeronavegación y radiobalizas también de onda larga pero de baja potencia, alineadas con los ejes de las pistas de aterrizaje para posibilitar las operaciones de aproximación por instrumentos. En 1959 existían 72 radiofaros y 30 radiobalizas, que en 1979 llegan a 75 y 54 respectivamente.

En 1955 comienza el empleo experimental de radiofaros de concepción moderna, que operan en muy alta frecuencia (ondas métricas, 112 a 118 megahertz), conocidos internacionalmente con la denominación VOR, y que ofrecen las ventajas, respecto a los radiofaros de onda larga, de proveer mayor precisión y estar libres de interferencias por las descargas estáticas de la atmósfera.

Además, estas radioayudas han sido concebidas para complementarse con un equipo radioeléctrico medidor de distancia llamado DME, y formar así un sistema que permite al piloto o al director de vuelo del avión, conocer continua y automáticamente la posición del mismo respecto a un punto geográfico determinado por el emplazamiento del VOR-DME.

En 1959 se encontraban funcionando 7 VOR, que crecieron a 20 VOR y 3 DME en 1969, para llegar a 41 VOR y 7 DME en



Aquí, en este centro de Ezeiza, se procesa el tráfico de mensajes (más de 500.000 por mes) generado por la actividad aérea en la Argentina.

1979. En este último año se inicia un programa de adquisiciones e instalaciones, con el propósito de llevar la cantidad de estas radioayudas, hacia fines del año 1984, a 53 VOR y 20 DME.

El número de estaciones VOR que funcionan al presente cubren todo el sistema principal de acrovías del país, siendo destacables las instalaciones VOR realizadas en la Base Aérea Vicecomodoro Marambio y en las Islas Malvinas (Puerto Stanley).

También se introdujo el empleo de radioayudas de precisión para la aproximación y el aterrizaje por instrumentos: operan en muy alta frecuencia (108 a 112 megahertz), y se las conoce universalmente con la denominación ILS. Actualmente hay 15 ILS en la Argentina; en 1979 se adquirieron equipos de esta clase para Tandil y Jujuy, así como para renovar los instalados inicialmente en Aeroparque y Bariloche, previéndose emplazarlos también en Iguazú y Esquel.

Por último, ante un movimiento de aviones que crece sin cesar en número y velocidad, se recurrió al empleo de otro de los sistemas fundamentales de apoyo a las operaciones aéreas: el radar primario y secundario (SSR) de tránsito aéreo, instalado en el Área Terminal de Buenos Aires, donde opera desde 1973 para la protección y facilitación del ordenamiento del tránsito aéreo que generan Buenos Aires y el conurbano.

El desarrollo y mantenimiento del sistema de comunicaciones aeronáuticas es, como toda organización similar en los demás campos de la vida nacional, asunto prioritario. En el caso de que nos ocupamos, esa exigencia se revela con una sola cifra: durante el primer semestre de 1979 experimentó un notable aumento el promedio de 500 millones de toneladas/quilómetros anuales transportadas en vuelos nacionales e internacionales, que se registraba en los últimos tiempos.

El periodismo

EL primer testimonio histórico tiene exactamente 215 años. Es una gaceta manuscrita fechada el martes 19 de junio de 1764. Consta de ocho páginas, tres de ellas en blanco, y su formato es de unos 25 centímetros por 15, apenas superior al de un libro normal. Ha sido inventariada por la Biblioteca Nacional con el número 6.543.

Quedaban cuatro ediciones, pero uno de los ejemplares se ha perdido o traspapelado. El copista —siempre el mismo, quizá— esmeraba su caligrafía en el marbete: *Gazeta de Buenos Ayrés*. Parece que salió una vez por mes, hacia los últimos días. Cada una contenía varias noticias y nada más.

Eran papeles oficiosos redactados probablemente en el Fuerte para señalar las acciones del Gobernador, o explicarlas. El estilo es adulón, meloso. Pero nos dejan conocer algunas curiosidades de la vida colonial.

Aunque no lo nombra, sabemos que gobernaba don Pedro de Cevallos, quien sufría de *Thiricia* (es decir, de ictericia). Como el Fuerte era muy húmedo, se refugió en la quinta de un tal Valente, camino de Flores. Convaleciente, volvía a su sede dos veces por semana.

En setiembre fue aclamado por oficiales y tropa porque había pagado los sueldos atrasados. Era un mérito tan grande que el redactor lo califica de "segundo Alejandro Farnesio". Mala gente debía de murmurar, sobre todo los proveedores, a quienes también se adulaba. "Vendrán a quedarse nuestros críticos sin el menor asunto", desafiaba la gaceta.

Y añadía pormenores. "Este grand Gefe", al salir de su enfermedad, había "compuesto la huerta" con tal aliño que era de veras "deleitabile". Podía compararse con "qualesquiera de las de Europa". Sus árboles, ensaladas y "todas verduras" acreditaban la fertilidad del suelo.

Ya tenía el país fijado su destino agrícola.

En la página siguiente:
edición de la *Gazeta*
de Buenos Ayres, primer
antecedente histórico
del periodismo:
éste es el ejemplar
en que se alaba la
capacidad agricultora
del país (1764).

LA primera imprenta rioplatense data del año 1700. Tiene la particularidad de que no vino de Europa, como las que llegaron a México en 1539, a Perú en 1584 y a Guatemala en 1660. La hicieron los misioneros jesuitas. Era —explica Mitre— “una tosca prensa construida con maderas de sus selvas vírgenes”; “los caracteres fundidos en las misiones” y las ilustraciones “planchas de cobre grabadas a buril por los indios neófitos”. Con medios tan rudimentarios, dejaron una importante producción religiosa y científica.

Los jesuitas introducen una segunda imprenta, procedente del Perú, en 1766. La instalan en el colegio Monserrat, de Córdoba. Pero la Orden es expulsada del Virreinato al año siguiente, y el gobierno secuestra la prensa y los tipos. En 1779 el virrey Vértiz la manda traer a Buenos Aires y al año siguiente crea por decreto la Real Imprenta de Niños Expósitos, cuyos pupilos serán los primeros tipógrafos.

Es en ese taller, situado en la esquina que hoy llamamos Perú y Moreno, donde se imprimieron las primeras hojas de noticias, en 1781. Así lo asegura el comerciante madrileño José Lázaro en su libro *Los incunables bonaerenses*, de 1925. Se refiere a dos pliegos que cayeron casualmente en sus manos y llevan fecha del 8 de enero y el 1º de mayo.

Esos pliegos han provocado una divertida e insustancial polémica. Hay quienes aducen que vinieron de España con pie de imprenta porteño. Otros rehúsan clasificarlos como periódicos porque no tienen numeración corrida. Sea ello lo que fuere, publican noticias traídas —con mucha tardanza— por barcos de Europa, donde España y Francia luchan contra Inglaterra. Un despacho de Amsterdam considera probable que los ingleses estén preparando una “expedición de piratas” contra Buenos Aires.

Era una primicia: faltaba un cuarto de siglo.

TÉCNICAMENTE, se puede discutir si las gacetas manuscritas son o no periodismo. Por cierto, no importa que se hayan adelantado a la imprenta, como sus congéneres venecianas. Pero, en rigor, si periodismo es una prestación informativa que se realiza con intervalos regulares y trata sobre asuntos que han adquirido un interés especial en el momento de la edición —interés que se manifiesta en el hecho de que cierto número de personas están dispuestas a pagar por la mercancía—, les faltaba el último requisito de la definición. Nadie pagaba por ellas. Las hacía circular el gobierno de mano en mano, porque le interesaba su difusión.

Pero una aldea como aquélla, cenagosa, en tinieblas, más lejana de los centros de la civilización que ninguna otra comunidad humana del mundo, sentía ya la necesidad de reproducir información.

Gazeta de Buenos Ayres del Martes
25 de Septiembre de 1764

9/4 6540

Restablecida queda enteram^{te} la apreciable sa-
lud de nro Jefe, q^o á principios de este Mes se dejó ver
en la Fortaleza con gr^{al} júbilo de la tropa de este
Presidio, q^o están allí acuartelados, restituyéndose se diri-
gió á la quinta q^o fue de D^o Carlos Valente, donde
tiene su habitación; con cuyo motivo y laborioso ge-
nio, q^o p^o todo tiene este grand Jefe, ha compuesto la
Huerta de tal suerte q^o puede competir en excelen-
ferencia de Arboles, de todas Verduras, Ensaladas, y
q^o haze delicioso, á qualquiera de las de Europa,
haciendonos ver, q^o este País es la fertilidad propia
y adecuada p^o toda agricultura.

Desde principios del proximo Mes vendrá se-
dos dias en la semana, q^o seran Lunes y Tuesday
con el fin de despachar en la Fortaleza á q^o se ofri-
ciere correlativo á su feliz Rey y los Sagam^{os} q^o
ya se han empeñado á hacer de q^o se era deviendo
con el motivo de las antecedentes S^{as} se veran
verificados, como lo tenemos ofrecido p^o nras an-
tecedentes Gazetas

Insistentem^{te} se queda travajando en Montev^o
p^o reemplazar el Gale de Brinqueta de que care-
cia el nav^o de Registro nombrado la Concep^{on} de
Escurreucha q^o deve pasar á su destino del P^{to}
del Callao.

El secretario de Gobierno y Guerra de la Junta de Mayo: seis meses de frenética actividad de Mariano Moreno.



En la página siguiente: una de las primeras hojas noticiosas impresas en Buenos Aires (1781). Se utilizó la prensa de los jesuitas que Vértiz hizo traer de Córdoba.

Buenos Aires, según Juan Agustín García, tiene en 1770 una población de 22.000 almas; quizá no llegaron a mil los hombres que sabían leer. Antes, el órgano por el cual se informaban era el oído, y la palabra diseminaba lo que habían escuchado. De pronto, alguien dedica una parte de su tiempo a difundir novedades no entre sus familiares y amigos, sino en un círculo mucho más amplio, y remunera a uno o más escribientes para que copien lo que él escribe una vez por mes.

PÉRO no se puede hablar seriamente de periódicos argentinos hasta el primer año del siglo XIX.

Cuatro fueron impresos por los Niños Expósitos:

Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata. Redactor: Francisco Antonio Cabello y Mesa. La colección consta de 110 números (1º de abril de 1801-15 de octubre de 1802).

Semanario de Agricultura, Industria y Comercio. Redactor: Juan Hipólito Vieytes. Publicó 218 números (1º de octubre de 1802-11 de febrero de 1807).

Gazeta del Gobierno de Buenos Aires. La dirección se atribuye al último virrey, Baltazar Hidalgo de Cisneros. Presentó 51 ediciones (14 de octubre de 1809-9 de enero de 1810).

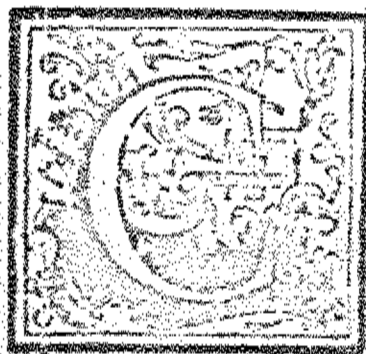
Correo de Comercio. Redactor: Manuel Belgrano. Un prospecto, 58 números y suplementos (3 de marzo de 1810-6 de abril de 1811).

El quinto se editó en Montevideo durante la ocupación británica. Es el periódico bilingüe *The Southern Star-La Estrella del Sur*. Llegó a siete números (23 de mayo-4 de julio de 1807).

No habría por qué recordar a Cabello sino por ser el primero y, además, un tipo de la picaresca. Aún muy joven, venía



NOTICIAS RECIBIDAS DE Europa por el Correo de España, y por la via del Janeyro. Buenos-Ayres à 8. de Enero de 1781.



On la llegada del Correo el *Tucumán* que salió de *Europa* el 21. de Agosto se hà recibido la agradable noticia de permanecer el Rey Nuestro Señor y toda la Familia Real con la mas completa Salud.

El Capitan del expresado Correo entrò en las *Canarias*, y por una *Socia Catalana*, que lle- go halli en ocho dias desde *Cadix* supo haver apresado la Esquadra del mando del Teniente General *D. Luis de Cordova* un *Comboy Ingles* cons- puesto de 51. Luques que trasportavan Tropas,

Armas, y varios efectos de consideracion para la *India*, y *America*. este feliz suceso tan ventajoso para *España*, es de mucho perjuicio para la *Inglaterra*, como ya se manifiesta por las noticias de las *Gazetas de Lisboa*, que son de mas reciente data, que las de *Madrid*, y lo confirman segun se vé en los siguientes Capítulos.

CADIZ 31 DE JULIO.

EL 25. del corriente entrò en este Puerto la Fragata mercante *Inglesa* la *Unidad*, la qual havia salido de *Gibraltar* en la noche del 23. à favor de un viento Leste muy recio; fuè apresada en el *Oceano* por un Navio de la Esquadra de *D. Miguel Caston*.

En consecuencia de ordenes, que se recibieron del Rey, el Director General de la Armada *D. Luis de Cordova* se hizo a la vela esta mañana con la Esquadra de su mando compuesta de 6. Divisiones, con el cuerpo de reserva aumentado con dos mas, varias Fragatas, Brulotes, y otras Embarcaciones menores.

Por la Fragata de Guerra la *Jano*, que entro en este Puerto el 20. y viene de *Cabite* en las *Filipinas* se recibieron noticias circunstanciadas del ventajoso estado de defensa en que quedavan aquellas Islas, principalmente la de *Luzon* Capital de todas ellas: pues además de hallarse concluydas las fortificaciones de *Mazila*, y *Cabite*, se havian aumentado muchas obras, y baterias.

El Governador *D. Josef Batis y Vargas* se hallava con 80. Hombres de Tropas Veteranas, y Milicias bien disciplinadas además de los socorros de to- das

Edición inaugural del
Telégrafo Mercantil
(1801), redactado por
Antonio Francisco Cabello
y Mesa, con un subsidio
oficial. Fue clausurado
por el virrey del Pino.



en tránsito a Madrid con sospechosos diploma de coronel y título de abogado; al parecer, había editado en Lima un semanario y colaborado en otro. Aquí intenta nuevamente el oficio. Pide permiso para publicar un periódico y el virrey se lo concede, junto con un subsidio que le cubre los gastos. Al principio sale los miércoles y sábados; después, con más páginas, sólo los domingos.

¿Cómo se le habrá ocurrido ponerle *Telégrafo*? El invento de Morse es de 1837. Pero ya en 1794 el padre Claude Chappe había construido un aparato con ese nombre, en París. Era un conjunto de tres piezas de madera pintadas de negro, para que fueran bien visibles, levantado sobre un edificio de los Campos Elíseos y otro similar en el barrio de Ménilmontant, donde se habían instalado los hermanos del fraile. Mediante cuerdas y poleas, las tres piezas se movían en distintas formas, y la familia descifraba el mensaje con ayuda de un código. Durante una década se hicieron varios ensayos para aplicar la electricidad al telégrafo, y justamente en 1801 —cuando Cabello crea su periódico— Volta descubría una fuente de corriente eléctrica, la pila.

Poeta satírico, mortificaba a la buena sociedad con zumbonas letrillas; un día se refirió a ella como un cotarro de "haraganes" y "mantenidas". El nuevo virrey, marqués del Pino, clausuró la hoja. Algunos sostienen que más tarde sirvió Cabello a los ocupantes ingleses; otros, que los enfrentó con valor. Parece que muchos años después murió fusilado en España, por liberal.

Olvidar sus escritos es hacerle favor. Pero tiene el mérito de haber decidido a escribir a los mejores ingenios del país, incluidos Belgrano, Castelli, Azcuénaga y Funes, futuros revolucionarios. El sistema imaginado por él consistía en formar una "sociedad patriótica, literaria y económica", cuyos socios solventasen un salón donde reunirse a platicar sobre los asun-



AGRICULTURA (2).

*Número inicial del
Semanario de Agricultura,
Industria y Comercio,
que dirigió
Juan Hipólito Vieytes
entre 1802 y 1807.*

ros públicos: de paso, constituían la redacción. Esa tradición del periodismo argentino iba a perdurar largo tiempo. Uno de los hombres que acudió a su llamado fue el poeta Manuel José de Lavardén, cuya ampulosa *Oda al Paraná* abre la primera entrega. Del mismo autor se ha conservado un trabajo inconcluso de economía política. Pero no es posible recordarlo como periodista: fue Cabello, no él, quien glosó sus ideas en tres ediciones sucesivas.

En realidad, los periódicos de Vieytes y de Belgrano son uno solo. El *Semanario* se suspendió cuando la primera invasión inglesa: su director tomaba las armas como capitán de Patricios. Volvió a salir y, a la segunda invasión, cerró para siempre, a pesar de una exhortación de Liniers, quien protegía evidentemente a Vieytes. Belgrano, que fue sin duda su inspirador, asume entonces esa tarea, gozando de la confianza de Cisneros. Y empieza por rendir homenaje a su amigo, quien lo secundará.

No se entiende por qué el cambio de título. Tienen la misma presentación: un cuadernillo de ocho páginas. La periodicidad es semanal. La suscripción cuesta un peso por mes; en la ciudad se reparte a domicilio.

El *Semanario*, excediendo las anticipaciones del prospecto, atinó a publicar noticias, además de los artículos de doctrina; sobria y objetivamente redactadas, dan cuenta de la guerra anglo-española. Cuando los ingleses toman Montevideo, la ingrata novedad no se soslaya. En cambio, *El Correo* esquiva cautelosamente la actualidad: la razón es el compromiso con el buen sordo. Ello no le impedía —cuenta en su autobiografía el secretario del Consulado— “ir abriendo los ojos a nuestros paisanos”.

En vísperas del gran día insertó Belgrano un escrito suyo, *Origen de la grandeza y decadencia de los imperios*, “que así contentó a los de nuestro partido como a Cisneros, y cada cual

aplicaba el ascua a su sardina, pues todo se atribuía a la unión y desunión de los pueblos". Pero se siguió publicando un año después de la destitución del virrey, sin hacer crónica de los hechos del 25 de Mayo.

En esos pliegos —como en los de Vieytes— pululan, sin embargo, las ideas corrosivas del orden virreinal, que por lo visto ya habían invadido el ánimo de las propias autoridades. "Ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad", que Belgrano abrevó en Salamanca y en los propios despachos ministeriales de Madrid. A despecho de añejas prohibiciones, cada barco traía libros y periódicos franceses e ingleses. Los utilitaristas, los mercantilistas, los fisiócratas, se deslizaban entre las columnas de ambos periódicos.

Los dos primeros periodistas criollos tuvieron un puñado de colaboradores, desvelados como ellos por cosas prácticas —la agricultura, el comercio, la industria—, pero también por la poesía o por la teoría económica. Varios se distinguieron en la etapa siguiente, unos como políticos y otros específicamente en el periodismo.

Aquí conviene recordar al ingeniero gallego Pedro Antonio Cerviño, quien llegó a Buenos Aires en 1772 y dirigió la Escuela de Náutica y Academia de Matemáticas fundada por Belgrano en 1802. Escribía con soltura; se ocupaba seriamente de temas científicos y técnicos. En el *Semanario* firmaba con el extravagante anagrama de Cipriano Orden Vetoño. Sirvió a la Revolución y murió en 1816.

Ninguno de estos periódicos tiró nunca 300 ejemplares. Pero sin duda el número de lectores era mayor, porque muchos se habían acostumbrado a leer "de gorra", como decía Cabello.

A los siete días de constituida la Primera Junta, su secretario, Mariano Moreno, ordena por decreto "que salga a la luz un nuevo periódico semanal con el título de Gazeta de Buenos-Ayres, el cual sin tocar los objetos que tan dignamente se desempeñan en el semanario de comercio, anuncie al público las noticias exteriores e interiores que debían mirarse con algún interés". El decreto, con copiosas consideraciones, se publica en el primer número, fechado el 7 de junio. La ansiedad colectiva arrebató los 500 ejemplares.

Durante seis meses, el más impetuoso de los dirigentes del gobierno despliega una actividad frenética. Parte de su jornada la dedica a las tareas de Estado, y otra, seguramente más extensa, a justificar sus decisiones ante una opinión pública que se adivina perpleja, pues la porción "principal y sana" del vecindario no es amiga de novedades.

No es probable que este concienzudo abogado de 32 años consiguiera excitar el entusiasmo revolucionario, pero sus ar-

CORREO DE COMERCIO

DEL SABADO 3 DE MARZO DE 1810.

DEDICATORIA A LOS LABRADORES
Artistas y Comerciantes.

Labradores, que con vuestros afanes y sudores proporcionais á la sociedad la preciosa subsistencia, los frutos de regalo, y las materias primeras para proveer lo necesario á los trabajos provechosos al Estado!

*El Correo de Comercio,
redactado por
Manuel Belgrano en 1810,
fue la continuación
del Semanario. Aquí,
la entrega anterior
al 25 de Mayo.*

ticulos muestran un pensamiento agudo y un lenguaje castizo. En todo caso, aventaja a todos los publicistas de su tiempo.

En diciembre, cuando el primer secretario renuncia, se embarca para Londres en misión diplomática y muere a los pocos días de navegación, Gregorio Funes, inspirador de la Junta Grande, se encarga de la *Gazeta*, cuya prédica se vuelve conservadora.

El deán cordobés la escribe durante tres meses; al reducirse su influencia en el gobierno, debe ceder el puesto a Pedro José Agrelo. El fiscal del proceso contra Alzaga es un oportunista; pero en octubre de 1811 renuncia porque Rivadavia, secretario del Triunvirato, notifica al público que la *Gazeta* debe ser considerada "un papel particular". A partir de entonces saldrá dos veces por semana y en otro formato (de *in 4º* a *in folio*).

No dejará de editarse hasta 1821, siempre costeadá por el erario público. Cambia de nombre amenudo, pero siempre conserva la palabra *Gazeta* (más tarde escrita con c). Los directores pasarán de diez: al servicio de los sucesivos gobiernos, cada uno de ellos expresa una política distinta.

Durante un año el empleo fue concedido al clérigo alto-peruano Vicente Pazos Silva. Nadie, en su época, perseveró como él en la profesión de periodista, salvo un sacerdote extranjero, Camilo Henríquez, en Chile. El propio fray Camilo asumió la dirección de nuestro periódico oficial durante un semestre, con la obligación de editar también el suplemento mensual *Consideraciones acerca de algunos asuntos útiles*, que salió cuatro veces.

Nicolás Herrera, Julián Alvarez, Manuel Antonio Castro y Bernardo Vélez, sin dejar de ser funcionarios, dirigieron también la *Gaceta*, que ya languidecía, reducida a la inserción de documentos oficiales y a la reproducción de tardías noticias europeas. Funes, Agrelo y Monteagudo volvieron a recibir fu-

*La Gazeta
de Buenos-Ayres,
creada por Mariano
Moreno después
de la Revolución,
para anunciar
"al público las noticias
exteriores e interiores
que debían mirarse
con algún interés".*

gazmente el modesto estipendio; por lo demás, se acostumbraron a escribir para la prensa y fundaron otros periódicos, o participaron en ellos.

LA Sociedad Patriótica, un club político que agrupaba a la juventud "morenista", auspició varios periódicos. El tucumano Bernardo de Monteagudo fue su principal orador y publicista.

El apoyo de Castelli logra que se lo designe para hacerse cargo de la *Gaceta*, pero el cargo ya pertenece a otro, que es amigo de Sarratea: se resuelve que Pazos continúe con la edición de los martes y Monteagudo redacte la de los viernes. No tarda en estallar la polémica, que se prolongará en diversos periódicos y con cualquier motivo.

Rivadavia opta por encargar a Herrera una *Gazeta Ministerial* que instruirá a los ciudadanos de "la verdadera situación política del Estado". Los dos cesanteados podrían, desde luego, "continuar ilustrando al público con sus periódicos, como lo han hecho hasta aquí, (pero) a su cuenta" . . .

Es la primera vez que Buenos Aires tiene dos periódicos, ninguno de ellos costeados por el Gobierno. Van a luchar entre sí al amparo de un confuso decreto sobre libertad de prensa dictado por obra de Funes.

En enero de 1812, Pazos edita *El Censor*, que profesa ideas monárquicas, y combate al jacobino Monteagudo, quien intenta quedarse con su *Gaceta* propia. El primero debió de ser leído con interés, porque en tres meses ofrece cinco suplementos. Pero en su número 9 hay un párrafo especialmente descomedido: no sólo denuncia "una general apatía e indolencia", sino que "el interés verdadero de estas provincias —insinúa— se confía tal vez a la perfidia". El fiscal Agrelo acude ante la Junta, pero Pazos se defiende hábilmente y sale absuelto. Entonces Rivadavia se irrita y ordena al maestro Agustín Garrigós, regente de la imprenta de los Niños Expósitos, que deje de imprimir ambos periódicos.

A los cuatro días, Monteagudo y la Sociedad Patriótica hacen circular el prospecto de *Mártir o Libre*, que saldrá por la misma imprenta, puesto que aún no hay otras. Es algo novedoso: publica noticias, apostillas, misceláneas. Reclama que se declare la independencia. El director comienza a publicar su *Ensayo sobre la Revolución del Río de la Plata desde el 25 de Mayo de 1810*, el cual deja adivinar que su autor se siente más cómodo que como pendolista oficial. Pero en el mismo número confiesa que el reticente apoyo del público lo obliga a suspender la publicación. La Sociedad insiste, sin embargo, a mediados de año, con *El Grito del Sud*, que seguirá hasta comienzos del año siguiente. A veces se cree reconocer el peculiar estilo oratorio de Monteagudo.



GAZETA DE BUENOS-AYRES.

JUEVES 7 DE JUNIO DE 1810.

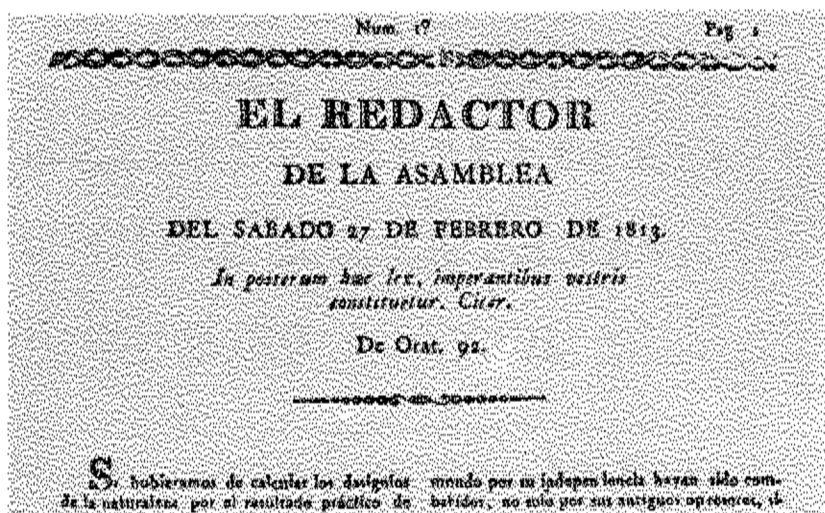
*.....Rará temporum felicitate, ubi sentire quæ velis,
et quæ sentias, dicere licet.*
Tacito lib. 1. Hist.

ORDEN DE LA JUNTA.

Desde el momento en que un juramento solemne hizo responsable á esta Junta del delicado cargo que el Pueblo se ha dignado confiarle, ha sido incesante el desvelo de los individuos que la forman, para llenar las esperanzas de sus conciudadanos. Abandonados casi enteramente aquellos negocios á que tenían vinculado su subsistencia, contraidos al servicio del público con una asiduidad de que se han visto aqui pocos exemplos, diligentes en proporcionarse todos los medios que puedan asegurarles el acierto; vé la Junta con satisfaccion que la tranquilidad de todos los habitantes acredita la confianza con que reposan en el zelo y vigilancia del nuevo Gobierno.

Podria la Junta reposar igualmente en la gratitud con que publicamente se reciben sus tareas; pero la calidad provisoria de su instalacion redobla la necesidad de asegurar por todos los caminos el concepto debido á la pureza de sus intenciones. La destreza con que un mal contenido disfrazase

El Redactor
de la Asamblea (1813)
y el del Congreso (1816),
frutos de la diligencia
y el patriotismo
de fray
Cayetano Rodríguez.



Los contendores de esta primera batalla periodística salieron malparados. En octubre de 1812, cuando San Martín y Alvear desbarataron el Segundo Triunvirato e instituyeron el dominio de la logia Lautaro, Pazos fue desterrado, junto con Pueyrredón, Agrelo y otros señores. Monteagudo se hizo fuerte y ejerció influencia sobre la Asamblea del año 13; pero luego sirvió a Alvear —como Agrelo, que había regresado— y también le llegó la hora del destierro.

A su vuelta, redactó el boletín del Ejército de los Andes y siguió a San Martín a Chile y el Perú. Ministro de Bolívar, fue asesinado.

MIENTRAS el Directorio sufragaba la *Gaceta*, a cargo de Camilo Henríquez, el Cabildo, o gobierno municipal, mandó imprimir *El Censor*, usurpando su nombre al extinguido periódico de Pazos Silva. Lo entregó al cubano Antonio José Valdés, ya notorio por una diputación a las Cortes de Cádiz.

En verdad, ni el uno censura demasiado ni el otro explica los actos del gobierno. Quizá se pusieron de acuerdo para no perder sus empleos. Pero los dos periódicos reflejan fielmente la personalidad de sus redactores, profunda y universal la del fraile, cordial y utilitaria la del cubano.

A los pocos días de encargarse de *El Censor*, Valdés anunciaba —sin comprometer su nombre— un nuevo periódico, *La Prensa Argentina*, que efectivamente se publicó durante catorce meses. Una multitud de indicios confirma que él dirigía los dos. Lo hizo para disfrutar en el suyo de más libertad o tal vez porque no se conformaba con un salario. Hay más: para excitar el gusto por la controversia, se denigra a sí mismo calificándose de “atrevido” y, sin miedo a la redundancia, de “pedante y engreído”.

Nov. 1.

EL REDACTOR

DEL CONGRESO

BUENOS-AYRES



NACIONAL

MAYO 12 DE 1816.

Sustentó Valdés ideas progresistas. Alguna vez afirmó la necesidad de "ir introduciendo alguna industria en el país". Pero es, sobre todo, el primer periodista de Buenos Aires que acredita cierta destreza profesional.

No elige sus temas ni escribe para decir lo suyo, sino para utilidad y recreo del público. Así, por ejemplo, inaugura una revista de prensa, que informará, no sin picardía, sobre las opiniones de sus colegas. Prudente, *El Censor* se abstiene en el debate sobre la forma de gobierno que convenga adoptar. Cuando lo hace, por fin, a invitación del Cabildo, coquetea con el proyecto de monarquía incaico-lusitana.

Pero el Congreso de Tucumán, además de declarar la independencia, consolida al Directorio. A principios de 1817, Pueyrredón, inerme ante los portugueses, que ocupan Montevideo, encuentra el recurso heroico de desterrar a todos los periodistas, con excepción del redactor de la *Gaceta*. Entonces ocurre lo inesperado: fray Camilo, que anda en dificultades, deja la *Gaceta* y pasa a *El Censor*. Este periódico sobrevive dos años justos. Conserva la misma calidad, pero adquiere poco a poco un tinte conservador.

Entre tanto ha regresado Pazos Silva. Ahora se firma Pazos Kanki, para subrayar su cepa aymara. Además, ha colgado los hábitos para casarse con una irlandesa. Trae de Inglaterra una nueva imprenta, que parece ser propiedad de su amigo Sarratea: ambos deliberaron en Londres sobre los beneficios comerciales que podía rendir un taller gráfico que compitiese con el del Estado.

No fueron los primeros en comprenderlo. En Buenos Aires ya había trabajo para media docena de imprentas. Una se llamaba de la Independencia y otra de Phoción; Gandarillas, Alvarez, Benavente, son otros tantos impresores de la época. Pazos regenteó la del Sol: era también una altiva alusión a su origen étnico.

N. 12.

EL CENSOR

JUEVES 9 DE NOVIEMBRE DE 1815.

*Eregi monumentum aera perennius,
Regalique situ pyramidum altius;
Quod non imber edax, non Aquilo impotens
Possit diruere, aut innumerabilis
Annorum series, et Jugu temporum.*

El Censor,
en la época
de Antonio José Valdés
(1815), primer periodista
profesional
de Buenos Aires.

Lo primero que hace es ofrecer gratuitamente sus servicios de periodista para redactar la Gaceta. No fue atendido. Entonces trató de recuperar su título, *El Censor*, pero Valdés le contestó con sorna que la propiedad intelectual aún no había entrado en el derecho positivo. Pazos lanzó entonces *La Crónica Argentina* —cuya primera entrega lleva el número 13 para indicar la continuidad con *El Censor* de 1812—, y entró en airada polémica con el cubano. A poco empezó a lucubrar unas *Reflexiones sobre la restauración de la dinastía incásica*. Inesperadamente, le negaba todo derecho, pues dejó de reinar hacía tres siglos y “apenas ha dexado algunos vástagos bastardos, sin consideración en el mundo, sin opinión, y sin riqueza”.

No vaciló en pedir la expulsión de Valdés, y fue complacido. Pero entonces comenzó a repartir palos de ciego y Pueyrredón lo incluyó en la pena que impuso a todos los que alborotaban por la prensa. Embarcado para los Estados Unidos con tres de sus colaboradores (Agrelo, Dorrego y Manuel Moreno), continuó tiroteando desde lejos al partido directorial. En Filadelfia publicó sus *Cartas sobre las Provincias del Río de la Plata* y las hizo traducir al inglés. Tiempo más tarde viajó a Europa, donde tradujo el Evangelio de San Marcos al aymara. Y por fin, mucho tiempo después, pobre y enfermo, cerró su carrera de periodista —que no fue otra cosa en su vida— como oscuro redactor del *Diario de Avisos*, bajo Rosas.

LA juventud de Moreno, su breve carrera de estadista, permiten considerar con respeto su enjundiosa producción periodística. Es superior, por cierto, a los otros periodistas notables de la primera década: Monteagudo, Henríquez, Valdés y Pazos. Pero no tuvo oportunidad de medir su pluma con ninguna otra.



Los cuatro, en cambio, han batallado con denuedo, ofreciendo —si así puede decirse— el espectáculo del periodismo. Aparece con ellos el escritor público, cuya vida se confunde con su trabajo, que sufre en carne propia las vicisitudes políticas, y procura —casi siempre sin éxito— asegurarse un mínimo de independencia para difundir sus ideas.

Durante este período se han publicado en Buenos Aires unos treinta periódicos, casi todos de corta vida; se conservan ejemplares de más de veinte. No es necesario mencionarlos a todos, pero merece un recuerdo simpático la diligencia y patriotismo de fray Cayetano Rodríguez, quien tuvo a su cargo el *Redactor de la Asamblea* (1813) y el *Redactor del Congreso Nacional* (1816).

Pero la sociedad porteña, para no hablar del resto del país —que aún no leía periódicos locales—, no terminaba de definir su concepto acerca de la utilidad de los "papeles públicos", su inserción en las costumbres y la dignidad del periodismo. A pesar del ditirambo escrito por Moreno en el primer número de la *Gazeta*, era común la creencia de que nada bueno podía esperarse de él.

La Crónica Argentina,
del alto peruano
Vicente Pazos Silva.

Cine, radio y televisión

NADA menos que el célebre Arago daba noticias, en el verano de 1839, del sistema fotográfico inventado por su colega Louis Jacques Mandé Daguerre —quien trabajara en colaboración con J. Nicéphore Niepce hasta la muerte de éste, seis años atrás—, exaltándolo en la Academia de Ciencias.

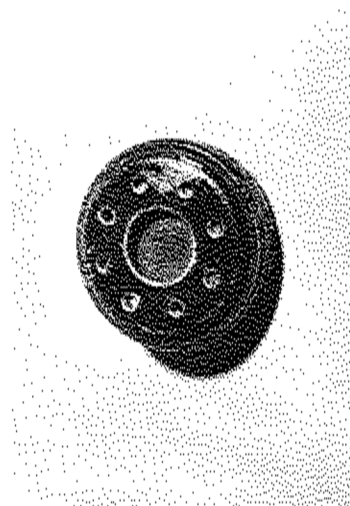
No pasó mucho tiempo sin que Buenos Aires contara con este medio que deslumbraba a Europa y los Estados Unidos: el 16 de junio de 1843 anunciaba *La Gaceta Mercantil*, el diario oficial de Rosas que dirigía don Pedro de Angelis, la instalación del primer estudio de daguerrotipia. El Museo Histórico Nacional conserva un daguerrotipo de Manuela Rosas, la hija del Gobernador, tomado en aquella época.

La novedad se expandió velozmente. En 1854 hay diez fotógrafos en Buenos Aires; y ya son sesenta en 1860. Entonces, en el escaparate del señor Artigue se exhibe una placa de una actriz de renombre, con este comentario: "Es la *frappante* imagen de la cantora, con su regio abandono de la escena, con sus líneas profundamente dramáticas y con las chispas del genio en su mirada elocuente" (*El Nacional*, 10/II/1860).

Por lo demás, los señores Descalzo y Benza ofrecen sacar "retratos a domicilio de personas muertas o enfermas", mientras sus competidores Aldanondo y Sulzman aseguran ser los únicos cuyos retratos dan el "humano tipo, o sea la perfección de la naturaleza humana, enteramente semejante a esas célebres, perfectas y acabadas pinturas de las porcelanas de Sèvres" (*El Avisador*, Guía General de Comercio, 1862).

Dos décadas más tarde, el auge es tal que no sólo aparece la Sociedad de Fotógrafos Aficionados, sino que ella organiza los primeros concursos "con resultados realmente sorprendentes, obteniendo una serie de retratos de temas costumbristas, de antología", según afirma José María Peña.

Uno de los comerciantes atraídos por la fotografía es el belga Enrique Lepage, que en 1891 abre un negocio de venta



Con este micrófono, Enrique T. Susini inauguró —el 27 de agosto de 1920— la radiodifusión argentina.

de cámaras y artículos del ramo en la calle Bolívar, cerca de la avenida Belgrano, asociado con el austríaco Max Glücksman y el francés Eugenio Py. A ellos deberá su nacimiento el cine argentino, un año y medio después de aquella noche resonante en que los hermanos Lumière presentaron su invento.

Fue el 28 de diciembre de 1895, en el subsuelo del Grand Café, en el parisiense Boulevard des Capucines. Louis, verdadero creador del *cinématographe* (sustantivo por él acuñado), y Auguste Lumière asombraron a sus espectadores con aquellas breves películas en las que se veía la salida de obreros y obreras de una usina, la demolición de una pared, el almuerzo de un niño, unas mujeres quemando hierbas y hasta un tren que avanzaba encima de la asustada platea.

Fue tan grande el éxito de los hermanos Lumière que, como un diluvio, el cine atravesó Europa desde las cortes de Londres y San Petersburgo, hasta las ferias aldeanas de Italia y Austria. Ya en 1896 los competidores abundaban en la misma Francia (George Méliès, Charles Pathé, a quien la fiebre amarilla alejara de Buenos Aires, donde en vano intentó "hacer la América", en 1871; Léon Gaumont), Gran Bretaña y los Estados Unidos (Thomas Edison, Biograph).

Buenos Aires también sería alcanzada por esta ola. A fines de setiembre de 1896, el periodista español Eustaquio Pellicer —que un año más tarde fundaría con el dibujante Manuel Mayol la revista *Caras y Caretas*— y el empresario del teatro Odeón, Francisco Pastor, exhibieron obritas de Lumière, Méliès y Pathé en la sala de la calle Esmeralda.

Sin embargo, tocará a Lepage ir más allá. Importa a Buenos Aires equipos Gaumont y película Eastman-Kodak, y encarga a Py el rodaje de un brevísimo film (17 metros) de tema histórico y nativo: *La bandera argentina*. Estamos en 1897, vísperas de la segunda Presidencia del general Roca; de entonces hasta 1900, Py realiza varias producciones, muchas de ellas imitadas de los modelos franceses en boga.

En octubre de 1900 visita la Argentina don Manuel Ferraz de Campos Salles, jefe del Estado Brasileño, y este acontecimiento —porque lo es, debido a los actos y ceremonias organizados en honor del huésped— facilita el primer documental o noticiero cinematográfico, hecho por Py, en cuyas secuencias se ve la barbita encanecida de Roca, el chambergo de Mitre, las inclinaciones de cabeza de Campos Salles.

En los años siguientes, Py reitera sus filmaciones de actualidad (*La revista de la escuadra*, *Visita del general Mitre al Museo Histórico*) y Eugenio Cardini ensaya una tentativa de cine argumental con *Escenas callejeras*. En 1907, experimentan Py y Lepage el sistema sonoro de Pathé y Gaumont, esto es, la sincronización del film con el disco fonográfico, el invento de Edison y Emile Berliner que también entonces conquista a Buenos Aires.



Primer documental cinematográfico: la visita de Campos Salles, presidente del Brasil (1900), fue filmada por Eugenio Py.

Por fin, en 1908, un italiano que llegara al país como director del coro de una compañía de ópera, realiza la obra a la cual se atribuye —por sus características, entre ellas, la gente involucrada— el comienzo del arte cinematográfico nacional: *El fusilamiento de Dorrego*, de Mario Gallo.

Este obeso y joven emprendedor decide quedarse en Buenos Aires, una vez satisfecho el compromiso operístico que lo había traído aquí en 1905, y se gana la vida como pianista en cafés del centro, donde traba amistad con periodistas y escritores de entonces: Joaquín de Vedia, Vicente Martínez Cuitiño, Horacio Quiroga, Belisario Roldán, Enrique García Velloso, Florencio Sánchez.

Son momentos estelares para el teatro argentino, y los estrenos de Sánchez, Roberto Payró, Gregorio de Laferrère o García Velloso inundan muchos de los cuarenta escenarios de la ciudad. Gallo se vincula al cine como socio de Julián Ajuria y Pablo Epstein, en la distribución de películas extranjeras y aun rueda algunos documentales. Se ignora quién lo insta a revivir en el celuloide la tragedia de Navarro, de la que iban a cumplirse 80 años el 13 de diciembre.

Acaso es uno de sus amigos dramaturgos (¿Martínez Cuitiño, Roldán, García Velloso?) quien le sugiere el tema y se ocupa del libreto. Tres actores de fama secundan a Gallo: Salvador Rosich, que encarna al coronel fusilado por Lavalle; Elíseo Gutiérrez y Roberto Casaux. La ruta así inaugurada ya no sufriría obstáculos: no haría sino avanzar.

CASI al tiempo en que Lepage, Py y Glücksman tendían en Buenos Aires el horizonte del cine, el ingeniero Teobaldo Ricaldoni, según lo anotáramos en un capítulo anterior, iniciaba la era de las transmisiones radiotelegráficas (1898).

También él iba a destacarse en el despertar de la radio-telefonía: hacia 1907, Ricaldoni y Mario Pedro Arata se comu-



Transmisor de onda corta de 50 kilovatios fabricado por SEA, el primero de su tipo construido en Sudamérica.

Radioaficionados en funciones. La primera licencia se otorgó aquí en 1913.



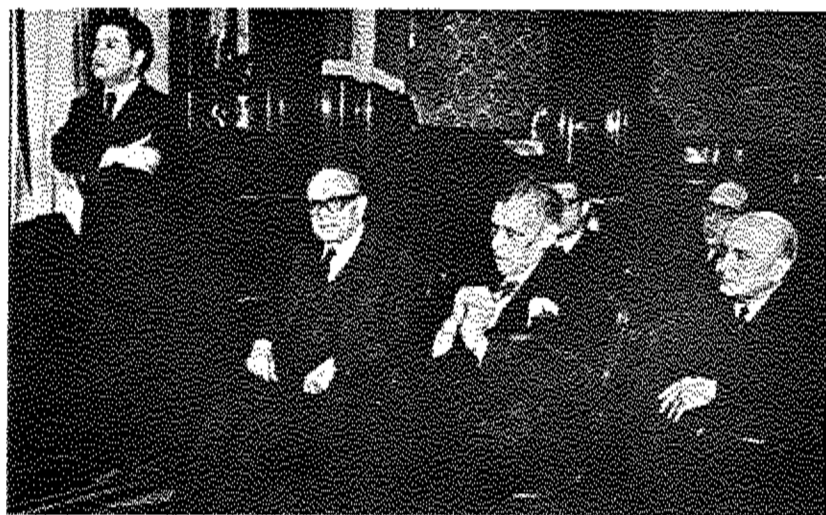
nicaban a una distancia de doscientos metros, utilizando similares equipos de "chispa", aunque ninguno de los dos sabía el alfabeto de Morse.

Pero, fue el ingeniero Teodoro Bellocq quien obtuvo, en 1913, la primera licencia para operar como radioaficionado; la patente, expedida por el Ministerio de Marina, lo autorizaba a instalar sendas estaciones en su casa de Buenos Aires y en su quinta de San Isidro.

Los avatares de la Primera Guerra Mundial frenaron, en la Argentina y en las demás latitudes, el desarrollo de la radio: se invocaron sensatas razones de seguridad para cancelar estas actividades. Sin embargo, mientras tanto, los laboratorios militares de comunicaciones se lanzaron a perfeccionar un medio que auguraba ventajas bélicas importantes.

En 1919, los radioaficionados argentinos —una decena y media— volvieron a plantar sus antenas en las azoteas y a calzarse los auriculares, para reincidir en el milagro de la galena, esa piedra gris azulada que captaba las vibraciones y las impulsaba hacia el éter. Uno de estos "locos de la azotea", como se les llamaba, el médico Enrique T. Susini, fue enviado a Europa por el Ministerio de Marina, para estudiar los gases asfixiantes que se emplearan en la contienda finalizada unos meses antes, en noviembre de 1918.

Susini aprovechó el viaje para adquirir en Francia un número de válvulas Metal, elaboradas por el Ejército, que permitían una recepción superior a la del sistema de galena y una más pura emisión del sonido. Señala la leyenda que trajo estas lámparas ocultas en las mangas del saco; lo cierto es que, de retorno en Buenos Aires, las puso a disposición de la sociedad que había formado con Luis F. Romero Carranza, César José Guerrico y Miguel Mugica, quienes aún cursaban la carrera de Medicina.



*Guerrico, Susini
y Romero en el
cincuentenario de
la iniciación
de la radiotelefonía
en la Argentina
(y en el mundo).*

“Como todos éramos amantes de la música —memoró Romero Carranza—, pensamos que con ese nuevo elemento podríamos crear un instrumento de difusión cultural, hasta ese instante, desconocido.” “Por aquellos tiempos —añade Susini— yo había transformado el Teatro Coliseo, por encargo de aquellos grandes empresarios que fueron Walter Mocchi y Faustino da Rosa, para hacer la competencia al Colón, y tenía funciones directivas que me permitían disponer del teatro para nuestra experimentación de difusión radiotelefónica.”

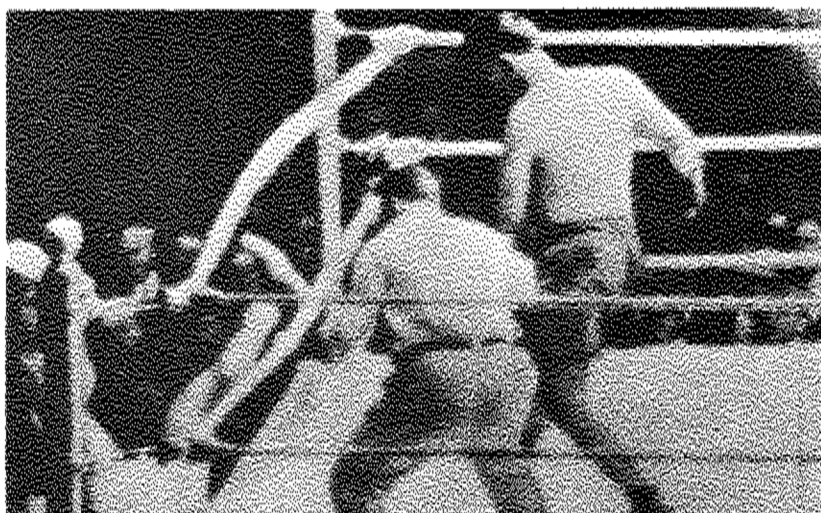
Fue arduo preparar el ensayo: hubieron de obtener, con dificultades, alambres para enrollado, núcleos para transformadores, condensadores y, sobre todo, generadores de alto voltaje. La antena quedó instalada entre una de las torres del Coliseo —que alzaba su portentosa arquitectura en el mismo sitio donde hoy está su homónimo sucesor— y la cúpula de una residencia sita en la esquina de las actuales Cerrito y Marcelo T. de Alvear.

Por fin, el 27 de agosto de 1920, a las 21, se oyó la voz de Susini en los escasos veinte receptores de entonces:

“Señoras y señores: la Sociedad Radio Argentina les presenta hoy el festival sacro de Ricardo Wagner, *Parsifal*, con la actuación del tenor Maestri, la soprano argentina Sara César, el barítono Rossi Morelli y los bajos Chirino y Paggi, todos bajo la dirección de Félix Weingartner, secundado por el coro y orquesta del teatro Constanzi de Roma.”

Al día siguiente, un diario comentaba: “Buenos sembradores [Susini, Romero Carranza, Guerrico y Mugica], echaron puñados de emoción al espacio para que la recogiesen cuantos de ella pudiesen tener hambre y sed. Y a fe que los beneficiados habrán podido creer que esas notas divinas venían del cielo”. Notificado de la hazaña, el Presidente Hipólito Yrigoyen dijo: “Cuando los jóvenes juegan a la ciencia, es porque tienen el genio adentro”.

*Firpo arroja a Dempsey
fuera del ring: el
14 de setiembre de 1923
la radio se adelantó
a las agencias de prensa.*



En rigor, Susini y sus amigos no sólo habían inaugurado la radiodifusión argentina sino la radiodifusión mundial: el experimento de Marconi con la cantante Nellie Melba, en un estudio de Londres (16 de junio) no tuvo continuidad, y no lo tuvo el realizado posteriormente en los Estados Unidos (octubre). En cambio, los cuatro "locos de la azotea" reiteraron sus emisiones desde el Coliseo, extendiéndolas luego a los teatros Colón y Odeón, la confitería París (Libertad y M. T. de Alvear) y el cabaret Abdullah (galería Güemes).

Los importadores de equipos y los fabricantes locales celebraron en 1922 un acuerdo con Susini, Romero Carranza, Guerrico y Mugica para afianzar las transmisiones de la Radio Argentina (LOR), mediante el pago de los gastos de instalación del transmisor en el edificio de la casa de remates Guerrico y Williams, en Cerrito entre Santa Fe y M. T. de Alvear, y un arancel de 6.000 pesos mensuales. Así, además de las emisiones desde teatros, se sucedieron programas con discos, noticias, recitados y actuación de orquestas populares.

Radio Argentina obtuvo en 1923 la primera licencia, bajo la característica LR2 (19 de noviembre). Pero, ya no era la única: operaban junto a ella Radio Sudamérica, Radio Cultura —que inició en el país y en el mundo la transmisión de avisos publicitarios—, Radio Grand Splendid y Radio Brusa, algunas de las cuales modificarían su nombre al recibir la patente definitiva.

Debemos a Radio Sudamérica el comienzo de las audiciones internacionales, el 14 de setiembre de 1923, con motivo de la pelea entre Luis Angel Firpo y Jack Dempsey en el estadio neoyorquino de Polo Grounds. A decir verdad, todo se hizo aquí en Buenos Aires, captando la emisión de una radio norteamericana, lo que permitía al relator adelantarse a los telegramas de las agencias de prensa.

Un año más tarde, el 2 de octubre de 1924, Radio Argentina transmitía un partido de fútbol, el de las selecciones de nuestro país y el Uruguay, jugado en la cancha de Sportivo Barracas, con narración de Horacio Martínez Seeber y comentarios de Atilio Cassime.

Otros dos hechos de 1924, dignos de mención: el 21 de mayo, el radioaficionado Carlos Braggio se conecta desde Monte Grande con su antípoda, el colega Ivan O'Meara de Gisborne (Nueva Zelanda), y el 27, el Poder Ejecutivo Nacional reglamenta el funcionamiento de las *broadcastings* (así las denomina).

Susini y sus socios venden Radio Argentina a Radio Prieto en 1925, por 100.000 pesos; fundan con ellos Vía Radiar, pionera en las comunicaciones radiotelegráficas por onda corta (empresa que la I.T.T. adquirirá en 1930 por la suma de 200 millones de pesos). Entre tanto, las estaciones se multiplican en Buenos Aires y en el interior, y el número de aparatos crece en la misma medida: hay unos 80.000 en 1925.

Así, el 21 de noviembre de 1928, cuando el Gobierno traslada el manejo institucional de los servicios de radiodifusión al Ministerio del Interior —a través de la Dirección General de Correos y Telégrafos—, las emisoras de la Capital y de las provincias suman veintiuna. Hélas aquí:

Capital	LR2	Radio Argentina (licencia: 1923)
	LR3	Radio Belgrano (1924)
	LR4	Radio Splendid (1924)
	LR5	Radio Excelsior (1924)
	LR6	Radio Mitre (1925)
	LR8	Radio París (1925)
	LR9	Radio Fénix (1925)
	LR10	Radio Cultura (1924)
	LS1	Radio Municipal (1926)
	LS2	Radio Prieto (1925)
Buenos Aires	LS3	Radio Ultra (1926)
	LS6	Radio del Pueblo (1927)
	LS8	Radio Stentor (1927)
Santa Fe	LS9	Radio La Voz del Aire (1928)
	LS11	Radio Provincia (1925)
	LR11	Radio Universidad de La Plata (1925)
Córdoba	LU6	Radio Atlántica de Mar del Plata (1926)
	LT3	Radio Soc. Rural de Cerealistas de Rosario (1924)
	LT8	Radio Rosario (1928)
	LT9	Radio Roca Soler de Santa Fe (1924)
	LV2	Radio Central de Córdoba (1927)

Finalmente, nos queda por mencionar la fundación de LR1 Radio El Mundo, de la Editorial Haynes, primera emisora con



Sección interior de un transmisor de radiodifusión de onda corta, de 50 quilovatios de potencia, en proceso de fabricación.



Primer equipo móvil de LR3 TV Canal 7, para la transmisión de espectáculos desde exteriores.

edificio *ad hoc* (1935), y la salida al aire de LRA Radio del Estado (luego, Radio Nacional) en 1937.

EN la década del 30, la televisión comenzó a ejercer su hechizo en Buenos Aires.

Diarios, revistas y publicaciones técnicas habían informado acerca del sistema mecánico de transmisión a distancia de imágenes móviles, que el inglés John Baird y el norteamericano Charles Jenkins demostraran, separadamente, en 1925, el mismo año en que el ruso Vladimir Zworykin ensayaba su iconoscopio para afirmar la televisión electrónica.

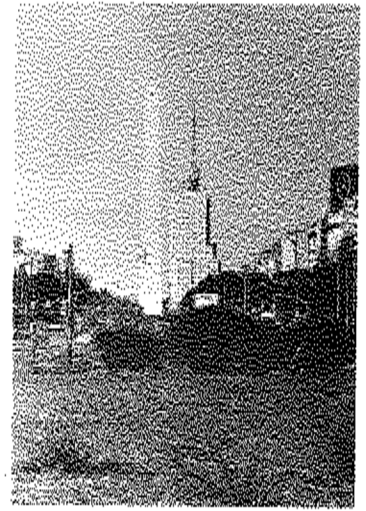
Aquí, durante la Exposición de Radio de 1929, el radioaficionado Ignacio Gómez obtuvo llamativos logros con imágenes fijas, en una prueba realizada en el Teatro Opera. Poco después, el 26 de junio de 1931, era fundado en Buenos Aires el Centro Argentino de Televisión, y, posteriormente, el Instituto Experimental de Televisión (1938). Ya entonces, Gran Bretaña, Alemania y Francia contaban con servicios regulares de televisión (electrónica), naturalmente, sonora.

Buenos Aires conoce una transmisión pública de TV hacia 1939, aunque se ignoran sus detalles. Si la Primera Guerra había frenado el empuje de la radiodifusión, la Segunda lo hará con el de la televisión; sin embargo, las necesidades bélicas de 1914-18 como las de 1939-45 entrañarán un avance en las comunicaciones que, utilizado en el sector militar, será más tarde beneficioso para el sector civil.

Entre tanto, en setiembre de 1943 se autoriza al radioaficionado Eduardo Elías Grinberg (titular de LU8AG), a efectuar transmisiones experimentales de televisión, utilizando las frecuencias de 50,5 megaciclos como portadora de señales de video, y de 55,75 megaciclos para el sonido. En marzo de 1944, el Instituto Experimental ofrece una emisión artística de media hora entre su sede y la del Radio Club Argentino, ubicada en el edificio del Automóvil Club. La Dirección de Correos y Telégrafos presenta un ciclo de transmisiones, también en 1944, en la Exposición 4 de Junio.

Martín Tow obtiene licencia para instalar una estación experimental en Buenos Aires, en 1945; Ricardo Frías y Camilo Soaje la reciben en 1946 para emplazarla en el cerro San Javier, de Tucumán; y en 1947 le es acordada una patente similar al Centro Argentino de Televisión de esta ciudad.

Por fin, en agosto de 1950, con motivo del VII Congreso Internacional de Cirugía viene al país un transmisor norteamericano que maravilla a los espectadores —médicos en su mayoría, pero también periodistas y curiosos— reunidos en el Plaza Hotel con la transmisión de operaciones quirúrgicas. No falta el nervio del espectáculo: por aquel circuito cerrado se emiten el primer teleteatro, *El piloto*, con Myriam de Urquijo y Roberto Airaldi.



A esta altura, Jaime Yankelevich, administrador general de Radio Belgrano y uno de los legendarios propulsores de este medio, se echa de lleno en el campo de la televisión comercial. Los equipos son adquiridos en 1951 en Estados Unidos; para instalarlos, fue preciso construir dos pisos por encima del tanque de agua en el edificio del Ministerio de Obras Públicas, donde se colocan la antena y el transmisor (costo: 12 millones de pesos).

Cuarenta y cinco días demandan estas tareas, guiadas por el ingeniero James M. Ballantine, de la Standard Electric. Sólo la erección de la antena exige diecinueve días: es la mayor del hemisferio occidental, con 50 metros de alto, 5 quilovatios de energía, una potencia de 43 quilovatios y alcance de 85 kilómetros.

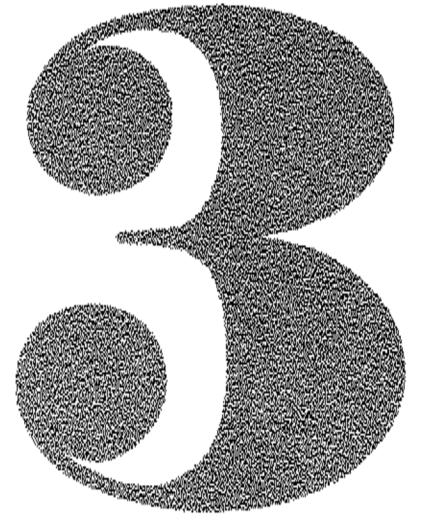
El 20 de setiembre de 1951 empiezan las pruebas definitivas, y el 23 se registra un inusitado movimiento en las calles céntricas: multitudes de curiosos apostados frente a unos pocos comercios donde hay receptores, presencian los balbuceos de LR3 TV Canal 7 (luego, LS82, ahora, ATC).

Las transmisiones regulares dan comienzo el 17 de octubre, con los actos celebrados en la Plaza de Mayo: Susini dirige las cámaras, ese día. Por la noche, quedan inaugurados los dos estudios de Ayacucho y Posadas —sede de Radio Belgrano—, a los que iba a agregarse un tercero en el Palais de Glace, hoy Salas Nacionales de Exposición. Semanas después, el 4 de noviembre, Canal 7 inicia la difusión de avisos comerciales en la voz de Adolfo Salinas y Eva Gerbolés.

La Argentina es, así, el segundo país de América en habilitar servicios estables de televisión: la habían precedido, diez años antes, los Estados Unidos. Pero, restaba viabilizar la competencia; en 1960, al cabo de nueve años de exclusividad del Canal 7, abren sus transmisiones el Canal 9 y el Canal 13, seguidos en 1961 por el Canal 11.

*Atahualpa Yupanqui
(centro) y
Miguel de Molina (der.),
en una de las
transmisiones iniciales
del Canal 7,
hoy ATC, en 1951.*

*A la derecha, torre
de transmisión en
lo alto del edificio
de Obras Públicas.*



Centros de enseñanza
Organización y estadísticas

Centros de enseñanza

LEGISLADOR, ministro y Presidente de la República, suele recordarse más a Carlos Pellegrini por la fundación del Jockey Club (1882) o la del Banco de la Nación Argentina (1891). Rara vez se le evoca, quizá porque el dato no ha sido lo suficientemente difundido, como el creador de nuestra primera escuela civil de comunicaciones postales y telegráficas.

Fue una de sus últimas disposiciones como jefe del Estado, y la adoptó el 29 de agosto de 1892, seis semanas antes de transmitir el mando al doctor Luis Sáenz Peña.

Hasta entonces, sólo existían la Escuela de Telegrafía que don Carlos Burton anexó en 1870 a la Inspección General de Telégrafos, por él desempeñada, y que en 1887 obtuvo subvención del Poder Ejecutivo y del Congreso; y la del Colegio Militar, que iniciara sus cursos en enero de 1876.

Ahora, en 1892, considerando "que la creación de un instituto de enseñanza profesional de Correos y Telégrafos es necesaria para la importancia que han adquirido esas ramas del servicio público", y que el director general Estanislao Zeballos "manifiesta contar con el concurso gratuito de personas competentes e idóneas para constituir un centro de enseñanza análogo a la Escuela Profesional Superior de Correos y Telégrafos de Francia, con carácter permanente y sin erogaciones extraordinarias", el doctor Pellegrini autorizaba a Zeballos:

- A "constituir una Escuela Profesional destinada a preparar personas aptas para los puestos técnicos y administrativos de esa repartición".

- A aceptar "el concurso gratuito de las personas que han de dictar los cursos de la Escuela".

El instituto no tardó en expandirse: agregó cursos, incluyó docentes remunerados, mejoró los programas. Cuatro décadas más tarde, en 1933, se convirtió en Escuela de Telegrafía y Afines; y en 1944 devino Escuela Técnica de Correos



*Carlos Pellegrini,
fundador de la
primera escuela
civil y estatal de
comunicaciones.*

*Una clase en la
Escuela Técnica Central
de ENCOTEL: 8.995
graduados en los
últimos años.*



y Telecomunicaciones, ocupando un sector en el noveno piso del Palacio de Correos. En 1949, fue subordinada a la Dirección de Personal y recibió la misión de crear filiales en todo el país.

He ahí el comienzo de una nueva etapa de desarrollo, con el surgimiento de escuelas en las cabeceras de distrito de la estructura de Correos. También se sanciona en esa época un reglamento interno, a partir del cual se elabora una programación integral de las necesidades de capacitación de Correos y Telégrafos, un plan de estudios, los exámenes y la fiscalización y orientación de la enseñanza a impartir.

Hacia 1957, ya con sesenta y cinco años de vida, se la rebautiza Escuela Técnica Central, y en 1965 el Poder Ejecutivo aprueba el estatuto del personal docente que ejerce en ella, transformando su nombre por el de Departamento Escuela Técnica Central, para ser luego, a partir de 1968, Sección Capacitación. Dos años después, por acuerdo con el Consejo Nacional de Educación Técnica, empiezan a dictarse cursos de instructores de Formación Profesional Acelerada.

Ya en 1978 esos cursos trasladan su sede al anexo inaugurado entonces en el edificio Constitución, mientras en la escuela central se implanta el primer curso de "operador radio-telefonista restringido", para el trabajo en aeronaves. Un séptimo cambio de nombre hace de ella, ese mismo año, la Sección Escuela Técnica Central. Pero, a través de todas sus etapas funcionales, señaladas en el tiempo por sus diversas denominaciones, el instituto mantiene siempre su propósito original, la capacitación de los empleados de la hoy Empresa Nacional de Correos y Telégrafos.

Esa tarea de servicio le da a la Escuela la especial característica de su permanente renovación de cursos, que cambian anualmente en función de dos variables: la necesidad de ENCOTEL de determinado tipo de personal técnico, y el adve-

nimiento de nuevas disciplinas que hacen al mejoramiento del servicio en todas sus especialidades.

Paralelamente, la Escuela otorga certificados de operadores de telecomunicaciones, previo examen de competencia, a quienes, de acuerdo con el Reglamento de Radiocomunicaciones, tengan obligación de poseerlo.

En los últimos años, la institución ha dictado 247 cursos, 91 cursillos y 13 seminarios, con un total de 8.995 graduados. Entre aquellos figuran los de encargado telegráfico, operador teletipista, aspirante a encargado de operación del Servicio Telegráfico Internacional, mecánico de teleimpresoras, ajuste y tornería, motores Diesel, programador, técnico en automatización postal, personal administrativo superior, francés e inglés.

LA larga tradición docente de la administración postal argentina, justificó la resolución adoptada por el IX Congreso de la Unión Postal de las Américas y España, celebrado en México en 1966, que creó el primer Curso de la Escuela de Capacitación Técnica, con asiento en la ciudad de Buenos Aires, cuyo primer reglamento y cuya autorización para su funcionar corresponden al año siguiente. Sus autoridades y profesores son íntegramente de nacionalidad argentina, y su finalidad es la enseñanza de funcionarios postales latinoamericanos.

Desde su fundación a 1976, se dictaron en ella cursos de Capacitación Postal de Nivel Medio. En 1977 comenzó un plan —que culminará en 1981— con dos cursos anuales de Especialización de Nivel Superior.

En 1977 estuvieron dedicados a Tarifas Postales y Cuentas Internacionales; en 1978, a Estadística Postal y Gestión Económica, Previsión y Planificación. En este año, 1979, los temas son Organización del Servicio de Encomiendas Postales y Encomiendamientos y Principios de la Codificación Postal.

Desde su fundación, han sido becarios de la Escuela UPAE funcionarios de todos los países latinoamericanos e incluso —en 1968 y 1971— de la misma España. En 1970 se alcanzó el máximo de alumnos, con 37 asistentes. Al término de los cursos se otorga el correspondiente diploma y a los alumnos de Especialización el "certificado de participación".

Ya entrado el siglo XX, un nuevo sistema de comunicación a distancia justifica, a través de su implantación, el nacimiento de una nueva escuela. El teléfono, llegado aquí en 1881, es hacia los años 20 una realidad definitivamente incorporada a la vida cotidiana. Y la Argentina ve aparecer, en 1929, su primera escuela de capacitación.

Entonces, la mayor de las empresas prestatarias (Unión Telefónica) implanta los métodos de trabajo de la I.T.T., ra-

*Otro aspecto
de la enseñanza
en la Escuela
de ENCOTEL.*

cionaliza las instalaciones, y comienza a corregir vicios de trabajo adquiridos por falta de información. Algunos jefes de la empresa intentan los primeros planes de instrucción masiva, entre ellos, los que tenían a su cargo el mantenimiento de las centrales automáticas porteñas de Retiro, Juncal, Buen Orden, Corrales, Flores, Avenida, Paternal, Belgrano, Urquiza y otros.

Sin embargo, la primera Escuela de Telefonía, orgánicamente constituida, data de alrededor de 1933. Tiene su sede en el terreno ubicado en Acoyte 750, Capital Federal. Son sus primitivas especialidades el tendido y mantenimiento de líneas y cables. Ya en el 36, en el piso superior y azotea de la Central Retiro, San Martín 825, se inicia la Escuela de Plantel, que en 1938 se traslada a Tacuarí 1515, y en el 64 a su actual edificio, Avenida de Mayo 761. Desde su traslado a la sede de Tacuarí, se incorpora a la actividad docente la escuela de ingeniería, los cursos de contabilidad de plantel y los de idioma inglés.

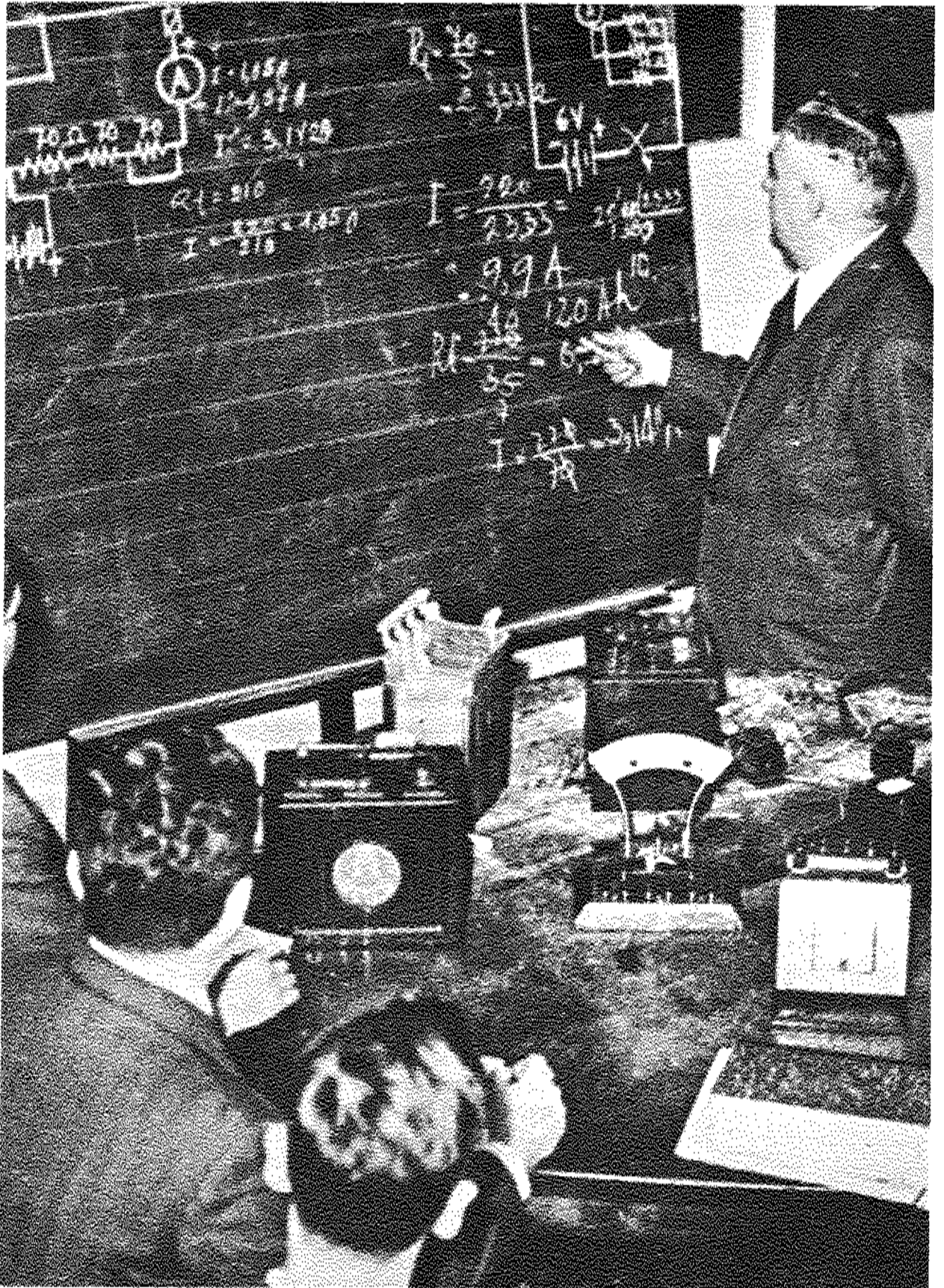
Pero, el progreso exige más y más del personal telefónico. La compañía comienza a incorporar técnicos industriales y profesionales para iniciarlos en el proyecto, instalación y mantenimiento de equipos y redes, con cursos teórico-prácticos que dan idoneidad al trabajo realizado.

La posguerra es un período de franca expansión, cuando se conjugan la nacionalización de los servicios (1946) y la necesidad de satisfacer la demanda acumulada en los años del conflicto mundial: se produce entonces la incorporación y formación masiva de personal. La industrialización del país, que origina escasez de aspirantes, lleva a recurrir a la incorporación de aprendices desde los 14 años de edad, para formarlos en las cuestiones del ramo. Los resultados de la experiencia, nacida de una necesidad inmediata, fueron óptimos, y muchos de aquellos aprendices tuvieron luego ascendentes carreras dentro de la actividad telefónica.

Los cursos técnicos de dos años de duración dictados en las especialidades de plantel exterior, plantel interior y transmisión, para egresados de Escuelas Técnicas, posibilitaron la formación de técnicos superiores destinados a las áreas de planeamiento e ingeniería. Paralelamente, se estableció un curso preparatorio de un año, que sumara a sus conocimientos humanísticos de bachillerato o docencia, la instrucción técnica complementaria.

La enseñanza fue además dividida en ciclos, desde los de aspirantes a la supervisión y jefatura de cada rama, una tipificación que se extendió a todo el país al crearse las delegaciones de la Escuela Técnica en La Plata, Bahía Blanca, Mar del Plata, Rosario, Córdoba y Santa Fe.

Los cursos regulares se incrementaron año tras año al ritmo de la evolución y transformación de los sistemas, abarcando actualmente Ordenes de Rutina, Asignaciones, Contabilidad de Plantel, Proyectos de Redes, Numeración de Cables, Estudios de Tráfico, Observaciones del Servicio, Ajuste de Per-



sonal, Operación, Telefonía y Telex, Cursos para Supervisores, Comercial, Conducción de Vehículos, Inglés y Francés, Introducción a la Lógica Circuital, etcétera.

La trascendencia de la función docente en la Empresa adquiere tal importancia que en 1973 se crea el Instituto ENTel de Capacitación, para instruir al personal superior hasta las categorías gerenciales, que reimplanta los cursos de posgrado universitario. Más tarde (1977) se funda la Escuela Nacional de Enseñanza Técnica de ENTel General José de San Martín, por convenio con el Consejo Nacional de Enseñanza Técnica (CONET). Esta entidad aprueba los planes de estudio, instituyendo la carrera de Técnico Telefónico, a igual nivel que los títulos reconocidos tradicionalmente al CONET por el Ministerio de Cultura y Educación.

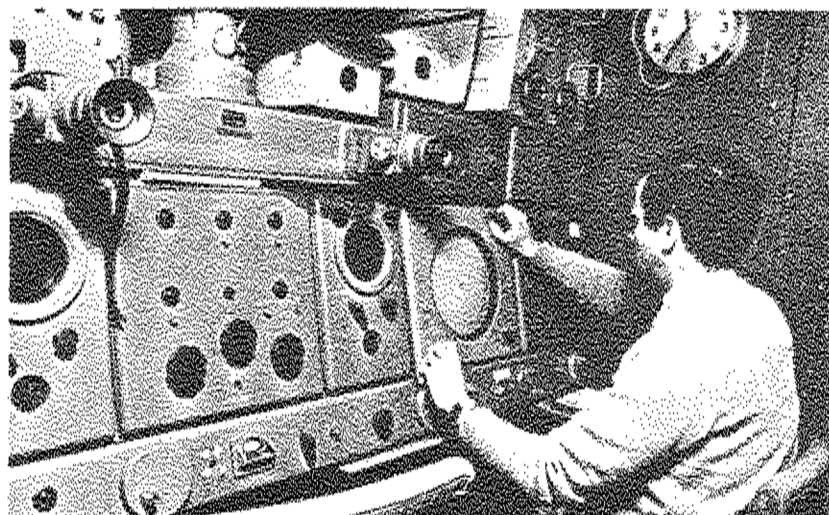
Por otra parte, el IEC amplía su campo de acción a la selección del personal aspirante, cambio de función, concursos de oposición para becas y otorgamiento de matrículas para construir y vender planteles telefónicos; cableados en edificios en venta e instalación de centrales privadas. Además, se brinda colaboración a instituciones privadas y oficiales, argentinas y extranjeras, formando al personal de las mismas.

PERO si bien las escuelas de ENTel y ENCOTEL centran el mayor porcentaje de la actividad educativa en el campo de las telecomunicaciones en la Argentina, ambas tienen necesariamente condicionada su actividad a cubrir, fundamentalmente, las necesidades de personal de ambas empresas.

Otras entidades, civiles y militares, completan la instrucción, ya sea en el campo de la investigación, como en las disciplinas de aplicación de las distintas especialidades. Entre ellas, la Universidad Nacional de Buenos Aires, en su Facultad de Ingeniería, incluye, dentro de la especialidad de ingeniero electrónico, el área de telecomunicaciones.

Por su parte, el CONET canaliza el tema a través de tres especialidades, dictadas en colegios técnicos de la Capital y el Interior. La especialidad electrónica (Telecomunicaciones), en ciclo superior, se dicta en las Escuelas 12, 19 y 28 de la Capital Federal; 3 de Avellaneda, 1 de San Isidro y 4 de Quilmes, en el Gran Buenos Aires, y en establecimientos de Mar del Plata y Punta Alta, provincia de Buenos Aires; Córdoba, Salta, San Juan y Rosario (Santa Fe).

Cursos nocturnos de formación de operadores se dictan en Pehuajó, Bahía Blanca, Olavarría, La Plata y Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires; San Francisco (Córdoba), Corrientes, Trelew y Comodoro Rivadavia (Chubut), Concepción del Uruguay (Entre Ríos), Mendoza y San Rafael (Mendoza) y Salta. Finalmente, se dictan cursos de perfeccionamiento para radiooperadores en las Escuelas N° 12, de la Capital Federal, de



*El Instituto Nacional
de Aviación Civil
instruye y perfecciona
a argentinos y extranjeros.*

Resistencia (Chaco), Concepción del Uruguay (Entre Ríos), Formosa, San Salvador de Jujuy y Rosario (Santa Fe).

Las Fuerzas Armadas, naturalmente, asignan una vital importancia a esta disciplina formativa.

La Fuerza Aérea, al margen de la instrucción específica para su personal militar, es responsable del Instituto Nacional de Aviación Civil (INAC), donde se instruye y perfecciona a argentinos y extranjeros, principalmente latinoamericanos, en las especialidades de la aviación civil. En 1977 las Naciones Unidas, a través de la Organización de Aviación Civil Internacional, considerando el alto nivel de la instrucción argentina en esta área, promueven la creación del Instituto Regional de Aviación Civil (IRAC). Los Institutos INAC-IRAC poseen instalaciones, aulas, laboratorios, hangares, etc., en el Aeropuerto de Ezeiza y en el Aeródromo de Morón.

Entre las especialidades dictadas se incluyen varias relacionadas con las telecomunicaciones aeronáuticas, mantenimiento de equipos radioeléctricos, de aeronaves y de tierra, mantenimiento de radar, operador de teleimpresoras, supervisor de comunicaciones, técnico en electrónica, controlador de tránsito aéreo y otras afines.

Organización y estadísticas

LA estructura del sector comunicaciones, desde el punto de vista institucional, está conformada en la Argentina por la Secretaría de Estado de Comunicaciones (dependiente del Ministerio de Economía de la Nación), la Empresa Nacional de Correos y Telégrafos, la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, las Compañías Argentina y Entrerriana de Teléfonos, la Dirección Provincial de Telecomunicaciones de Entre Ríos, la Dirección de Telégrafos de la Provincia de Buenos Aires, y las cooperativas telefónicas del interior.

Debe agregarse a esta nómina de organismos la Secretaría de Información Pública de la Presidencia de la Nación, a la cual compete la administración de los servicios de radiodifusión sonora y televisión realizados por emisoras comerciales privadas y del Estado (a través del Comité Federal de Radiodifusión), salvo el Servicio Oficial de Radiodifusión (LRA) y el Servicio de Radiodifusión Argentina al Exterior (RAE), que están en la órbita de la Secretaría de Comunicaciones.

Dicha estructura brinda los siguientes servicios:

1. Postales.
2. Telegráfico nacional e internacional.
3. Telefónico urbano, interurbano e internacional.
4. Telex nacional e internacional.
5. Radiodifusión sonora y televisión.

Se prestan, además, diversas facilidades entre las que cabe mencionar: a) móvil marítimo y fluvial, por radiotelefonía y radiotelegrafía pública; atención de la salvaguardia de la vida humana en el mar y aviso a los navegantes; b) radiotelefonía rural, que permite la vinculación de pequeños centros de población con el resto del país; c) radiocomunicaciones telefó-

nicas con bases del Sector Antártico Argentino y con las Islas Malvinas, y d) transmisión y recepción de noticias y radiofotografías operando con agencias de prensa nacionales e internacionales.

Por lo demás, las Fuerzas Armadas y de Seguridad, así como otros altos organismos nacionales y provinciales cuentan con sus propias redes de comunicaciones.

Servicios postales

La última estadística brindada por ENCOTEL señala que durante 1977 se cursaron 541.024.835 piezas postales simples y 122.737.698 certificadas, lo que hace un total de 663.762.533; 3.731.481 encomiendas y 2.975.865 giros.

Servicios telegráficos

La citada estadística indica que se cursaron 15.700.670 telegramas, de los cuales 15.337.107 internos y 363.563 internacionales; 127.234 radiotelegramas y 384.344 radioconversaciones. Las oficinas telegráficas de ENCOTEL suman 1.441 en todo el país.

Servicios telefónicos

Datos aportados por ENTel, correspondientes a 1978, exponen que se realizaron a través de dicha empresa 3.606.878.000 llamadas urbanas y 92.610.629 interurbanas; y 2.226.129 internacionales (898.907 vía satélite, 604.792 al Uruguay, y 722.430 a países limítrofes; según el informe, las dos primeras cifras aquí mencionadas están sujetas a reajustes). De acuerdo con detalles suministrados por la Compañía Argentina de Teléfonos, esta empresa registró en el mismo año de 1978: 5.359.528 llamadas internas (excluido el telediscado automático) y 87.573 con países limítrofes; de su lado, la Compañía Entrerriana de Teléfonos, tuvo 3.381.935 llamadas internas (excluido el telediscado automático) y 23.668 con países limítrofes.

A continuación, se transcriben las informaciones aportadas por ENTel, la CAT y la CET respecto del número de centrales telefónicas y líneas. En el caso de la Capital Federal y el Conurbano, ofrecemos el detalle completo, que incluye el año de habilitación de cada central.

EMPRESA NACIONAL DE TELECOMUNICACIONES

CAPITAL FEDERAL

<i>Centrales</i>	<i>Líneas</i>	<i>Año de Habilitación</i>
Agüero	9.975	1949
Agüero IV	9.780	1957
Agüero V	9.777	1964
Agüero VI	9.666	1974
Almagro	9.538	1943
Andes	9.745	1947
Arsenal	8.468	1950
Avenida	9.431	1929
Barracas	9.199	1923
Belgrano	9.821	1940
Belgrano III	9.845	1966
Belgrano IV	9.883	1970
Belgrano V	1.300	1978
Boca	8.572	1954
Buen Orden	9.139	1931
Caballito	9.913	1927
Callao	9.644	1938
Catedral	9.329	1949
Corrales	9.251	1923
Culpina	9.779	1959
Culpina II	9.390	1960
Cuyo	9.750	1927
Chaco	9.742	1937
Dársena	8.517	1938
Darwin	9.941	1929
Defensa	9.218	1936
Drago	9.710	1952
Ecuador	9.754	1950
Flores	9.658	1941
Floresta	9.825	1927
Gaona	9.848	1948
Garay	8.549	1938
Gascón	9.691	1950
General Urquiza	9.897	1930
Golf	9.928	1960
Golf II	9.774	1961
Golf III	9.853	1964
Golf IV	9.622	1973
Gómez	10.111	1940
Inclán	8.635	1973
Inclán II	9.095	1974
Jonte	9.587	1971
Jonte II	9.399	1971
Júncal	9.592	1926

<i>Centrales</i>	<i>Líneas</i>	<i>Año de Habilitación</i>
Lezica	8.674	1973
Lezica II	8.451	1974
Libertad	9.718	1927
Liniers	9.320	1936
Liniers II	8.840	1972
Loria	9.118	1930
Mayo	9.831	1923
Mitre	9.843	1948
Mitre II	9.618	—
Nazca	9.565	1941
Nueva Chicago	9.652	1937
Núñez	8.837	1930
Núñez II	9.633	1961
Orán	9.809	1948
Palermo	8.871	1924
Pampa	9.768	1930
Parque	8.804	1936
Pasco	9.603	1936
Paternal	9.988	1930
Piedras I	5.910	1976
Plaza	9.530	1923
República	8.821	1967
República II	4.545	1978
Retiro	8.990	1923
Rivadavia	9.414	1939
Tagle	9.781	1952
Talcahuano	9.869	1954
Talcahuano II	9.728	1954
Talcahuano III	8.328	1956
Talcahuano IV	9.673	1959
Vernet	9.846	1959
Vernet II	9.830	1960
Vernet III	9.615	1962
Villa Devoto	10.027	1928
Villa Lugano	9.905	1961
Villa Lugano II	4.689	1973
Villa Pueyrredón	8.124	1973
Villa Pueyrredón II	7.757	1974
Volta	9.754	1930
TOTAL DE CENTRALES: 83		
TOTAL DE LINEAS: 763.282		

CONURBANO

Adrogué	6.946	1969
Avellaneda	9.517	1927
Aeropuerto	475	1949
Bánfield	9.973	1968

<i>Centrales</i>	<i>Líneas</i>	<i>Año de Habilitación</i>
Bella Vista	4.765	1968
Berazategui	1.955	1969
Bernal	7.902	1971
Boulogne	9.650	1969
Burzaco	2.342	1969
Ciudad M. M. de Güemes	2.842	1970
Ciudad Lib. Gral. S. Martín	9.619	1968
Ciudad Lib. Gral. S. Martín II	5.999	1971
Churruca	1.410	1978
Don Torcuato	2.316	1970
El Palomar	7.835	1973
El Talar	1.982	1974
Ezeiza	553	1970
Florencio Varela	2.313	1970
Francisco Solano	2.703	1976
Glew	200	1974
González Catán	96	1970
Haedo	10.052	1971
Hurlingham	5.894	1964
Ituzaingó	9.973	1966
José C. Paz	1.133	1970
Lanús	10.014	1965
Lanús II	10.006	1968
Leloir	2.094	1972
Libertad	178	1959
Lomas de Zamora	9.730	1971
Lomas de Zamora II	9.691	1971
Los Polvorines	2.514	1973
Martínez	9.874	1954
Martínez II	7.842	1970
Merlo	2.859	1970
Moreno	2.392	1970
Morón	9.649	1961
Morón II	7.917	1971
Monte Grande	3.211	1970
Munro	5.791	1973
Ombú	9.984	1949
Ombú II	4.520	1971
Piñeyro-V. Alsina	9.594	1936
Pontevedra	129	1962
Quilmes	9.763	1966
Ramos Mejía	9.864	1951
Ramos Mejía II	7.117	1977
Ranelagh	492	1969
San Fernando	9.740	1963
San Isidro	9.872	1952
San Isidro II	4.797	1971
San Justo	10.052	1962

<i>Centrales</i>	<i>Líneas</i>	<i>Año de Habilitación</i>
San Miguel	2.852	1958
San Miguel II	2.968	1975
Sarandí	9.779	1971
Tablada	10.030	1971
Tigre	3.485	1967
Tristán Suárez	198	1970
Vicente López	9.808	1954
Vicente López II	9.932	1955
Vicente López III	9.644	1958
Villa Ballester	9.991	1969
Villa Caseros	9.916	1952
Villa Ciudadela	9.813	1959
Villa Santo Lugares	7.950	1963
Wilde	8.358	1939
TOTAL DE CENTRALES: 66		
TOTAL DE LINEAS: 402.855		

PROVINCIA DE BUENOS AIRES (excepto el Conurbano)		
Total Centrales		300
Total General Líneas en Servicio		237.810
• Total Automático		214.502
• Total Batería Central		3.479
• Total Magneto		19.829
CATAMARCA		
Total Centrales		5
Total General Líneas en Servicio		3.509
• Total Automático		3.445
• Total Magneto		64
CORDOBA		
Total Centrales		157
Total General Líneas en Servicio		98.734
• Total Automático		88.850
• Total Batería Central		654
• Total Magneto		9.230
CORRIENTES		
Total Centrales		35
Total General Líneas en Servicio		15.302
• Total Automático		12.459
• Total Batería Central		290
• Total Magneto		2.553
CHACO		
Total Centrales		30
Total General Líneas en Servicio		12.235
• Total Automático		9.639
• Total Batería Central		1.359
• Total Magneto		1.237

CHUBUT

Total Centrales	9
Total General Líneas en Servicio	5.589
• Total Automático	5.518
• Total Magneto	71

FORMOSA

Total Centrales	3
Total General Líneas en Servicio	2.020
• Total Automático	2.004
• Total Magneto	16

JUJUY

Total Centrales	9
Total General Líneas en Servicio	2.955
• Total Automático	2.914
• Total Magneto	41

LA PAMPA

Total Centrales	42
Total General Líneas en Servicio	7.722
• Total Automático	4.875
• Total Magneto	2.845

LA RIOJA

Total Centrales	3
Total General Líneas en Servicio	3.654
• Total Automático	3.639
• Total Magneto	15

MENDOZA

Total Centrales	8
Total General Líneas en Servicio	1.795
• Total Automático	1.589
• Total Magneto	206

MISIONES

Total Centrales	24
Total General Líneas en Servicio	7.893
• Total Automático	6.646
• Total Magneto	1.247

NEUQUEN

Total Centrales	3
Total General Líneas en Servicio	4.190
• Total Automático	4.190

RIO NEGRO

Total Centrales	20
Total General Líneas en Servicio	11.280
• Total Automático	10.973
• Total Magneto	307

SAN JUAN	
Total Centrales	1
Total General Líneas en Servicio	170
• Total Magneto	170
SAN LUIS	
Total Centrales	11
Total General Líneas en Servicio	5.324
• Total Automático	5.109
• Total Magneto	215
SANTA CRUZ	
Total Centrales	5
Total General Líneas en Servicio	1.854
• Total Automático	1.194
• Total Magneto	660
SANTA FE	
Total Centrales	155
Total General Líneas en Servicio	138.181
• Total Automático	130.742
• Total Batería Central	58
• Total Magneto	7.381
TIERRA DEL FUEGO	
Total Centrales	2
Total General Líneas en Servicio	1.201
• Total Automático	1.201

COMPANÍA ARGENTINA DE TELEFONOS S.A.

MENDOZA	
Total Centrales	66
Total de Líneas	59.250
SALTA	
Total Centrales	27
Total de Líneas	17.770
SAN JUAN	
Total Centrales	22
Total de Líneas	13.030
SANTIAGO DEL ESTERO	
Total Centrales	32
Total de Líneas	9.790
TUCUMAN	
Total Centrales	58
Total de Líneas	34.240
TOTAL GENERAL CENTRALES: 205	
TOTAL GENERAL LINEAS: 134.100	

COMPAÑIA ENTRERRIANA DE TELEFONOS S.A.

ENTRE RIOS

TOTAL GENERAL CENTRALES: 82

TOTAL GENERAL LINEAS INSTALADAS: 44.635

Por lo tanto, ENTEL cuenta con 971 centrales y 1.727.555 líneas; la CAT, 205 centrales y 134.100 líneas; y la CET, 82 centrales y 44.635 líneas.

Esto significa que la República Argentina dispone de 1.258 centrales y de 1.906.290 líneas telefónicas.

Radiodifusión sonora

La nómina de estaciones de radiodifusión del país, incluida LRA y sus filiales, es la siguiente:

CAPITAL FEDERAL

		Frecuencia (quilohertz)	Potencia (quilovatios)	
LRA	Radio Nacional	870	100	
LR1	Radio El Mundo	1070	100	
LR2	Radio Argentina	1110	20/5	
LR3	Radio Belgrano	950	100	
LR4	Radio Splendid	990	50	
LR5	Radio Excelsior	910	25/5	
LR6	Radio Mitre	790	50	
LR9	Radio Antártida	1190	5	
LS1	Radio Municipal de la C. de Bs. As.	710	100	
LS4	Radio Continental	590	25/5	
LS5	Radio Rivadavia	630	20/5	
LS6	Radio del Pueblo	1350	10/5	
LS10	Radio del Plata	1030	25/5	

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

LRA13	Radio Nacional Bahía Blanca ...	560	10/3	Bahía Blanca
LR11	Radio Univ. Nac. de La Plata	1390	5/2,5	La Plata
LS11	Radio Prov. de Buenos Aires ...	1270	30/5	La Plata
LT20	Radio Junín	1470	1/0,5	Junín
LT22	Radio Nueva Era	1500	0,25	Pehuajó
LT24	Radio San Nicolás	1430	1/0,25	San Nicolás
LT32	Radio Chivilcoy	1550	0,25	Chivilcoy
LT33	Radio Nueve de Julio	1560	0,25	9 de Julio
LT34	Radio Ciudad de Zárate	1500	0,25	Zárate
LT35	Radio Mon	1540	0,25	Pergamino
LT36	Radio Chacabuco	1580	0,25	Chacabuco
LU2	Radio Bahía Blanca	840	25/5	Bahía Blanca
LU3	Radio del Sur	1200	25/5	Bahía Blanca
LU6	Emisora Atlántica	1150	25/5	Mar del Plata

		Frecuencia (quilohertz)	Potencia (quilovatios)	
LU10	Radio Azul	1320	5/3	Azul
LU11	Radioemisora del Oeste	1400	10/2	Trenque Lauquen
LU13	Radio Necochea	1120	10/3	Necochea
LU22	Radio Tandil	1300	5/1,5	Tandil
LU24	Radio Tres Arroyos	820	3	Tres Arroyos
LU25	Radio Carhué	1530	0,1	Carhué
LU26	Emisora Coronel Dorrego	1430	0,25	Coronel Dorrego
LU27	Radio Dolores	1500	0,25	Dolores
LU28	Radio Tuyú	1540	0,1	General Madariaga
LU29	Radio Las Flores	1430	0,25	Las Flores
LU30	Radio Maipú	1460	0,25	Maipú
LU32	Radio Olavarría	1380	5/1	Olavarría
LU34	Radio Pigüé	1550	0,25	Pigüé
LU35	Radio Balcarce	1480	0,25	Balcarce
LU36	Radio Coronel Suárez	1510	0,25	Coronel Suárez
CATAMARCA				
LW7	Radio Catamarca	730	5/1	Catamarca
CORDOBA				
LRA7	Radio Nacional Córdoba	750	50	Córdoba
LV2	Radio General Paz	970	25/5	Córdoba
LV3	Radio Córdoba	1210	25/5	Córdoba
LV16	Radio Río Cuarto	1010	20/5	Río Cuarto
LV20	Radio Laboulaye	1440	1/0,25	Laboulaye
LV21	Radio Champaquí	1510	0,25	Villa Dolores
LV22	Radio Huinca Renancó	1490	1/0,25	Huinca Renancó
LV25	Radio Unión	1500	1/0,25	Bell Ville
LV26	Radio Río Tercero	1430	1/0,25	Río Tercero
LV27	Radio San Francisco	1440	1/0,25	San Francisco
LV28	Radio Villa María	1450	1/0,25	Villa María
LW1	Radio Univ. Nac. de Córdoba ...	580	25/5	Córdoba
CORRIENTES				
LRA12	Radio Nacional Santo Tomé	780	5	Santo Tomé
LT6	Radio Sargento Cabral	1200	5/3	Goya
LT7	Radio Provincia de Corrientes ...	900	25/2,5	Corrientes
LT12	Radio General Madariaga	840	10/5	Paso de los Libres
LT21	Radio Municipal de Alvear	1430	1/0,5	Alvear
LT25	Radio Guaraní	1520	0,25	Curuzú Cuatiá
LT42	Radio del Iberá	1490	1/0,5	Mercedes
CHACO				
LT5	Radio Chaco	1150	25/5	Resistencia
LT16	Radio Presidencia R. S. Peña	960	20/3	Presidencia R. S. Peña
LT43	Radio Mocoví	1470	0,25	Charata

		Frecuencia (quilohertz)	Potencia (quilovatios)	
CHUBUT				
LRA9	Radio Nacional Esquel	690	25/5	Esquel
LRA11	Radio Nacional Com. Rivadavia ..	790	25/5	Comodoro Rivadavia
LRA55	Radio Nacional (Emisora Zonal)	740	1	Alto Río Senguerr
LU4	Radio Patagonia Argentina	630	25/5	Comodoro Rivadavia
LU17	Radio Golfo Nuevo	680	5	Puerto Madryn
LU20	Radio Chubut	580	10/5	Trelew
ENTRE RIOS				
LT11	Radio General Francisco Ramírez	1300	3/1,5	C. del Uruguay
LT14	Radio General Urquiza	1330	10/2,5	Paraná
LT15	Radio Del Litoral	560	10/3	Concordia
LT26	Radio Nuevo Mundo	1470	1/0,5	Colón
LT27	Radio La Voz del Montiel	1580	0,25	Villaguay
LT38	Radio Gualaguay	1560	0,25	Gualaguay
LT39	Emisora Victoria	1480	0,25	Victoria
LT40	Radio La Voz de La Paz	1550	0,25	La Paz
LT41	Radio La Voz del Sur Entrerriano	1540	0,25	Gualaguaychú
FORMOSA				
LRA8	Radio Nacional Formosa	820	25/3	Formosa
LRA20	Radio Nacional Las Lomitas	1270	5	Las Lomitas
LT44	Radio Fortín Yunká	1450	1/0,25	Formosa
JUJUY				
LRA16	Radio Nacional La Quiaca	560	25/5	La Quiaca
LRA22	Radio Nacional S. S. de Jujuy ..	830	25/5	San Salvador de Jujuy
LW5	Radio Lib. Gral. San Martín	1530	1	Ledesma
LW8	Radio San Salvador	630	25/5	San Salvador de Jujuy
LA PAMPA				
LRA3	Radio Nacional Santa Rosa	730	20/3	Santa Rosa
LU33	Emisora Pampeana	890	20/1	Santa Rosa
LU37	Radio Gral. Pico	1540	0,25	General Pico
LA RIOJA				
LV14	Radio Joaquín V. González	620	5/1,5	La Rioja
	Repetidora LV14	1020	100 W	Chilecito
MENDOZA				
LRA6	Radio Nacional Mendoza	960	20/5	Mendoza
LV4	Radio San Rafael	1170	25/5	San Rafael
LV6	Radio Nihuil	680	25/5	Mendoza
LV8	Radio Libertador	780	25/5	Mendoza
LV10	Radio de Cuyo	720	25/5	Mendoza
LV18	Radio Municipal de San Rafael ..	1370	0,25	San Rafael

		Frecuencia (quilohertz)	Potencia (quilovatios)	
LV19	Radio Municipal de Malargüe ...	1120	5	Malargüe
LV23	Radio Río Atuel	1480	1/0,5	General Alvear
LV24	Radio Manantiales	1520	0,25	Tunuyán
MISIONES				
LRA19	Radio Nacional Iguazú	1030	25/3	Puerto Iguazú
LT4	Radiodifusora Misiones	670	25/5	Posadas
LT13	Radio Oberá	1470	1/0,5	Oberá
LT17	Radio Provincia de Misiones ...	620	25/5	Posadas
LT18	Radio Eldorado	1210	1/0,5	Eldorado
LT45	Radiodifusora San Javier	1500	1/0,5	San Javier
LT46	Radio Provincial Bdo. de Irigoyen	1360	1/0,25	Bernardo de Irigoyen
NEUQUEN				
LRA17	Radio Nacional Zapala	830	25/5	Zapala
LRA52	Radio Nacional (Emisora Zonal)	670	1	Chos Malal
LRA53	Radio Nacional (Emisora Zonal)	1440	1	S. M. de los Andes
LU5	Radio Neuquén	1130	20/5	Neuquén
RIO NEGRO				
LRA54	Radio Nacional (Emisora Zonal)	1370	1	Ingeniero Jacobacci
LU8	Radio Bariloche	590	25/5	San C. de Bariloche
LU15	Radio Viedma	620	5	Viedma
LU16	Radio Río Negro	1080	1	Villa Regina
LU18	Radio El Valle	1510	0,25	General Roca
LU19	Radio La Voz del Comahue ...	690	10/5	Cipolletti
SALTA				
LRA4	Radio Nacional Salta	690	10/5	Salta
LRA25	Radio Nacional Tartagal	540	5	Tartagal
LV9	Radio Salta	1160	25/5	Salta
LW2	Radioemisora Tartagal	1460	0,25	Tartagal
LW4	Radio Orán	1510	0,25	Orán
SAN JUAN				
LRA23	Radio Nacional San Juan	910	50/5	San Juan
LRA51	Radio Nacional (Emisora Zonal)	1150	1	Jáchal
LV1	Radio Colón	560	25/5	San Juan
LV5	Radio Sarmiento	1090	25/5	San Juan
SAN LUIS				
LV13	Radio Gran. Punt. de San Luis ..	900	5	San Luis
LV15	Radio Villa Mercedes	640	1	Villa Mercedes
SANTA CRUZ				
LRA18	Radio Nacional Río Turbio	620	25/5	Río Turbio
LRA56	Radio Nacional (Emisora Zonal)	860	1	Perito Moreno

		Frecuencia (quilohertz)	Potencia (quilovatios)	
LU12	Radio Río Gallegos	680	25/5	Río Gallegos
LU14	Radio Provincia de Santa Cruz ..	780	5	Río Gallegos
	Repetidora LU14	730	5	Las Heras
LU21	Radio Golfo San Jorge	1020	5	Caleta Olivia
LU23	Radio Lago Argentino	730	10/1	Calafate
SANTA FE				
LRA5	Radio Nacional Rosario	1310	5	Rosario
LRA14	Radio Nacional Santa Fe	540	25/5	Santa Fe
LT2	Radio General San Martín	1230	15/5	Rosario
LT3	Radio Cerealista	1160	10/5	Rosario
LT8	Radio Rosario	830	10/5	Rosario
LT9	Radio Brig. Gral. E. López	1260	10/5	Santa Fe
LT10	Radio Univ. Nac. del Litoral	1020	10/5	Santa Fe
LT23	Radio San Genaro Norte	1450	0,25	San Genaro Norte
LT28	Radio Rafaela	1470	1/0,5	Rafaela
LT29	Radio Venado Tuerto	1460	1/0,25	Venado Tuerto
LT37	Emisora Rufino	1520	0,25	Rufino
SANTIAGO DEL ESTERO				
LRA21	Radio Nacional Stgo. del Estero	1130	25/5	Santiago del Estero
LV11	Emisora Santiago del Estero	890	25/5	Santiago del Estero
TIERRA DEL FUEGO				
LRA10	Radio Nacional Ushuaia	900	5	Ushuaia
LRA24	Radio Nacional Río Grande	640	25/5	Río Grande
TUCUMAN				
LRA15	Radio Nacional Tucumán	1030	25/5	Tucumán
LV7	Radio Tucumán	1110	10/5	Tucumán
LV12	Radio Independencia	590	25/5	Tucumán
LW3	Radio Congreso de Tucumán	1190	10/5	Tucumán
ESTACIONES		153		
REPETIDORAS		2	TOTAL:	155

LRA Radio Nacional cuenta con un importante servicio de onda corta conocido como RAE y dependiente del Servicio Oficial de Radiodifusión de la Secretaría de Estado de Comunicaciones.

RAE fue oficialmente inaugurada el 12 de febrero de 1958 y su propósito principal es mantener informado al mundo de todos los eventos relevantes que han tenido lugar en la Argentina, constituyendo un eficiente medio para llevar la imagen del país más allá de sus fronteras.

Desde su inauguración irradia su programación en los siguientes seis idiomas: español, portugués, francés, italiano, inglés y alemán. Además, a partir de 1964 también transmite en lengua japonesa.

Televisión

Operan actualmente en la Argentina las siguientes estaciones de televisión y repetidoras:

<i>TELEDIFUSORA DE ORIGEN</i>	<i>REPETIDORA</i>	<i>CANAL</i>	<i>PROVINCIA</i>
LS82 TV CANAL 7 Capital Federal	CHIVILCOY (Coaxil)	6	Buenos Aires
	SANTA FE (Coaxil)	7	Santa Fe
	ROSARIO (Coaxil)	8	Santa Fe
	SAN LUIS (Microondas)	8	San Luis
	VILLA MERCEDES (Microondas)	11	San Luis
	P. DE LOS LIBRES (Microondas)	7 +	Corrientes
	RECONQUISTA (Microondas)	9	Santa Fe
	MERCEDES (Microondas)	8	Corrientes
	CURUZU CUATIA (Microondas)	6	Corrientes
	VILLAGUAY (Microondas)	2	Entre Ríos
	CONCORDIA (Microondas)	4	Entre Ríos
EL TURBIO (Diferida)	12	Santa Cruz	
MONTE CASEROS (Microondas)	9	Corrientes	
LS83 TV CANAL 9 Capital Federal			
LS84 TV CANAL 11 Capital Federal			
LS85 TV CANAL 13 Capital Federal			
LS86 TV CANAL 2 La Plata - Buenos Aires	LAS FLORES	5 +	Buenos Aires
	DOLORES	3 +	Buenos Aires
	25 DE MAYO	8 +	Buenos Aires
	R. PEREZ (Serv. Adic.)	73	Buenos Aires
	LEZAMA (Serv. Adic.)	71	Buenos Aires
LT80 TV CANAL 13 Corrientes	BELLA VISTA	7	Corrientes
	GOYA	12	Corrientes
LT81 TV CANAL 9 Resistencia - Chaco	P. R. SAENZ PEÑA	4	Chaco
	Pres. DE LA PLAZA	10	Chaco
	LA ESCONDIDA	12	Chaco
	VILLA ANGELA	5	Chaco
LT82 TV CANAL 13 Santa Fe	SAN CRISTOBAL	2	Santa Fe
	SUARDI	4	Santa Fe
	CERES	6	Santa Fe
LT83 TV CANAL 3 Rosario - Santa Fe	RUFINO	2	Santa Fe
	VENADO TUERTO	9 +	Santa Fe
LT84 TV CANAL 5 Rosario - Santa Fe	RUFINO	5	Santa Fe
	VENADO TUERTO	13 -	Santa Fe
LT85 TV CANAL 12 Posadas - Misiones	2 DE MAYO	9	Misiones
	TOBUNA	13	Misiones
	PUERTO IGUAZU	3	Misiones

<i>TELEDIFUSORA DE ORIGEN</i>	<i>REPETIDORA</i>	<i>CANAL</i>	<i>PROVINCIA</i>
LT88 TV CANAL 11 Formosa			
LU80 TV CANAL 9 B. Blanca - Buenos Aires	TRES ARROYOS CORONEL DORREGO	6 13	Buenos Aires Buenos Aires
LU81 TV CANAL 7 B. Blanca - Buenos Aires	CORONEL DORREGO TRES ARROYOS	4 4	Buenos Aires Buenos Aires
LU82 TV CANAL 10 Mar del Plata - Bs. Aires	PINAMAR	13 ---	Buenos Aires
LU83 TV CANAL 9 C. Rivadavia - Chubut	Gral. MOSCONI (C. VITEAU) COLONIA SARMIENTO CANADON SECO PICO TRUNCADO	12 13 6 11	Chubut Chubut Santa Cruz Santa Cruz
LU84 TV CANAL 7 Neuquén	COLONIA CATRIEL CHOELE CHOEL EL CHOCON J. DE LOS ANDES (Microondas) S. M. DE LOS ANDES (Microondas) CERRO BAYO (Microondas) ZAPALA (Microondas)	9 13 13 11 13 2 10	Río Negro Río Negro Neuquén Neuquén Neuquén Neuquén Neuquén
LU85 TV CANAL 9 Río Gallegos - Santa Cruz	PUERTO DESEADO (Microondas) PUERTO S. JULIAN (Microondas) PUERTO S. CRUZ (Microondas) C. L. PIEDRABUENA (Microondas)	5 4 6 11	Santa Cruz Santa Cruz Santa Cruz Santa Cruz
LU86 TV CANAL 8 Mar del Plata - Bs. Aires	TANDIL SIERRAS BAYAS (OLAVARRIA)	13 +- 45	Buenos Aires Buenos Aires
LU87 TV CANAL 11 Ushuaia - Tierra del Fuego			
LU88 TV CANAL 13 Río Grande - T. del Fuego			
LU89 TV CANAL 3 Santa Rosa - La Pampa	VICTORICA (LUAN TORO) GUATRACHE Gral. ACHA VERTIZ	11 11 6 7	La Pampa La Pampa La Pampa La Pampa
LU90 TV CANAL 7 Rawson - Chubut	PUERTO MADRYN (Microondas) GOBERNADOR COSTA (J. DE SAN MARTIN) (Diferida) RIO MAYO (Diferida) EL MAITEN (Diferida)	9 11 10 11	Chubut Chubut Chubut Chubut
LU91 TV CANAL 12 Trenque Lauquen - Bs. As.			
LU93 TV CANAL 4 Bariloche - Río Negro			

<i>TELEDIFUSORA DE ORIGEN</i>	<i>REPETIDORA</i>	<i>CANAL</i>	<i>PROVINCIA</i>
LV80 TV CANAL 10 Córdoba	LA FRANCIA	9	Córdoba
	VILLA NUEVA	16	Córdoba
	BELL VILLE	7 -	Córdoba
	SANTA ROSA DE CALAMUCHITA	3 +	Córdoba
LV81 TV CANAL 12 Córdoba	C. L. DEL ROSILLO (LOS COCOS)	5	Córdoba
	CERRO LOS POTRERILLOS (CUMBRES DE ACHALA)	6	Córdoba
	C. SAN VICENTE (DEAN FUNES)	2	Córdoba
	SIERRAS DE ANCASTI	11	Catamarca
	CAPILLITAS	13	Catamarca
	MERLO	7	San Luis
LV82 TV CANAL 8 San Juan			
LV83 TV CANAL 9 Mendoza	TUPUNGATO	5	Mendoza
	USPALLATA	13	Mendoza
LV84 TV CANAL 6 San Rafael - Mendoza	MALARGUE	8	Mendoza
	Gral. ALVEAR	12	Mendoza
	EL NIHUIL	10	Mendoza
LV85 TV CANAL 8 Córdoba			
LV86 TV CANAL 13 Río Cuarto - Córdoba			
LV89 TV CANAL 7 Mendoza	TUPUNGATO	3	Mendoza
	USPALLATA	11	Mendoza
	SAN LUIS (Microondas)	10	San Luis
LV90 TV CANAL 13 San Luis			
LV91 TV CANAL 9 La Rioja			
LW80 TV CANAL 7 Jujuy	CIMA CERRO ZAPLA	13	Jujuy
	TARTAGAL	10	Salta
LW81 TV CANAL 7 Santiago del Estero	TERMAS DE RIO HONDO	5	Stgo. del Estero
LW82 TV CANAL 11 Salta	CABRA CORRAL	8	Salta
LW83 TV CANAL 10 Tucumán	TRANCAS	2	Tucumán
RIO NEGRO	VIEDMA (Microondas)	13 +	Río Negro
	S. ANTONIO OESTE (Microondas)	12	Río Negro
	RIO COLORADO (Microondas)	12	Río Negro
	Gral. CONESA (Microondas)	6	Río Negro
	SIERRA GRANDE (Microondas)		Río Negro

Nota: Los signos (+) y (→) expresados a continuación del número del canal de la repetidora indican el sentido del desplazamiento de la frecuencia de emisión.

Asimismo, la transmisión de TV monocromática se efectúa mediante la norma N del CCIR. En cuanto a la TV color se ha adoptado la norma PAL para las transmisiones al exterior con motivo del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978, en tanto que las transmisiones internas del país se efectuarán mediante el sistema PAL-N.

Servicios radioeléctricos

La Secretaría de Comunicaciones administra la asignación de frecuencias radioeléctricas, funcionando actualmente un total de 19.312 estaciones fijas de reducida potencia y 12.136 estaciones móviles de igual característica, realizando asimismo el control técnico del espectro radioeléctrico.